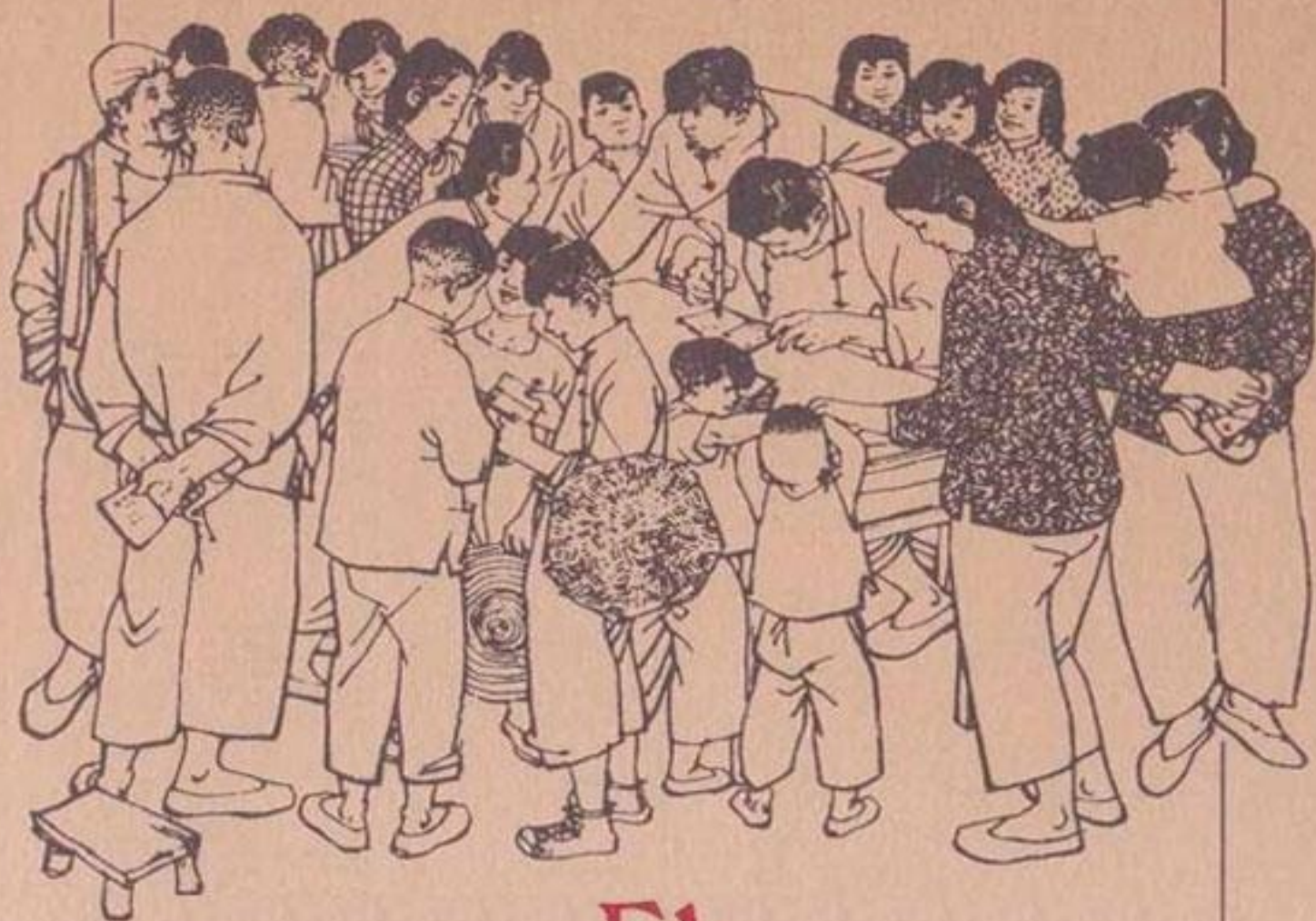


YA DING



EL SORGO ROJO

se

Lectulandia

El Sordo Rojo, bien conocida en Occidente gracias a su adaptación cinematográfica, nos ofrece una visión renovada de la Revolución Cultural. Los Herederos de los Siete Reinos constituye un documento único sobre las revueltas que concluyeron en los trágicos incidentes de la plaza de Tian An Men. La obra oscila entre la cruda descripción de un presente inestable (tras la Revolución Cultural, China aún se debate entre la miseria y la falta de libertad) y las puntuales evocaciones del pasado y de sus creencias religiosas. El valor documental de la obra queda reforzado por los rasgos autobiográficos que el autor intercala en la narración.

Lectulandia

Ya Ding

El sorgo rojo

ePub r1.0

Titivillus 22.04.2019

Título original: *Hong gao liang*
Ya Ding, 1988
Traducción: Enrique Sordo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

A mi padre
y a mis queridos amigos
Joëlle Neudin
y Christian Thimonier.

PRIMERA PARTE

¿Adónde vamos? Pero ¿adónde vamos?

Liang se vuelve. Pone la mano sobre la boca para tratar de detener el polvo amarillo que le ahoga. Brota de las ruedas, de los pasos del asno, como un velo que cae y les encierra. Junto a él, su hermanita gime.

Cambian de país. Sombra, sol, a través de la polvorienta pantalla de laterita. Desde por la noche, seco y pelado, el asno arrastra la rechinante carreta. Desde por la noche, el rechinamiento hace su camino, traza sus surcos en la cabeza de Liang. Y cuenta: cinco pasos, dos sacudidas, cinco pasos, dos sacudidas, cinco pasos... Traqueteos de la carretera, crujidos, cuenta infernal. ¿Adónde vamos? Lo sabe el asno, el viejo asno que les arrastra, en medio de los torbellinos de polvo. Con sus mechones de pelos blancos en las orejas, como los del viejo Gao, el amigo de su padre en la ciudad, el jefe del Partido, el que hizo la Larga Marcha con el presidente Mao, el burro seguramente es muy viejo también, mucho más viejo que Liang, pero no puede hacer la pregunta. Nada impediría que Liang lo preguntase, tiene derecho a hacerlo. Él sólo es un niño de nueve años; pero, si han querido que venga, es porque le necesitan. «¿Está aquí todo el mundo?», había dicho su padre. Si él no estuviera aquí, sólo sería su hermanita la que constituiría la familia. Liang no tiene más que nueve años y medio. No es él quien decide. Sólo puede obedecer, pertenece a la familia como un objeto, como el baúl de madera roja que su padre había subido a la trasera de la carreta. Tiene que ser así: cuando los padres deciden, los hijos sólo tienen que seguirles.

Cambian de país... Sombra. Sol.

Ayer, no había más que la ciudad. Hoy, es otro país. Pero ¿qué país? ¿Es posible? ¿Es posible que no sepan nada? Su padre habría podido decir una palabra, hacer algún comentario como él sabe hacerlo cuando la mesa está sucia o cuando da cuerda al reloj. El otro día, después de la cena, le había cogido por un hombro: «Esta noche, vamos al cine». Una frase como ésta no le costaba nada: la dijo mientras se limpiaba los dientes. Nadie sabía cuánto satisfacía esto a Liang. A pesar de aquel tono negligente, la frase había sido dicha y, al menos, él podía saber. Aquella noche anduvo con paso más seguro, imaginando la película que iban a ver. Había dicho, sin abrir la boca: «Sí, de acuerdo», como si le correspondiese a él decidir. Desgraciadamente, no

siempre ocurre así, sino más bien al contrario: los mayores te llevan a donde quieren, sin decir una palabra, y, como ocurre hoy, ya no hay la tranquilidad, ya no hay la alegría y el placer de imaginar, sino la tristeza, el aburrimiento, la inquietud y, al final, la fatiga y la lasitud.

¿Adónde vamos?

Cinco pasos, dos sacudidas... ¿Cómo preguntar, cómo abrir la boca, cuando la carretera y sus baches, su laterita y sus guijarros te laceran los riñones? Si la abre, lo que entra es el polvo. El polvo y ese maldito sol sobre la cabeza, que le obliga a cerrar los ojos con sus mil agujas centelleantes.

Y también el canto de las cigarras, de miles de millones de cigarras. ¿No es un canto de guerra lo que profieren, exasperadas por su presencia? ¿Quieren, tal vez, caer sobre ellos, sobre el asno, sobre la carreta? Liang abre a medias los ojos, a pesar del sol. Es para ver a esas cigarras, pero no encuentra nada.

No, todo esto le fatiga. Es una especie de pereza a la que vale más abandonarse. ¿Para qué inquietarse? Lo mejor es dormir hasta que la carreta se detenga: entonces lo sabrá todo. Liang va a dormir.

«¡Mamá, quiero beber!», grita la pequeña Ling agitándose. Trata de arrancar con sus manos el pañuelo blanco que su madre ha anudado en su cabeza para protegerla del sol.

Wang le tiende el botijo ennegrecido. Ling se apodera de él, pegando su boca al pitorro de arcilla y bebe ávidamente, con un ruido de manantial sobre los guijarros.

El padre, inmóvil, con la espalda rígida, insensible a los traqueteos de la carreta, no parece ver nada. Con la mano derecha sostiene las riendas y con la mano izquierda una rama de sauce con la que fustiga, con aire ausente, el culo pelado de su asno. La nuca rígida, la mirada fija: ¿qué mira a lo lejos, al final del camino, entre los baches y los traqueteos?

Al ver a su hermanita beber, Liang siente también una sed ardiente. Podría decirle a su madre: «Yo también quiero beber». Pero no abre la boca. No quiere oír a su madre respondiéndole: «Después de tu hermana», o algo peor: «Claro, basta que tu hermana quiera una cosa para...». ¿Se puede imaginar una situación más embarazosa? Desde que tiene esta hermanita ocurre así: si quiere alguna cosa, ella lo reclama y lo obtiene, o bien es ella quien quiere alguna cosa que él quería y que ya no puede pedir.

—Hermano, ¿no tienes sed? —le pregunta Ling pegando de nuevo su boca al botijo. Ya no bebe. Ya no se oye aquel ruido irritante de la deglución.

Ahora juega con el botijo produciendo un silbido con las comisuras de la boca.

—Liang, ¿duermes? —le pregunta su madre.

Liang no responde. Experimenta un maligno placer. Fingir que duerme mientras vela: he aquí una posición cómoda que permite observar y juzgar lo que hacen los demás sin que ellos se den cuenta. Mientras duermes, ya no piensan en ti o, más bien, en lo que tienes en la cabeza. Es como si no estuvieras allí.

—¿Duermes, Liang? —pregunta su madre.

—Si duerme, déjale dormir —dice Li asestando un golpe más seco en la grupa del asno.

El asno respinga. La carreta se desvía, con un sobresalto, mordiendo en el campo que bordea el camino, aplastando tres espigas de maíz. Todos gritan, juran, salvo Liang, que se obstina en fingir que duerme.

Li salta al suelo. Tira con todas sus fuerzas de aquel asno estúpido para ponerlo de nuevo en el buen camino. Pero el asno vuelve la cabeza. Ya no hay fuerza en aquel cuello pelado, como tampoco la hay en las manos del padre, que quiere sacarlo del campo. El padre lucha contra el asno. Se afianza en la tierra. Pero sus fuerzas se anulan. Se quedan inmóviles. Liang abre a medias los ojos. A pesar suyo, sonrío. Se encuentra bien, tendido en la carreta, con la nuca apoyada en un saco de yute, mirando la lucha de su padre con el asno. Sabe que su padre será el más fuerte. Pero ¿y si el asno venciera al responsable del Partido? ¡Es vergonzoso, Liang, que se te ocurra esa idea! Se estremece y sacude la cabeza para ahuyentar estos pensamientos. El polvo se eleva en torbellinos alrededor de la carreta y cae de nuevo sobre los cuerpos brillantes de sudor. El sol se burla de los dos luchadores. Sus rayos parecen otras tantas carcajadas.

La carreta se inclina hacia adelante. Li ha cedido; agotado por la lucha, ha dejado suelto al asno. El asno abandona a su vez y se detiene.

—No sé qué hacer —masculla Li, arañando con las uñas el barro que el sudor y el polvo han acumulado en su rostro.

—¡Quizás tenga sed! —grita Ling. Y acerca el botijo al asno.

—Seguramente está cansado —dice Wang, rechazando el botijo hacia la niña—. ¿Cuántas *lis* hemos hecho desde esta mañana?

—¡Oh, unas diez! —declara el padre.

—¿Falta mucho todavía?

—La mitad, más o menos.

Esto resulta absurdo. Liang no puede continuar fingiendo que duerme. Tiene que despertar, que hablar, que dar su opinión, que ayudar a su padre a sacar de allí a aquel maldito asno, a aquel estúpido asno, y estirar sus miembros anquilosados. Le duele una pierna a causa del traqueteo de la carreta: el gran baúl de madera ha chocado contra él. ¡Este burro! Tiene ganas de darle unos puntapiés.

Hay que despertarse. ¿Levantar los brazos lanzando un grito, llamar a su madre, o levantarse silenciosamente? ¿Cuál es la manera más natural, la menos reveladora de su impostura? Nunca debería haber fingido dormir.

El asno, tranquilizado, trata de comer las espigas de maíz a través de su bozal. Wang desciende de la carreta y coge a Ling en sus brazos.

—Qué raro es este muchacho —dice Li.

—No le ha gustado mucho salir de la ciudad.

—Pues yo estoy contenta —dice la niña.

Li quita el bozal al asno y le da las espigas de maíz aplastadas.

—Lástima que no haya ningún árbol. Podríamos hacer un alto —suspira Wang.

—¡Eh! ¡No está bien que dejen pacer a su burro en el maizal! —La voz les produce un sobresalto. Un campesino viene detrás de ellos empujando una carretilla de maíz.

—No, no está bien. Pero no hay medio de mover a este jodido burro —dice Li para excusarse.

El campesino aminora el paso, les examina con aire suspicaz y acaba por detenerse.

—¿No sabes que un asno hace siempre lo contrario de lo que se le pide? Si quieres hacerle salir del campo, tienes que empujarle hacia él y entonces irá en la otra dirección. Si no, se meterá más adentro.

El campesino deja la carretilla y se acerca al asno. Vestido con unas ropas sin color, con el rostro quemado por el sol y los ojos hundidos bajo unos espesos superciliares, es imposible calcular su edad. Coge al asno por el cuello y le empuja hacia el campo. El asno, obstinándose en hacer lo contrario de lo que se le pide, se resiste a cada empujón y da un paso hacia el hombre. Así, con cuatro o cinco empellones del hombre, el campesino logra hacerle salir del campo.

—¡Lo ha conseguido, tío! —dice Wang.

—Muchas gracias, abuelo —añade Ling.

—¡Es lista, esta chiquilla! —el campesino, contento de su hazaña, ríe. Y les pregunta—: ¿Adónde vais así?

—A Xin-Zhuan —responde Li.

—Pues yo vengo de allí... —Los ojos del hombre guiñan—. ¿Es usted el prefecto Li?

—Pues sí, ¿cómo lo sabe usted? —dice Li asombrado.

—¡Oh, yo no sé nada! —gruñe el campesino, cambiando de repente el tono, tomando de nuevo la carretilla con su aire inquieto.

—¿Estamos aún muy lejos, tío? —pregunta Wang.

—A unas veinte *lis* —suelta el campesino marchándose.

—Es extraño... —masculla Li viéndole alejarse.

La familia se pone de nuevo en marcha.

Inmóvil, enfrente, en el horizonte, el sol envuelve esta tierra sin color en un sudario incandescente, en una llama blanca. ¿Llama o viento? El polvo se arremolina y asciende a su alrededor. En esta uniformidad sólo contrastan los pasos del asno. Ni charcos, ni arroyos, sino el barro seco, que cruje y se resquebraja; ¡ni tierras como las que Liang veía en sus sueños! La campiña que están cruzando sólo es una serie de campos miserables, donde el maíz y el sorgo abarquillan sus hojas. Como ellas, Liang se encoge, cerrando la boca, los ojos, las manos... incluso los pies, todo lo que puede.

Piensa en la escuela, en sus compañeros, en su pupitre en el que ha grabado, a punta de navaja, con aplicación y con amor, los personajes de tantos combates heroicos; en el banco, tantas veces medido para llegar a un imposible reparto con su vecina. ¡Cuidado, que la maestra no nos sorprenda! ¡Qué atractivas le parecen ahora esas cosas triviales que a veces le hacían suspirar de aburrimiento! Mañana se reanudan las clases. Pero él ya no estará. Ni siquiera ha dicho adiós. ¡Se acabaron aquellos proyectos, aquellas farsas puestas en pie con sus compañeros! No, peor aún: solamente él se habrá acabado, no los proyectos, no los compañeros. ¡Cómo los añora, cuánto sufre! Sus amigos, a los que ha dejado sin saber si era para siempre, ignoran dónde se encuentra. Ni él mismo lo sabe, ni adónde va.

¡A Xin-Zhuan, su padre ha dicho que a Xin-Zhuan! Pero ¿qué significa eso? Tal vez Xin-Zhuan es un pueblo, pero ¿dónde está?

¡Estás durmiendo, Liang, y has tenido que olvidarlo! Antes de preguntar hay que despertar. ¡Dios del cielo, qué aburrimiento! ¡Qué idea aquel juego del falso sueño!

La carreta asciende por una ladera. Aprovechando el descenso, el asno se lanza al trote corto. La carreta comienza a bambolearse en todos los sentidos.

Li tira con todas sus fuerzas de las riendas, pero el asno, con la nuca curvada como un arpa y el hocico vuelto hacia la cruz, no deja de trotar. Li se

enfada y golpea con la varilla. Esta vez, el asno sale al galope. La cabeza de Liang golpea contra la dura madera; ya no se atreve a apoyarla en la almohada, le duele todo. Trata de ponerse de costado, lanzando un gemido, como cuando su madre venía a despertarle por la mañana: «Vamos, Liang, que ya es la hora».

Es el momento que el asno elige para volver a su tranquilo paso. Liang descansa su cabeza en la almohada: ¿cómo no dormirse ahora, después de haber resistido los furiosos bandazos? ¿No es ridículo revelar su falso sueño con un falso despertar? Por otra parte, nadie le mira.

A través de las tablas desunidas de los lados de la carreta, con los ojos semicerrados, Liang ve desfilar el paisaje. Se oyen ladridos: están acercándose a un pueblo. Es una pobre aldea de chozas de adobe cubiertas de bálago. Como unos grotescos sombreros, los tejados están inclinados hacia el sur, según los vientos dominantes de aquel llano. Las ventanas de papel, amarillecidas por el sol y la lluvia, parecen ojos desorbitados, amenazadores, para ahuyentar a los que vienen de otra parte.

Al salir de una callejuela, aparecen entre dos cabañas, cogidos de la mano, tres chiquillos desnudos y escuálidos. A la luz del sol, permanecen desconcertados un momento; pero la mirada de la gente de la carreta les hace huir lo mismo que han venido: vuelven a sumirse en la sombra de sus chamizos, mientras aparece una vieja andrajosa, que lleva a un niño sobre la cadera y sostiene en la mano izquierda una palangana de barro desportillada, que deja caer. Posada sobre un montón de estiércol, una gallina sumerge su cabeza bajo la paja y muestra su culo, rojo y desplumado.

La carreta se aleja de la aldea. Li, volviendo la cabeza, no puede sustraerse a la contemplación de aquel cuadrado de chozas miserables que parecen haber surgido de la tierra sólo para volver a ella, apoyándose las unas a las otras para sostenerse en su caída.

—¡Qué lugar tan miserable! —exclama Wang.

—Es preciso que un lugar sea pobre para que esto marche —dice Li a media voz, después de un silencio, como si hablase para sí mismo.

«Pobre... Para que esto marche». ¿Qué quiere decir pobre? ¿Y qué es lo que debe marchar? Liang no entiende ya nada. ¿Eso es un pueblo? ¿Van a tener que vivir en un cuchitril como éste? ¿Serán sus compañeros aquellos chiquillos escuálidos, unos esqueletos, casi unos fantasmas? No tienen aspecto de ser malos, pero, entonces, ¿por qué huyen? ¿Qué es lo que hacen? «Miserable», ha dicho su madre.

Demasiadas preguntas. Esas preguntas dan vueltas y más vueltas en la mente de Liang como las ruedas de la carreta. Los campos de sorgo suceden a los campos de sorgo. La aldea ha desaparecido.

Liang se duerme.



—Despiértate, hermano, ya llegamos.

Es la voz aguda de Ling.

Liang se incorpora. Se frota los ojos y bosteza, con la boca abierta. Se estira. Sólo ve un vasto cielo gris. Por un momento se cree en la ciudad. Pero hay en él un silencio que nunca había conocido hasta ahora. Un espacio desierto, una certidumbre de ausencia, algo que se había ido para siempre, dejándole únicamente un asombro. De pronto, recuerda: los pasos del asno, el canto de las cigarras, el chirriar del eje, el juego del sueño fingido. Como una barca que rompe sus amarras, la ciudad se ha alejado. La ciudad le ha abandonado hoy.

—Has dormido bien —dice Li con una sonrisa.

—No vas a dormir esta noche —dice Wang, inquieta.

Liang no responde, observa.

Continúa la misma inmensidad que les ha acompañado hasta ahora en el camino. Pero el resplandor de la tierra bajo el sol, entre el verde y el blanco, se ha fundido en un tinte grisáceo que parece haber absorbido el ciclo privándolo de su luz; sólo subsisten unas formas blandas, unas nubes que pasan sobre los campos de alrededor y se desmoronan, uniéndose a las profundidades de esta tierra estéril. En algunos lugares, grandes capas de sal, con sus cortezas blanquecinas, trazan unos brillos nacarados. En esta inversión del mundo, en la que la tierra absorbe el cielo, en la que el cielo ya sólo es un reflejo, la desolación de los campos aún parece más profunda. A través de la penumbra se advierten, brotando aquí y allá en medio del polvo, unas miserables plantas de sorgo. Más lejos emerge un pueblo, unas siluetas en la bruma, dominadas por la aguja de un campanario que hiende el crepúsculo que cae.

—¿Qué es eso? —pregunta Liang, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Es un campanario —dice el padre.

—¿Qué es un campanario?

—Un campanario es un edificio que sostiene una campana. Y debajo de la campana tiene que haber una iglesia —dice la madre, con su tono de maestra.

¿La iglesia? Liang recuerda un texto aprendido en clase. Es un lugar en donde se encuentra Dios, la religión, los fantasmas, el Gran Señor del Cielo,

todas esas cosas tan alejadas de los hombres. Liang se dedica a observar el campanario que, más gris que el crepúsculo, más alto que las nubes, parece empujar al cielo.

—Mira, es un diez^[1] —declara la niña señalando con su dedo la cruz que remata el campanario.

Al acercarse se ve más claro. En lo más alto del campanario, se descubre una gran cruz de madera, que flota sobre el mar de las nubes.

La carreta comienza a trepar por la ladera que conduce a la entrada del pueblo. El eje chirría aún más fuerte. Li salta al suelo y se acerca al asno para sujetarlo con la brida.

La oscuridad se cierra de nuevo, separándoles de este mundo extraño. A Liang le parece que sus pasos son retenidos por una cadena, como los prisioneros que él veía en la ciudad, en apariencia libres de toda atadura, pero que no podían apartarse ni un paso del camino de su prisión. ¿Qué vigilancia invisible se ejerce sobre ellos, les conduce hacia lo desconocido, que él presiente como una prisión futura?

A Liang le parece oír algo que resuena a lo lejos, en la tierra, un sonido agudo y sin embargo dulce, tres notas altas repetidas dos veces. Un sonido que le parece mágico y que cambia la sustancia del aire y el color de la noche.

Liang se vuelve: nada. Busca por todas partes: nada. Entonces comprende que quizás se deba a sus oídos, apoyados demasiado tiempo sobre la almohada. Los demás no parecen oír nada.

Los chirridos de la carreta llenan la noche devuelta a su densidad. Llegan a lo alto de la pendiente. El asno se detiene.

—¡Mamá, qué bien huele aquí! —dice Ling a su madre.

—Sí, es la hora de cenar en el pueblo.

En la penumbra, Ling ve a un grupo de muchachos y de niñas de su edad, delante del umbral de la primera casa, cada uno con una escudilla en la mano. Comen y se divierten.

A la llegada de la carreta, se detienen para mirarla. Un gran perro amarillo aparece detrás de ellos y gruñe en su dirección. Una niña de vestido rojo viene a calmarle dándole un trozo de pan negro. El perro se apodera de él con un gemido ahogado. La niña sonríe tímidamente mirando a Liang, con una expresión extraña.

En la calle, delante de una puerta cochera abovedada, pueden leerse dos pancartas blancas, una de ellas con caracteres rojos: «Comité Comunal del Partido Comunista Chino»; la otra, con caracteres negros: «Comité de la Comuna Popular de Xin-Zhuan».

Desde el umbral, un grupo de hombres que esperaban se adelanta hacia ellos, antes de que la carreta se inmovilice. A la cabeza del grupo, un hombre alto y corpulento, de unos cincuenta años. Una barba negra le devora el rostro hasta los brillantes ojos. Lleva un traje campesino de tela cruda, compuesto de una especie de guerrera sin mangas y de un amplio pantalón ceñido a la cintura por un cordón. Toma la mano de Li como la de un hermano largo tiempo ausente.

—Debe de estar fatigado, prefecto Li. Yo soy Zhao Jia Lu —dice con voz fuerte, con una sonrisa, como si sintiese la mayor felicidad de su vida.

Sorprendido por esta voz poderosa, Liang se estremece. Los ojos del hombre brillan en la sombra.

—Siento mucho haberles hecho esperar —dice Li estrechándole la mano.

—Le presento a la camarada Song, responsable de las mujeres de la comuna y miembro del comité.

Li estrecha también la mano que le tiende tímidamente la mujer, con la sonrisa en los labios, mientras farfulla algunas palabras de cortesía. Después, aproximándose a la carreta, toma las manos de Wang y las sacude un buen rato. Enseguida trata, ceremoniosamente, de limpiar el polvo de sus hombros y coge en sus brazos a Ling. Las dos mujeres comienzan a charlar.

—Liang, ven a saludar a tus tíos —dice Li a su hijo.

Liang no ha tenido tiempo de saltar al suelo cuando el gigante Zhao Jia Lu le ha tomado en sus brazos. Liang se siente invadido por un fuerte olor a tabaco. Mira estos rostros inclinados hacia él, como en un corro, como en una canción lejana, una canción olvidada cuya melodía reconoce sin comprenderla, como el eco de otro eco, anterior a lo que él conoce y del que no tiene ningún recuerdo... Además, están esos rostros que no puede contar, repitiendo como una sola voz el mismo estribillo: «Qué muchacho tan guapo...». Una voz ha atravesado los campos, el polvo del llano, la luz turbia del sol, una voz que le rodea y le lleva, y él quisiera responder: «Tíos», pero no puede, la voz es demasiado fuerte, demasiado dulce la canción que le acuna. Se hace de noche. Hay que dormir. Va a dormir. Sueño antiguo, anterior a la ciudad. No puede responder: «Tíos». La palabra gruñe en él, como la tormenta, como el río durante las crecidas de la estación de las lluvias.

—Será mejor que os instalemos. Ya veremos lo demás después —sugiere la voz.

—Ya lo tengo todo arreglado —continúa Song—. Vivirás en la escuela donde trabaja mi hermana Wang. Le he pedido que prepare un rincón. Es

tranquilo, y está cerca de tu trabajo. La cantina de los maestros te evitará tener que hacer la cocina. Vamos a verlo.

Liang ve a su padre que estrecha nuevamente las manos que se tienden hacia él. Li coge otra vez la brida del asno y lo dirige, siguiendo las indicaciones de Song, por una callejuela cercana a la iglesia.

Es casi de noche. Todo duerme en el pueblo. Sólo resuenan los pasos del asno a lo largo del muro que rodea la iglesia. ¿Qué hay detrás de él, por qué resuenan tanto?, se pregunta Liang. Nunca este asno ha hecho tanto ruido. ¿Es el asno?, ¿es el muro? Las cálidas voces ya se han ido, sólo queda ese ruido de pasos. Liang levanta la cabeza. Se ha despertado. Distingue en la oscuridad unas altas ventanas en ojiva. En medio de las pobres casas de los campesinos, la iglesia parece gigantesca. Liang tiene miedo. ¿Qué espíritu habita en este lugar extraño y sombrío? ¿Quién les observa detrás de esas vidrieras? ¿Va a surgir, tal vez? O no surgirá nunca, sino que se quedará allí, acechándoles en la sombra.

—¡Qué iglesia tan grande!

—Sí, es grande —dice Song.

Aminora el paso y toma la mano de Liang.

—Era una iglesia construida por los franceses. Antes. No ahora. Allí, antaño, los reaccionarios extranjeros envenenaban a nuestro pueblo con la religión para dominarle mejor. Hoy la hemos convertido en la sede del comité del Partido. Allí se reciben las directrices del Partido y desde allí se dirige la Revolución en la región.

Liang hace un esfuerzo para seguir el discurso de esta mujer. Esas palabras le resultan familiares. Las ha oído en la escuela, durante la clase de moral. La voz está llena de autoridad. Esta mano que aprieta la suya tiene el mismo calor que las otras manos. Y sin embargo, algo le molesta: un movimiento seco y sorprendente, una presión que ella ejerce, al ritmo entrecortado de sus palabras. «La iglesia ya no existe», dice, y él siente por tres veces esa presión en su mano. Es muy molesta.

Tímidamente, Liang trata de liberarse de esa influencia demasiado fuerte. Pero la mujer aprieta más fuertemente aún. Él levanta la cabeza para ver mejor el rostro de esta desconocida camarada de su padre. Está muy oscuro. Liang adivina el contorno de la cabeza. Le parece alejada de ese cuerpo macizo que evoluciona cerca de él en la sombra, pesadamente; de las anchas caderas que se balancean a su lado; de esos muslos, masas de carne que le rozan en cada zancada: siente su calor tibio y su olor acre, un poco dulzón, repulsivo. Los pies que él no ve marcan firmemente cada paso.

Los pies, la mano que le aprieta, esa voz de alto timbre, tres órganos desmesurados de un cuerpo que desaparece en la noche. «Expulsados... nuestra gloriosa Revolución... el Gran Salto hacia Adelante...», el discurso de la mujer continúa. Liang cierra los ojos: el olor es demasiado fuerte. Tropieza. La mano le sacude, desarticulándole el hombro.

—Vamos, pequeño, te estás durmiendo... Ya llegamos.

—¡Tengo hambre, mamá! —grita también Ling.

—Ya llegamos —dice la madre, que la lleva en brazos detrás de ellos.

—Dámela, tú estás cansada.

Song suelta la mano de Liang, coge a la niña, la pone en su espalda y dice:

—Ling es tan valiente como su hermano. Bueno, es más valiente que él, porque él es mayor que tú, ¿no es verdad?

—¡Sí, tía Song! —exclama Ling con una voz muy clara.

Así que ella ya la conoce..., piensa Liang. Fue mientras los hombres hablaban. Ling no tiene miedo de nada. No reflexiona.

—¡Qué lista es esta chiquilla!

Song la besa, probablemente muy fuerte, porque Ling emite una risita de cariño.

Liang camina solo ahora, detrás de la carreta. Tiene un poco de miedo en la oscuridad. Está cansado, pero al fin libre de aquel puño cuya huella conserva su mano. Despliega sus dedos crispados, mueve el hombro.

Camina a lo largo de unas casitas bajas. En cada ventana iluminada por un débil resplandor rojizo, aparecen las sombras de unas personas que se agitan: una cabeza redonda chupando de una pipa de largo tubo, otra con moño y llevando un rodete, otra con una nariz cabalgada por unos lentes y aplicada en su labor de costura, bajo la lámpara, junto a la ventana. Imagen de un pueblo que entra en la noche.

—¿Sabes, hermana? —dice Song—. He estado pensando. Vosotros venís de la ciudad, de una vida muy diferente a la nuestra, en la que se tiene todo lo que se puede soñar. Habéis renunciado a aquello para venir aquí, para ayudar al prefecto Li a hacer con nosotros la Revolución en este lugar perdido. Yo debo consideraros como de mi familia. Vuestras dificultades serán las mías. Tengo una madre con muy buena salud pero que ya no tiene nada que hacer. Ya no va al campo. Si os parece bien, yo podría pedirle que cuidase a vuestra niña. Se entenderían muy bien, estoy segura de ello. Y de ese modo, podríais trabajar tranquilamente.

—¡Qué buena idea! —dice Wang—. Eres realmente mi hermana. Desde que supe que teníamos que venir aquí, no ha dejado de preocuparme ese

problema. ¡Si la abuela quiere cuidar a la pequeña sería un gran alivio para nosotros!

—Naturalmente, la pagaremos como es debido —dice Li.

—¿No hay jardines de infancia aquí? —grita Ling con su tono agudo e indignado.

Song dice precipitadamente:

—Ya verás, en casa de la abuela Song estarás mejor que en un jardín de infancia. Te vestirá de rojo, te dará de comer hojuelas y te contará muchas historias; revolucionarias, desde luego.

—¡Quiero ir a casa de la abuela Song, quiero que me cuente historias revolucionarias! —dice Ling batiendo las palmas.

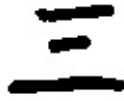
La carreta se detiene delante de un portal entreabierto.

La escuela. En un vasto patio enarenado está reunido un grupo de hombres, alrededor de un farol cuya llama desigual proyecta sus sombras sobre la fachada ocre de un largo caserón destartado. Song grita algunas palabras. Dos hombres se precipitan para abrir los dos batientes de la puerta. Li comienza a descargar la carreta. Song ha llamado a los maestros que viven en la escuela para que transporten los equipajes y ayuden a la familia Li a instalarse en la habitación que ella les ha destinado en una esquina del patio y cuya parte trasera da a un campo de sorgo.

Cuando el equipaje está en la habitación, Song propone:

—Prefecto Li, creo que tendréis hambre. Vamos a cenar. Después podréis instalaros.

La familia Li entra en la cocina, una vasta pieza de tierra apisonada. Una bocanada húmeda y rancia llega a la garganta de Liang. Él respira, dejando entrar en su nariz un continente de olores nuevos. Sabe que ha llegado allí para mucho tiempo. Y se da cuenta de que tiene hambre.



Cuando Liang está acostado, después de un camino tan largo, de tantas fatigas, de tantos traqueteos, de tantos esfuerzos para comprender, se encuentra en una posición favorable y tranquila, encogido sobre sí mismo, para meditar sobre los acontecimientos de la jornada. Unos acontecimientos tan considerables de los cuales, con su tierna inteligencia, debe sacar una o dos conclusiones, mientras reposa abandonándose al olor que emana su vieja manta de algodón, que nunca se ha separado de él desde su nacimiento.

Necesita encontrar un nuevo sueño, restablecer su imperio sobre esa parte infinita de sí mismo que encontraba cada día al irse a dormir, como la cara oculta y el secreto del mundo.

Este gran viaje, desde la ciudad a este pueblo miserable, es también un viaje lejos de sí mismo, una conmoción de su ser, casa familiar que el tiempo ha edificado en sus costumbres íntimas. Construcción de ensueños, imágenes, visiones, seres próximos, ritmos de juegos y de tareas, de risas, de llamadas, de palabras convenidas, ese paisaje interior en el que se reconocen su mente y su cuerpo, en el que se equilibran sus vigilias y sus sueños, de repente trastornados, dispersos. Debe reconstruirlos. Es su persona misma, su historia, lo que se deshace súbitamente como en el desparramamiento de aquellos hormigueros que él antes destruía con un bastón para divertirse en el patio de su casa. Las hormigas, desorientadas, giraban en todos los sentidos, igual que habían corrido, alocadas, sus ideas a lo largo del viaje.

Ni vigilia ni sueño. En las profundidades de su ser se ha parapetado un yo distinto, que se ha agazapado, ocultado en la somera de su consciente con el fin de salvar el equilibrio de su vida. Su madre tenía razón: Liang no tiene nada de sueño, pero no por haber dormido durante el viaje, por haber dormido con aquel falso sueño del cuerpo con el cual ha descubierto su desconcierto, un verdadero sueño del alma no preserva su tranquilidad.

Pasea su mirada de un extremo a otro de aquella habitación desconocida, apenas iluminada por la luz de una lámpara de aceite, y que se ha convertido en este instante en su propia habitación. Es un cuarto exiguo cuyos dos tercios

están ocupados por aquella gran cama en la que debe dormir toda la familia. El sitio de Liang está en el lado de la pared.

Detrás de aquella pared, ¿qué hay? Liang no lo sabe. En lo más alto de ella se adivina una ventana cuadrada por la cual la noche, con el silencio, entran en la pieza.

Su madre sí que debe de saber lo que hay detrás. Wang va y viene alrededor de la cama, ordenando sus pertenencias. Cuando pasa por delante de la lámpara de aceite, la habitación se sumerge en la oscuridad y Liang sólo ve su silueta rodeada por un halo dorado. Podría preguntarle, pero prefiere saberlo por sí mismo y no por los demás. Podría levantarse, encaramarse con sus brazos hasta la ventana y echar una mirada. Así lo sabría todo. «¿Qué es lo que haces?», diría su madre con ese tono de reproche que él no soporta. Lo que Liang emprende sin haberle pedido permiso es anormal para ella. Será mejor esperar. ¿Y si saliera un momento?

A su lado, duerme su hermanita, haciendo de vez en cuando un pequeño ruido de succión. En su sueño, la niña debe de estar comiendo las hojuelas de la abuela Song, o acaso se ve a sí misma convertida en hojuela.

Y Song... Liang cierra los ojos y vuelve a recibir el olor cálido de aquella mujer ayer desconocida y a la que hoy debe llamar «tía». Es amable, aparte de lo que acaba de hacer: «Prefecto Li, si te parece, podemos tener una reunión en cuanto cenemos». De este modo, Song le ha quitado a su padre, desde la primera noche, en aquel lugar desconocido.

—Por supuesto, por supuesto. Tenemos que ver juntos tantas cosas...

Li ha dudado, imperceptiblemente, antes de aceptar. Liang sabe muy bien que, en el fondo, no quería abandonar a su familia, pero sólo él lo ha podido advertir. La causa del Partido, la Revolución, son antes que todo lo demás. Sus padres se lo habían repetido muchas veces. Si no existiera el Partido, él no habría tenido a su padre y, por consiguiente, no habría tenido familia. Por la causa del Partido, Liang debe aceptarlo, siguiendo en silencio, con una mirada afligida, a su padre que se va.

—¿Cuándo volverá papá?

Se le ha escapado esta pregunta, casi sin darse cuenta.

—Muy tarde, seguramente... —dice Wang dejando su tarea por un instante. Le mira, lanza un suspiro—. Tienes que dormir. Mañana hay escuela.

—Pero si no puedo —dice Liang.

—Es el cambio de cama. Además, has dormido demasiado por el camino. ¡Inténtalo!

—Sí mamá.

Liang se calla. Por la ventana entra la noche; fluctúan el azul, el gris, una sombra un poco verde que asciende, en el límite del círculo que reptaba temblando desde el suelo, alrededor de la lámpara de aceite, en el ángulo de la pared, hasta el antepecho de la ventana. La noche no tiene color. Se traga esos matices confusos. No hay verdaderamente noche. Liang fija intensamente su mirada sobre la boca de sombra de la ventana: unos resplandores indecisos, arcos efímeros, estrellas minúsculas enseguida desaparecidas, trazos rotos, polvos inestables, van y vienen por delante de sus ojos. Ve danzar las rodadas de la carretera. Cierra los párpados, aprieta sobre ellos los puños para que broten gavillas de estrellas, extrañas lunas redondas, que se deslizan y se escapan como cometas, como dragones, haga lo que haga, en un azul cobalto más oscuro que cualquier noche.

—¡Liang, tienes que dormir!

Liang suspira. ¿Por qué tiene que intervenir siempre su madre en el momento más interesante? Delante de su padre no dice nunca nada, a no ser para aprobar. Pero delante de los niños, es otra cosa: nunca un placer inocente, las reprimendas... Debes dormir, porque es de noche, porque mañana tienes clase, porque mañana será de día, porque, porque..., por mil razones. Pero mis razones, mil razones también, más de un millar, ¿quién las tiene en cuenta realmente?

¿Por qué han cambiado la ciudad, donde vivían tan felices, por este lugar desconocido? Song lo ha dicho: «Para hacer la Revolución». ¿Qué Revolución? ¿No ha hecho ya su padre la Revolución en la ciudad? Y los amigos de la ciudad, ¿qué dirán mañana cuando no le vean en la escuela? Y aquí, ¿qué amigos tendrá? ¿Aquella chiquilla de pantalón rojo que reñía a su gran perro amarillo? ¿Será amable la maestra? No encuentra en su mente ni una imagen, ni una idea, ni un lugar estable donde detenerse para, partiendo de allí, considerar el futuro: lo mismo que el arbolito que ha sido trasplantado para meterlo en un agujero desconocido, Liang busca un puñado de buena tierra para hundir en él su primera raíz.

Su madre da vueltas en aquella habitación hostil y no parece saber dónde colocar sus cosas. Luego se detiene, con una prenda de Liang en la mano, y se deja caer en una silla casi desprovista de paja en su asiento. Acercándose a la lámpara de aceite, comienza a coser. La luz es muy débil. Wang se inclina todo lo que puede para ver mejor. Su sombra invade el cuarto, envolviendo a Liang.

—¿Por qué no instalan la electricidad? —dice Liang a pesar suyo.

—Todavía no la tienen. La ciudad está lejos. Pero algún día la tendrán.

Liang recuerda el día en que, en su casa de la ciudad, fue instalada la primera lámpara eléctrica. Su madre hizo varios buenos platos para el electricista. En medio de la comida, su padre se levantó, apagó la bombilla y encendió de nuevo la lámpara de aceite.

—Ésta es la oscuridad en la que siempre hemos vivido. Hoy, gracias a la Revolución, gracias al Partido, tenemos esta claridad, conocemos esta felicidad.

«Gracias al Partido», se dice Liang desde entonces cuando acontece algo feliz. ¡Probablemente es cierto! Es necesario que su padre venga aquí a hacer la Revolución, que se sacrifique por estos campesinos.

—¿Para qué hemos venido aquí? —dice, sorprendido él mismo por la pregunta. Siempre se atreve a hacerla abiertamente después de haber encontrado la respuesta.

—Tu padre acaba de ser nombrado jefe adjunto del distrito —le responde su madre con una voz muy suave.

—Pero esto no es más que un pueblo.

—Sí, pero es el lugar más pobre y más difícil de administrar del distrito. Por eso se necesita a alguien en quien el Partido tenga confianza. ¡Por eso han elegido a tu padre!

«¡El Partido confía en mi padre más que en nadie!». Liang sonríe en la penumbra. Recuerda que el otro día, en la escuela, unos compañeros discutían: «Mi padre entró en el Partido antes que el tuyo». «¡Sí, pero el mío es jefe de distrito!». Hoy, Liang podría decirles: «¡El Partido confía en mi padre más que en nadie!».

Y vagamente, para sí mismo, comienza a cantar esta canción que le enseñó su madre cuando era muy pequeño:

Cantemos para el Partido;
el Partido es mi madre.
Una madre no hace más que traer al mundo un
cuerpo,
pero la gloria del Partido
ilumina todo mi corazón...

Pero he aquí que, fuera, en la noche, se oye una voz dulce y clara, lejana y próxima, aguda y profunda. Tres veces.

Liang se duerme.

四

Deslumbrante, un rayo de sol, vibrando en el polvo, atraviesa la ventana y se inclina, columna ladeada de luz, delante de los ojos de Liang. Antes de que lo recuerde, aquel resplandor reaviva en él la quemadura de un arrancamiento: la ciudad y los amigos están lejos. La ciudad ya no está; y él está aquí. «Gracias al Partido». La canción revolucionaria, la confianza del Partido, el pueblo: todo esto vuelve a su mente, atravesando la pantalla del sueño, para recordarle su soledad. El prefecto Li, tu padre, es un héroe de la Revolución, y tú, Liang, ¿dónde has dejado tu camita? «Una gran prueba de confianza..., una tarea estimulante...». Liang se incorpora y mira, en la gran cama, el sitio vacío de su padre.

—¿No volvió papá anoche?

Su madre da vueltas por la habitación y prepara el desayuno.

—Claro que sí. Pero ha salido muy temprano esta mañana. Anda —dice Wang, depositando sobre la cama unas ropas bien dobladas—. ¡Vístete! También tú tienes que levantarte. Ponte esta ropa que te he preparado. Tienes que causar una buena impresión en tu nueva escuela.

Liang permanece inmóvil, sentado bajo su manta, mirando fijamente la de su padre, ya recogida.

—¡Levántate, Liang! —le dice su madre en tono suplicante.

Ella le mira, casi con miedo, piensa Liang, mientras llena de arroz un gran tazón. Liang pone mala cara y vuelve sus ojos hacia su madre, para rehuir enseguida su mirada. Comienza a vestirse de mala gana. Mete una pierna en el pantalón y se detiene: en la ventana aparece un paisaje deslumbrante.

Como un alegre ejército llevando sus banderas, como un mar recorrido por una larga onda verde, con escasas cabañas como pequeñas barcas amarillas que aparecen de trecho en trecho medio enterradas, rodeadas de mil relámpagos, un campo de sorgo extiende sus surcos bajo el sol ascendente. Con los párpados entrecerrados, Liang divisa, emergiendo de la luz, cada uno precedido de un búfalo amarillo, a unos campesinos que tiran de sus carretas. Por encima de ellos se estira una franja de nubes estriadas desde el este hasta el oeste. En algunos lugares, tal como peces cogidos en las mallas, brillan los reflejos de un cielo nacarado. Más cerca de él, en el lindero de los campos, unos sauces llorones de torcido tronco despliegan su leve cabellera en el

viento de la mañana. Parecen llamarle. Liang abre la ventana. El canto de los pájaros y el aire vivo penetran en el cuarto.

—Te entretienes mucho con tu pantalón —gruñe la voz de Wang.

Liang no la oye. Su pierna izquierda sigue desnuda.

—¿Qué hay ahí? —dice la pequeña Ling, que se ha despertado.

—Es verdaderamente bonito.

—¡Yo también quiero mirar! —grita su hermana que, toda desnuda, se aferra a la pierna de Liang.

Liang coge a su hermana en brazos e intenta, en vano, levantarla hasta la ventana.

—¡Quietos u os doy una tunda!

Esta vez, la madre está enfadada. Liang se viste a toda prisa.

Sabe que es tarde. La escuela está llena de gritos de niños, de ruidos de mesas y de bancos, de llamadas de maestros y de canciones: el ritual de la reanudación de las clases. Excitado por aquel ruido, Liang se lava apresuradamente la cara, coge el tazón de arroz hervido que le ha preparado su madre y lo vacía de cuatro bocados tan rápidos que está a punto de ahogarse. No importa, tiene que reunirse con sus amigos... Pero no, estaba a punto de olvidarlo... Tiene que reunirse, no con sus amigos, sino con un mundo nuevo... Tiene que enfrentarse con aquellos aldeanos... Ante esta idea, le parece que su cuerpo se pone rígido: ve esas miradas curiosas, estúpidas, esos pequeños ojos negros pestañeando sin cesar y que no saben rehuir la mirada de los demás.

Finge buscar algo para tardar un poco más, para ganar tiempo y cobrar ánimos.

—Toma, no olvides esto —dice su madre entregándole su pañuelo rojo—. El primer día hay que causar una buena impresión, es muy importante.

—«¿Por qué es rojo el pañuelo?» —canturrea Liang mientras se pone el pañuelo delante de un espejo:

¿Por qué es rojo el pañuelo?

Está teñido de sangre de los mártires revolucionarios.

Es una esquina de la bandera roja.

Llémoslo como dignos sucesores de la Revolución.

Somos los herederos del comunismo...

—¡Vamos! ¡Date prisa! No hay que llegar retrasado el primer día —dice Wang empujándole afuera.

Liang se encuentra en el patio. A la puerta de la clase, su maestra le espera. Le ve acercarse.

Liang se aproxima, a pesar de que sus piernas no quieren llevarle, a pesar de los latidos de su corazón.

—¡Li Liang! —la maestra le coge de la mano—. Ven, te presentaré a tu clase.

Y le conduce hasta el estrado, colocándole de cara a los alumnos. Con la cabeza baja, rojo de vergüenza, Liang sólo oye los latidos de su corazón.

La presentación ha terminado.

—Anda, Liang, siéntate —dice la maestra indicándole el único sitio vacío, al lado de una niña de pálido rostro.

Liang se atreve a mirar a la clase. Todos los ojos están fijos en él. Después de una duda, descuelga la cartera de sus hombros y se dispone a sentarse.

—¡No! —dice la chiquilla—. ¡No quiero que te sientes aquí!

—¿Por qué? —dice la maestra.

—Porque no quiero —repite la chiquilla. Y luego, conteniéndose, con un tono más suave, casi desolado, añade—: No, si se sienta me voy a mi casa.

Murmullo en la clase, risas ahogadas. La maestra no insiste y pide a dos muchachos que vayan en busca de otra mesa y otro banco para Liang. Cuando los dos muchachos salen, Liang se refugia en el fondo de la clase. Cuando vuelven, traen una vieja mesa carcomida y un banco; muebles desarticulados, probablemente desechados. Una pata se suelta y la mesa se cae. La clase ríe. Liang mira sus pies.

Los dos muchachos ponen la mesa en equilibrio, a fuerza de patadas y de golpes de ladrillo. Finalmente, consiguen mantenerla en pie, junto a su banco. Liang se sienta con grandes precauciones.

La clase comienza. Hay unos cuarenta alumnos, divididos en dos grupos: unos ya saben leer y escribir un poco, los otros no saben nada. La maestra explica para los dos grupos a la vez. Liang se siente solo entre aquellos cabezotas. En su desamparo, recuerda, fascinado, la mirada de aquella chiquilla que no quería nada con él. Sólo puede ver su nuca, con los cabellos implantados muy abajo, y las dos pequeñas y delgadas trenzas que ella sacude con un movimiento de cabeza. Liang observa la suciedad de los niños que le rodean, sus maneras toscas, sus cabellos amarillentos, su tez macilenta, su rostro descompuesto y sus miembros enclenques. Comienza a pensar, hablándose a sí mismo y a sus amigos de la ciudad.

Durante el recreo, espera a que todos hayan salido y se desliza hacia los retretes, que se encuentran fuera. Cuando descubre los agujeros cavados en el mismo suelo, rodeados de paredillas de tierra apisonada, siente tanto asco que se le quitan las ganas. Unas moscas grandes y velludas zumban entre los

excrementos, y en sus oídos, ese zumbido apesta. Cierra los ojos, contiene la respiración y orina todo lo aprisa que puede, pensando que él también contribuye a ese hedor. Sale a reculones, sin atreverse a dar la vuelta, y recobra la respiración.

—¡Quieto!

Una voz brutal, que suena a su espalda, le hace estremecerse.

Se vuelve y ve a un muchacho alto y delgado que le mira malvadamente. Trata de alejarse.

—¡Quieto!

Liang reconoce a uno de los alumnos del segundo grupo, que no ha cesado de mirarle durante la hora de clase.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —dice el otro, acercándose a Liang, que siente su aliento en la cara.

Con un gesto rápido, coge el pañuelo rojo y tira de él violentamente. La sacudida sobresalta a Liang.

—¿Por qué llevas eso?

—Esto... esto es el pañuelo rojo de los jóvenes pioneros comunistas.

El muchacho no da señales de haber comprendido. Tira cada vez con más fuerza. Parece estar trastornado por aquel pañuelo rojo que tiene entre las manos y que mira con los labios arremangados, los dientes apretados y los cabellos revueltos. Trata de cobrar ánimos para decir algo.

Liang dice ahogadamente:

—¿Qué te pasa?

—Es el signo del diablo rojo... —dice el muchacho reventando de rabia.

—¿El diablo rojo?

—Sí, el enemigo de Dios. Y te aviso: ¡no quiero ver eso mañana!

Liang descubre a su madre, que atraviesa el patio. Ella les ve:

—¿Qué hacéis ahí?

El muchacho suelta a Liang, baja la cabeza, no se atreve a mirar a Wang. Liang advierte que sus dedos tiemblan.

—Jugamos —farfulla el muchacho.

—¿Qué sucede? —pregunta Wang con aire de sospecha.

—Nada —dice también Liang—, nada, estamos jugando.

—Estáis jugando... —Wang mira la mano del muchacho, que éste no sabe cómo ocultar, el pañuelo rojo arrugado y el cuello rojo de Liang.

—¡Sí, estamos jugando! —dice otra vez Liang con un tono cansino, un poco enfadado por la duda de su madre.

El muchacho le lanza una mirada agradecida.

Wang los observa un momento más y, luego, lanzando un suspiro, dice con voz suave:

—Hay que jugar con mejores modales.

Los deja y entra en su propia clase.

Los dos niños permanecen inmóviles, mirándose el uno al otro, y parecen aliviados.

—De verdad —dice el muchacho alto— que, desde mañana, no debes llevar eso. El diablo rojo...

Liang le lanza una mirada interrogativa. El otro baja la cabeza y, con aire casi apenado, y con un tono forzado, murmura: —Escúchame, no lo lleves puesto... Si no, será mucho peor. Liang siente una especie de piedad por él.

La vieja campana herrumbrosa suena en medio del patio. Este tintineo, este ruido ronco, se parece a una voz de mujer vieja, desgarrada por los muchos años.

Los dos niños se miran una vez más y entran en clase.

五

Rojo, rojo, rojo...

La vieja campana herrumbrosa ha sonado de nuevo. Tres veces, lentamente. Los niños se han dispersado gritando, como huyendo de una prisión. Liang se queda solo y, dentro de su cabeza, da vueltas el sonido salvaje de la campana. Tres veces, muy próxima, salida de él mismo, llena las paredes de su cabeza ahora convertida en las paredes de hierro de una campana herrumbrosa.

Encima del campanario de la iglesia, el sol se ha detenido como un disco de hierro al rojo vivo sobre el yunque.

«Rojo. Diablo rojo. Diablo rojo...».

¿Se ha vuelto peligroso mi cuerpo? ¿Tendré miedo de mi propio cuerpo? Árboles abrasados, hierbas secas, carretera amarilla, horizonte huidizo. Una campana herrumbrosa suena en el poniente. Extraño país.

Nadie en quien confiar. Un círculo, un simple círculo en la tierra donde refugiarse. ¿Debo temer a mi propio cuerpo? ¿Quién trazará un círculo en mí? Una morada infranqueable donde el diablo rojo no entrará... Pero el diablo rojo, ese diablo rojo, soy yo...

Liang cuenta sus pasos. Con la cabeza baja, se esfuerza en colocarlos regularmente en la arena del patio, apretando con el fin de dejar marcada su huella. Cuando llega ante la habitación, se da la vuelta: sus pasos trazan un camino muy recto, desde la puerta de la clase. «Diablo rojo...». Al pensar en él, una bocanada inunda su pecho y sube a su boca, como un trago de té demasiado caliente.

Desde el umbral de la puerta, contempla el patio. El canto de las cigarras, los rayos de sol, le rodean y se apoderan de él. Está preso en la luz excesiva del sol poniente. No se atreve a moverse: las cigarras, con su canto, le habitan. Su cuerpo se vacía. Hay que ahuyentar este estrépito.

Se estira, extiende los brazos, vuelve la cabeza y, entrecerrando los párpados para dejar únicamente en la luz una estrecha abertura, mira al sol que enrojece en el patio a través del follaje de un álamo.

Es allí donde están las cigarras. Avanza hacia el árbol, colocando los pies en las huellas de sus pasos. Al aproximarse, las cigarras se callan. Liang bosteza delante del sol, delante del árbol.

Está libre, después de una jornada de trabas, con esa inquietud que le muerde el corazón: Diablo rojo.

—¡Liang! —llama Wang.

Liang, reemprendiendo por tercera vez el camino trazado por sus pasos, va a reunirse con su madre. De nuevo encuentra el frescor en la oscuridad de la habitación, deja su cartera, lo mismo que siempre, pero también su pañuelo.

—Mamá, ¿qué es el diablo rojo?

—¿Quién te ha hablado de eso? —le pregunta Wang mirándole fijamente.

—Nadie... —suspira Liang—. Los niños... en la escuela...

Se calla. Wang continúa mirándole. Le dice a su hijo:

—No existe el diablo rojo, Liang. Es un insulto de los campesinos atrasados para nosotros, los revolucionarios, los comunistas. No debes creerlos.

Una mosca da vueltas por la habitación, una gran mosca verde que le roza. Quizás venga de ese lugar asqueroso.

—Nada de lo que dicen es verdad.

Wang abre de par en par la puerta para sacudir una chaqueta. Penetra la luz amarilla del sol. La mosca verde y velluda escapa. El polvillo danza silenciosamente a su alrededor. Wang vuelve a cerrar la puerta.

—¿Por qué te quitas el pañuelo?

—Es que... Hace demasiado calor.

No es verdad, Liang miente. Hoy no hace el calor de ayer. Hay sol, pero hace fresco; ha debido de llover en alguna parte.

—¿Han ido las cosas bien en clase?

Liang no responde en el acto. Sabe que debe observar una gran prudencia ante su madre, pesar sus palabras. Con ella, todo lenguaje es un doble lenguaje, un intercambio peligroso, lleno de sorpresas, donde a lo que se dice se añade lo que ella comprende. Porque ella no necesita palabras para darse cuenta. Conoce a Liang tan bien como a una parte de su cuerpo. ¿No es ese cuerpo el que lo dice?

Sus preguntas, y las respuestas que ella sabe que obtendrá, forman un camino que Wang abre en él para llegar al fondo de su corazón.

—Sí, no demasiado mal. No están fuertes —dice Liang con aire despegado, saliendo de la habitación de puntillas.

Su mano se posa en el pomo de la puerta.

—¿Adónde vas?

Liang tartamudea:

—Voy a jugar.

—Será mejor que no salgas de la escuela. No conoces este lugar.

—Claro que no saldré. ¿Con quién voy a jugar? No conozco a nadie.

Wang lanza una penetrante mirada sobre Liang y, sin decir nada, continúa corrigiendo los trabajos de sus alumnos.

Así es como Liang, en la tarde de este primer día en el pueblo de Xin-Zhuang, puede dejar a su madre.

Con la cabeza levantada hacia el cielo y los ojos semicerrados, comienza a dar vueltas alrededor del álamo blanco. La luz, tamizada por el tembloroso follaje, se desparrama como las perlas en la mano del Gran Rey Sun, el Rey Mono. Manan de sus dedos millares de perlas mágicas. Él le reconoce: es Sun, el mono, que ha visto en una película, con su padre, una noche en la ciudad.

—¿Qué quieres, pequeño Liang? Yo soy el Gran Rey Sun. Dime lo que quieres, pequeño Liang.

—Gran Rey Sun, Gran Señor Mono, tengo miedo del diablo rojo...

—Gira, gira, Liang, pero no salgas del círculo que yo he trazado a tu alrededor con mi bastón mágico. El Diablo no puede nada contra ti. ¡Pero si sales, ten cuidado! El Gran Diablo tiene deseos de tu carne y el Gran Diablo te comerá. Tomará tu apariencia y dirá: «Yo soy Liang, hijo de Li, hijo de Wang, ése soy yo». Gira, Liang, pero no salgas del círculo que yo he trazado a tu alrededor con mi bastón mágico.

Liang gira alrededor del álamo blanco, poniendo sus pasos en los pasos del sol, siguiendo el bastón mágico. ¿Le observa su madre detrás de la puerta de la habitación? «Será mejor que no salgas, es un lugar que no conoces».

¿Qué debe hacer? Dar vueltas alrededor del árbol. Tal vez se cansará de mirar. Entonces, por ejemplo, podrá intentar salir, saber lo que hay fuera, ver esa misteriosa iglesia con su aguja coronada por la cifra «diez» de madera. ¿Quién sabe?

La cabeza le da vueltas. Liang se deja caer al suelo. Nadie le ha visto. Una sombra invade el patio. Una nube eclipsa el sol. Las cigarras se callan. Liang coge una piedra y la lanza sobre el álamo. Caen algunas hojas. «Será mejor que no salgas». Las palabras de su madre suenan de nuevo. Si sale, ¿caerá el cielo sobre su cabeza? ¿Tal vez no podrá encontrar el camino para regresar? Es un pueblo. No hay más que una escuela. Todo el mundo se conoce.

Diablo rojo... ¿Y si se encuentra con aquel muchacho alto y delgado, o con otro más alto todavía que le pegue contra la pared? Eso no es posible. Se ha quitado el pañuelo rojo, la señal del Diablo, pero ¿de qué diablo?

«Será mejor que no salgas». La frase de su madre está aquí, como siempre, a su alrededor, círculo mágico, límite de su campo de acción. «Desobedecer a los padres es fabricar disgustos». El dicho que su madre le ha repetido mil veces viene a su memoria, redobla la prohibición. ¿El bastón del Rey Mono es una ley más sensata?

—Liang, ¿está tu madre en casa?

La voz del hombre le produce un sobresalto. Es el joven director de la escuela.

—Sí, está allí.

El muchacho entra en la casa sin llamar y Liang oye, por la ventana, los cumplidos que intercambia con su madre.

Da una vuelta más alrededor del árbol y, ocultándose detrás de una pared, se dirige hacia la puerta.

Con un pie en el umbral y otro en la calle, no se atreve a dar el paso. Vuelve la cabeza una vez más para asegurarse de que puede batirse en retirada. Fuera, abre mucho los ojos. Todo está tranquilo; el pueblo está sumido en una especie de modorra, abrumado por el sol. Las casas parecen aún más bajas que ayer y, aplastadas por la luz, se apoyan unas en otras, despojadas del misterio que en la víspera les daban la noche y sus ruidos.

Al otro lado de la carretera, el agua del estanque cuya orilla recorrieron, bajo la cruda luz, es de una suciedad repugnante, turbia y amarilla como la orina de un caballo. Su superficie, a veces musgosa, es recorrida por las arañas de agua, que, con sus largas patas encorvadas, se precipitan, dejando tras ellas un surco fugaz. Un viento tibio sopla sobre su rostro, a bocanadas, un olor de fango.

Liang se detiene un momento delante de la puerta de la escuela, esperando que el aburrimiento le llegue. Busca la iglesia, pero queda oculta por la casa vecina. Tendría que dar algunos pasos para rodear esa pared.

Todavía duda cuando oye que vienen de ese lado unos gritos de niños. Liang se aventura, da algunos pasos y descubre, al volver la esquina, delante de la iglesia, un grupo de muchachos de su edad, cinco o seis, que gritan y agitan los brazos como las alas de un águila. Con la cabeza inclinada hacia el suelo, echados hacia adelante, parecen perseguirse o azuzar a algún animal para que corra más rápido y más lejos.

Liang avanza prudentemente. Cuando ve que el muchacho a quien teme no está en el grupo, se dirige hacia ellos con un paso más firme.

A su llegada, los niños dejan de jugar y le lanzan unas desconfiadas miradas; pero, arrastrados por la pasión, enseguida reanudan sus gritos y su

batir de alas, ignorando su presencia.

Liang puede observarlos a placer.

Llevan en los brazos una pila de discos de arcilla que marcan sus camisas con unos rastros rojizos, y que ellos utilizan haciéndolos rodar uno tras otro, lanzándolos desde un ladrillo inclinado y apoyado en otro ladrillo. Cada disco lleva una efigie en relieve que reproduce el rostro de un personaje, hombre o animal, héroes de esas viejas leyendas que Liang sólo conoce vagamente o a retazos.

Hay una mujer con un vestido muy antiguo y dos niños sobre sus rodillas. Es Tin-Zhi, abandonada por su marido que, convertido en Primer Ministro, la ha traicionado para casarse con la hija del Emperador. Acabó decapitada, condenada por el famoso juez, el Bo Negro, representado por otro disco de tierra.

He aquí un viejo que lleva una larga barba que le llega a las rodillas. Sonríe con benevolencia y sostiene en una mano un gran melocotón y en la otra una larga caña cuya punta está adornada con una cabeza de dragón. Es el dios de la Longevidad, piensa Liang, o alguna vieja historia de ese género.

Y he aquí al Rey Sun, el Mono, con su bastón de oro que a veces se hace, a su gusto, más grueso que una viga, que puede levantar un palacio entero, y otras veces más fino que una aguja, que el rey puede esconder en su oreja.

También están el Caballo y el Cerdo, sus compañeros de camino, y el monje Tang, el Santo Hombre, a quien le siguen en su peregrinación hacia el oeste.

Pero he aquí que les adelanta un disco desportillado, más desgastado que los otros. Rueda balanceándose de derecha a izquierda, pero los supera, vacila y se detiene al fin, cayendo con un ruido de vajilla rota sobre una piedra. Partida en dos, aparece la cara de arcilla roja de un diablo cornudo, muequeante, abriendo una boca enorme que deja ver unos largos dientes puntiagudos.

El jugador que lo ha lanzado, un muchacho fornido, con la cabeza hundida en unos hombros fuertes como el cuello de un toro, suelta un juramento, medio rabioso, medio triunfal. Es un niño gordo con la cabeza rapada. Reúne los dos pedazos del diablo, los mira de cerca, con lágrimas en los ojos, y luego los tira en un gesto de ira.

Los jugadores reúnen sus figuritas. Comienza otra partida. El ganador de la partida anterior, Cabeza Rapada, a pesar de su disco roto, debe lanzar el primero. Saca un triunfo que acaba de ganar, el Mono, lo coloca sobre el ladrillo y lo suelta. Pero el disco, vacilante y titubeante, no rueda muy lejos:

un guijarro que encuentra en su camino lo hace caer, y la cara del Mono se vuelve hacia el cielo, desolada. El muchacho se golpea los muslos con las manos, lamentándose.

Liang, sin saber por qué, se alegra de su desgracia: ese muchacho y su Mono se agitan demasiado ruidosamente.

El segundo jugador, un niño canijo, delgado como un tallo de lino y de pálido rostro, se adelanta. Liang oye que los otros le llaman Cara Blanca. Saca también su figura; un disco de bordes desgastados, limados, más redondo, más liso que los demás, que utiliza cada vez que juega cuando la situación le es favorable.

Se coloca detrás del ladrillo, entorna los párpados, calcula y suelta el disco: un barco que navega despreocupadamente por el agua. El barco sigue, rápido y tranquilo, su camino. Cara Blanca, a pasitos y balanceándose, lo sigue mientras canta con una voz falsa y suave:

Corre, corre,
mi pequeña rueda,
mucho más que el Mono,
para ganar un gran premio.

Liang se ríe por dentro. Ha notado que Cara Blanca, con un gesto imperceptible, ha empujado su disco. Pero se alegra de que los otros no le hayan visto: le gusta ese niño astuto, que tiene la cara blanca y unos ojos de vaca.

El barco, que rodaba muy bien, aminora la marcha y cae a la altura del Mono. Los jugadores se precipitan para ver cuál ha ido más lejos.

—¡El mío, el mío, el mío ha ido más lejos! —aúlla Cara Blanca, golpeándose los muslos con todas sus fuerzas.

—¡La puta de tu madre!

—¡No, no! Pobre...

—¡Es el mío, la puta de tu madre, es mi barco!

Cara Blanca le empuja con un gesto brusco desorbitando sus ojos de vaca.

Los muchachos se han agrupado, inclinándose atentamente, primero alrededor del Mono y, luego, con un solo movimiento, alrededor del barco. Unánimes, se pronuncian a favor del barco.

—¡Qué mierda! ¡Eso no es justo! —grita Cabeza Rapada.

Liang se acerca. Mira también, a los dos lados. Se ve obligado a confesar que ha ganado el Mono, pero no dice nada y comprende que los demás

también lo han visto, pero han preferido hacer que gane Cara Blanca.

—¡Pero si mi Mono ha ido mucho más lejos! —grita Cabeza Rapada, con una voz sobreaguda.

—¡La puta de tu madre! Dejemos que jueguen los demás —responde Cara Blanca.

—¡Vamos, tranquilos! Yo voy a desempatar —grita una voz detrás de Liang.

Es el Alto Flaco que, a su vez, mientras los otros disputaban, ha jugado sin decir nada.

Su disco, la Muchacha de la Flauta, rueda a toda marcha, como si hubiese sido lanzado en lugar de dejarlo rodar sobre el ladrillo.

—¡Adelante, empuja! —grita el Flaco con una voz malvada.

Liang no ha tenido tiempo de retroceder: el disco tropieza en su pie izquierdo y cae al revés con un ligero estremecimiento, con la cara hacia abajo, dejando aparecer el reverso, superficie tosca, de barro seco, que lleva, toscamente grabada, la firma del artesano. Liang mira consternado aquel redondel de arcilla que, con el dorso vuelto como el de una persona enfadada, parece anunciar la batalla.

Siente un pellizco en el pie, allí donde el disco le ha golpeado.

—¡Mierda! ¡Lo has hecho adrede!

—No... no... no lo he visto —balbucea Liang.

—No lo has visto, no lo has visto... Y a tu madre, ¿tampoco la ves mear?

Liang siente que la cólera invade su cuerpo, quemándole hasta la cara. Aprieta los puños y clava sus ojos en el Flaco.

—Si lo hubiera visto...

Pero la cólera le estrangula y no puede acabar su frase.

—¡Es verdad que no lo ha visto!

Cara Blanca ha intervenido, con voz tranquila.

Liang le dirige una mirada de agradecimiento, pero Cara Blanca parece no verle.

—Claro que no —interviene un muchacho que todavía no ha jugado. Es alto, les saca a los otros más de una cabeza. Habla con una voz viril—. Cuando no se ha visto, no se ha visto.

—Pero ¿de dónde sales tú? ¿No sabes que no hay que ponerse en el camino cuando se juega? —dice uno pequeño, con voz aflautada.

—¡Claro que no lo sabe, qué mierda! —dice su vecino golpeándole en la cabeza.

—¡Pero yo he perdido mi mejor figura! —gime el Flaco con voz débil, mirando con aire implorante al Alto.

—También yo he perdido la mía —dice Cabeza Rapada—. ¡Vamos, empecemos otra vez!

—Bueno, ya está —dice el Alto. Y se dispone a jugar a su vez, dirigiéndole a Liang una mirada cómplice.

Liang se siente de pronto muy desgraciado. Por su culpa, el Flaco va a perder, lo mismo que Cara Blanca, que intervino el primero en su favor, y que el Pequeño, que, por su culpa, ha recibido un golpe en la cabeza.

El Alto ha ocupado su sitio delante del ladrillo. Con las piernas separadas y bien firmes, toma un disco muy grueso y lo coloca, lentamente, sobre el ladrillo.

Liang sólo piensa en alejarse de aquella asamblea, donde todo le sorprende e inquieta, de salir de aquel círculo de personajes en el que se mezclan las figuras del cuento y aquellos brutales rostros de campesinos.

Aprovechando la disputa, que se reanuda aún con más fuerza, se desliza fuera del grupo y llega a la esquina de la calle.

Ante él se alza la iglesia, negra, a contraluz, en el sol poniente. Un pájaro de gran envergadura se lanza desde el campanario ennegrecido. Y su vuelo parece arrastrar con él un surco de sombra.



En la sombra de la iglesia que avanza y corre, río lento del poniente, Liang se siente como una isla, como un islote de espanto. Ya no se atreve a levantar la cabeza, y tiene los ojos clavados en el suelo, en sus pies desnudos, en el polvo. Liang detesta el polvo. Ese contacto inmóvil, innumerable, de una multitud que se insinúa entre los dedos de los pies, tierra desmenuzada a la que se reduce el universo, los campos, el pueblo, constituye una invasión de sí mismo que él no puede apreciar. Liang mira sus dedos que, a pesar suyo, se mueven y se crispan en el polvo. Se estremece. Querría, y no puede, levantar los ojos, pero se siente llevado por esa forma oscura, esa sombra sin forma, que se alza ante él.

«El ejército imperial encuentra al enemigo bárbaro...». ¿Qué ha venido a hacer él en este pueblo?

Aquella banda de jugadores, cuyos gritos aún resuenan en su mente vacía, le invadió como el polvo del suelo. ¡Cómo detesta el polvo de este pueblo! ¡Cómo lo odia...! Dejarse llevar... Levanta la cabeza. El «diez» del campanario reina, soberbio, sobre un mar de nubes. Como un niño delante de su maestro, Liang no mira a la iglesia, pero la iglesia le mira a él, con sus ojos sombríos, con sus múltiples ventanas de ojivas puntiagudas, con sus cruceros de madera en forma de «diez». Una corriente negra se exhala de esa masa. A Liang le parece que la masa respira. Aliento extraño y familiar, esa corriente le arrastra. A su encuentro, venido de muy lejos, un canto asciende en él, una melodía lenta confundida con los latidos de su corazón. Liang ya no sabe quién es. ¿Quién está aquí? ¿Por qué han levantado estos muros de ladrillo negruzcos, roídos por el viento y por el polvo? ¿Por qué dominan los pobres cuchitriles de tierra, viejos replegados sobre sí mismos, como para soportar mejor el derrumbamiento del destino de sus amos?

Liang respira profundamente. Le parece que, en la sombra, la iglesia también respira, con un gran soplo continuo. Religión. Liang encuentra esa palabra en su cabeza. Hasta ahora nunca había sentido aquella resonancia extraña. Cuando la oyó pronunciada por su madre, sólo evocaba para él la imagen de unos muñecos agitados por los enemigos del pueblo, bandidos con aspectos patibularios, espías extranjeros, bárbaros occidentales. Nunca se ha preguntado sobre ella: ¿qué significa eso, religión?

Entre Dios y el Gran Señor del Cielo, ¿dónde está la diferencia? ¿Y el Gran Señor del Cielo no es una antigua, una venerable tradición, salida de nuestro pueblo? Demasiadas preguntas...

Liang cierra los ojos, frunce el ceño, pone mala cara. Se sorprende. Siente que, dentro de él, hay un ser, no él mismo, que anima su rostro, le cierra los ojos, frunce su ceño, hace muecas. Asiste interiormente, impotente ante esas preguntas. ¿Qué debe hacer? Al fin se envalentona y levanta la mano para saludar al gigantesco edificio. Nada le responde. La iglesia no comprende o no quiere comprender. Está aquí, frente a él, inmóvil, bien plantada sobre sus anchos muros.

Pero ¿qué es eso de allá arriba? Liang mira a la cima de la fachada, sobre una ventana redonda, y ve un hombre esculpido en mármol blanco, jaspeado de regueros rojos. Está colgado de un gran diez, con el rostro desolado y el cuerpo flaco y convulso.

De sus pies, de sus manos, taladrados por unos grandes clavos, corre todavía una sangre escarlata que se ha ennegrecido.

Liang se estremece. Se da la vuelta. ¡Qué triste es el alto cielo de poniente! A su alrededor, un inmenso silencio. Los gritos de los niños se han callado. ¿Quién es ese muerto colgado? ¿Por qué le han dejado desnudo, expuesto a la vista de todos, en esa postura? Para los muertos, ¿no hay tumbas?, ¿no hay entierros? ¡Qué soledad!

«El viento de la muerte hace temblar la hierba y los árboles».

La silueta, con sus brazos extendidos, con sus manos y sus pies clavados, le espanta y le atrae. ¿Quién le ha martirizado así? ¿Es un bandido?

«La arrogancia de los bárbaros atiza la cólera del emperador».

Liang siente un cosquilleo en la planta de los pies y en el hueco de las palmas de sus manos. Siente que en su garganta se forma un nudo, traga saliva.

Querría hablar en voz alta. Pero ¿no molestará a los habitantes de este lugar inquietante, lleno de sombra y tan cerca del cielo? Y aquél, ¿quién es? ¿Por qué le han colocado en tan buen lugar? ¿Acaso es Dios, el Gran Señor del Cielo? Pero es un Dios desgraciado. Liang recuerda el gran retrato del presidente Mao, también colgado, en el frontón del palacio del distrito, en la ciudad.

Entre aquel hombre torturado y la imagen del presidente Mao, cuya mirada afectuosa le persigue, Liang se siente desamparado. No comprende nada, ya no ve nada. Se ha hecho un vacío en él. Tiene ganas de llorar.

La prohibición de su madre vuelve a su mente. Se siente débil ante su mirada llena de reproche, de ternura y de ironía.

—Te conozco demasiado bien, Liang, para que puedas engañarme.

Liang siente que la vergüenza le pellizca el corazón. Apresura el paso para volver a casa.

Se levanta un frío viento. Todo está silencioso. Los jugadores se han debido de ir, pero él, precavidamente, rodea la iglesia con la intención de encontrar un camino al otro lado. Marcha a lo largo de sus muros y se siente protegido por su sombra, que se extiende ante él. Por encima, el cielo está pálido, desolado.

—¡Eh, tú! ¡Cuidado!

Liang se sobresalta. Ante él está sentado un muchacho, con la espalda apoyada contra la muralla. Liang, perdido en su contemplación, ha estado a punto de pisarle. Cohibido, le dirige una mirada de excusa, pero el otro no parece verla. Mira a Liang con curiosidad, con un ojo abierto y el otro cerrado. Dos pliegues verticales dividen su frente. Tiene unos cabellos muy largos, más amarillos que negros, enviados por una raya hacia el lado derecho. Liang, en su sorpresa, no sabe qué hacer. No se siente muy a gusto y experimenta la necesidad de hablar.

—Miraba ese edificio y por eso no me he...

El otro le observa sin decir nada, sin cambiar de cara ni de postura. Liang, molesto, se dispone a irse.

—Tú eres Li Liang, ¿verdad? —dice el niño.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Porque no te conozco —responde el otro, con una voz aguda..., un poco femenina, pero con la seguridad de la de un hombre.

—¿Conoces a todo el mundo en este pueblo?

—¡Naturalmente!

—¿Conoces, por ejemplo, a Cabeza Rapada y a Cara Blanca?

—Claro que conozco a esos dos cerdos. Podrían quemarlos, reducirlos a carbón, y también les reconocería. Pero ¿cómo has caído tú entre esos dos?

—Bueno, les he visto jugar.

—¡Ah! ¡El juego de los discos de arcilla!

—Eso es... Sí.

El muchacho mueve la cabeza, guiña los ojos como un viejo lleno de experiencia y dice con tono sentencioso:

—¡Ésa es la mayor estupidez de la tierra! Y ellos sólo saben hacer eso.

—¿No te gusta ese juego?

—¡Por nada del mundo! —dice con un tono que no admite réplica—. Pero no me mires así. Tú lo encuentras interesante porque no lo conoces, naturalmente. Te atrae porque es nuevo para ti. Pero dentro de tres días ya no te bastará. Pareces bastante inteligente.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Yo? Nueve. ¿Y tú?

—Yo también tengo nueve. Nací el 10 de octubre —dice Liang.

—Yo el 9 de noviembre —dice el otro.

Liang se sienta junto a él.

—¿Cómo te llamas? Tú sabes mi nombre, debes decirme el tuyo —dice Liang con un tono más firme.

—Tian, Liu Tian.

—¿Y por qué no te gusta el juego de los discos?

—¡Porque es estúpido!

Tian hace un gesto de irritación.

—Esos tontos ganan, pierden sus discos, los vuelven a ganar, los vuelven a perder. Pongamos que ganan. Tres días después, ¿tienen más discos? ¡No! Nada. No han adelantado nada.

Liang reflexiona.

—¿Entonces?

—Entonces, hay que hacer algo inteligente. Por ejemplo: ¿sabes lo que es esto?

Tian le muestra, en el hueco de la mano, un pequeño tubo de cristal lleno de finas agujas negras. Liang siente un gusto extraño en la garganta.

—¿Qué es esto? —tiende la mano para coger una aguja. El otro niño retiene el tubo.

—Esto es lo que se llama ciencia —dice lentamente—. ¿Sabes lo que es la ciencia?

—Claro que sí. Son las máquinas. La ciudad está llena de ellas. Camiones, con motores enormes, que ruedan muy deprisa.

Desorbitando los ojos, Tian mira con un gesto admirativo a Liang, que se ha engrandecido, en la animación de su discurso, y dispara sus brazos a lo largo y a lo ancho, lleno de entusiasmo. El otro vacila un momento y pregunta:

—En la ciudad... ¿hay también unas lámparas que no necesitan aceite?

—Evidentemente. Eso es la electricidad —dice Liang—. En mi casa, había una lámpara así, ¡te lo juro! Casi no puedes abrir los ojos.

Tian le mira, fascinado. Durante un momento, permanece mudo, con la boca abierta. Después, extiende la mano, mostrando el tubo de cristal.

—Y esto... ¿qué es?

—¿Esto? ¿Dónde lo has encontrado? —Liang coge una aguja y la examina con un gesto de enterado.

—En un cubo de madera, detrás de la clínica municipal. Allí es donde suelen tirar su basura.

—Esto es... Esto debe de ser una inyección —dice Liang frunciendo el entrecejo—. Cuando estás enfermo, el médico te pone una inyección. Hace mucho daño. Toma una aguja, pero de hierro, brillante, y te la clava en una nalga. Así te curas.

Tian, estupefacto, sigue con los ojos las manos flexibles y rápidas de Liang, que mima una inyección.

—¿A ti nunca te han puesto una inyección?

—No. Cuando estoy enfermo, mi abuela reza una oración.

—Pero ¿delante de quién reza la oración? —pregunta Liang, curioso.

—Delante del Señor de la Tierra, naturalmente —responde Tian, excitado al poder instruir a su nuevo amigo—. ¿No sabes? Mi abuela cree en Dios, en esta iglesia; pero también cree en los Señores del Cielo. Dice que siempre es mejor que tengamos más de un dueño. En los otros pueblos sólo creen en los Señores del Cielo, mientras que nosotros creemos en las dos cosas...

—¿Y qué es lo que pasa entre el Señor del Cielo y el Señor de la Tierra?

Tian adopta un aire serio y un tono de persona mayor.

—El Señor del Cielo es el gran dueño de todo y envía a sus servidores para que se ocupen de las cosas de aquí abajo. El Señor de la Tierra se ocupa de lo que sucede en la tierra, en las casas. Cuando estamos enfermos hay que rezar al Señor de la Tierra.

Liang está fascinado por lo que dice Tian; le gustaría volverle a ver.

—¿Vas a la escuela?

—Sí, pero no todos los días —responde Tian, con un aire sombrío.

—¿Por qué no vas todos los días?

—Porque no puedo. Cuando mi madre tiene que trabajar en el campo, me quedo en casa para cuidar a mi hermanita.

Al ver que Liang lanza un suspiro, cambia de tono.

—Pero eso les ocurre a casi todos los niños del pueblo.

Liang calla. En la oscuridad de la noche, un suave viento levanta los cabellos y envía a Liang, en pleno rostro, un olor particular. Él respira ese

olor y mira al muchacho sucio que está junto a él. Una ternura vaga, un poco misteriosa, mezclada de temor, acaba de llenarle el corazón.

Es tarde. Liang se levanta, dispuesto a regresar a casa.

—¿Vendrás a verme, para jugar juntos? —pregunta Tian en un tono repleto de esperanza.

—¡Claro que sí!

—Vivo allí, en medio de ésa callejuela. La puerta negra.

Liang mira el lugar que su amigo le indica con el dedo. En las tinieblas, al lado del alto muro de la iglesia, ve una entrada negra, muy estrecha, como una boca abierta que, llena de secretos, parece esperar al próximo visitante.

七

Al volver la última esquina de la calle, Liang se siente rebosante de alegría; un gran gozo, una especie de embriaguez se apodera de él. Desde los talones hasta la punta de los cabellos, una extraña dulzura le invade: ha advertido, detrás de la ventana iluminada con la lámpara de aceite, una sombra densa, de líneas plenas y rotundas que llena la parte baja del hueco. Sólo con ver esa masa oscura, más negra que la negrura de la noche, Liang siente que una onda poderosa, mezclada con un leve vértigo, se difunde desde su cuerpo hasta sus extremidades: en aquella silueta de Li, Liang ha como fijado, como concentrado, lo esencial de su memoria. Ante la sombra maciza de Li, a relámpagos y a bocanadas, le llegan, sin límites de tiempo y de lugar, las más lejanas imágenes, los más antiguos recuerdos de su infancia.

Una noche de otoño, después de cenar, su padre le había llevado consigo: había empujado con el pie la puerta de entrada de su casa de la ciudad, y después había izado a Liang sobre sus hombros, flexionando sus rodillas para que su cabeza no tropezase con el marco. Así le había llevado, delicioso terror, al frescor de la noche. Un mirlo cantaba. Liang tuvo la sensación de volar; no cabía en sí de júbilo. Maravillado, deslumbrado, le pareció que planeaba por encima de las cumbres, que sobrevolaba las alturas más inaccesibles cuyas profundidades descubría. Vértigo, embriaguez, emociones indecibles. El mirlo cantaba. Detrás de ellos, las voces conocidas de la casa se iban apagando poco a poco. Sólo el canto del ave se hacía más envolvente y les acompañaba. Entonces, muy feliz, como marcado por la violencia de sus sensaciones, impresionado por una experiencia tan nueva y por las posibilidades que descubría en él, sin atreverse a atribuírselas, Liang golpeó con su talón aquel cuerpo que le llevaba. Ante la fuerza imprevista de su hijo, Li se había reído. Su risa sacudió sus hombros, imprimiendo al cuerpo de Liang un rápido ritmo que duplicaba el de la marcha. De nuevo, con su pie nervioso, Liang volvió a golpear a su montura. Y, riendo siempre, su padre había empezado a correr. «Ah, conque quieres correr, ¿quieres correr, Liang?». Saltando en la penumbra, rozaban las ramas de los árboles que bordeaban el camino. Liang, en el vértigo de aquella carrera desenfrenada, también empezó a reírse. Presa de una súbita exaltación, apretando con todas las fuerzas de sus piernas los hombros de su padre, casi le estrangulaba: «¡Para, para!». Y su padre se paró. Se quedó inmóvil, para recobrar el aliento.

Liang se había callado. El pájaro seguía cantando. «Para...», había dicho Liang, en una última risa. «¿Así que ya no quieres correr?», preguntó el padre. «No, sólo quería ver si tus hombros eran fuertes».

—Claro que sí. Un miembro del Partido Comunista tiene unos hombros de hierro, puede levantar montañas —había respondido Li.

Liang, deslumbrado y tranquilizado, se había callado.

Mientras contempla esa masa negra en el marco de la ventana, Liang se acerca a la puerta, impaciente por volver a ver a su padre y por contarle lo que ha visto, lo que le ha ocurrido desde que se separó de él la víspera.

Entra bruscamente, empujando la puerta sin llamar, como de costumbre.

Sobre la baja mesa, la cena está servida. Su hermana bebe en su pequeña escudilla.

—Hermano, no has escuchado a las personas mayores. No has sido bueno. La próxima vez, serás castigado —le suelta la niña en cuanto le ve, levantando la nariz y frunciendo el entrecejo.

—Tú ocúpate de tu escudilla. ¡No tienes nada qué decir! —gruñe Wang sin mirar a su hijo, que, sin saber qué hacer, se ha quedado en la puerta.

Liang continúa un momento inmóvil. Ling continúa bebiendo su sopa, sorbiendo ruidosamente a cada trago. Él espera y aprovecha un trago más ruidoso que los otros para deslizarse en la sombra, hospitalaria y cómplice, que proyecta sobre el suelo, hasta la pared, la silueta de su padre. Y se queda allí, con la cabeza baja, sin atreverse a mirar a sus padres, esperando sus críticas.

—Y bien, ¿qué descubrimientos nos va a contar hoy nuestro aventurero? —dice Li tendiéndole su escudilla llena de gachas de maíz. El humo tibio de las gachas, suave y azucarado, como las palabras de su padre, le cosquillea en la nariz.

—¡He encontrado un amigo!

—¡Ah, muy bien! ¿En tan poco tiempo? —dice Li en tono burlón.

—¿Y cómo es tu amigo? —pregunta Wang.

—Es muy guapo. Tiene mi edad. Pero le gusta la ciencia.

—¿Y qué es eso, la ciencia? —pregunta Ling, con una voz algo vacilante, entre envidiosa y desconfiada.

—¿La ciencia? —Liang levanta los brazos por encima de su cabeza—. Es la cosa más importante del mundo.

—A mí también me gusta la ciencia...

Liang llega a su sitio y comienza a beber tan ruidosamente como su hermana, cuando llaman a la puerta. Dos golpes, secos y rápidos, que

sorprenden a Liang. En la ciudad nunca habrían llamado así. En la ciudad, cuando alguien venía por la noche, de improviso, para sumarse a su sobremesa, Liang podía reconocer en los golpes discretos, ligeros, alegres, si se trataba de la vecina, la vieja... que le traía algunas golosinas, o el secretario de su padre, o bien algún amigo que él ya sabía quién era, antes de haber oído su voz, según fueran los golpes dados en la madera de la puerta que daban ritmo y precedían a su presencia esperada y deseada. No tenía nada que ver con esta sorpresa que vacía los lugares de su quietud, que parece desplazar las sombras y hace moverse las formas familiares, que introduce lo desconocido, como un enemigo múltiple, inasible y bárbaro.

Li se levanta, exponiendo el cuerpo de su hijo, acurrucado junto a él como un animal, a la luz de la lámpara de aceite. Abre la puerta. Aparece Song, una sombra gris, sin color, que trae consigo toda la noche...

—¡Entra, entra, por favor! —dice Li.

—¿Ah, todavía no habéis acabado de cenar? —comenta Song sentándose sobre la cama—. He venido para contarte lo que ha pasado hoy en la célula del Partido.

—¿Qué ocurre? ¿Hay problemas?

Li adopta un aire grave, oficial, del que ha desaparecido la ternura que mostraba unos momentos antes. Liang mira a la mujer, intensamente, tratando de comprender qué poder hay en ella para quitarle así a su padre.

—El gran problema de este pueblo —dice la mujer lentamente, en un solo aliento, como si no necesitara respirar— es que las masas aún no han sido despertadas del todo por la doctrina del Partido. La mayoría están empantanadas en las nefastas creencias de la religión. No han sido formadas en la doctrina, en la lealtad, en el amor al Partido...

Liang ya no escucha, únicamente ve aquella boca abriéndose y cerrándose, aquel mentón poderoso adelantándose como si la mujer masticase las palabras de su discurso. Al final de cada palabra, el mentón se atiesa, se congela por delante, poniendo en evidencia una gran verruga. Para olvidar esta deformidad, Liang baja los ojos y sigue la línea de aquel cuerpo.

—Pero ¿qué me estás diciendo? —La voz lenta, prudente, de su padre saca a Liang de aquel torpor en el que se ha dejado caer y le conduce de nuevo a la superficie de su inquietud—. ¿Cómo pueden ignorar que el Partido los ha salvado de la miseria?

—¡Naturalmente, naturalmente! —dice Song apresuradamente, lanzando su mano derecha hacia adelante y cerrándola nerviosamente, como si pretendiese asir un objeto invisible—. Antes de la Liberación, las gentes de

este pueblo eran pobres. Se morían de hambre. Nada de cereales, campos estériles, abandonados, cada año la sequía. El Partido Comunista cambió todo eso. El municipio popular ha organizado las fuerzas de la producción, es...

De nuevo se adelanta la mandíbula y la mirada de Liang se detiene, se fija, con disgusto, en la gruesa verruga carnosa que puntúa aquellos movimientos enérgicos.

Song se detiene en medio de una frase, con la boca abierta. Acaban de llamar a la puerta. Wang se levanta y va a abrir. Es Zhao Lia Lu, el vicepresidente del Partido de la comunidad, seguido de otro miembro del comité. Han venido para contar sus actividades del día.

—Muy bien, muy bien —dice Li—. Tendremos una reunión para discutir todo eso: la situación, primero, y, después, las tareas más urgentes.

Li acaba a toda prisa su escudilla, abandona la mesa y va a sentarse cerca de Song y de los otros dos miembros del comité.

Wang apremia a los niños para que acaben también su escudilla, lo antes posible, y para que luego se vayan a acostar sin hacer ningún ruido. Ella misma, que no es miembro del Partido, no tiene derecho a asistir a la reunión. Se aparta discretamente y comienza a corregir unos ejercicios, después de haber ordenado la habitación.

—Mi hermana Wang puede, si quiere, asistir a la reunión —propone Song a Li.

—No, creo que es mejor que demos ejemplo. Es preciso que cada uno de nosotros respete rigurosamente la disciplina, las reglas del Partido.

Liang, acostado al lado de la pared, silencioso en la sombra, con el corazón agitado, observa esa reunión que le parece histórica. A él, un niño de nueve años, le es dado asistir a la primera reunión del Partido dirigida por su padre en su nuevo mando, una reunión que ni siquiera su madre tiene derecho a escuchar.

—Hermano, ¿quieres que juguemos al papá y la mamá? —propone Ling, con voz ahogada. Sus ojos brillan en la oscuridad.

—¡Deja! ¡Deja! Hoy no —gruñe Liang. ¡Venir a proponerle ese juego esta noche, cuando lo que él necesita es concentrar toda su atención, todas sus fuerzas, en aquella reunión extraordinaria!

Li abre el debate con algunas frases convencionales y cede la palabra a Song.

—Yo, hija de este pueblo en donde he nacido, en donde he crecido, puedo deciros cómo son las gentes de aquí. Atrasados, arraigados en las supersticiones más imbéciles, alienados por unas creencias absurdas. Podéis

creerme: si queremos aplicar en esta región la línea revolucionaria del presidente Mao, tenemos que dedicarnos antes a desarraigar la más peligrosa, la más vergonzosa de esas creencias. Me refiero a la religión cristiana, antes de que podamos meter en la cabeza de nuestros desgraciados conciudadanos el pensamiento del comunismo.

Song se calla y observa a su alrededor el efecto producido por sus palabras. Todos aprueban moviendo la cabeza. Li junta sus manos, como para rezar, y posa su mentón en la punta de sus dedos tensos. Silencio.

Finalmente, el viejo Zhao Jia Lu se aclara la garganta, carraspeando dos o tres veces. Los rostros de sus tres compañeros se vuelven hacia él. Song adopta un aire satisfecho, una especie de sonrisa-mueca que estira la parte baja de su rostro, cuyos músculos aparecen como un nudo inextricable de voluntad, de interrogación, de obstinación. Al mismo tiempo, levanta la ceja izquierda, con un gesto medio divertido, medio protector, que asimismo indica que espera, sin inquietud, con benevolencia, lo que va a decir el viejo Zhao, a la vez que le concede la atención respetuosa que un anciano se merece.

—Es verdad. —El viejo Zhao se aclara de nuevo la garganta; se oye una tosecilla seca—. Es verdad. La camarada Song tiene razón. La religión es contraria a la doctrina comunista. Los campesinos enfeudados en el cristianismo dicen que los miembros del Partido Comunista son diablos rojos.

Se detiene un momento, duda, se frota el labio superior, cerrando con su dedo la extremidad carnosa de su nariz. Después, prosigue:

—Sólo podemos hacerles creer en el comunismo destruyendo primero las creencias de esa gente... —vacila un momento—... que, por otra parte, son firmes. No las subestimemos...

Li permanece silencioso, chupando su cigarrillo con aire superior. Parece pesar su decisión, reflexionar, mientras disfruta interiormente del ejercicio del poder. Liang también disfruta. Mira a su padre, seguro de ser el único que sabe lo que ocurre dentro de él. Él no ha dicho nada, es el jefe. Conviene que deje hablar a los demás, que escuche lo más posible, porque cuando él hable, la decisión será tomada. Se trata del Partido, de la Revolución, de la causa del pueblo chino y, por encima de eso, de los pueblos del mundo. Es el destino del mundo lo que lleva en sus hombros, esos dos sólidos y anchos hombros, sobre los cuales Liang puede montar cuando lo desee.

Li lanza algunas bocanadas de su cigarrillo, sin pronunciar una palabra. El tercer miembro del comité toma la palabra. Es un hombre enjuto, endeble, con

un rostro alargado y dos orejas despegadas de cartílago transparente y rosado. Sus ojos, enrojecidos por una conjuntivitis, permanecen medio cerrados.

—Luchar contra la religión: totalmente de acuerdo. Eso es lo que estamos haciendo desde hace mucho tiempo. Pero ¿cómo luchar, por qué medios arrancar esas creencias que existen desde hace más de cincuenta años y que han arraigado en las supersticiones más antiguas de nuestro pueblo? ¿Quién ha encontrado una solución a ese problema? Estamos dispuestos a escucharle. En todo caso, nosotros no la hemos encontrado.

Song replica enseguida, duramente:

—No hay que dudar jamás de la fuerza de la Revolución, que va a destruir todo lo que es antiguo, negro, atrasado. El comunismo es la fuerza positiva. La creencia en la religión es negativa. Tarde o temprano, triunfaremos. Hay que tener una convicción firmemente anclada —dice Song, golpeando con el puño sobre la cama. Insiste en esas palabras mirando al hombrecillo que acaba de hablar.

—Song tiene razón —dice el viejo Zhao—. Debemos mantener esa convicción dentro de nosotros. Si no hemos triunfado ya, es porque no hemos encontrado todavía el método adecuado. Y también, probablemente, porque yo, uno de los primeros responsables de esa lucha, no tengo un nivel lo bastante elevado, una cultura suficiente. Pero el Partido nos envía al prefecto Li. Eso es para nosotros la inesperada ocasión de aplicar lo mejor posible la línea del Partido.

Zhao Jia Lu ha dicho esas palabras mirando a Li, como si quisiera escrutar sus pensamientos íntimos. Li no parece oír esos cumplidos, esperando que termine su discurso.

—Medios, los tenemos, incluso excelentes —dice Song. Su mirada se encuentra con la de Li, y sus ojos brillan con un relámpago pasajero—. Como ya he dicho, existe una práctica clandestina de la religión. Vamos a descubrirla. Atraparemos al que está a la cabeza; reeduquémosle y el movimiento religioso dejará de existir.

Con la mano izquierda crispada sobre las sábanas, Song se inclina hacia adelante, como para expulsar esas últimas palabras que parecen desollarle la boca.

—Al prefecto Li le corresponde decidir —dice el anciano lanzando una mirada suplicante a Li.

Li, con la mirada perdida en la sombra, no se pronuncia. Enciende otro cigarrillo. La cerilla cruje en el silencio. Él la sacude para apagarla.

Liang, bajo su manta, siente ascender una gran tensión por sus miembros. Sus músculos se contraen. Aprieta los dientes suspirando, y mueve la cabeza como si la decisión le correspondiese a él.

Li, finalmente, interviene:

—Nuestra camarada Song ha hablado sabiamente. Yo comparto sus ideas; y las vuestras.

Se expresa con lentitud, pesando sus términos, como un jefe debe hacerlo. Liang saborea cada sílaba, cada palabra, repitiéndolas en voz baja, para sí mismo, como una oración.

—Os comprendo perfectamente. Hay que hacerlo, naturalmente: destruir las creencias, extirpar la religión. Pero eso no es lo más importante, creo yo. Primero hay que hacerle comprender al pueblo por qué el Partido es bueno, por qué debe amarlo. ¿Por qué debe el pueblo amar al Partido? Porque le trae la felicidad, porque le ayuda a superar las pruebas que atraviesa. ¿Y cuál es la mayor prueba de hoy? ¡La sequía! He ahí la plaga que tenemos que vencer antes que nada para convencer al pueblo. La camarada Song ha dicho que este pueblo era antaño muy pobre. ¿Acaso es rico hoy? No, yo lo encuentro también muy pobre. Si queremos que nuestro pueblo nos crea y nos ame, debemos ayudarle para que sea más rico. Pero ¿cómo? Pues bien, produciendo más cereales. Ya veis hasta qué punto sufre el país con la sequía que abrasa y devasta los campos. La plaga que tenemos que combatir en primer lugar es la sequía.

La decisión está tomada. Bien hablado. Liang siente que unas lágrimas de orgullo suben a sus ojos; feliz y distendido, como después de realizar una hazaña, murmura para sí mismo: «Gracias, papá, hemos ganado...». Mira, triunfante, la espalda de Song, silenciosa ahora, tan vehemente, tan arrebatada hace un rato. «Claro que sí, tienes razón, tienes razón. Hay que luchar contra la religión; pero el jefe no eres tú. Es el jefe quien decide cómo debe ser la lucha, y el jefe es mi padre. Ha dicho que lo primero que hay que combatir es... ¿cómo ha dicho?». Liang no recuerda esa palabra extraña; pero eso no tiene importancia. Liang sabe que su padre ha hablado y que ha ganado.

—El prefecto Li es clarividente —dice Zhao Jia Lu—. Debemos luchar contra la sequía y, cuando la hayamos vencido, cuando los graneros de los campesinos estén llenos, nos escucharán.

—Es verdad —dice el más joven—. Yo también nací en este distrito, pero en otro pueblo. Antaño, mi padre tenía una parcela de tierra. Hubo una gran sequía. Mi padre cavó un pozo y, con el agua del pozo, regamos nuestra

tierra. Así hemos podido vivir cuando todo estaba quemado y muerto a nuestro alrededor.

—Eso es. Eso es lo que debemos hacer —exclama Li golpeando con la mano su rodilla—. Desde mañana vamos a movilizar a todo el mundo para cavar unos pozos. Vamos a trazar un plano. Un pozo cada cincuenta metros cuadrados, por equipos de dos. Cada día, cada equipo cavará un pozo. Y nosotros, los mandos del Partido, cavaremos también.

—¡Y también las mujeres! —ladra Song con una voz sobreaguda—. Yo las organizaré. Las jóvenes, las que tienen fuerza, trabajarán como los hombres, y las que no puedan hacerlo prepararán la comida y se la llevarán a los trabajadores a los campos. Fabricaremos unas banderas rojas y las plantaremos delante de cada pozo. ¡Un pozo, una bandera roja! —Song grita, roja ella misma como una primera bandera.

—¡Excelente idea! —aprueba Li, que se levanta lleno de ardor.

Liang, en su oscura esquina, les ve agitarse y hablar sin comprenderles, como en el teatro cuando el héroe ha vencido y la multitud ya no escucha sus palabras invadida por fuertes emociones. En su cabeza hay unos héroes, unos actores numerosos y un público desbordado de entusiasmo.

Él, Liang, ¿qué es hoy, actor o espectador, héroe o público, cavando los pozos, subiendo el agua, regando las plantas de sorgo bajo el sol, riendo, diablo rojo vencedor...?

Liang se duerme.



Un paso, otro paso más, hacia adelante. Sobre todo, no volver la cabeza. Liang ya ha dejado lejos la puerta cochera de la escuela, que le mira como un gran ojo asombrado, y dejando atrás también la orgullosa iglesia, que tal vez sufra por su inmovilidad, camina con firme paso. Hoy es domingo, su día libre, tanto más libre cuanto que su madre está en una reunión. Se siente con pleno derecho a reanudar sus aventuras, y de una manera más o menos oficial esta vez, porque Wang, antes de salir de casa, le ha concedido su permiso.

—Hoy tenemos una reunión. Tú te quedarás aquí para acabar tus deberes.

—¿Y después?

—Después... puedes leer un poco si quieres.

—De acuerdo, leeré un poco... ¿Y después?

La voz de Liang tiembla. Wang le mira un momento y después suspira:

—Si quieres salir, es absolutamente necesario que vuelvas antes de cenar.

—¡Claro que sí! —proclama Liang con el tono de un hombre.

Wang duda un momento, como si reflexionase sobre las consecuencias de su decisión, y añade enseguida.

—Hay dinero en el cajón, puedes cogerlo.

Un permiso en oro, ¿se puede pedir algo mejor? ¡Es casi una incitación! Liang acaba sus deberes en diez minutos y, para la lectura, no ha hecho más que abrir un libro y lo ha puesto en evidencia sobre la mesa. Inmediatamente, sale a la calle. Cruza una callejuela, dobla la esquina de una vieja casa. Sus piernas tiemblan un poco, pero no de miedo, ni por escrúpulos, sino de entusiasmo, del placer del enfrentamiento y de la aventura. Da unos pasos y llega a una calle más ancha.

La calle está casi desierta bajo el sol del final de la mañana. El viento tórrido sopla y seca un álamo delgado que gime de dolor agitando sus hojas. Más allá, delante de la entrada de una casa antigua, bajo un toldo blanco muy sucio, Liang ve un viejo colador confeccionado con unas ramas delgadas de sauce y colgado de una cinta roja. Se dirige hacia allí y descubre que se trata de una casa de té, casi vacía. Por la abertura de la puerta, Liang puede ver algunas sillas usadas y dos mesas de madera blanca, cubiertas de una mugre de color negruzco. Un olor salvaje emana de aquella sala cubierta de telas de araña polvorientas.

—¿No quieres beber algo? —le pregunta una voz sorda que le recuerda el brusco desatasco de una tubería. Liang ve la cabeza de un viejo de ojos apagados, enjuto, con una barba blanca temblequeante.

—¡No, abuelo! —dice Liang, removiendo en su bolsillo las dos monedas de cinco céntimos cogidas antes de salir.

«Peor para ti», parece decirle el viejo agitando una vez más su mandíbula, que sólo es un enorme hueso cubierto de una piel arrugada y apergaminada. Se sienta sobre un taburete de bambú, con un crujido seco: no se sabe si ese ruido procede del bambú o de sus tullidos huesos.

—¿De quién es ese niño? —interroga otra voz, más sorda, más desgarrada. Viene de otro rincón del tenducho, un rincón bien oculto, apartado. Liang descubre en el mismo rincón a otros dos viejos sentados ante una taza de té. Con la espalda encorvada, como grandes langostinos, están muy delgados y van vestidos con sucios harapos que dejan ver su piel bronceada, desecada, como si acabasen de ser fritos en una inmensa sartén que no es otra cosa que su vida misma. Los deformados dedos se crispan sobre las tazas, y ellos se miran con un aire ausente, agitando sin cesar las mandíbulas: tienen en su boca eternos problemas que remasticar y no los dejan salir nunca antes de encontrar una solución. Permanecen eternamente inmóviles o casi inmóviles. Se diría que están ahí desde el principio del mundo. Sin embargo, sus ojos, animados por un resplandor muy débil, reflejan una seguridad y una confianza sin límites en sí mismos.

—Ese muchacho no parece del pueblo —observa uno de los tres muertos-vivos.

—Probablemente es el hijo del nuevo prefecto —dice el dueño de la taberna cerrando los ojos.

—¿Un nuevo prefecto? —repite el otro viejo, el que está frente a Liang, sin abrir los ojos.

Los tres viejos se reúnen un poco más y comienzan a cuchichear. El ronroneo ahogado de sus voces se mezcla con el hervor del agua sobre el fuego.

Al cabo de un rato, Liang sólo percibe un estruendo de risas roncadas y burlonas, entrecortadas con escupitajos ruidosos.

De pronto, Liang oye un rumor que llega de la callejuela de al lado. Levanta la cabeza y ve a cuatro o cinco niños casi desnudos y acuclillados alrededor de un viejo de barba gris. Liang se acerca y descubre que el viejo está modelando unos pequeños personajes de pasta. Hábilmente, con sus grandes dedos sucios y toscos, como ristras de nueces secas, los manipula con

una gran habilidad. Pega un pedazo rojo sobre un pedazo verde: un elegante traje; un trozo amarillo para hacer la cabeza; con una navajita, no mayor que una aguja, corta la boca, resalta la nariz, hiende ligeramente los dos ojos. He aquí un personaje bien vivo. Los niños lo cogen, juegan con él y luego se lo comen.

—Este Pequeño Señor Hijo debe de tener dinero. ¿No quieres un grupo? —le pregunta el viejo a Liang, mostrándole con el dedo una masa de personajes muy diversos. Liang cuenta hasta ocho personajes: siete hombres y una mujer, con vestidos antiguos y unas caras muy extrañas.

—¿Quiénes son éstos?

—¿No lo sabes? —pregunta asombrado el viejo, un poco escandalizado por tal ignorancia—. Son los famosos ocho dioses. Un viejo dicho indica: ocho dioses atraviesan la mar; y cada uno muestra su poder. Mira, el hombrecito de cara negra es Tie Li Güé, que ha quemado la mar para salvar a sus compatriotas de las fauces de los dragones. La bella mujer de falda rosa es Hexin Gu, la tía diosa que ha hechizado a todo el mundo. Y éste, Barba Negra, cabalga en su asno montado al revés. El que lleva un perro es Lu Dong Bin...

Liang mira al viejo mientras éste le muestra uno tras otro todos sus personajes, enumerándole sus leyendas, sus grandes gestas. Súbitamente entusiasmado por estas antiguas historias, Liang se decide a comprarlas. Todo su dinero se queda allí.

—No lo olvides, Pequeño Señor Hijo: ¡la pasta está azucarada! —le dice el viejo artesano cuando vuelve la espalda.

En ese momento, Liang oye una canción; es una voz de hombre que viene de otra callejuela. Apresura el paso y descubre a un vendedor ambulante de tejidos, rodeado por tres mujeres viejas.

—Quiero ver el trozo negro —le pide una de ellas, que lleva un niño en los brazos. Entonces, el vendedor, que lleva cubierta la cabeza con un sombrero de paja muy gastado, le arroja la tela negra. Mientras la buena mujer examina minuciosamente el tejido, el mercader, con los ojos semicerrados, con un aire indiferente y burlón, reanuda su canción.

Pero por qué tan negro.
Y es tan negro ese negro...
Tres años herrador,
tres años en la chimenea
y otros tres años en la mina de carbón.

Por qué tan negro.
Y es tan negro ese negro...

—¿Puede acercarme el blanco? —pide otra mujer que acaba de llegar. El vendedor le pasa el tejido blanco y canturrea:

Pero por qué tan blanco.
Y es tan blanco ese blanco...
Recién casada venida de casa de su querida madre,
nunca sale del patio,
nunca franquea el umbral de su cuarto.
Al abrigo del viento, al abrigo del sol.
Por qué tan blanco.
Y es tan blanco ese blanco...

Con el canturreo del mercader, el niño acaba por adormecerse y las dos mujeres acaban comprando.

Liang se queda allí un momento, atraído por esa canción cuyo tono es tan lejano, por esa voz tan profunda y melancólica. Se siente sumergido en una época lejana, misteriosa, en un mundo extraño en el que acaba de ver aquel desfile de personajes famosos: el Rey Mono, los ocho dioses, un hombre todo negro, barbudo hasta en las dos mejillas, un gran herrador...

El sol pega cada vez más fuerte. Debe de ser mediodía. Liang siente un vacío en el estómago, tiene hambre. No tiene otra cosa a mano que los pequeños personajes de pasta y se los come.

«Esta vez me convierto en el hombre de los ojos rojos que se come a los niños», piensa Liang removiendo la lengua.

Ahora camina hacia el otro lado de la iglesia y, siguiendo las indicaciones que le ha dado Tian, llega frente a una puerta negra que, llena de pequeños agujeros y de cicatrices, parece cerrada desde hace una eternidad. Como él vacila antes de llamar a esa puerta que parece conducir al infierno, la puerta se abre sola. En un rechinar pesado y agudo, un hombre aparece. Lanza algunas miradas hacia Liang y luego le pregunta:

—¿Quieres ver a Liu Tian?

Es un hombre de hombros anchos, rostro grave, ojos redondos y cejas y barba espesas. Su aliento es cálido.

—Sí, ¿es ésta su casa? —responde Liang tímidamente.

—Claro que sí. Yo soy su padre. —Mientras dice esto, el hombre vuelve la espalda y llama—: ¡Tian, tu amigo ha venido a verte! —Luego, se vuelve hacia Liang, le sonrío una vez más y dice—: Yo me voy al campo...

Tian sale del patio brincando, coge las dos manos de Liang y le atrae hacia el interior.

Delante de esta casa tan antigua de la familia Liu se extiende un patio de forma circular demasiado vasto. En el centro, se alza un gran árbol de tronco atormentado, un azufaifo que muestra ya unos pequeños frutos entre sus hojas verdes. En el oeste hay un establo en el que un cerdo enorme está comiendo. Algunas gallinas picotean el pienso del marrano, y en una esquina está atado un gran chivo blanco que mira a Liang con unos ojos llenos de simpatía.

—Abuela, aquí está Li Liang, mi nuevo amigo —dice Tian dirigiéndose hacia la ventana de la casa.

La vieja puerta se mueve y acaba abriéndose. Un rostro seco y arrugado aparece.

—¡Buenos días, abuela! —dice Liang.

—Los días son buenos, los días siempre son buenos... —La vieja clava su mirada en Liang por un momento, y dice con su boca desdentada—: ¿Tu padre es el nuevo prefecto?

—Claro que sí... —responde Liang, incómodo.

—¡Ah, eres un muchacho encantador, un guapo muchacho! Pero no me sorprende. Antiguamente se decía: un general sólo puede nacer en la familia de un general.

Mientras la abuela Liu, con el cuerpo tembloroso, canturrea cerca de la puerta, Liang ha entrado ya en la casa con Tian y descubre que es una vivienda de tres piezas semejante a la de todos los campesinos, con dos habitaciones para dormir en los extremos y una pieza en el centro que sirve de cocina. Como la casa es baja, reina en ella un calor asfixiante.

—¿Quieres que salgamos un momento? —propone Tian, enjugando el sudor de su cara y después el de Liang.

—Claro que sí.

—Iba a llevar a Blanco a pasear. Podemos ir juntos.

—Tian, pequeño —grita en aquel momento la abuela—, tráeme paja. Voy a calentar agua para nuestro futuro prefecto...

—No, no vale la pena, abuela, porque ahora nos vamos a los campos a llevar a Blanco...

—Pero ¿cómo es eso? Esto no marcha —dice la abuela, sorprendida—. No hay que dejarle trabajar en las tierras. Es el hijo del prefecto.

—¡Oh, abuela! ¡Es una vieja canción esa que nos cantas! —dice Tian arrastrando la voz.

—Sí, abuela, todos somos, mi padre y yo también, servidores del pueblo —dice Liang imitando el tono de la voz de su padre—. Mi padre trabaja en las tierras...

Tian tira de la manga a Liang mientras dice: «¡Vamos!». Y los niños se dirigen hacia la puerta. Detrás de ellos, la abuela no deja de murmurar:

—Esto no marcha, esto no marcha... El prefecto trabajando en las tierras... Es terrible... ¡Qué época, qué época! El jefe no parece el jefe, y cada uno anda de cualquier modo... Esto no marcha, no marcha... Es desastroso...

Liang y Tian salen de la casa, desatan el chivo, que, casi tan grande como un becerro, bala y tira del ronzal, dando ligeros saltos hacia sus amos.

Liang toma el ronzal de Blanco, y Tian lleva un cesto sobre el hombro. Ambos se dirigen hacia la salida del pueblo. Viene una gran nube y cubre el cielo y los chirridos de las cigarras; el viento aprovecha la ocasión y sopla más fuerte. Un momento agradable para un mediodía de verano.

Ahora caminan junto al alto muro de la iglesia.

—Dime —pregunta de repente Liang—, ¿qué hay dentro de esa iglesia?

—¿Dentro de la iglesia?... Pues Dios —responde Tian sin pensarlo.

—Pero ¿cómo es Dios?

—¿Dios?... No lo sé... no sé nada de eso... —murmura Tian izando sin cesar el cesto sobre su hombro. El cesto es demasiado grande para su cuerpo endeble. Liang le mira un momento, asombrado. ¿Cómo ha podido vivir tan largo tiempo al lado de una cosa e ignorarla totalmente...?

El chivo, impaciente ante su conversación, va más rápido y se coloca delante de los dos muchachos. Ahora tira de Liang, que, lo mismo que su amigo, tiene que correr para seguir al animal.

—Pero, hoy, tu madre no está en casa. ¿Cómo has podido salir? —pregunta Liang.

—Mi madre ha ido a trabajar en los campos, como mi padre, para cavar pozos. Ahora —dice Tian muy contento— puedo ir a la escuela todos los días, porque en el pueblo han organizado una guardería infantil y mis padres han dejado allí a mi hermanita.

—¡Ah! ¿Entonces podrás ir todos los días a la escuela? —dice Liang, muy excitado.

—Claro que sí, ¿no lo sabías? Sin embargo, fue tu padre quien dio la orden.

—¿Mi padre? —murmura Liang.

—Sí, todo el pueblo habla bien de tu padre...

—Ah, sí, ya lo recuerdo. Fue el otro día, la reunión fue en mi casa. Oí a mi padre... pero no presté atención... —relata Liang con un aire muy serio y oficial, como si el responsable de esas decisiones fuese él, pero en su interior lamenta haberse dormido antes de que acabase la reunión.

—¡Da las gracias a tu padre! —dice Tian, sujetando de pronto el brazo de Liang.

Liang mueve la cabeza, no sabiendo si debe aceptar o rechazar aquel agradecimiento de su amigo a su padre.

Salen del pueblo, ven extenderse ante ellos el vasto llano jalonado de colinas que parecen grandes tortas de maíz. Los campos brillan con un verdor refrescante, en el que se alzan por todas partes unas banderas rojas. Los campesinos se agitan, van y vienen entre montones de tierra fresca, de un color oscuro.

Contemplando esta extensión, Liang se siente aún más orgulloso de su padre, que ahora se convierte para él en un héroe, en un salvador del pueblo, en el único representante del Partido, de ese Partido tan amado por el pueblo. «Un general sólo puede nacer en la familia de un general». La frase de la abuela de Tian suena de nuevo en su cabeza, con su tono arrastrado, en aquella voz lejana, como si, a través de la garganta de la vieja, lo que ahora resonaba fuese la verdad de una historia antigua. Liang yergue la cabeza, se pavonea ligeramente sosteniendo el ronzal del chivo como si fuese el de un caballo de guerra; camina muy estirado sobre sus piernas y siente que el peso de este mundo viene a caer sobre sus hombros.

—¡Párate! —grita de pronto Tian—. Vas a estrangular a Blanco.

—¡Oh... perdón!

Llegan a una bifurcación del camino; Liang, para disimular su confusión, pregunta en voz alta:

—¿Por dónde se va?

—Déjate llevar por Blanco; él conoce todos los caminos.

Liang deja que el chivo camine por su cuenta. El animal endereza primero sus puntiagudas orejas y, luego, sobre sus firmes patas, elige el camino más sinuoso. Los dos niños lo siguen de cerca.

—Este chivo es muy astuto —dice Liang.

—¡Sí, mucho! Conoce todos los caminos para volver.

—¿Hace mucho tiempo que lo tenéis?

—No, sólo hace un año —explica Tian—. Cada año es así: matamos el chivo y el cerdo para la fiesta de Primavera. Después de la fiesta, criamos otros dos para el año siguiente. Este año mataremos el cerdo dentro de unos días, porque se casa mi hermana.

—¿Se casa tu hermana?

—Dentro de tres o cuatro días. Mira, le pediré a mi padre que te invite a cenar esa noche.

—¡Qué buena idea! —exclama Liang. Un poco más, y estrecharía la mano de Tian, saltando de alegría.

Mientras hablan, llegan al pie de una loma. El chivo comienza a pacer la hierba fresca. De su boca sale un olor azucarado de planta. Liang, que encuentra agradable ese ruido, coge un tallo y comienza también a masticarlo. Tian se acuclilla y corta hierba: debe llevar un cesto a casa.

Pasa una gran nube y extiende una capa de sombra sobre los campos. Liang aspira el zumo de la hierba y dilata las ventanas de su nariz para dejar entrar en su cuerpo una frescura que llena primero sus pulmones, reanima su corazón e invade después su cuerpo.

Con su voz infantil, Tian canta:

¿Para qué hemos nacido?
Hemos nacido para servir a Dios.
Sufriremos, sufriremos,
pero Dios nos perdona, nos perdona...

—¿Qué estás cantando? —pregunta Liang.

—No lo sé... Mi abuela lo canta a menudo, yo he aprendido de ella esta canción. ¿Te gusta?

—Sí, mucho.

Entonces, Tian canta de nuevo:

Creemos mucho en Dios,
servimos mucho a Dios...
Después de la muerte
está el paraíso...
Ah...
Creemos mucho en Dios,
servimos mucho a Dios...

La voz, todavía infantil, casi femenina, canta en falsete. Esta melodía sin ritmo, más bien confusa, es un poco demasiado tierna para un corazón de hombre, un poco demasiado dura para el de una mujer, demasiado melancólica en esta gran llanura, bajo el sol inflexible. Liang siente que se funde, su corazón se dispersa en mil pedazos que son llevados por el flujo de su sangre hasta la punta de los dedos de sus manos y de sus pies, hasta la punta de sus cabellos...

Inconscientemente, comienza a cantar con su amigo:

Ah...

Creemos mucho en Dios,
servimos mucho a Dios...
Es el paraíso, paraíso...

九

Afuera, las cigarras rivalizan en sus cantos, como para aumentar el calor. El tiempo se inmoviliza; en el aire asfixiante no se mueve ni una hoja.

Liang se aburre; sentado en la última fila, detrás de su mesa, dispuesta a lanzar un penetrante grito cada vez que la toca, bosteza hundiendo la cabeza entre los hombros. Mueve sus músculos, vigilando los crujidos de su banco. Espera el final de la clase, que no ha hecho más que comenzar. Esa lección de política apenas le interesa. El director repite cada vez los mismos eslóganes para moralizar a sus alumnos. Quiere que se respete la disciplina, le gustan los que no se han movido ni dicho nada en toda la jornada y detesta a los alumnos que expresan unas ideas que se salen de lo normal. Liang ha sido dos veces censurado porque ha anunciado unas noticias que él, el director, no sabe todavía. Entonces, sintiéndose vejado, le ha dicho delante de todo el mundo: «No creas que porque eres el hijo del prefecto lo sabes todo. Las decisiones del Partido son confidenciales. Ni siquiera tu madre tiene derecho a saberlas».

Liang, avergonzado, enrojece, porque sabe muy bien que el director ha aludido a su madre, que ni siquiera es miembro del Partido.

—¿Por qué nuestro Partido es tan grande? —El director continúa—: Porque es un Partido que no admite nunca las relaciones privadas. Todos los sentimientos son sentimientos de clase. Nos amamos porque todos somos de la clase proletaria. Si tú cometes una falta, aunque seas el hijo del prefecto, serás castigado de la misma manera que los demás. Dicho más simplemente: si alguna vez tu padre tiene algo que decirle a tu madre, debe decírmelo primero a mí; después, seré yo el que se lo repita a tu madre. Para ti, todavía sería más complicado...

Ante las risas de los alumnos, Liang se siente desamparado. Desde ese momento, odia a ese director, y todavía más esa lección de política.

—¡Li Liang! —el joven director le interpela.

—Sí. —Liang, sorprendido en plena meditación, vuelve a la realidad y ve que en el tablero está escrito: «¿Qué es un joven pionero comunista?».

—¿Quieres hablarnos de ese tema? —le pregunta el director, con un tono extraño.

—Sí, sí, yo, en la ciudad, era miembro de esa liga —farfulla, emocionado, rojo. El director le deja la palabra; ahora tiene ocasión de hablar de algo que nadie conoce en este pueblo. Por supuesto, era miembro de esa organización,

que sólo se compone de los mejores alumnos y que proporciona los nuevos adheridos al Partido—. Sí, lo era. —Pero Liang ya no encuentra las palabras.

—Precisamente quiero que nos hables un poco de lo que es eso. Porque, como acabo de decir, vamos a fundar en nuestra escuela un equipo de jóvenes pioneros comunistas.

Al oír esto, Liang comienza a pensar: si se funda un equipo, seguro que él será el primer miembro y probablemente el jefe. Qué oportunidad, qué buena ocasión: su padre, jefe del distrito y él, el hijo, jefe de los niños...

La abuela Liu tiene razón: el hijo del general es siempre un general. Liang ya ve lo contenta que se pondrá su madre por su éxito, y lo orgulloso que estará su padre...

—Sí, sí, voy a hablar de ello...

Liang repite lo que aprendió en la ciudad, cuando entró en la Liga... Farfulla, tartamudea, busca las palabras que no encuentra y, a trancas y barrancas, hace su exposición.

Para acabar, Liang, bajo las miradas fascinadas de sus camaradas, levanta su brazo derecho por encima de su cabeza y dice:

—Se saluda así, y eso es también una señal de camaradería, y después todos son amigos...

inmediatamente, el director toma de nuevo la palabra y continúa instruyendo a los pequeños aldeanos.

Pero Liang ya no oye lo que dice el director; sólo ve unas imágenes fugitivas: una hermosa mañana, al salir el sol, bajo un cielo púrpura, entre el frescor del otoño y el olor del maíz, sus camaradas forman en cuadro, vestidos con una camisa blanca y un pantalón azul; en sus cuellos resplandece un pañuelo rojo, cuyas puntas flotan en el viento... Liang, con tres barras rojas sobre el brazo izquierdo, signo del jefe, se yergue ante todo el mundo e imparte sus órdenes...

El cielo se hace más bajo, se agitan unas grandes nubes, el viento se encoleriza y arranca los árboles de las colinas. Los enemigos están agazapados en la sombra, espionando el pueblo con sus ojos de aves de rapiña; pero el Ejército rojo está todavía muy lejos, retrasado por una encarnizada batalla... Las masas del pueblo siguen despreocupadas, inocentes y vulnerables. La abuela Liu duerme, con la hermanita de Tian en los brazos; Blanco, en el patio, se acuesta de lado, con los ojos cerrados, y rumia lentamente con un leve movimiento de cabeza, como un anciano que reflexiona sobre un problema que no ha podido resolver desde su infancia. Su hermanita Ling entra también en su país de ensueño, moviendo los labios; su

madre, tras haber corregido los cuadernos y preparado su lección de mañana, acaba de encender un cigarrillo, apoyando la cabeza en una mano; el follaje murmura, unos grillos se divierten...

Todo va a ser saqueado por los enemigos, que avanzan a paso de lobo y apuntan con sus fusiles a las ventanas iluminadas...

Un muchacho con pañuelo rojo y una lanza en la mano llega al galope frente a Liang, que, con los gemelos de campaña ante los ojos, estudia el informe con aire grave. Reflexiona, camina de un lado para otro, con el capote sobre los hombros, calcula la capacidad de fuego de los enemigos, el tiempo necesario para desplazar a las masas hacia las montañas y el peligro que tendrán que correr si entran al ataque antes del regreso del Ejército rojo... Después se pronuncia, con una voz tan grave como la de su padre cuando hablaba de la lucha contra la sequía, y con un tono tan firme, acentuado por una imperceptible superioridad, sobre todo en el momento de dar una orden.

Liang habla interiormente, no sabiendo qué decir: demasiadas imágenes superpuestas y confundidas, unas palabras desordenadas... Sin embargo, está contento detrás de su mesa, que cojea. Guiña los ojos, hace muecas, entrelaza los dedos y enrosca sus delgadas piernas. Siente un gran placer imaginando que es un héroe, con el poder en la mano, la gloria sobre su cabeza y los elogios bajo sus pies.

No ha oído nada cuando el director insiste: «El Comité del Partido de la Comuna ha decidido que el enemigo del comunismo en esta región es la práctica de la religión; para ser un digno miembro de los jóvenes pioneros rojos, la primera tarea es la de luchar firmemente contra la religión».



¿Cómo decírselo a su madre? ¿Estará ella de acuerdo? Y si no está de acuerdo, ¿por qué razón será? ¿Podrá convencerla?

Desde la clase hasta la casa, hay veintiséis pasos y medio; en algunos segundos, más exactamente en el tiempo necesario para franquear los doce últimos pasos, Liang deberá resolver ese problema. Se da cuenta de la situación: su familia y él han llegado a este pueblo recientemente. Es la primera vez para él, un chiquillo de nueve años; de nueve años y medio, para ser más precisos. Su madre podría negarse, en un tono suave, pero firme: «No, no estoy de acuerdo». ¿Qué podrá hacer entonces? Nada. Pero tiene que haber una solución... Si Liang obra con inteligencia, si demuestra esas cualidades que hacen a un hombre, si quiere que su madre le considere como un adulto independiente, si se empeña en conseguir sus fines y que su madre le conceda ese permiso, tendrá que demostrar su talento y que es capaz de obtener esa autorización. Sí, tiene que hacerlo. Tal vez sería mejor tantear antes haciendo preguntas, andarse con rodeos, hablar de cualquier otra cosa, con un tono diferente. ¿Por qué no comenzar conduciendo a su madre a un terreno favorable: sus estudios, por ejemplo? Así podría engatusarla, de modo que se sintiese incómoda para decir que no, para negarse...

Pero su madre es la primera que comienza:

—Te expresaste muy bien el otro día. Me lo ha dicho el director. Has hablado a tus camaradas de los jóvenes pioneros comunistas y le has causado una buena impresión... Pero ¿qué te ocurre?

Wang deja de hablar de repente. Con una mirada de sospecha, escruta el rostro de Liang.

—No..., nada —dice Liang, rehuyendo la mirada de su madre.

—Sí —dice ésta—. Dime qué te ocurre.

Liang la mira, pero sin atreverse a verla demasiado. Suelta un «humm... hum...» a través de su boca cerrada: el sonido le sale por la nariz.

—Anda, dímelo —insiste su madre en un tono que no puede ser más apacible.

—Esta noche... no ceno en casa. Como ya sabes, estoy invitado... — Apenas ha terminado esta frase comienza a detestarla: ¿Por qué ha soltado el

párrafo tan pronto y probablemente con tanta torpeza? ¿Por qué no ha buscado otra manera de presentar el asunto?

—¿Por Tian?

—Sí... más bien por su padre.

—¿Por qué razón?

—Verás: su hermana se casará mañana. Y esta noche tienen una cena familiar. Él quiere que vaya. Me he resistido, porque tengo trabajo por la tarde. «No acabará muy tarde», me ha dicho. He tratado de decirle que por la noche no quería salir porque no conozco este sitio. «No está lejos», ha insistido. Ya ves, se empeña en que vaya...

Liang se calla. Mira a su madre, que ya no le escucha, presta oído a los ruidos de afuera. Li, por casualidad, ha regresado a casa muy pronto. Wang, radiante, le pregunta.

—¿Comerás hoy en casa con nosotros?

—No puedo —dice Li, encorvándose ligeramente—. Tengo que arreglar un asunto urgente en Fan-Zhong, un pueblo que está a diez kilómetros de aquí...

—Más bien son quince —le corta Wang en tono de reproche.

—Bueno, es casi lo mismo —dice Li sonriendo con aire culpable, y añade—: Debo llegar allá antes de la puesta del sol. Vengo para avisarte y para coger un pan de maíz que comeré por el camino.

—Bueno, haz lo que tengas que hacer —responde Wang—. Está visto que los hombres buscan toda clase de razones para no quedarse en casa. Hasta el mocoso de tu hijo.

—¿Cómo es eso?

—Este trocito de hombre, que está invitado a cenar en casa de Liu Tian esta noche.

—¡Ah, muy bien! ¡Qué suerte! —dice Li mirando a su hijo.

—¿Sabes? —dice Liang—. Es que su hermana se casa mañana y han preparado para esta noche una cena estupenda. Van a matar el cerdo como si preparasen la fiesta de Primavera.

—Su padre es Liu Zhen Hua, ¿verdad?

—Sí.

—Creo —dice Li a Wang, tras un momento de reflexión— que hay que permitirle que vaya. La familia Liu tiene buena fama en este pueblo. Y no es nada malo que Liang vaya conociendo a la gente por sí mismo.

—Oye, mamá, tú sabes que acabo siempre mis deberes —dice Liang a su madre, mirándola con ojos implorantes.

—¡Cómo mimas a tu hijo! —murmura la madre haciendo una mueca en dirección a su marido.

—¡Ah, voy para allá! —grita Liang triunfalmente. De un salto, ya está fuera de su casa.

—¡Procura no volver demasiado tarde! —grita su madre.

Aún no ha llegado a la esquina de la calle cuando ya puede oír los estridentes aullidos del cerdo, que pinchan sus oídos, entran por su nariz, cosquillean el hueco de sus manos y la planta de sus pies, y arañan sus piernas. Liang comienza a dar saltos para llegar antes o para desprender sus pasos de los gritos del cerdo.

En cuanto pasa la puerta negra, el cerdo, con las cuatro patas atadas, chilla aún más fuerte, como si le pidiese ayuda a Liang. Al lado de su amigo Tian, Liang, desamparado, observa al cerdo sin saber qué pensar. Ha descubierto a un hombre con el torso desnudo y el pecho cubierto de pelos negros, que, sentado en el umbral de la vivienda, afila un puntiagudo cuchillo en una gran piedra.

—Es mi abuelo —presenta Tian.

Sin interrumpir su trabajo, el viejo vuelve la cabeza hacia Liang y le dirige una cálida mirada.

—¿Tú eres el amigo de Tian? —pregunta con una voz muy grave, probablemente quemada por el alcohol.

—Sí, abuelo —le responde Liang con una sonrisa.

El viejo ya no habla, abandona a la mirada de los niños su espalda bronceada, musculosa, enjuta pero ancha.

—Será mi abuelo el que mate al cerdo —precisa Tian.

Liang no dice nada. Mira el puntiagudo cuchillo que el viejo desplaza fuertemente sobre la piedra, templándolo de vez en cuando en el agua. El cuchillo también grita, pero más débilmente que el cerdo. Sin embargo, sus gritos son más limpios, más cortantes, como múltiples dientes acerados. El cerdo mira también el cuchillo, con sus pequeños ojos rojizos. Ya no grita, tal vez falto de fuerzas, pero gime con una voz frágil y temblorosa, como si, desesperado, ya sólo pudiera llorar.

—Llora —dice Liang suavemente a Tian, señalándolo con el dedo.

El grito del cerdo se intensifica, repentinamente más agudo.

—No lo señales con el dedo —le pide Tian—. Haz como si no existiera. Si no, gritará más fuerte todavía.

—Llora —repite Liang, volviendo la espalda al cerdo.

Siente que algo le pincha en el estómago.

—¡No! —dice el abuelo meneando la cabeza—. Un cerdo no sabe llorar. Es un animal desprovisto de sentimientos. Sólo sabe gritar. Cuando tiene hambre, cuando tiene sed, cuando le tocan ligeramente o cuando le matan, grita siempre de la misma manera.

El abuelo Liu echa una breve mirada a Liang y continúa, como si el muchacho no estuviese convencido.

—No hay que considerarlo como a un ser; es más bien un trozo de carne que grita; si no, ya no se podría hacer nada.

El abuelo Liu acaba de afilar su cuchillo, abandona su piedra y frota lentamente el filo con sus rudos y grandes dedos. Luego limpia las manchas del cuchillo, que queda muy brillante, y lo expone a las últimas luces del día que declina para examinarlo mejor.

Liang siente que su corazón late muy fuerte y se aproxima a su amigo para preguntarle:

—¿Tu abuelo es un matarife de cerdos?

—No, nada de eso. Es el dueño de la alfarería del pueblo. Un día iremos a verle trabajar.

Con el cuchillo detrás de la espalda y el paso firme, el abuelo Liu se adelanta ya hacia el cerdo, que, con los ojos desorbitados, arremangado su morro sobre los dientes amarillos, le ve aproximarse. Su grito se hace más penetrante, insoportable. El viejo da la vuelta al animal, meneando ligeramente la cabeza, como si dudase y reflexionase antes de tomar una decisión. Acaba pidiéndole a Tian:

—Ve a buscar una palangana grande y llama a tu padre. Comenzamos.

Entonces Tian se precipita, entra en la casa y trae enseguida una palangana de barro. Liu sale también de la casa, subiéndose las mangas. Todos rodean al cerdo. El viejo Liu coloca la palangana debajo del animal, justo en el lugar donde tiene el cuello...

Liang asiste a todo y siente que pierde el control de sí mismo; sus fascinados ojos no pueden apartarse de las manos del abuelo, mientras que su cuerpo, arrastrado por sus dos piernas temblorosas, se desvía, retrocede, en un impulso de miedo y de asco. Siente golpear muy fuerte su corazón en el interior de su pecho, como si fuese un animal salvaje respondiendo a las llamadas del cerdo, penetrado de pronto por el miedo a la muerte, pero disfrutando al mismo tiempo con una curiosidad odiosa.

—¿No puedes echarnos una mano? —pregunta Liu a Liang.

—Claro... que sí —farfulla Liang.

—Tian y tú sujetaréis las dos patas de atrás. Yo me encargo de las dos de delante.

Al decir esto, Liu agarra ya las dos patas del cerdo. Tian y Liang cogen las otras dos mientras que el cerdo lanza unos gritos convulsivos. El abuelo Liu coloca el cuchillo bajo su brazo y escupe ruidosamente dos veces en cada una de sus manos: «¡Adelante!». Sujeta el hocico del cerdo con su mano izquierda y da vuelta a la cabeza de manera que la parte baja del cuello del animal, grasa y negra, queda completamente expuesta. Liang advierte que es el punto más blando y más frágil del cerdo, donde las cerdas son más escasas, la carne más tierna y la piel más fresca y palpitante al ritmo de los gritos.

El viejo coge el cuchillo con su mano derecha, lo ajusta sin precipitación en el medio de esa carne viva y comienza a hundirlo lentamente.

El cuchillo entra con facilidad en el cuerpo del cerdo, que grita hasta desgañitarse y se debate con todas sus fuerzas. Liang debe desplegar toda su fuerza para sujetar con Tian las dos patas del animal, que se sacude violentamente. Los dos niños se bambolean con los sobresaltos del cerdo y adquieren sin querer el movimiento de dos aserradores que se dan frente, balanceados por el peso del animal enloquecido. Liang siente ganas de cerrar los ojos en el momento en que el cuchillo penetra y la sangre salta. Pero no puede. No sabe de dónde le viene esa fuerza tan grande que le mantiene con los ojos abiertos, a la vez que se siente invadido por un vértigo.

El abuelo hunde con todas sus fuerzas el cuchillo, que ya ha entrado hasta la mitad en la garganta del animal. Los gritos se hacen más débiles, se convierten en una especie de estertor. La sangre chorrea hirviente sobre la palangana. Liang tiene la sensación de oír, por debajo de los gritos, un ruido alegre, un frotamiento del hierro sobre la carne, y siente que su garganta le arde y que un sudor helado le llega hasta lo más profundo de su vientre.

El animal estertora cada vez con menos fuerza, parece quedarse adormecido; la sangre casi deja de manar y, en su mano, la pata se queda más floja y pierde su energía.

—Hay que hacer que salga toda la sangre, si no la carne será mala —dice el viejo Liu, que comienza a girar el cuchillo en todos los sentidos dentro del cuerpo del cerdo.

La sangre vuelve a manar. El animal, reanimado por esos golpes violentos, se debate con sus últimas fuerzas. Liang siente que la fatiga invade sus manos y está a punto de soltarlo cuando ve, de pronto, que Tian deja bruscamente la pata, vuelve la espalda a todo el mundo y se acuclilla en el

suelo. Liang ya no puede sujetar solo el cerdo y suelta su presa. Al ver esto, Liu salta sobre el animal y lo estrangula.

—¿Qué te pasa? —pregunta Liang a su amigo.

Tian no responde.

—¡No le preguntes nada! —ordena el abuelo.

—¡Uaah! —aúlla de pronto Tian. Este terrible grito es tan fuerte como los del cerdo hace un rato, como si le estuviesen matando a él.

—¡Vete! ¡Vete! —grita el viejo, enfadado, con el rostro crispado—. Ve un momento con él a jugar ahí fuera —añade luego Liu al oído de Liang.

Liang se aleja con pena del espectáculo, no sabiendo cómo irse. Toma la mano de Tian y le lleva a la calle.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? —pregunta Liang a su amigo una vez fuera.

—No lo sé... ya no lo sé... —dice Tian con un esfuerzo. Abre mucho los ojos en la oscuridad, pero no mira nada. Busca las palabras y añade luego—: La cabeza me da vueltas... Pero a ti también te tiembla la mano.

—Claro que sí, y también me da vueltas la cabeza... —balbucea Liang.

Los dos amigos se quedan silenciosos un largo instante, mirándose el uno al otro, y acaban sonriéndose sin saber por qué. Liang ve huellas de lágrimas en los ojos de su amigo, pero prefiere no volver sobre ese tema. Entonces propone:

—¿Quieres que vayamos a ver los juegos de la calle?

—¿De la calle? —Tian parece no comprender nada.

En el interior del patio, ya no se oye el grito ni el estertor del cerdo. «Ya está muerto», piensa Liang apretando más fuerte la mano de su amigo.



Cuando los dos niños entran de nuevo en la casa, han pegado por todas partes unos alegres cartelitos rojos. La familia Liu está reunida y comienzan a llegar los amigos que felicitan a Ying, la hermana mayor de Tian.

El cerdo que gritaba hace un rato se ha convertido ahora en unos trozos de carne roja, presentados en platos de loza. La cena está dispuesta. Liang y Tian son invitados a instalarse en la habitación del oeste, la principal de la casa, la que corresponde a los hombres. Una veintena de muchachos, metiendo mucho ruido, están empinando el codo; se lanzan desafíos unos a otros, con gesto despectivo y la mirada astuta, tratando de hacer beber a sus compañeros.

—Lo he entendido muy bien —dice un muchacho alto tendiendo un vaso lleno—. Hoy es la boda de nuestra hermana, el único día de fiesta de su vida. Si yo no aprovechase esta ocasión para ofrecer un vaso a mi Primo Tercero, ya no me atrevería a mirarle a la cara después.

El otro, el Primo Tercero, con la cabeza ya no muy segura sobre los hombros, coge el vaso con su mano temblorosa; pero en lugar de beberlo como lo ha hecho con los de los otros, lo coloca bajo la mesa, coge un trozo de carne con sus palillos y dice masticando.

—Viejo Cuarto tiene toda la razón, hoy no es un día normal, hay que beber. Pero no te molestes si no quiero beber en tu vaso: es demasiado pequeño. Hace más de una hora que estamos bebiendo en vasos como éste. Tengo la impresión —y vais a decir que he bebido demasiado, pero eso no importa, no estoy nada borracho—, tengo la impresión de que bebemos en la escudilla del pájaro; lo cual ya es una falta de respeto para nuestra hermana, que ha trabajado tanto tiempo para nosotros...

Se detiene un instante para ingerir su trago, y luego continúa:

—Si todos vosotros, hermanos míos, queréis realmente a la pobre Ying, yo propongo, en ocasión de su casamiento, el único día de fiesta de su vida como ya he dicho, propongo, digo, que cambiemos de vaso y que bebamos en nuestras escudillas, las de los hombres...

Deja casi sin terminar la frase para coger otro trozo de carne.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Cambiemos de vaso —interviene otro, de más baja estatura, pero cuya voz es mucho más clara y vivaz—. Lo deseo desde hace casi un año. Cada vez que me ofrecéis esos vasos, me cuesta beber,

porque me pregunto si no se trata de una broma: bebemos con vasos demasiado pequeños. Eso, ¿no es insultar a nuestra hermana, más que felicitarla?

—¡Cambiamos! ¡Cambiamos! —vociferan los demás.

Se traen unas grandes escudillas en las que vierten alcohol de nuevo; pero nadie bebe, todos comen.

—Vacía tu escudilla, mi Primo Tercero, ya que eres tú el que lo ha propuesto antes —apremia el muchacho alto a quien llaman el Viejo Cuarto.

El Tercero levanta la cabeza, mira de hito en hito a su hermano con unos ojos de lobo hambriento y dice:

—Claro que sí, voy a acabarlo, no tienes que decírmelo. Por nuestra hermana, prefiero acabar con todo el alcohol que se ha preparado... Pero hay que ser justos: tú, Viejo Cuarto, has bebido un vaso menos que nosotros, y tienes que alcanzarnos. Después, continuaremos en términos de igualdad.

El abuelo Liu, sentado en medio de la gran cama, ve cómo bebe todo el mundo. Fuma su pipa de largo tubo, expulsa grandes bocanadas, con aire ausente, satisfecho de ver a la familia reunida casi al completo. Liu tampoco bebe: permanece en un rincón, al abrigo de las miradas, en la sombra, pensativo: estas celebraciones le dejan un poco melancólico; para él, significan la marcha de su hija mayor, que era, hasta este día, uno de los pilares de la casa, una ayuda irremplazable.

Liang y Tian han bebido y han comido algunos trozos de carne.

—¿Quieres que vayamos a ver a la futura esposa? —pregunta Tian.

—Sí, me gustaría mucho —responde Liang, un poco perdido en los vapores del alcohol.

Se dirigen entonces hacia la habitación del este, que, como en todas partes, está destinada a las mujeres en el momento de las fiestas. Allí encuentran a la abuela Liu, a la madre de Tian y a las invitadas. Charlan más que comen y beben un vino tinto muy azucarado.

Ante la sorpresa de Liang, Ying, vestida con prendas nuevas y rojas, con una bella flor en los cabellos, sentada en un rincón de la habitación, está llorando. Su acompañante, la Gran Tía, como todos la llaman, con un pañuelo blanco en la mano, trata de consolarla mediante exagerados gestos.

—Vamos, mi niña. No te pongas así. Vas a casarte y eso es una gran alegría. Naturalmente, todo el mundo está triste cuando deja la casa natal. ¿Quién no se siente desgraciado al abandonar a sus padres? Pero has de saber que no nos dejas para siempre, hija mía; que ésta siempre será tu casa. Puedes volver cuando quieras...

En lugar de tranquilizarse, Ying parece más triste todavía, más desgraciada, y llora sin punto de reposo. La vieja continúa su labor, sin cesar un instante, incluso con la boca llena. Indiferentes, las demás mujeres parlotean.

—Es cierto que es muy triste —subraya la vecina de Liang—. Recuerdo la víspera de mi boda, cuando mi madre me anunció: «Desde mañana, hija mía, serás miembro de otra familia. Tendrás que arreglártelas sola. Ya no podrás hacer de hija como aquí». En aquel momento rompí en sollozos.

—Sí —afirma otra que sigue la conversación—. Es insoportable para todo el mundo. La casa es tan familiar; se conoce su atmósfera; los padres están siempre contigo, aunque a veces haya peleas entre hermanos y hermanas. Y de pronto comprendes que ya nunca estarás en tu casa, que eres miembro de otra familia, que allí serás sólo una invitada, y todo eso te parece insoportable...

—Tenéis razón, hermanas —añade la mujer de más edad—. Por eso compadezco el destino de nuestras mujeres. Antes del matrimonio, trabajamos y trabajamos... Pero todo lo que ganamos es para los hermanos; después, cuando llegamos a nuestra nueva familia, tenemos que servir a nuestros suegros, ayudar a unos cuñados y cuñadas que no conocemos. ¿Cuál es entonces nuestro lugar en esta vida?

Ying llora con más fuerza. La Gran Tía agita su pañuelo blanco, ostentosamente, haciendo uso de su poder de convicción.

—¡Qué llore, que llore todo lo que quiera! ¡Es buena señal! —interviene la abuela Liu—. Deja su infancia en la casa. Mañana será una persona mayor en casa de su familia política. Queremos que sepa cómo ha de arreglárselas. Si no, nos reprocharán el haberla educado mal.

La Gran Tía enjuga sus propios ojos con el pañuelo blanco y, mediante una serie de movimientos de cabeza, aprueba el razonamiento de la abuela.

—Es cierto, tienes razón, hermana. Llorar es madurar. Es una manera de cambiar. Ya ves, en nuestro pueblo, a la buena esposa de ese muchacho, el Joven Viejo; debe de tener ya más de cuarenta años, pero ¡qué infantil es todavía! Me han dicho que lloró la víspera de su boda.

—Yo comprendo muy bien a mi hermanita Ying —prosigue una mujer más joven—. Si llora, no es por tristeza; ¿por qué ha de estar triste ante una alegría tan grande? No es como nosotras, ella conoce ya a su futuro esposo. Parece ser que es el mejor muchacho del pueblo. La familia política tiene una excelente reputación. Probablemente es la más rica de la comarca; es una fortuna que ninguna de nosotras se habría atrevido a soñar. Si mi hermana

Ying llora, es porque está muy apegada a sus padres y a sus abuelos. Cualquiera, aun teniendo el corazón muy duro, lloraría al tener que dejarlos...

El parloteo de las mujeres no acaba nunca, y los lloros de la futura esposa tampoco.

El ruido de las dos habitaciones le produce a Liang una impresión desagradable. Mira, turbado, cómo llora Ying. En su pecho están bordadas dos peonías rojas, erguidas sobre cada uno de sus palpitantes senos, sacudidas por los estremecimientos del llanto. Liang experimenta ante el cuerpo de Ying una ternura contenida por el pudor. Y se dice: «Se va a casar mañana». Empieza a pensar entonces que, como él ha oído muchas veces, mañana muy temprano un palanquín llevado por dos hombres, enviado por la familia del novio, vendrá en busca de Ying y se la llevará muy lejos. En el camino, los portadores, llenos de malicia, sacudirán expresamente a Ying, ya tan triste por dejar a su familia e inquieta ante la idea de conocer a la nueva familia, porque esperan obtener alguna propina suplementaria.

—Una nueva nuera es realmente una verdadera esclava —dice en aquel momento la abuela Liu.

La verdadera esclava es ella. Ese cuerpo tan tierno, con tanto encanto, ya cubierto de lágrimas. Liang imagina ahora que ese cuerpo se levantará muy temprano por la mañana para encender el fuego, para preparar el desayuno de toda la familia, para dar de comer a los cerdos que gritan cada vez más fuerte y a las gallinas, que comienzan a rebullir. Después vendrá el trabajo, el arreglo de la casa, los cuidados a los abuelos, la sumisión a la suegra y sobre todo al marido...

El alboroto que arman los hombres en la otra habitación saca de quicio a las mujeres. Cuchichean entre ellas, con aspecto inquieto, y luego hacen cálculos sobre cuál de ellos se emborrachará primero y sobre cuál será el último. Imaginan las escenas que vendrán después, el difícil regreso a su casa, los insultos de borrachos que tendrán que soportar, las ropas empapadas de vómitos que deberán quitar trabajosamente, el asco producido por el repugnante olor del alcohol... Intrigadas por lo que ocurre en la zona reservada a los hombres, no se atreven a avanzar hacia la otra habitación, ni a mostrarse demasiado preocupadas por lo que les va a ocurrir a sus maridos. Eso sería un desprecio para el marido y una injuria para la mujer.

Ying deja de llorar, pero se queda en el banco, sin levantarse, con los ojos extraviados. La abuela Liu hace una señal a la Gran Tía, cuyos ojillos se iluminan para responder a la abuela. Entonces dice, con aire misterioso: «¿Empezamos ya?».

La abuela mueve la cabeza y la vieja, sin levantarse, da algunos saltitos sobre la cama con el trasero y se acerca a Ying. Como si se tratase de una confidencia, se pone una mano delante de la boca y se vuelve hacia Ying, sin dejar de gritar.

Liang la oye decir con voz de falsete:

—Hum... Hija mía, aunque se trata de cosas de las que no se habla habitualmente, no tengo más remedio que ponerte al corriente. Como tú sabes, nos casamos para fundar una familia, para tener hijos: ése es el más sagrado deber del matrimonio. Hay que hacer un esfuerzo, sobre todo nosotras, las mujeres. Tú no sabes todavía que los hombres son, al principio, un poco duros de soportar, pero tendrás que ser dócil, sumisa. ¡El ideal es quedar embarazada lo antes posible y tener en primer lugar un hijo varón!

Al oír estas palabras, Ying enrojece hasta las orejas, baja los ojos, se encorva ligeramente y parece incómoda al escuchar ese discurso.

La Gran Tía se arrastra todavía un poco sobre su trasero, se acerca más a Ying y continúa, a pesar del aire embarazado de la futura esposa:

—¿Me escuchas, hija mía? Todas hemos pasado por eso, es nuestro destino común. En ese momento, no te muestres sorprendida. ¡Y nada de tonterías que puedan hacer de ti el hazmerreír de toda la comarca! La primera vez, eso te hará mucho daño, e incluso sangrarás un poco. Pero no se trata de ninguna herida, y sobre todo no tengas miedo...

Ying enrojece todavía un poco más, y con un gesto débil y tímido rechaza a la vieja, echando una mirada a los niños.

La Gran Tía grita dirigiéndose a ellos:

—¡Marchaos de aquí, marchaos de aquí! Los hombres no tienen derecho a permanecer en nuestra habitación. Y además, vosotros sois demasiado pequeños para oír esto.

Liang y Tian, un poco confusos, comprenden de pronto de qué se trata. Y dejan la habitación contentos por haber podido sorprender algún secreto de mujeres.

Ya fuera, Tian toma la mano de Liang y le dice:

—Ven y verás.

Entonces salen de la casa y llegan al rincón que hay detrás de la puerta, delante de un paso entre dos paredes. Tian enciende una lámpara de aceite, hecha con una botella de tinta, y dice a Liang:

—Aquí es, éste es mi dominio.

Liang abre unos ojos como platos y comprueba que es un rincón que sirve de desagüe para las aguas residuales del corral y que apenas tiene un pie de

anchura. En aquel lugar, muy sucio, reina un intenso olor a podredumbre.

—¡Anda, ven! —le llama Tian, que, acurrucado ya como una gamba, con la cabeza contra las rodillas, entra penosamente en aquel estrecho paso.

Liang vacila.

—¡Ven y verás! —le apremia Tian en tono de confianza, como si fuese a revelar el mayor secreto del mundo.

Liang se acuclilla también y, reteniendo la respiración, entra después de Tian en aquella alcantarilla donde las gallinas van y vienen libremente.

—Aquí está, ¿has visto? —le pregunta Tian.

Liang se da cuenta entonces de que, desde que ha entrado en aquel agujero, tiene los ojos cerrados. Los abre involuntariamente y sólo puede ver dos ruedecillas montadas sobre unos bastoncillos y atadas entre sí con una cuerda.

—¿Qué es esto? —dice Liang un poco decepcionado.

Tian intenta descubrir la admiración en los ojos de su amigo; como no la encuentra, duda un instante antes de decidirse a explicárselo.

—Te lo voy a decir, pero me guardas el secreto.

—De acuerdo.

En un tono muy serio, comienza:

—Esto es una instalación eléctrica. Esas dos ruedas están atadas la una a la otra. Cuando yo hago que gire ésta, la otra gira al mismo tiempo...

«Naturalmente», se dice Liang para sus adentros.

—Pon la mano aquí. —Tian coge la mano de Liang y la coloca sobre la segunda rueda, mientras que comienza a hacer girar rápidamente la primera —. ¿Qué es lo que sientes? —le pregunta Tian.

—Nada —dice Liang retirando bruscamente su mano, que le quema.

—¿Cómo que nada? —dice Tian muy ofendido—. ¿No sientes calor?

—Sí, es verdad.

—Pues eso es la electricidad. Recuerda que el profesor nos enseñó en clase que el frotamiento de dos... bueno, de dos objetos... produce la electricidad. Pues así, nosotros la podemos producir. Si giramos ésta rueda para que la otra produzca electricidad, tendremos electricidad... Primero, instalaremos una lámpara aquí, en nuestro dominio, y después lo haremos en la casa...

Y luego en tu habitación. Así seremos los primeros de esta región que tendremos electricidad.

Liang escucha, más fascinado por su amigo que por el proyecto de éste.

—Pero faltan todavía algunas pequeñas instalaciones —agrega Tian, tras un corto silencio.

Liang reflexiona un momento y se inquieta.

—Es verdad lo que has dicho, pero... pero imagina que podemos producir electricidad para encender las lámparas que instalaremos en tu casa y en la mía; nos vamos a morir de cansancio a fuerza de girar las ruedas sin cesar.

Tian se calla. Se hace difícilmente a esa idea, y acepta:

—Es verdad, será muy fatigoso.

Como unas hojas heladas por la escarcha, los dos niños se quedan consternados. Continúan el uno junto al otro sin decir nada. Luego, Liang exclama:

—Ya está, tengo una idea. Vamos a instalar un motor, que funcionará con la electricidad que produzcamos, y ese motor hará girar las dos ruedas. Así, todo funcionará solo, produciendo electricidad.

Los ojos de Tian se iluminan en la oscuridad; los de Liang también brillan. Los dos niños, en el agujero negro lleno de porquería, electrizados ellos también, siguen soñando; acaban de bosquejar nuevos planes, nuevas quimeras...



Otra tarde, también, en el mismo agujero, los dos amigos reinciden en sus sueños. De pronto oyen que unos pasos se detienen delante de la puerta negra. Alguien llama a ella y grita:

—¡Tío Liu, tío Liu!

Liu acude a la puerta.

—Es para esta noche.

—Ya lo sé, iré enseguida.

Liu dice algunas palabras en el interior de la casa y sale rápidamente.

Tian se calla y mira a Liang con sus expresivos ojos.

—¿Qué es lo que pasa?

Tian guiña los ojos sin responder y, después, pregunta:

—¿Quieres que vayamos a verlo?

—Pues... sí.

Los dos niños salen a reculones, con el trasero por el aire como las gallinas, de aquel estrecho paso, y siguen a Liu, cuya sombra incierta todavía no ha salido de la callejuela. Tian y Liang, uno detrás de otro, caminan silenciosamente, con el corazón lleno de misterio.

Después de la salida de la callejuela, Liu gira a la izquierda delante de la iglesia y camina con una marcha más viva. Los dos niños aceleran el paso.

—¿Sabes adónde va? —pregunta Liang.

—A casa del Tío Viejo Negro —responde Tian con un tono de seguridad.

—Pero ¿qué van a hacer allí?

—No lo sé. —Más bien parece que Tian no quiere responder—. Sé que va con frecuencia a su casa. Le he seguido algunas veces, pero, como cierran enseguida la puerta, no he podido saber lo que hacen dentro.

Liu gira de nuevo, ahora a la derecha, y entra en otra callejuela que se encuentra en la linde del pueblo.

Tian continúa caminando.

—Las otras veces, estaba yo solo y no me he atrevido a tratar de abrir la puerta. Esta vez vamos dos y vamos a ver lo que hay en el fondo del saco. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —dice Liang estrechando la mano de su amigo.

A la entrada de la callejuela, deben esperar un momento a que Liu, tras haber echado una ojeada hacia atrás, entre por la puerta. Luego se oye el cerrojo.

Después se hace el silencio.

—¡Vamos allá! —propone Tian.

Pero no se ha movido; Liang tampoco. Siente que hay algo tan pesado, tan oscuro como la noche, que, suspendido delante de ellos, espera su paso para caer sobre su cabeza.

—¿Y cómo es ese Tío Viejo Negro? —pregunta Liang con voz ahogada.

—No lo sé —farfulla Tian—. No sale nunca.

—¿No le has visto nunca?

—Sí, cuando era pequeño. Pero ya no me acuerdo.

Liang se calla, mira a su amigo en la oscuridad y luego vuelve la cabeza hacia la puerta.

—¿Vamos allá? —dice de nuevo Tian. Esta vez su voz es más débil. Es más bien una interrogación, pero con el deseo de obtener una respuesta negativa.

Liang no responde. Sabe que si empieza a hablar, dirá un «no» y ambos regresarán a casa. Mira el cielo negro, en el cual titilan las silenciosas estrellas. Desde el follaje de unos árboles próximos llegan algunos raros gritos de aves. En la calle desierta, no hay ni un alma viviente. Liang piensa que en este momento debe de ser muy tarde, y que es la primera vez que, a esta hora, no se encuentra todavía en la cama. Ve la mirada de reproche de su madre, el aire culpable de su padre que, cada vez que él pide una salida que no obtiene, acude en su ayuda.

—¿Quieres que volvamos a casa? —pregunta Tian, volviéndose a medias.

—Claro que no, ¡vamos a ver lo que hay ahí! —casi grita Liang, asombrado de sí mismo.

—Entonces, vamos allá —prosigue Tian.

Liang avanza; oye su propio paso. Tian le sigue de cerca.

—Ese viejo, ¿tiene un perro?

—Sí... —murmura Tian.

Han dado algunos pasos, cogidos de la mano, el uno contra el otro, y llegan hasta la puerta del corral. Es una puerta muy antigua, agrietada, cuyo color no se distingue bien. No hay perro, y los niños lanzan un suspiro de alivio. En ese momento oyen una música leve, débil, que sale por encima de la tapia coronada por hierba muerta, negra en la noche.

—¡Ah, ya lo entiendo! —exclama Tian.

—¿Qué es eso? —dice Liang volviéndose, dispuesto a escapar en el acto.

—La misa.

—¿Qué es eso?

—¡Es la misa! He oído muchas veces a mi abuelo canturrear esa música.

«La misa...», repite Liang para sí mismo. No comprende esa palabra, pero no parece tratar de comprenderla. Escucha esa música tan leve, tan lejana, tan alta que Liang tiene la sensación de que es él quien vuela muy alto, muy lejos, para atraparla de nuevo y devolvérsela a sus oídos. Nunca, hasta ahora, ha tenido la experiencia de la música, que para él sólo es el canto de los pájaros por la mañana, el cri-cri de los grillos por la tarde, el batir de las perlas de lluvia sobre los cristales por la noche y el silbido del viento en el invierno. Pero hoy abre todo lo que puede sus oídos para dejar que entre esa «misa», esa música, ese grupo de ruidos armoniosos que se van juntos: el uno grave, el otro más ligero, se cruzan, se entrelazan, se rodean. Uno da un salto para ir hacia adelante, y el otro trata de duplicarlo con un impulso. Es más claro que el tintineo de la campanilla en el cuello de Blanco, más alegre que el murmullo de un arroyo, más tierno que el gemido de los animales... Liang, fascinado, escucha.

La música sube una vez más y se deja seguir de las voces bajas de unos hombres que, como el zumbido de las abejas, la acompañan. Al parecer, hay allí mucha gente.

—¿Quieres que entremos? —pregunta Tian, que, sin esperar la respuesta de Liang, ya está empujando la puerta cerrada con cerrojo. Liang habría dicho que no si la puerta no estuviese atrancada.

—¿Y qué vamos a hacer para entrar?

—Eso es fácil —dice Tian, que comienza a hurgar en sus bolsillos. Como no encuentra nada, pregunta a Liang—: ¿No llevas nada encima?

—Eso depende de lo que busques.

—Una navaja o una regla, algo así, algo fino y duro.

—Si quieres, tengo una navaja.

—Perfecto.

Tian se apodera de la navajita de Liang, la desliza entre los dos batientes y trata de desplazar el cerrojo a través de la puerta.

Liang siente que un peso gravita sobre él y ya no puede respirar hasta que Tian acaba su trabajo de espía. La puerta se abre con un ligero rechinamiento. Ambos sienten que una corriente de aire sale a su encuentro.

Los dos niños entran en el corral, ven que la casa no es más que una granja cuyas ventanas están iluminadas por varias velas. La rendija de la

desunida puerta interior deja pasar una débil luz que ilumina el suelo.

Entonces, con el corazón en un puño, se aproximan a la puerta de la casa y ven, en la penumbra, a una veintena de hombres arrodillados delante de un viejo de barba negra, que tiene los ojos cerrados y que, todo él vestido de blanco, está cantando con una voz muy vaga. De vez en cuando, la gente recita algo con él y enseguida hacen un «diez» delante de su pecho, murmurando unas palabras imprecisas.

Detrás del viejo vestido de blanco se ve a un hombre colgado de un gran «diez», la misma estatua que Liang había descubierto el otro día delante de la iglesia. Al fondo se ve un antiguo gramófono, del cual procede la música.

Liang mira a esas gentes de movimientos lentos y misteriosos; siente nacer en él un sentimiento indescifrable. Entre esas personas secas, fatigadas, mal alimentadas, vestidas con harapos, cuya espina dorsal, ya encorvada por tantos años de labor bajo la lluvia y el sol, se encorva todavía más ante ese viejo vestido de blanco y ese hombre cruelmente colgado, en esa atmósfera de silencio y de ruido cuyas tinieblas no logran disipar las velas, Liang vuelve a encontrar una emoción ya conocida en otra parte, tal vez en sueños o en las leyendas relatadas por su madre cuando era pequeño; ya no lo recuerda. Siente que una parte no de su cuerpo, sino de su mente, se mezcla con esa gente arrodillada cuando hacen juntos el signo de la cruz, levantando la cabeza para contemplar el techo de la granja, y pronuncian unas palabras que Liang ignoraba hasta ahora.

La música se debilita y la ceremonia parece terminarse, cuando se levanta un hombre y se sitúa de cara a la asistencia.

—¡Tu padre! —dice Liang tocando a su amigo en el codo.

Tian sólo le responde con un relampagueo de sus ojos.

Liu se coloca delante de una mesa, casi al lado del viejo. Mira un momento a todo el mundo y toma la palabra.

—Hermanos míos, rezad ahora conmigo a Dios para que nos salve de esta sequía y de esta pobreza.

Una vez más, se arrodillan y cantan, Liu el primero.

十三

El pan de maíz al vapor, adornado con el halagador nombre de «pagoda dorada», hecho con la harina del año anterior, deja un gusto acre en la boca y aspereza y sequedad en la garganta. Para acompañarlo, las gachas de maíz, pegajosas e insípidas, como goma entre los dientes. Después, algunos trozos de legumbres saladas, para producir un poco de saliva y que se agota antes de que se pueda saciar el hambre.

Liang remueve la boca, en un movimiento maquinal, sin poder tragar. Mira cómo su madre y su hermana comen, preguntándose si ellas no sienten el mismo gusto que él. Liang es así cuando su padre está ausente. Su madre, fatigada por el trabajo del día, ya no procura mejorar la alimentación. No pueden comer otra cosa que esos «tres platos antiguos». Entonces, la insipidez de la comida se añade al aburrimiento causado por la ausencia de su padre y mata el apetito de Liang.

—¿No comes más? —pregunta Wang.

—Sí, todavía no he terminado de comer. —Liang reanuda su masticación, haciendo un ruido exagerado con los labios.

—No vale la pena que finjas —dice Wang—. Sé que esta comida te disgusta, y no te lo reprocho, pero te equivocas. No te gusta comer maíz, ya he notado eso. No digo que seas un niño mimado, porque nadie te mima; pero eres un ingrato. ¿Sabes lo que comían los niños de antes de la Liberación? Pan de sorgo, o algo peor: cascabillo de mijo, y podrido. No tenían legumbres saladas. Si podían hacer una comida de maíz, era una fiesta para ellos.

»Ahora vivimos en la nueva sociedad, gracias al Partido y al presidente Mao. Podemos comer maíz y no debemos ser ingratos. Hay que pensar que, en este mundo, dos tercios de los pueblos viven bajo regímenes capitalistas y se mueren de hambre en un sistema podrido...

Es inútil defenderse, porque un hijo no puede ocultarle nada a su madre. Liang baja la cabeza y se siente avergonzado: es verdad, es un ingrato, carece de voluntad. Si no fuese por el Partido Comunista y por el presidente Mao, habría tenido que comer aún aquellas porquerías, como el resto del mundo. Tiene que sentir su suerte, tiene que escuchar a sus padres que conocen la antigua sociedad. Debe comer pan de maíz e imaginar que es mucho mejor que el sorgo y que el cascabillo de mijo.

Así que, abriendo mucho la boca, traga un gran trozo de esa «pagoda dorada», toma un gran trago de gachas, y comienza a masticar ruidosamente, lleno de ardor.

—Yo no detesto el pan de maíz —dice la pequeña Ling.

«Yo te detesto a ti», se dice interiormente Liang. Cada vez que él es criticado por una u otra razón, la niña aprovecha la ocasión para arrimar el ascua a su sardina. Sin embargo, Ling ha expresado varias veces el asco que le produce el pan de maíz.

—Sí, naturalmente —dice Wang con un tono cantarín—. Tú eres una niña buena del presidente Mao.

Ling come todavía otro trozo de pan y pregunta:

—¿Lo sabe él?

—¿Cómo?

—Que si él sabe que yo soy una niña buena.

Wang duda antes de responder:

—Claro que sí, él lo sabe todo. Sabe perfectamente que tú eres una niña muy buena, que comes maíz, que no lloras cuando vas a casa de la abuela Song mientras papá y mamá trabajan por la Revolución. Él lo sabe todo.

—¡Oh! ¡Estoy muy contenta! —gime Ling con sus rojos labios.

Liang mira a su hermanita mientras come; le sorprende que pueda tragar tan fácilmente y con esa cara de satisfacción. ¿De dónde puede sacar tanta saliva? Tal vez es demasiado pequeña y su lengua no está todavía bien formada para percibir esos sabores acres...

—El otro día encontré a papá en la calle —dice Ling.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hacía? —pregunta Liang; hace cuatro días que no ve a su padre.

—Estaba con otras personas.

—¿No le llamaste? —Esta vez Wang deja de comer.

—Sí, le llamé tres veces.

—¿Y él te vio? —pregunta Liang.

—Sí, me hizo señas con la mano. Como yo sabía que estaba trabajando, y debo ser buena y no molestarle, le dejé irse con aquellas personas; hasta le dije adiós sonriéndole. Yo soy buena, ¿verdad, mamá?

Wang no dice nada y acaricia la cabeza de Ling. Liang empieza a envidiar a su hermana; él no tiene la posibilidad de encontrar a su padre, porque pasa los días encerrado en su clase. Si pudiese encontrarle le demostraría el mismo heroísmo para ser un niño bueno del presidente Mao. No es un sacrificio

privarse algunos días de ver a su padre para obtener ese título glorioso; lo aceptaría de buena gana.

Liang se enjuaga la boca y dice:

—No puedo comer más, ya no tengo hambre.

Wang le mira con ojos penetrantes y dice:

—Bien, si no vas a ponerte a trabajar enseguida, harías mejor en dar una vuelta por la calle y acompañar a tu hermana a casa de la abuela Song.

—¡Sí, claro que sí!

—Pero esta tarde, ¿no puedo quedarme en casa? —pregunta Ling tristemente.

—No, estoy llena de trabajo y tu hermano también tiene muchos deberes —dice Wang frunciendo el entrecejo.

La pequeña se calla, bajando los ojos.

—Trabajamos para el Partido y para el presidente Mao. Tú todavía eres pequeña y no puedes trabajar; pero si vas a casa de la abuela Song y nos dejas trabajar, también ayudas a la Revolución.

—Pero no haré ruido si me dejáis en casa. —La niña ya no come y no mira a nadie; con sus pequeños dedos manchados dibuja sobre la mesa unos redondeles entrelazados.

Como Liang quiere salir, apremia a su hermana:

—Vamos, ¿no quieres ser ya una niña buena del presidente Mao?

—Sí... sí quiero —dice penosamente la pequeña.

—Pues ven conmigo, si eres valiente.

Ling continúa inmóvil, haciendo «uuh, uuh» con la boca. Finalmente dice:

—Iré, si me prometéis que iréis a buscarme pronto...

—Claro que sí —dice Wang levantándose.

Ling hace un esfuerzo para ponerse de pie, se levanta y da la mano a Liang.

Éste siente un pequeño calor en la palma y aprieta algo más la mano esperando alguna reacción de su hermana; pero la pequeña mano sigue inerte, como un puñado de algodón caliente. Liang gira la cabeza para ver mejor a su hermana y comprueba que camina con un paso cada vez más lento. Liang comprende que la niña actúa según su costumbre, para tardar más en dejar la casa, mientras que a él le gustaría volar para encontrarse ya en la calle. «¡No hay nada que hacer con esta niña! —se dice—. Tiene demasiado apego a la casa y a sus padres...».

—Ling, ¿quieres que te lleve a la espalda?

—Bueno, sí.

Se agacha para que ella suba a su espalda y se la lleva a toda marcha.

—Dile a mamá que no se olvide de venir a buscarme a las nueve —le dice Ling al oído.

—Naturalmente —le responde Liang—. Pero, dime, ¿por qué no quieres ir a casa de la abuela Song?

Silencio. Ling no responde ni una palabra.

—Dime ¿por qué?

—Si te lo digo, ¿no se lo repetirás a mamá?

—No.

—Tengo miedo.

—Pero ¿de qué?

—De la abuela Song.

—¿Qué es lo que hace?

—Cuenta historias malas cuando lloro.

—Entonces, ¿por qué lloras? ¡Eso no está bien!

—No... Pero no sé cómo hacerlo.

—¡No lo vuelvas a hacer!

—No...

Ling ha tenido que sacudir fuertemente la cabeza para subrayar su respuesta. Liang siente que su cuerpo se hace más pesado. Llegan a la callejuela en donde vive la abuela Song. Liang deja a su hermana en el suelo.

—Anda, ve, ya conoces la puerta.

—¿No me acompañas hasta la puerta?

—Claro que no... No hace falta. Y tengo prisa.

Liang vuelve la espalda y deja a la niña, sin dirigirle siquiera una mirada.

Corre hasta la iglesia y se detiene ante la puerta cochera del comité del Partido. No está todavía cerrada, pero no se ve a nadie en el patio. Liang duda un momento y decide entrar. Tras haber subido los tres escalones de piedra, se encuentra bajo la bóveda.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunta una voz tosca; al mismo tiempo, ve que se abre en la pared una ventana en la que aparece la cabeza de un viejo de barba mal afeitada.

—Vengo a buscar a mi padre —responde rápidamente Liang.

—¿Y quién es tu padre?

—Li Xian Yang.

—¿El prefecto Li?

Los ojos del viejo se iluminan, la voz se suaviza.

—Li Liang, ¿verdad? Vienes a buscar a tu padre, de acuerdo. Pero me temo que no esté en su despacho. Siempre está fuera.

—¿No está en su despacho?

—Me temo que no. Pero nada te impide ir a ver.

—¿Puedo entrar?

—Naturalmente. Si quieres, te acompaño...

—No, no, puedo ir yo solo.

—Como prefieras, muchacho. Su despacho está allí, al fondo del patio, a la izquierda.

Liang cruza el patio con apresurados pasos. Siente la garganta menos oprimida. La amabilidad del portero le ha tranquilizado. Esperanzadamente, llega ante la puerta de su padre. No sabe si es preciso llamar a su padre antes de empujar la puerta o hacer lo contrario. ¿Cuál será la reacción de su padre incomodado en pleno trabajo? Durante un momento casi desea que el viejo portero haya acertado y que su padre no esté allí. De este modo, podrá hacer lo que quiera. Mira la puerta, inmóvil, esperando oír algún ruido en el interior. La puerta es nueva, pero ya está agrietada, como tantas otras del pueblo, a causa de la sequedad del clima. Liang avanza suavemente y, sin hacer ruido, acerca el ojo a una de las rendijas de la puerta y sólo ve las cuatro patas de una mesa; busca en vano las dos piernas de su padre, que deberían estar allí.

«Por lo tanto, no está», se dice Liang que se siente audaz de pronto y empuja la puerta con todas sus fuerzas. Al principio, la puerta se resiste con un ruido que a Liang le causa la sensación de que se derrumbará con el segundo esfuerzo. Empuja otra vez, pero más suavemente. La puerta también resiste con menos fuerza, pero no se abre. Liang se acuclilla en las escaleras y apoya la espalda en la puerta. A pesar de todo, siente un pequeño placer al pensar que es la puerta de su padre la que tiene a la espalda. Firme, generosa con el pecho paterno, está allí para sostener el peso de su pequeño cuerpo. Liang se sienta en el suelo, estira las piernas y se adosa más para descansar.

En este momento, al levantar la cabeza para mirar delante de él, se da cuenta de que está justamente enfrente de la iglesia, cuya puerta lateral, como un ojo vertical, le observa con desconfianza. Bruscamente, Liang se estremece.

«Hemos transformado este sitio, donde el imperialismo envenenaba a nuestro pueblo, en un lugar donde recibimos las directrices del Partido». Las palabras de Song vuelven a su memoria.

Liang contempla el patio, desierto en este momento de la tarde. Los funcionarios del municipio han regresado a sus casas. No hay nadie en la

iglesia, ahora noble, prohibida para todos salvo para él, el hijo único del prefecto. Puede permanecer allí todo el tiempo que quiera y saborear esta calma.

Liang se levanta y se dirige hacia la iglesia. Siente que se crispan los músculos de su cuerpo cuando la puerta lateral se abre fácilmente, cuando él la imaginaba muy pesada y esperaba oírla rechinar. Ocurre lo contrario: se abre casi por sí sola, después de un empujón del niño. Este silencio, casi amenazador, y esta apertura acogedora, aumentan en Liang su terror, mezclado con curiosidad.

Con paso temeroso, Liang entra en la inmensa casa, totalmente a oscuras. Lo primero que percibe es un olor fino y húmedo de moho que, junto con el frío y las tinieblas, penetra en su cuerpo. Liang contiene el aliento y comienza a observar, cuando los ojos se acostumbran a la penumbra. La casa es muy alta y está casi vacía. Sólo se ven en ella algunas mesas largas, en medio del edificio, con una docena de bancos alrededor. El techo está compuesto de varios arcos entrelazados que se apoyan en grandes columnas. En el fondo se descubre un lugar elevado, probablemente un púlpito. Más arriba cuelga una campana; su cuerda llega hasta el suelo. Liang toca la cuerda y escucha un leve tintineo. No se oye ni el menor ruido, salvo los pasos de Liang que resuenan bajo aquella bóveda y que le hacen estremecerse.

«Hemos transformado este sitio, donde el imperialismo envenenaba a nuestro pueblo, en el lugar donde recibimos las directrices del Partido». Esta frase resuena en la cabeza de Liang, que se siente de pronto presa de un vértigo.

Mira aquel púlpito, allá arriba, y la campana, todavía más alta.

十四

—Mamá, por la noche está demasiado oscuro; papá no puede cavar pozos —dice la niña de repente, cuando Liang, acostado a su lado, ve de nuevo las escenas que ha vivido en la iglesia.

—Te he dicho tres veces que te duermas, pero no me escuchas. Tu padre hace algo más que cavar pozos —responde Wang, un poco enfadada, levantando la cabeza de los cuadernos que está corrigiendo.

—Si me dices lo que hace papá tan de noche, te obedeceré.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—Está en una reunión del Partido.

—No es verdad. Ayer estaba ya en una reunión del Partido.

—Pues hoy también, ¡Duérmete!

—Es demasiado, tantas reuniones del Partido.

La niña se calla, lanza un suspiro, vuelve la espalda a Liang y cierra los ojos.

Liang también vuelve la espalda a su hermana y decide dormir, pues los deberes que ha tenido que hacer le han fatigado. Es verdad: demasiadas reuniones del Partido, demasiadas; Liang recuerda una frase del abuelo Liu: «El Partido Nacionalista tiene muchos impuestos, y el Comunista muchas reuniones». ¿Qué son los impuestos? Liang no lo sabe, cierra los ojos y sólo oye la estilográfica de su madre que rechina sobre los cuadernos. Entonces, experimenta cierto placer en adivinar, a través de aquel rechinamiento, las notas de aprobado y de suspenso que distribuye Wang: si es un crujido fuerte al principio, luego seguido de una cola ligera y regular, es que ha emitido un juicio positivo; si percibe unos roces ásperos, que se cruzan, es que hay una falta en el cuaderno. Por el ruido del papel, Liang puede saber también cuándo Wang vuelve una página o cambia de cuaderno. De este modo llega a estimar cuántos buenos y malos alumnos asisten a la clase de su madre.

Liang pasa un largo rato escuchando, pero acaba por cansarse del juego. Ya tiene bastante con esforzarse en cerrar los ojos. Los vuelve a abrir y mira la pared de enfrente; como tiene casi la nariz encima de ella, las señales y las manchas de que está cubierta le parecen aumentadas y adquieren unas dimensiones considerables. Liang adivina en ellas cosas reconocibles: una

nube de algodón, el rostro del famoso Mono Rey, la cabeza del cerdo sacrificado por el abuelo Liu, los cabellos sucios de la niña que le impiden ver el tablero en clase, una flecha de iglesia con la cruz rota y un árbol inclinado por un viento cuyo silbido no es otra cosa que el roce de la estilográfica de Wang.

Liang observa que su madre raya ahora cada vez con más fuerza, más secamente; probablemente encuentra demasiadas faltas en los cuadernos.

Afuera, no se oye ningún ruido, ni siquiera el cri-cri de un grillo. Si al menos, en medio de los rechinamientos nerviosos de la estilográfica de Wang, pudiese oír, como oyó la otra noche, que su padre se acercaba, primero casi imperceptiblemente, luego cada vez más próximo, aquel ruido de pasos..., el ruido de los zapatos de su padre golpeando el suelo, haciendo rodar unas piedrecitas y, finalmente, resonando dos veces, más pesadamente, más secamente, en los escalones de la puerta. Entonces, la puerta se abriría y entraría su padre...

Hoy no hay ningún ruido, pero va a haberlo. Una vez que lo ha oído, es que ya está todo muy cerca. No vale la pena buscar ese ruido en sus oídos. Se verá aparecer al padre casi enseguida; los ojos quedarán satisfechos casi al mismo tiempo que los oídos... Si al menos esta noche tuviese unos oídos muy finos, muy atentos, para oírlo de lejos; así podría oírlo ya al salir de la iglesia que sirve de sala de reuniones; después lo adivinaría caminando, atravesando la callejuela en donde vive la familia Liu. El padre pensaría entonces en Liang, pues sabe que su hijo tiene un amigo detrás de esa puerta: no tendría más remedio que pensar en él al pasar por delante de la casa. Liang piensa, imagina la breve sucesión de recorridos, se representa los elementos de su trayecto: sale de la callejuela, pasa por la orilla del estanque de las aguas sucias, retiene la respiración y apresura el paso para librarse de los hedores nauseabundos. Pasa por debajo de la puerta cochera de la escuela, cruza el antepatio y deja atrás la primera manzana de casas. A partir de ahí —Liang lo sabe— le quedan veintisiete pasos que dar. Veintisiete para Liang, que para él serán menos...

Liang abre los ojos y escucha: entonces oye el rechinamiento de la pluma.

Cierra los ojos de nuevo y espera. Tal vez ha sido demasiado rápido cuando su padre recorría la callejuela, estrecha pero larga. No podía recorrerla pensando únicamente en Liang: ha debido de pensar en otras cosas: en la reunión que acaba de presidir, en el número de pozos que han cavado. Ahora debe de salir de la callejuela, gira a la derecha, costea el estanque.

Liang se aburre, está cansado, se va a dormir a pesar de todo. Se da la vuelta y ve a su hermana dormida.

—¿No duermes? —le pregunta Wang.

—Sí que duermo —responde Liang, molesto.

—Ya son las once pasadas. Si no te duermes, será más difícil despertarte mañana.

—Esta vez me dormiré de verdad... Pero...

—¿Qué?

—Tú, por ejemplo, ¿no esperabas a tu padre cuando eras pequeña?

—No —dice Wang, después de un silencio.

—¿Por qué?

—Mi padre murió antes de que yo naciera.

Wang comienza a contarle:

—Tu abuelo materno era un héroe del ejército del Octavo Camino. Había terminado sus estudios superiores cuando estalló la guerra contra el Japón. Entonces se decidió a adherirse al Partido para ir al frente y luchar contra el invasor japonés, dejando a tu abuela muy joven pero ya encinta. Como era uno de los pocos intelectuales del Partido comunista, ascendió de grado y ocupó unos puestos cada vez más importantes. ¡Aquí está su foto, mírala!

Wang abre un cajón. Liang se levanta, coge la foto y ve a un hombre con uniforme antiguo, galones en las hombreras y una gorra de plato en la cabeza. Aunque la foto ya está algo amarillenta por el tiempo, Liang adivina mucho valor y heroísmo en la mirada de aquel militar, su propio abuelo.

—Murió en combate. Si quieres te la regalo.

Wang toma la foto y la guarda en un cuaderno, en el fondo del cajón.

—Ahora tienes un héroe por abuelo. Yo soy su única hija y tú eres mi hijo único. Según un dicho antiguo, «los hijos continúan lo que los padres han comenzado». Tu abuelo combatió al invasor y sus camaradas fundaron una nueva sociedad que tú, con la nueva generación, debes construir y conducir al comunismo. Por eso debes escuchar a tus padres, que son mandos revolucionarios, y acabar bien tus estudios para poder un día...

—¿Qué es el comunismo?

—El comunismo es un ideal, es... —Wang reflexiona un momento—, es una sociedad donde ya no hay explotación, ni miseria, ni hambre, donde todo el mundo es libre y donde cada uno obtiene lo que desea...

—Lo que mi padre hace ahora, ¿es para construir el comunismo?

—Él es el jefe del Partido en esta región, y lo que hace, lo hace en beneficio del Partido.

Liang no hace más preguntas. Ya no espera el regreso de su padre. Si Li tarda, es porque tiene mucho que hacer para construir ese paraíso, esa felicidad. Hay que dejarle trabajar, hay que evitar pensar en él, dejar de esperar el ruido de sus pasos...

十五

En un momento, el sol se sumerge en aquel agua multicolor, hirviente, y salpica el cielo de fragmentos de nubes rojas y negras. Liang cierra a medias los ojos y sólo deja entre sus párpados una rendija, a través de la cual pueda entrar ese surtidor de deslumbrante luz. Trata de mantener inmóviles los párpados para medir la velocidad del sol, que parece haber comprendido lo que Liang oculta en su cabeza: ya no se mueve, se mantiene inmóvil también. «Yo tengo la manera de vencerle», piensa Liang. Inmoviliza aún más sus párpados para impedir que el sol vaya a aplastar a las nubes. Desgraciadamente, el astro aprovecha el menor desfallecimiento de Liang para avanzar un paso hacia las nubes. Liang abandona el juego, lanzando un puñado de tierra contra el sol. Se acuesta en el suelo y comienza a soñar...

—Nuestra época es la más grande, la más extraordinaria. En esta época roja, sólo hemos tenido héroes revolucionarios: Lei Fen, Zhang Jie, Hu Yang Hai, Dong Cun Rie, Huan Ji Gong, etc., una serie de héroes a los que hay que añadir a Jiao Yu Lu, prefecto en un distrito en la provincia de Henan, que ha hallado la muerte en la encarnizada lucha contra la desertización de la tierra y por el bien del pueblo, así como por la causa del comunismo... Para cantar sus alabanzas, así como para promover un movimiento en el país, el Comité Central del Partido Comunista pide al pueblo que tome ejemplo de él y que ponga a todo el mundo al corriente de sus hazañas históricas.

La nube se enrojece, muestra su pecho amarillo y blanco, y se prepara a recibir al sol, que parece fatigado. Otras nubes se levantan con un solo movimiento, como para manifestar su alegría por haberse salvado del aplastamiento, o para expresar sus celos por no recibir ese terciopelo de luz. Inconscientemente, Liang trata todavía de inmovilizar, no el movimiento del sol, sino la evolución de las nubes.

—Mira, es casi tu padre...

Esta frase de su amigo Tian en medio de la clase de actividades políticas, susurrada a sus oídos y acompañada de un soplo y de un codazo en los riñones, produce en Liang durante un momento una extraña sensación de orgullo y de pesar. Le dirige una mirada agradecida y desolada. ¿Qué puede decir, en una situación tan incómoda? Su padre también es un prefecto y se ha

lanzado en una lucha encarnizada contra la sequía, por el bienestar del pueblo, por la causa del Partido, pero hoy no es él el citado como ejemplo para el país, porque él, su padre, no ha muerto... Es lamentable.

Un estremecimiento recorre el cuerpo de Liang. El sol ha caído en esa agua hirviente, dejando la tierra en una sombra desolada. Liang estira sus miembros para aliviar su cuerpo de esa curvatura.

Ser un héroe de la Revolución y alabado por el Partido es lo que da un sentido a su vida, y Liang lo sabe. Está un poco inquieto, porque los nombres de los héroes que han citado los ha retenido en la memoria: Lei Fen, soldado del ejército de Liberación que, tras servir al pueblo durante toda su vida, murió en el camión que le conducía al ejército; Zhang Jie, joven soldado que se arrojó sobre una mina para salvar a tres campesinos; Hu Yang Hai, que se precipitó bajo la cureña de un camión tirado por un caballo desbocado para impedir que aplastase a dos niños; Dong Cun Rie sostuvo una mina con sus dos manos bajo la torre del enemigo, mientras que Huan Ji Gong taponó con su cuerpo la tronera de un blocao enemigo. Esos héroes estaban muertos, y si no se muere, nunca se será héroe...

—A su salida del hospital, el camarada Jiao Yu Lu supo que tenía un cáncer en el hígado. Se sentía muy fatigado y le dolía el vientre. Pero sólo pensaba en su trabajo, en el pueblo de la región. Entonces, sin dudarlo, ocultó la prescripción facultativa y colocó una baqueta a la altura de los riñones entre su cuerpo y su escritorio para aliviar su dolor, y continuó su trabajo...

Hasta después de su muerte, nadie descubrió un agujero en la madera de la mesa...

Al escuchar esta lectura hecha por el director de la escuela, Liang no puede evitarlo y piensa en el despacho de su padre. Vuelve a ver las cuatro patas percibidas a través de la rendija. ¿No había un agujero de esa clase en aquel otro despacho? Su padre, quizás enfermo también, esconde el papel del médico para seguir trabajando. Los actos heroicos sólo se descubren después de la muerte del héroe. Liang imagina lo que se podría hallar en el despacho de su padre después de su muerte...

Ante esta idea, Liang siente un pellizco en su corazón. Ama demasiado a su padre para imaginarlo muerto. Pero se reprocha por haberse estremecido, pues debe saber que no hay que sentir temor a morir por la Revolución, por el pueblo, por la causa comunista. Sin eso, nunca se llega a ser un héroe. Tal vez la muerte no sea tan terrible. Si piensa en la gloria que viene después, preferiría que su padre muriese por la Revolución, y, si es preciso, él morirá también...

«Tener miedo a la muerte es ser como un cerdo». Liang piensa en la escena que contempló en casa de Tian. Los gritos del cerdo vuelven a sus oídos y siente de nuevo la extraña comezón en el pecho que experimentó cuando el cuchillo giraba entre la sangre.

Sorpresa: el sol reaparece entre dos haces de nubes y se vuelve púrpura como el velo de Ying cuando su matrimonio. Liang se frota los ojos, y se aparta de su amigo Tian, que no ha cesado de cortar la hierba.

Gime, se estira.

Tian detiene su trabajo.

—¿Sabes lo que es esto?

Liang levanta la cabeza y observa en la mano de Tian una hierba fina, cuyas hojas no son más que unos pequeños granos blancos.

—¿Qué es?

—La hierba de las estrellas.

Liang coge la hierba con la mano y la mueve entre sus dedos.

—Muy bonito. ¿Y para qué sirve?

—¿No lo sabes? —Tian sonríe antes de explicarle—. La hierba de las estrellas sirve para orientarse. Se puede saber dónde se encuentra el sur cuando el cielo está cubierto de nubes. En ese momento, se coge la hierba de las estrellas, se mete en la boca, entre los dientes, y se cierran los ojos para ver las estrellas...

—¿Con esto se pueden ver las estrellas en pleno día?

—Claro que sí, haz la prueba —dice Tian volviendo a su tarea, con aire indiferente. Se mueve imperceptiblemente para acercarse a Liang, cuando éste último, después de una vacilación, decide hacer el experimento. Cierra los ojos y pone la hierba entre sus dientes. Mira, pero no ve nada, salvo unos miles de flechas rojas, negras y azules, que hormigean en mil pedazos sobre sus párpados. Sigue intentándolo. Va a decirle a su amigo que eso no es cierto, cuando Tian tira violentamente de la brizna de hierba que sale de sus labios: los minúsculos granos entran de golpe en toda su boca.

—¡Perro maldito! —le insulta Liang, escupiendo una y otra vez; son unos granos velludos, rasposos, que se adentran aún más profundamente en la garganta cuando se intenta expulsarlos.

Tian se retuerce de risa. Liang se arroja sobre él para vengarse. Tian pone pies en polvorosa y corre con más rapidez que su amigo. Los dos niños comienzan a jugar al escondite en pleno campo. Luchan, destruyen los surcos, pisotean las plantas de sorgo.

En el cielo, con los últimos resplandores del ocaso, las nubes adquieren unas formas gesticulantes. Se levanta el viento. Los niños, fatigados de sus carreras, se dejan caer en el suelo, sin aliento. Su sudor se mezcla con el polvo y forma un barrillo negruzco sobre sus cuerpos. Las dos anguilas fangosas permanecen así un largo rato, contemplando en silencio las nubes, cuyas formas van haciéndose más inquietantes. Tian se levanta.

—Voy a seguir trabajando. Si no lleno el cesto, mi padre no me dará de comer.

Liang continúa tendido un instante. Se siente muy bien, con el cuerpo pegado a esta tierra que, ni demasiado blanda, ni demasiado dura, le parece lo bastante fuerte como para sostener su peso, como si flotase sobre un mar inmóvil. Se distiende, se estira y se siente penetrado por una pereza que hormiguea en su cuerpo hasta la punta de sus dedos. Cierra los ojos y respira.

Dilata las aletas de su nariz, siente el olor dulzón de las plantas de sorgo, mezclado con el perfume acre del polvo amarillo. Vuelve la espalda para mirar a Tian. De repente, se siente culpable por no ayudar a su amigo. Es cierto: él disfruta, mientras que su mejor amigo corre el peligro de perder su comida si no logra llenar de hierba su cesto. Debe ayudarle, aunque el trabajo sea penoso. Si no consigue superar esa pereza para ayudar a su amigo en las dificultades, ¿cómo podrá hallar algún día la fuerza necesaria para realizar los actos heroicos con los que tanto ha soñado?

Liang se levanta para ir a cortar hierba con Tian, cuando algo resuena detrás de su cabeza. El ruido debe de venir de muy lejos, traído por el viento; parece el grito de algún animal y se oye cada vez más fuerte:

—¡Humm! ¡Humm! ¡Humm!

—¿Qué es eso? —pregunta Liang a su amigo.

Tian no responde, absorto en su trabajo, que resulta cada vez más difícil a medida que cae el crepúsculo.

—¿No oyes ese ruido?

—¿Cuál? —Tian interrumpe su trabajo para obtener un poco de silencio. Escucha y mueve la cabeza—. ¿A qué te refieres?

—Pues a ese ruido tan fuerte, ¿no lo oyes? A ese mugido.

Liang está angustiado; su voz parece más falsa y más aguda.

Tian reanuda su tarea.

—Eso que oyes debe de ser el grito del Wen-Meng.

—¿Y qué es eso, el Wen-Meng?

—Eso no lo sé. No lo he visto nunca.

Liang, perturbado, casi grita:

—Ese grito debe ser lanzado por un animal enorme, más grande que una vaca. ¿Cómo es posible que no lo hayas visto nunca?

—Aquí, nadie lo ha visto nunca —responde Tian, con un gesto incómodo, pero sin parecer sorprendido.

—Es extraño, muy extraño —murmura Liang.

Permanece inmóvil, con los ojos fijos, la boca abierta, los brazos separados, al acecho. Reúne toda su energía para tratar de distinguir de qué clase de grito puede tratarse. No es un mugido claro, sino poderoso y leve a la vez: unas vibraciones cortas, entrecortadas de silencios también sonoros. Más grave que la sirena de un barco, más agudo que el silbido del cierzo, más vasto que las olas del océano, más profundo que el retumbar del trueno... Se diría que es la sinfonía de las montañas y del mar, el aullido desgarrador de las nubes negruzcas aplastadas por el sol poniente, los cantos del crepúsculo abrazando al mundo, los crujidos del cielo al chocar con el suelo en el horizonte.

Liang se crispa, y experimenta terror y placer a la vez dejándose penetrar por ese grito. Presta atención y, a fuerza de escuchar, ya no sabe de dónde procede el ruido. Le parece que el grito viene de ningún sitio y de todas partes, de arriba y de abajo, de las cuatro esquinas del horizonte, de las ocho direcciones del universo. Sólo encuentra una resonancia en el interior de su cuerpo. Hace un esfuerzo más, el último, para comprobar finalmente que el clamor ha desaparecido. Liang, desamparado, le pregunta a su amigo.

—Tian, ¿lo oyes todavía?

Tian escucha y dice:

—Sí, como antes.

—Pues yo no lo oigo ya.

—Porque lo escuchas demasiado —dice Tian, sin interrumpir su trabajo—. Ocurre siempre: cada vez que se oye demasiado ese ruido, desaparece. No hay que hacer caso.

Liang sigue intrigado. Durante ese tiempo, Tian ha cortado bastante hierba. La noche comienza a extenderse.

—Vamos a casa —dice Tian, recogiendo su hierba cortada.

—¿Tienes ya bastante hierba para llenar el cesto?

—Ahora lo veremos.

Tian pide a su amigo que sostenga la cuerda del cesto y comienza a llenarlo, ahuecando la hierba para intentar darle más volumen. No hay bastante hierba para llenar el cesto.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunta Liang—. Tendría que haberte ayudado en lugar de escuchar ese maldito ruido.

—No importa; voy a arreglarlo.

Tian coge su pequeña podadera, corta tres tallos de sorgo y los coloca en el fondo del cesto, como un zócalo, para hacer que suba su cosecha. Esta vez, llega a duras penas a la altura del borde del cesto.

—¿Te dará tu padre de comer?

Tian reflexiona.

—Tengo que apañármelas. No lo he llenado, pero está muy oscuro: mi padre no lo verá bien. Al entrar en el corral trataré de contarle alguna historia.

Por el camino, Liang reflexiona:

—Háblales del ruido que hemos oído hace un rato.

—¡Eso no es nada extraordinario para ellos!

El último resplandor del día sólo se percibe ahora en lo más alto del cielo, sobre unas nubes grises; la noche cubre ya totalmente la tierra. En los campos se despliega la bruma, cada vez más densa. Los dos muchachos, en un camino que serpentea a través de las tierras de labor, apresuran el paso para llegar al pueblo. Como todos los días a esta hora, emana de allí un olor de humo mezclado con el aroma cada vez más fuerte del maíz, que pone en el vientre de los niños un hambre agresiva. Han pasado por un campo de maíz, después por otro de mijo y, finalmente, por una tierra de melones, que les envía un perfume de frutos maduros y dulces gracias a la gran sequía.

—Los melones deben de estar muy dulces —dice Liang, que retiene a duras penas su saliva.

—Claro que sí. Cuanto peor es el año para las plantas, mejores son los melones.

Tian ya no puede seguir andando. Ambos se detienen.

—¡Mira aquél qué grande es!

—¡Y ese otro, mayor todavía!

Los dos niños, con los dedos estirados hacia los melones, ya no pueden contener su deseo. Se miran a los ojos y, después, con un gesto desconfiado, observan a su alrededor. No hay nadie en los campos. La noche les protege. Nadie podrá impedirles coger unos melones.

Tian posa su cesto en el suelo.

—Vamos a descansar un momento.

Apenas ha hecho esta proposición, cuando Liang, con un brusco movimiento, ha cogido ya el mayor de los melones. Tian se apodera de otro. Y comienzan a comerlos en la orilla del campo.

—¡Quietos! —grita una voz de hombre detrás de ellos.

Los dos niños vuelven la cabeza y columbran a un muchacho que sale del campo de mijo. Ha debido de esconderse al ver venir a los niños.

—Hace tiempo que os espero —dice, sujetando a los dos niños por el brazo—. Venid conmigo al Comité.

Los dos niños se ven convertidos en ladrones y bajan la cabeza sin atreverse a dar un paso.

—¡Vamos, venid! Si tenéis la caradura de robar unos melones, también deberéis tenerla para ver al responsable del comité.

Y como advierte que los dos niños no se mueven, agrega.

—Un viejo refrán afirma que un hombre valiente reconoce siempre valientemente lo que ha hecho. También vosotros, como valientes, debéis acompañarme. Si no, dirán que no he cumplido con mi deber.

Liang siente una aguda pesadumbre. Se ve ya ante el responsable del Comité del Partido, con la cabeza baja, escuchando los reproches. O quizás sea la tía Song y los reproches serán menos duros, pero su padre lo sabrá y el rumor también correrá. Ya imagina al director de la escuela comenzar un discurso político analizando el robo de Liang, con el pretexto de encontrar una fuente a esa mala acción con el fin de desarraigarla y de dar una lección a los demás niños. Liang imagina los ojos desconsolados de su madre, las burlas de sus compañeros de clase. Le parece oír la frase de la abuela Liu: «El hijo de un general es siempre general». Adiós a sus sueños de convertirse en un héroe, en el digno sucesor de su padre y de su abuelo...

Tian comienza a llorar; seguramente piensa en su padre que le privará de la comida de la noche.

—Gran tío —dice Liang con voz quejumbrosa—, gran tío, perdónanos. Os juramos que no lo volveremos a hacer.

—Eso es difícil —dice el guardián.

Tian llora con más fuerza. Liang hace un inútil esfuerzo para sacar algunos sollozos de su garganta. Continúa:

—Perdónanos, tío. Teníamos mucha hambre y no lo hemos podido evitar. ¡Por favor! ¡Déjanos volver a casa! Te lo agradeceremos toda la vida.

Ni el mismo Liang sabe de dónde ha podido sacar unas palabras tan bonitas. El guardián de melones reflexiona. Mira a su alrededor y parece haber tomado una decisión. Dice a los niños:

—Está bien, por esta vez os perdono, pero tenéis que obedecerme.

—Todo lo que tú quieras, tío, siempre que no le digas nada al responsable.

—Entonces, venid conmigo —ordena el guardián.

Tian pone su cesto sobre el hombro y ambos siguen al guardián.

—No es muy lejos.

Entran en el campo de mijo y el guardián les dice:

—Primero quiero que comáis esos melones que habéis cogido, ya que tenéis tanta hambre.

Tian y Liang se miran, sin atreverse a obedecer.

—¡Vamos, comed! —dice el guardián con una voz más severa.

Los dos chiquillos obedecen la orden y comen los melones como si cumplieran con un deber.

—¡Bien, ahora, al trabajo!

Tras estas palabras, el guardián se quita el pantalón, se echa boca arriba en el suelo y les dice:

—¡Acariciadme!

Los dos niños, horrorizados, ven que separa las dos piernas; en medio de una gruesa mata de vello negro, su pene, hinchado como un pequeño puño, se levanta hasta la vertical.

A ambos les parece que se van a morir de vergüenza. Con la cabeza baja, no se atreven a ver nada, ni a ellos mismos, ni al guardián acostado.

—Obedecedme u os denuncio al comité —dice el guardián con un tono enfadado.

Los sollozos de Tian se reanudan con más fuerza. Liang quisiera hacer lo mismo, pero, aunque trata de llorar, no lo consigue. Continúa inmóvil, sin saber qué hacer.

—¿Qué es lo que decidís? —grita el guardián.

«Hay que decidirse enseguida; si no, se nos echará encima y todavía será peor», se dice Liang. Varias ideas pasan por su cabeza. Finalmente, para conservar intactos sus sueños de héroe y su porvenir revolucionario, para no tener que enfrentarse con los ojos de su madre, para no perder la posibilidad de salir después de la escuela, se dice que más vale obedecer.

—Mi paciencia tiene un límite, os lo advierto —dice el guardián replegando sus piernas como para levantarse.

—Yo lo haré —murmura Liang.

—¡Vamos, enseguida!

Liang ya no se atreve a vacilar. Se pone de rodillas, al lado del guardián y, con su suave mano de niño, coge el gran sexo y comienza a acariciarlo. Siente que una pesadez, que es el asco mismo, comienza a remontar violentamente a partir de sus dedos, a través de su brazo, y a penetrar en su cuerpo hasta apretarle la garganta. Experimenta un rechazo físico; su sangre afluye hacia la

mano, que arde como una antorcha. Liang cierra los ojos, aprieta los dientes y continúa su movimiento de una manera maquinal.

El guardián comienza a gemir.

十六

Con el corazón alegre, Liang camina muy deprisa. Detrás de él, a Tian le cuesta seguirle. Éste dice, con tono de reproche:

—¡Andas demasiado rápido!

—Yo siempre camino así... —protesta Liang aminorando el paso. Está un poco incómodo, porque sabe que nunca ha caminado tan rápido, casi tan deprisa como si corriese. Y no lo quiere reconocer, confesarle a su amigo esta verdad. Seguramente Tian habría dicho: «Porque vas a ver a tu padre». No quiere que se adviertan los sentimientos ocultos en su corazón. Ni siquiera su madre, cuando se lo ha preguntado a la salida de la escuela:

—Mamá, voy a pasear por los campos antes de cenar.

—¿Qué quieres ver?

—Los pozos.

—¿Los pozos que ha abierto tu padre?

—Claro que sí... Los pozos.

Entonces, Liang, algo molesto, dice con un tono desapacible:

—Los que están más cerca del pueblo. Hoy, en clase, me han dicho que los primeros pozos ya están funcionando, y Tian y yo hemos decidido ir a verlos.

—Si ves a tu padre, dile que venga a cenar esta noche.

—Sí, mamá...

Liang vuelve a apresurar el paso. Tian, para seguirle, debe correr tres pasos, después de dos de marcha. Ven desde lejos las obras, indicadas por una nube de banderas rojas. Liang piensa: ¿Qué habría arriesgado si le hubiese dicho a su madre «Quiero ir a los campos a ver a papá», y a Tian «Claro que sí, camino deprisa porque voy a ver a mi padre»? ¿Una negativa de la madre? ¿Una chanza de su amigo? ¡No! Habría sido lo contrario: habría obtenido de su madre una autorización y, de su amigo, una aprobación, porque Tian iba a ver a su padre que trabaja al lado de Li.

—¡Mira el agua! —exclama Tian.

En efecto: hay agua bajo sus pies. Es un agua turbia, un fino chorrillo que corre lentamente y se dispersa en varios meandros por la tierra reseca, entre los terrones y las débiles raíces de las plantas. Liang casi oye el silbido de la

tierra que absorbe el agua, siente ya el frescor sobre las grietas del campo, lo mismo que en su garganta, que imita la succión del suelo y le hace tragar saliva.

—Vamos a remontar el curso de este arroyo, ¿te parece bien? —propone Tian. Se quita los zapatos y camina por el agua fangosa.

Oyen las interpelaciones y las palabras de los trabajadores en las obras. Tian entra en un estanque, cerca de los pozos, y comienza a beber en sus dos manos.

—¡Ah, qué fresca es esta agua! ¿No bajas tú?

Liang no parece oír a su amigo. Con la mano sobre las cejas, ve a la multitud a lo lejos, afanándose bajo el sol. El viento corre y deforma las siluetas de los trabajadores: parecen unas sombras mágicas que se desplazan con unos cuerpos desprovistos de piernas, con un movimiento irregular. De repente, se queda estupefacto: ve una silueta temblorosa bajo la luz del ocaso, que se agita entre tantas otras y como tantas otras. Es Li, su padre. Liang le reconoce en cuanto ve esas piernas delgadas y curvadas, esos brazos que manipulan la laya, y sobre todo ese movimiento sólido y seguro de sí en el trabajo. Sólo puede ser su padre, prefecto de la región, el jefe de estas actividades.

—Voy a verle allí —dice Liang.

—Yo también, voy a buscar a mi padre —responde Tian, saliendo del agua.

Liang corre hacia la multitud, con los ojos fijos en la silueta, tratando de olvidar la presión de la sangre en sus oídos. Li, al ver venir a los niños, detiene su tarea y, con la laya en la mano, mira a Liang.

—¡Tu padre, Liang! —grita Tian dando un golpe con el hombro a Liang, que se detiene en seco delante de su padre, sin decir nada.

Todo el mundo deja de trabajar. Liang se siente acosado por las miradas de los campesinos. Experimenta una felicidad un poco avergonzada. Mueve la boca, pero como no sale de ella ningún sonido, acaba por sonreír.

Li también sonrío y reanuda su trabajo diciendo:

—Creía que ocurría algo...

—Nada, todo va bien —dice Liang dando un paso hacia su padre.

—Bueno, ven a verlo —dice Li; luego se vuelve hacia Tian—: ¡ven tú también! Tu padre está ahí abajo.

Los niños se aproximan, saltando alrededor del pozo en construcción. Liu está cavando abajo. La muchedumbre reanuda su trabajo charlando ruidosamente.

Tian inclina la cabeza para gritar:

—¡Papá, estoy aquí!

—Muy bien, ya te veo —responde Liu desde el pozo. Su voz produce una resonancia enorme y húmeda. Dice a su hijo—: ¿Has cortado ya tu cesto de hierba?

—No —responde Tian, molesto—. He venido a verte, papá.

—Bien. Pero no me has traído una lata de conserva.

—¿Cómo?

—Vienes a verme como si hicieras una visita a un enfermo. Cuando se va a ver a un enfermo hay que llevar una lata de conserva. Es la costumbre.

Tian pregunta, inclinando la cabeza en el borde del agujero:

—Pero ¿estás enfermo? Mi madre no me ha dado ninguna lata de conserva, no sabe todavía...

Tian no ha acabado aún su frase cuando todo el mundo suelta una carcajada. Alguien dice:

—Tian, ve a buscar una lata de jengibre para tu padre. ¡Eso le fortalecerá!

Otro añade:

—¿Se aburre tu mamá de estar sola en casa y te envía en busca de tu padre?

Siguen las carcajadas. Liang también se ha reído a pesar suyo. Tian enrojece.

—¡Insúltales! —le dice Liu en voz baja.

—¡Y yo me acuesto con vuestras mamás! —dice Tian a grito pelado.

—¡Eh, eres demasiado grosero! —le interpela Li sonriendo. Luego, le dice a Liu—: Anda, sube a fumar una pipa.

Liu da algunos golpes más y sube. Grita a la multitud que descanse un rato y viene a sentarse junto a Li en un montón de hierba fresca. Los dos hombres comienzan a charlar después de haber intercambiado unos cigarrillos.

Liang se sienta al lado de su padre muy feliz, observando sus labios, que oprimen la punta del cigarrillo, extraen de él una larga bocanada y luego se abren para expulsar el humo. Liang siente un placer en sus propios labios como si fuese él quien fumase. Los cierra cuando su padre chupa y los abre para soltar el humo que su padre ha aspirado.

Mientras fuma, Li dice a Liu:

—Dentro de diez días, podemos poner en servicio cuarenta pozos por lo menos.

—Eso significará que cincuenta hectáreas de tierra estarán salvadas — afirma Liu.

—Si hay agua para regar, esta tierra será muy fértil.

Li acaba su cigarrillo, escupe sobre la colilla arrojada al suelo y se frota la barbilla mirando a lo lejos.

Liu lía otro cigarrillo y toma de nuevo la palabra, ahora con un tono más íntimo:

—Prefecto Li, quizás no lo sabes todavía. Pero en esta tierra, no basta con los pozos para obtener una buena cosecha.

—¿Cómo es eso?

—Ya sabes que aquí tenemos un clima muy especial. En el mes de agosto, viene la gran sequía, pero después, con la estación de las lluvias, se producirá una inundación.

—¿Ocurre eso todos los años?

—Casi todos.

Li se calla. Aspira una gran bocanada de aire como si fuera humo, y cierra la boca dejando salir el aire por la nariz con un silbido. Liang frunce el entrecejo y mueve la cabeza, siguiendo el movimiento de su padre.

Li se levanta. Mira a lo lejos, hacia el norte.

—¿Cuántos *lis* hay desde aquí hasta allí?

—¿Quieres decir hasta el río Seco?

—Sí.

—Unos diez.

Li reflexiona todavía un momento.

—Hoy estamos a 12 de julio. Tenemos un mes por delante. Creo que es posible abrir un canal de riego hasta el río Seco, si ponemos en ello la mitad de nuestras fuerzas.

—Si consiguiéramos abrir un canal antes de la llegada de las lluvias, la buena cosecha estaría garantizada —dice Liu chupando sin cesar su cigarrillo.

Li mira en silencio el río Seco, cuyo dique parece una cinta amarilla bajo las últimas luces del ocaso. Da un puñetazo sobre su muslo.

—¡Lo abriremos!

Liu se levanta. Sigue fumando, pero ya no parece tan tranquilo.

—Prefecto Li: hay algo que no podemos descuidar.

—¿Qué?

—Un canal de tres metros de anchura con dos diques a cada lado, eso supone al menos seis metros de buena tierra sacrificada, hasta el río Seco. Y eso es mucho.

—Sí, es verdad; pero, si no, ¡se perderá todo! Los campesinos son lo bastante inteligentes para comprenderlo.

—No siempre... Si por casualidad no hay inundación este año... —dice Liu, ahogando su frase, porque Li ya no le escucha. Está demasiado excitado. Liang le oye y repite entonces la última frase de Liu: «No siempre...».

Li dice a Liu.

—Se hace de noche. Dile a la gente que se vaya a cenar. Después, irás en busca de Song a la obra de las mujeres. Le dirás que esta noche habrá una reunión del comité. Que avise a los miembros. Yo les convenceré.

Liu toma de la mano a su hijo. Cuando se han ido, Li dice a Liang:

—Vamos a casa.

Echa la laya sobre el hombro y, con la otra mano, da un ligero golpe en la cabeza de su hijo. Y ambos se dirigen hacia el pueblo.

Li camina muy deprisa, como si tratase de ir más rápido que la noche. Liang le sigue en silencio, camina a su lado, apresurándose para estar siempre cerca de él. La mano de su padre, balanceándose al ritmo de sus pasos, roza el hombro de Liang. Éste mira esa mano cuyos dedos, amarillentos por los cigarrillos y endurecidos por el trabajo de la tierra, tiemblan. Liang abre su propia mano y siente un deseo en la punta de sus dedos. Liang no recuerda desde cuando su padre, al caminar juntos, ya no le ofrece como antes su dedo medio como hacía antaño. De pequeño, Liang caminaba siempre apretando en su mano el dedo de su padre. Era un dedo muy grande, muy grueso, muy sólido, pero menos rudo, aunque Liang tenía que abrir toda la mano para asirle bien. Aquel dedo estaba en él, en Liang, mientras que los demás dedos no lo estaban, sea porque eran demasiado cortos, como el pulgar, sea porque eran demasiado delgados, como todos los demás. Sólo aquel dedo, el más largo de la mano izquierda, era lo justo para Liang, que podía dejarse llevar por él sin tener la impresión de ser demasiado frágil. Liang recuerda que una vez, en la ciudad, una noche después de ir al cine, su padre le dio, sin duda por descuido, su índice; entonces tuvo una gran sensación de malestar: ya no podía caminar tan alegremente como de costumbre. Tuvo que recurrir a mil argucias para que su padre comprendiese que aquél no era el dedo bueno y que lo cambiase para que su marcha volviera a ser armoniosa. En otra ocasión, el día en que su padre le acompañaba por primera vez a la escuela, Liang sintió que el dedo medio de su padre se había vuelto demasiado delgado, que ya no podía mantenerlo tan apretado entre sus cinco dedos. Le cogió dos dedos, el del medio y el cuarto. Pero esta vez fue su padre el que experimentó el malestar. Liberó primero el anular y, luego, al comprobar que

su dedo medio, solo, era demasiado delgado, lo retiró enseguida. Y su marcha, por primera vez, careció de armonía...

Quizás fue aquel día cuando su padre dejó de ofrecerle el dedo y que, como ahora, se limitaba a darle un golpecito en la cabeza y a decirle: «Vamos a casa».

A pesar del crepúsculo, Liang mira la mano izquierda de su padre. Menea la cabeza para seguir el balanceo de esa mano. Se siente incómodo al imaginar la reacción de su padre si él, a pesar de todo, cogiese esa mano. ¿Qué le daría? ¿Otra vez el dedo del corazón? Imposible, porque él tiene la mano demasiado grande. ¿Los dos dedos, entonces? Poco probable, porque ya no lo hizo la última vez. ¿Toda la mano? ¡Claro que no! Liang enrojeció: eso sería si fuesen dos amigos, dos hermanos.

Liang siente un encogimiento en el corazón al pensar que, desgraciadamente, ya no podrá caminar con el dedo de su padre en la mano, que ya no existe entre ellos ese vínculo físico y que, en su lugar, está la distancia que deben guardar dos hombres.

«Papá, ¿crees que podrás abrir ese canal?»

«¿Crees que conseguirás una buena cosecha?»

Y otras cosas...

Pero Liang no habría podido hacerle esas preguntas a su padre. Se las ha hecho a sí mismo, y ha sabido las respuestas al ver el paso firme de ese hombre que camina en el crepúsculo, junto a él, con la cabeza levantada, los hombros un poco encorvados y una mirada alta que Liang sólo puede adivinar. Es un prefecto, el jefe del comité del Partido, y para un hombre así, ¿puede haber algo más estúpido que todas esas preguntas?

Liang ríe en la oscuridad.



La estación de las lluvias ha llegado.

El mismo día, después de la salida de la escuela, los dos amigos se reúnen en su sucia gruta, en su laboratorio de electricidad. Pero después de haber conocido innumerables fracasos desde que tuvieron juntos esas ideas estúpidas, ya han perdido el interés, aún más que la esperanza, ante esas dos ruedas atadas a tontas y a locas con unas cuerdas. Comienzan a pensar en otras cosas, quizás más practicables. Han vareado el azufaifo con una caña de bambú, han puesto un bozal al cerdo para convertirlo en un caballo, han asistido a la puesta de una gallina, han hecho discos con el barro y su orina, han intentado dormir en un árbol... Han agotado todos los juegos posibles y buscan otra cosa.

—Si tienes dos céntimos, ¿puedes comprar algo importante? —pregunta Tian.

—Dos céntimos...

Liang reflexiona. ¿Qué cosa importante se puede comprar con dos céntimos? Dos caramelos seguramente no, porque no queda nada de los caramelos cuando ya se han comido. Tal vez un trozo de hierro, porque dura eternamente, pero no sirve para nada... Liang no encuentra una respuesta satisfactoria, y dice:

—Con dos céntimos no se puede comprar nada.

—Sí que se puede.

—Entonces ¿qué?

—Con dos céntimos yo compraría una caja de cerillas y quemaría el pueblo. ¿No es eso importante?

En efecto, una caja de cerillas puede hacer arder todo el pueblo. En la ciudad, el incendio sería aún más importante.

Liang mira a Tian con admiración y se siente muy feliz de tener un amigo tan inteligente. Va a decir algo, pero entonces oyen un violento trueno.

Los dos niños permanecen silenciosos. El trueno se hace cada vez más fuerte, y acaba estallando en un largo y gigantesco gruñido.

—¡Va a llover! —grita Tian, excitado—. ¡Salgamos!

Liang no tiene más remedio que obedecer. Ambos emergen de su dominio.

En el cielo, tan límpido hasta entonces, vibra bajo los truenos delirantes un mar espumoso, desgarrado por unos dragones de fuego de múltiples cabezas. Un viento desencadenado se cuele por todas partes y rasga las camisas de los niños.

La lluvia comienza a caer, primero en gruesas gotas, del tamaño de pequeñas nueces. Liang está a punto de proponer a Tian que entren en la casa, cuando este último comienza a gritar, con los brazos alzados al cielo:

—¡Llueve! ¡Llueve!

Toma de la mano a Liang y salen corriendo del patio.

Un relámpago les deslumbra. El rayo estalla por encima de sus cabezas.

—¿Adónde vas? —pregunta Liang. Pero el viento, más fuerte que su aliento, devuelve el grito a su boca. Tian no oye nada o no quiere oír. Corre como un loco tirando de la mano de Liang.

Salen de su callejuela y llegan a la calle ancha, en donde reina una gran agitación. Los perros ladran, los gatos saltan y las gallinas revolotean. Unas mujeres viejas, con el moño deshecho y los pies vendados, corren detrás de las gallinas o de los chiquillos. Las personas adultas, con el sombrero puesto y la laya al hombro, se apresuran a volver de las tierras. Sólo los niños disfrutan y, sintiendo su alma heroica, salen de sus rincones, se reúnen bajo la lluvia o bajo las puertas cocheras. Los varones cantan a voz en grito, con un tono que no puede ser más grosero:

La lluvia cae,
la tierra está cubierta de burbujas.
El que lleve en la cabeza un sombrero
es un gran cabrito.

Mientras tanto, las niñas cantan con un tono más suave:

Gran Señor del Cielo,
danos pronto una gran lluvia,
y después una buena cosecha de trigo.
Nosotros te invitaremos a la fiesta.

Cae una lluvia recia, y los que llevan su sombrero de paja se lo quitan a pesar del agua torrencial.

A la cabeza de los niños, Tian vocifera. Liang se repone de su estupefacción y une sus gritos a los de los demás chiquillos.

La tormenta se aleja lentamente, el viento amaina, pero la lluvia cae como un torrente celeste.

El ruido ensordecedor de la lluvia ahoga los cantos de los niños. Liang y Tian se sienten cansados de haber gritado tanto. Sin resuello, se miran para preguntarse qué pueden hacer para explotar una lluvia tan rara y tan valiosa. Liang propone volver a la casa, porque comienza a tener frío. Tian, sin escucharle, le toma del brazo y ordena:

—¡Vamos a las tierras!

—¿Bajo la lluvia?

—¡Precisamente por eso!

Liang mira a Tian para tratar de comprender a su amigo que, generalmente tan tranquilo, está hoy terriblemente excitado. Es verdad; en esa gran conmoción del cielo, no pueden hacer nada mejor que ir a las tierras, bajo la auténtica lluvia, al encuentro de la violencia del viento, para recibir los saludos de las plantas, y ver a los pájaros atravesar las macizas nubes, y seguir el agua que correrá por todas partes antes de formar unos arroyos cuyo murmullo se hace cada vez más claro.

—¡Ven! —Y Tian se quita sus zapatos y sus ropas, los coloca bajo el brazo y sale de su abrigo totalmente desnudo.

Liang también, excitado a la vez por el peligro y por la alegría de la aventura, se quita a su vez la ropa y alcanza a su amigo bajo la lluvia.

—¡Corramos!

Y salen a escape, como dos liebres espantadas, hacia las afueras del pueblo.

En muy poco tiempo, llegan a las tierras. El cielo está bajo, hay una luz crepuscular. Además, la lluvia lo enturbia todo a un metro de distancia.

Se han caído dos o tres veces y, para evitar nuevos tropiezos, marchan de la mano en la carrera desenfrenada. Liang tiene la impresión de que corren en una gran nube, en la que no se encuentran ni tierra ni cielo, ni sentido ni orientación. Ya sólo siente la violenta presión de la lluvia sobre sus pies. Corre, respira, experimenta un impulso interior que le empuja a correr siempre, cada vez más rápido. Adelanta a Tian, sin tenerlo en cuenta.

—¿Adónde vas tú? —se inquieta Tian ahora.

—Más lejos...

Liang ya no se digna responderle. ¡Sigue corriendo, a pesar de los obstáculos, del agua, del barro; no importa nada mientras corra, mientras ese

calor quemante salga de su cuerpo, mientras su pequeño cuerpo experimente esa vibración acorde con el torrente del cielo! Sigue corriendo. Y en esa carrera enloquecida, entre las imágenes que desfilan por su lado, Liang ve innumerables cosas con su mirada vaga, muchas cosas que antes eran oscuras pero que hoy son muy claras: las ancas, peladas del asno que corre por la pendiente, el vendedor ambulante de tejidos que canta su interminable estribillo, los lloros de la hermana de Tian que se va a casar al día siguiente, el gran sexo violento del guardián de melones, el dedo duro y tembloroso de su padre, y tantas otras cosas que pasan sin que Liang pueda aprehenderlas.

De pronto, un paso en el vacío y Liang cae boca arriba en un charco de agua. Ya no tiene fuerzas para levantarse. Tian tarda aún un momento en llegar hasta él. Y cuando llega, pregunta bruscamente:

—¿Estás llorando?

Liang no responde: tiene miedo a llorar de verdad.

—Corres demasiado.

Tian se acuclilla al lado de su amigo. La lluvia es tan fuerte, que los dos tienen que bajar la cabeza para respirar.

—¡Vaya! Estamos muy cerca de la alfarería. Ya sabes que mi abuelo trabaja allí. Vamos a verle.

Corren un poco más y llegan al gran horno del pueblo, alto como una casa de dos pisos, hecho con tierra, sin vigas ni ladrillos a causa del fuego. Al lado del gran horno, una casa baja sirve de taller. Allí es donde los dos niños encuentran al abuelo Liu. Maestro del taller, dirige todo el trabajo. Ante su asombro, ven que, en medio de las vasijas de barro, el abuelo está de rodillas, con la frente contra el suelo y las manos juntas delante del pecho. A su lado, los dos aprendices están de pie, con el cuerpo inmóvil y la cabeza baja. Murmuran unas palabras imprecisas en tono cantarín.

Tian hace señas a Liang para que no haga ruido, por temor a molestarles en una ceremonia tan solemne. Liang no comprende en el acto lo que acaece en el taller. Escucha el zumbido que constituye la parte más grave de esa sinfonía de tempestad. Atraen su atención las diversas vasijas de barro que atestan la casa. Son una serie de palanganas, metidas dentro de otras y adornadas con orlas y dibujos. Liang advierte una multitud de bolas esculpidas, de estatuas de Buda en todas las posturas, de silbatos con formas de animales. Otros objetos de arcilla, de un color sin brillo y unas formas triviales, esperan su cocción en el horno para adquirir otras formas brillantes y fascinantes.

Mientras Liang considera esas piezas, el abuelo y sus aprendices, que han concluido su ceremonia, advierten la presencia de los dos niños. El viejo se rasca la cabeza y dice en tono más bien admirativo:

—No es divertido que, cada vez que llueve, vengas aquí tan empapado. Hoy incluso te has traído a nuestro futuro prefecto.

Tian sonrío a su abuelo e, imitando su tono grave, dice:

—No es divertido que, cada vez que llueve, te pongas de rodillas en el suelo para mascullar algo.

El viejo también sonrío. Pero recobra su aspecto grave para clavar su mirada llena de inquietud en el cielo, a través de la ventana rociada por un torrente opaco.

—¿Qué estás haciendo, abuelo? —pregunta Liang.

Entonces, el viejo mueve la cabeza y dice a Liang directamente:

—Es para que el horno no se derrumbe, pequeño.

Liang no comprende esta manera de proteger el horno de la lluvia. Comprende, no obstante, que el horno está en peligro.

—Este horno tiene casi mi edad, cosa que es mucho para él —dice el abuelo Liu con tono paternal—. Fue construido el año que yo nací, y ha sobrevivido a esos años tormentosos; lo mismo que yo, por otra parte. Los otros hornos que se construyeron al mismo tiempo se derrumbaron hace muchos años. Éste es un valiente, que ha sufrido muchas pruebas, que nos ha cocido innumerables vasijas de barro y que nos ha hecho ganar dinero. Sin él, nadie sabe cuántos hombres habrían muerto de hambre entre nosotros.

El viejo se detiene un instante, contempla en silencio el horno bajo la lluvia y continúa:

—En estos últimos años, ha envejecido mucho. En cada época de las lluvias, oigo crujidos en su cuerpo, como los siento en el mío. Rezo por él, para que pueda sobrevivir todavía algunos años. Siempre he tenido la impresión de que moriré con él, y que el horno vive con mi vida...

Liang se desconcierta, ya no comprende nada. Tian no parece darle importancia a lo que dice su abuelo. Entonces pregunta:

—¿Hay cacharros en el horno?

—Está lleno —responde un aprendiz.

Afuera, la lluvia parece calmarse y el cielo se aclara.

—Parece que esto pasa —dice Tian jugando al entendido.

—Oh, no hay que confiarse —responde el abuelo—. Un viejo proverbio dice: «Una clara en el cielo, diez pies de agua en la tierra».

En este preciso momento ocurre algo extraordinario. Liang cree volver a oír, en el tamborileo de la lluvia, el ruido fuerte y grave que escuchó el otro día en el campo. Sin pensarlo demasiado, le pregunta al viejo:

—Abuelo, ¿tú también sabes lo que es el Wen-Meng?

—¡Ah, no!

Apenas Liang ha pronunciado la palabra Wen-Meng, cuando el viejo se estremece con los ojos desorbitados y el aliento cortado. Escruta un largo rato a Liang, en el fondo de sus ojos, y recupera poco a poco su calma. Lanza un suspiro y declara:

—En este momento, no se debe hablar de una cosa como ésa. ¡Es demasiado arriesgado!

Liang siente una gran turbación. ¿Curiosidad o remordimiento?, ¿terror o inquietud? Ya no consigue identificarlo, no tiene tiempo de definir más exactamente su sensación. Continúa preguntando:

—Pero ¿por qué, abuelo? Yo oí el otro día un ruido en el campo, y Tian me dijo que era el Wen-Meng. Yo sólo quiero saber si tú lo has visto, por casualidad...

—¡Oh, pequeño! —le corta el viejo—. ¡No me preguntes eso, te lo ruego! De ningún modo hay que hablar de eso ahora.

Con un gesto vago, indica el cielo que, de pronto, se ha vuelto sombrío y lúgubre.

Liang se calla, con aire desconsolado. El abuelo duda un momento, y luego añade en voz baja:

—Sólo lo ha visto el Viejo Negro. ¡Eso es todo, no hablemos más de ello!

Apenas ha terminado su frase, cuando estalla un rayo dentro del horno. La lluvia se reanuda y arrecia.

—¡Ya está tocado! —grita el viejo. Fija su mirada en el cielo antes de levantarse lentamente.

Liang oye crujir los huesos del anciano. Se siente aterrado viendo que su rostro duro se transforma en una mueca más bien feroz. Sus ojos brillan, sus ojos están rojos, los labios azules, los dientes amarillos... Bajo los relámpagos y los truenos, que son cada vez más violentos, el viejo parece un monstruo.

—¡Ya está tocado! ¡Ya está tocado! —murmura volviéndose hacia los dos aprendices—. Hay que sacar enseguida todas las vasijas del horno. ¡Esto va a derrumbarse!

Se aprieta el cinturón y avanza hacia la puerta. Los muchachos, sin atreverse a hacer un movimiento, le gritan:

—¡No, maestro Liu! ¡Es demasiado peligroso...!

El viejo se vuelve y lanza una mirada fría a los presentes. Liang y Tian permanecen inmóviles, incapaces de obrar. Los aprendices se suben las mangas de mala gana. El alfarero se dirige a la puerta, avanza un paso.

—¡No, abuelo! —grita Tian de pronto, alocadamente. Se arroja a los pies del viejo y se aferra a una de sus piernas—. No debes salir...

Una inmensa chispa, en forma de gigantesca bola, desciende del cielo y rueda por el suelo con un estrépito ensordecedor, arrastrando una larga cola iluminada. La ventana del taller vuela hecha añicos. El abuelo dice lentamente:

—Hay que salvar el horno, es una vida..., una vida como la nuestra. Hay que salvarlo o morir con él...

Acaricia la cabeza de Tian, le aparta, toma un gran saco y se lanza afuera. Otro relámpago, otro trueno más, todavía más violento. El horno se derrumba con un estruendo tumultuoso.



La lluvia ha durado tres días.

Liang se despierta muy temprano. Wang ha salido para preparar el desayuno. Ling duerme profundamente a su lado. Ve el reloj colgado en la pared que marca las siete pasadas. Quiere levantarse. Pero, sujeto por una inmensa pereza, no puede moverse. Se da cuenta de que le está permitido permanecer en la cama, porque hoy no hay clase. Los niños de otros pueblos no han podido venir a causa de las inundaciones.

Liang sigue con los ojos abiertos y trata de reanudar los recuerdos que abandonó la víspera al dormirse. El abuelo Liu ha muerto, aplastado por el horno. Con un estremecimiento, recuerda el rostro deformado del cadáver, así como su carrera, su terror y su pesar. En cambio, Liang ya no sabe cómo pudo regresar a casa; su cerebro parece inmovilizarse en una inercia que nunca ha experimentado. No siente nada, salvo una comezón en cada articulación de su cuerpo, una comezón vaga, malsana. Entonces se da la vuelta bajo la manta y mueve el cuello, los dedos de los pies y los de las manos.

Entra Wang y coloca la comida sobre la mesa.

—Liang, ¿estás despierto?

—Sí, mamá.

Liang incorpora el busto, oye un crujido en su cuerpo. Se acuesta de nuevo y pregunta:

—Mamá, ¿un hombre acostado es más alto que cuando está de pie?

—Una pregunta idiota —dice Wang, sin reflexionar.

—Pues yo creo que sí —dice Liang—. Mira, cuando se está tendido las articulaciones del cuerpo se aflojan y los huesos adquieren una distancia entre ellos; una pequeña distancia, claro está, pero no se amontonan los unos sobre los otros como cuando el hombre está de pie.

Wang se ríe y pregunta a Liang:

—Entonces, ¿tú te sientes alto?

—Sí, en tres días he crecido.

—Ahora, levántate para tomar el desayuno.

Liang se viste, baja de la cama y busca sus zapatos con el pie.

—¿Estás en casa, Liang? —grita una voz desde fuera.

Es Tian.

—¡Claro que sí!, ¡entra, Tian!

La entrada de Tian es sorprendente.

Lleva sobre su cabeza un gran trozo de tela blanca, y sus mangas y sus zapatos también están cubiertos por tela blanca.

—¿Ya llevas luto por tu abuelo? —pregunta Liang.

—Sí, hoy lo enterramos. Mi padre me ha dicho que te avise, quiere que tú asistas. Como mi abuelo te quería cuando estaba vivo, le gustaría que estuvieras presente.

—Seguro que sí, ya voy —dice Liang, moviendo la cabeza. De repente se siente importante, y acaba en unos sorbos su desayuno—. ¿Cuándo es?

—Enseguida. Si quieres verle por última vez, tienes que darte prisa. Cerrarán el ataúd dentro de un rato.

—Bien, ya voy.

Liang se levanta, dispuesto a salir, cuando Wang le llama:

—¡Espera un poco!

Wang saca del bolsillo un billete de dos yuans y se lo da a Liang diciendo:

—Si vas a asistir, tienes que ir con un presente. Llévaselo al abuelo Liu.

Liang guarda el dinero en el bolsillo y sale corriendo junto a Tian.

Liang oye desde lejos unos llantos que proceden de la casa de Liu. Emocionado, apresura el paso. Cuando llegan a la salida de la callejuela, ven cómo se desplazan, bajo un paño negro y llevadas por cuatro hombres, las parihuelas del cadáver hacia la calle en que se encuentra el ataúd de madera. El gentío, vestido de blanco, las sigue en silencio. Tian se precipita hacia su padre, le susurra algunas palabras. Liu se vuelve y echa una mirada a Liang. Después, va hacia un viejo y le dice también algunas palabras. El viejo grita levantando la cabeza:

—Deteneos un instante. Li Liang quiere ver por última vez al abuelo.

La multitud se detiene. La gente vuelve la cabeza para mirar a Liang, mientras que los miembros de la familia se ponen de rodillas y se lamentan en voz alta.

Liang permanece inmóvil, sin saber qué hacer. El viejo, con un aire muy serio, se adelanta hacia él y pregunta:

—¿Quieres ver al abuelo por última vez?

Incapaz de pronunciar una palabra, Liang dice que sí con la cabeza.

—Acércate a mí para que te ponga un tocado de luto.

Liang obedece. El viejo saca de su bolsa un trozo de tela blanca y, con un movimiento seguro, lo anuda alrededor de su cabeza. Mientras tanto, una

vieja le cose la misma tela blanca sobre las mangas y sobre los zapatos.

—¡Bien, ya puedes ir! —ordena el viejo, y luego habla con los hombres que llevan las parihuelas—: ¡Dejadlas en el suelo y levantad el paño!

En medio de una oleada de llantos, posan las parihuelas y levantan el paño negro. El gentío se abre para dejar paso a Liang, y todos esperan a que haya hecho su última visita al difunto.

Liang comienza a arrepentirse de haber pedido ver el cuerpo. Se siente devorado por las miradas de la multitud. Ya ha visto al abuelo después de su muerte. Cuando le sacaron de entre los escombros, era un montón de carne y de sangre. Su cabeza estaba aplastada, ya no tenía ni boca ni nariz, y los ojos eran dos agujeros llenos de barro que sumieron a Liang en el horror.

Los llantos se aceleran, como apremiando a Liang para que cumpla con su obligación. Liang se adelanta con paso vacilante y llega hasta las parihuelas. El difunto está cubierto por un trapo amarillo que un hombre levanta cuando Liang se inclina. La nariz, los ojos y la boca están en su sitio. El viejo tiene una cara pálida, pero serena.

Liang se queda un momento inmóvil delante del abuelo Liu, que parece mirarle con sus ojos cerrados y repetirle, con una boca en la que los labios morados se arremangan un poco, la última frase que pronunció antes de su muerte:

—¡Está tocado! ¡Está tocado!

¿Qué quiere decir tocado? ¿Con qué lo han tocado? Liang recuerda que hablaron del Wen-Meng, y tiene la sensación de entender la extraña actitud del viejo: ¿Quizás conocía a ese raro animal que lanza unos gritos tan extraños? ¿Quizás Liang, al evocar ese tema en medio de la tormenta, había contribuido a la muerte del anciano? ¿Cómo ocurrió aquello? ¿Existía alguna relación entre aquel ruido misterioso, la tormenta y la muerte? Liang echa una mirada atemorizada sobre el rostro del difunto, y no encuentra ninguna expresión de reproche o de queja. Lo que puede leer en su rostro es una serenidad que a Liang le recuerda al abuelo generoso con todos, animoso en el trabajo, fecundo en historias.

Liang experimenta una inmensa tristeza al pensar que ya no volverá a oír al cálido narrador ni su voz ronca, nasal, su ronroneo de gargajos pegajosos en el fondo de la garganta, pero tan tierno, tan afable, que sabía hacer reír y llorar, provocar las emociones.

—¡Se acabó!

Con este grito, el hombre que ha descubierto el rostro del abuelo lo cubre de nuevo, con el mismo paño amarillo. Los llantos de la familia se extinguen.

Los portadores levantan las parihuelas, y el gentío reanuda su marcha hacia el ataúd, lento y silencioso. Liang camina al lado de Tian. Cogiendo a su amigo por el brazo, siente que se instaura un vínculo de sangre entre los dos, entre él y Liu. La muerte del abuelo le integra como una gota de agua en aquella inmensa corriente familiar.

Cuando llega ante el ataúd, el gentío se detiene de nuevo. Los miembros de la familia, vestidos de luto, lo rodean cada vez más de cerca. Los amigos y los conocidos se mantienen algo más alejados. La vieja vecina, la que consoló a Ying, la hermana de Tian, en el momento de su boda, es la primera que se acerca al ataúd y pone en él unos paños dorados, deslizándolo en ellos algunos billetes de un yuan. Mientras hace esos movimientos, va salmodiando:

Mi pobre amigo,
puedes irte tranquilo.
Fuiste pobre durante la vida,
llévate ahora este dinero
a tu nuevo reino...
Coloco oro debajo de tu cuerpo
y te cubro de plata por encima...

Una vez puesto el paño dorado, los hombres colocan al difunto dentro del ataúd. La vieja tía introduce unas monedas de cinco céntimos en la boca del muerto y luego pone dos bastones negros en sus manos. A la vez canturrea:

Estas pequeñas propinas
se las darás a los guardianes del infierno.
Y estos dos bastones
los usarás para ahuyentar los perros del camino.
¡Buena suerte! ¡Buena suerte,
hermano!

La vieja se va llorando. La abuela Liu, la única de la familia que no lleva luto, llega ante el ataúd y lo examina todo minuciosamente, con los ojos llenos de lágrimas. Cubre el cadáver con un paño plateado. Cuando los hombres colocan la tapa del ataúd, la mujer comienza a llorar:

Pobre hombre, querido mío,

no puedo creerlo.
Aquí es donde nos separamos,
aquí es donde nos decimos adiós...

El viejo entrega un martillo a Liu, el hijo mayor del muerto, para que hunda el primer clavo en el ataúd. Al padre de Tian, tan valeroso, tan fuerte habitualmente, parece costarle trabajo tomar la herramienta y todavía más clavar el clavo. La abuela Liu llora a lágrima viva.

Hace cincuenta años
yo era una niña con la flor amarilla
y tú me recibiste en casa de mi madre.
Así fue como nos vimos la primera vez.
Así fue como nos cogimos de la mano...
Tú me condujiste a través de los ríos y las
montañas,
y en propio barco que naufragó en aquel pequeño
arroyo.

Después de haber dado algunos golpes, Liu pasa el martillo a Tian, que golpea sobre el segundo clavo murmurando lo mismo que su padre: «Descansa en paz, abuelo, descansa en paz...».

Tian no llega a terminar su frase. Se deshace en lágrimas y tira el martillo al suelo.

La multitud rompe en sollozos. Los agudos gritos de las mujeres, los gemidos graves de los hombres, mezclados a los martillazos que los portadores dan en el ataúd, llenan la calle y resuenan hasta el cielo.

Una vez clavado el ataúd, la abuela, sola, con gestos de desesperación, se vuelve a casa. La costumbre le prohíbe asistir al entierro de su esposo.

En ese momento, un muchacho alto se acerca al viejo que parece dirigir el ritual y le dice:

—El Tío Viejo Negro está de acuerdo en que comience el funeral.

—¡Que el funeral comience! —declara el viejo.

La familia Liu se alinea a ambos lados del ataúd, los hombres a la izquierda y las mujeres a la derecha. Todos se ponen de rodillas, con la cabeza contra el suelo, para recibir las condolencias de los campesinos que, acercándose en grupos de hombres o de mujeres, lloran ruidosamente,

gritando unas expresiones que recuerdan sus relaciones personales con el difunto. Es su única ocasión de comunicarse con él.

—¡Gracias de parte de la familia! —grita el viejo, cada vez que un grupo concluye sus condolencias.

Los miembros de la familia Liu bajan tres veces la cabeza ante los visitantes.

Después, les toca la vez a los parientes que habitan lejos del pueblo: todos traen sus presentes. Los más próximos presentan una comida de ocho platos, los más lejanos un paño blanco sobre el cual está escrito *Alma eterna o Felicidad, alta como el cielo*.

Entregan dos o tres yuans al viejo para comprar un trozo de tela blanca que les servirá de brazalete de luto. Después se colocan enseguida detrás de los familiares.

Liu, el mayor de la familia, se coloca el primero delante del ataúd. Es la última vez que se dirige públicamente a su padre: golpea el suelo con las manos y llora en un tono agudo, desgarrado, sin poder decir nada.

Después le llega el turno a su mujer, que se arrodilla al lado del ataúd.

¡Oh, gran cielo, *hou haí!*
Me convertí en tu hija
y fuiste tú quien me enseñaste a ser una mujer.
Y hoy, te marchas solo...

A cada *hou haí* apoya la cabeza en el suelo y se arranca los cabellos con gestos desesperados. Las mujeres lloran con ella.

Los primos y primas de Tian, que Liang conoció en ocasión de la boda, también vienen a llorar, uno tras otro. El llanto de Tian es el más conmovedor. Su cuerpo enjuto, acurrucado en medio de la plaza, su voz infantil pero ya enronquecida por demasiados llantos, su debilidad, su soledad, evocan el recuerdo del viejo, que llevaba a su nieto por la calle o alrededor de su horno de alfarero.

«Llorar a los muertos es llorarse a sí mismo». Liang ha oído a menudo esta expresión, sin acabar de comprenderla. Frente a esta multitud deshecha en llantos, observando cómo expresa cada uno su pesar, Liang tiene la sensación de contemplar un espectáculo en el que los participantes desempeñan, uno por uno, su papel. Golpean el suelo, se arrancan los cabellos y lanzan gritos estridentes, como si todos quisieran aferrarse al dolor causado por la muerte del abuelo, y expresar a la vez con ello las pesadumbres y penas

causadas por la vida misma. Liang tiene la impresión de que cada campesino oculta, en el fondo de sí mismo, una fuente de llantos invisible y profunda, que brota en cuanto la ocasión se presenta.

Los llantos han ocupado la mañana entera. Cuando el sol está en el centro del cielo y la comida ha terminado, la comitiva arranca hacia el cementerio. Los tocadores de bocinas abren la marcha soplando en su viejo instrumento, cuya melancólica melodía imita a veces las voces femeninas y otras veces las masculinas, muertas o vivas. En ella se concentran todas las penas interiores, las de los hombres y las de la naturaleza, y las características más profundas de esta pobre tierra amarilla y de esta multitud desesperada.

Viene después el desfile de los niños con sus multicolores personajes de papel, que representan a los héroes de las mil leyendas de la región. Estos chiquillos agitan sus papeles bajo el vivo resplandor, entre petardos que estallan por todas partes.

Delante de la carroza fúnebre, la familia, alineada, avanza en cabeza. Liu, en el centro, con un velo de papel sobre el hombro, camina al ritmo de su llanto, mientras su mujer, sentada en el coche fúnebre, detrás del ataúd, arroja sin cesar unos papeles recortados en forma de monedas, para conjurar, como pretende la costumbre, el odio y la desgracia de la familia.

El pueblo se agita detrás de la carroza, hombres y mujeres que se esfuerzan en exhibir su presencia y en no ser menos que la multitud.

Inmenso torbellino de polvo amarillo, oleadas de gritos y de llantos, estallido de colores, explosiones ensordecedoras de los petardos: así es este convoy humano, comitiva del mundo real, el de aquí abajo, que camina hacia el más allá, hacia el otro mundo, el de «Yin», para introducir a uno de los suyos en su nueva vida. Se celebra el encuentro con los seres del mundo de «Yin», con el más allá, como si dos ejércitos se encontrasen, tratando ambos de exhibir su potencia, su voluntad y su alma.

El campo de las tumbas de la familia Liu se encuentra al este del pueblo, en un rincón aislado, bajo un árbol retorcido. A lo lejos, las tumbas se alzan con una orgullosa solemnidad. Se alinean unas detrás de otras, de acuerdo con el árbol genealógico; el viejo antepasado, el más grande, el más venerable, preside desde su trono, y los descendientes, cada vez más numerosos, se mantienen inmóviles ante él, como soldados en posición de firmes.

Lentamente, la comitiva va llegando y el enterramiento comienza. Los portadores colocan el ataúd en la fosa ya cavada. El viejo patriarca les da instrucciones mientras mira a lo lejos, hacia el sur, como si buscara la entrada del más allá.

Liu es el primero que arroja un puñado de tierra sobre el ataúd, y después, todo el mundo echa tierra en la fosa para contribuir a la entrada del abuelo en su nueva casa. Las mujeres parten hacia el pueblo en una carrera desenfrenada. La que llegue la primera tendrá la oportunidad de tener un hijo que reemplace al hombre que falta en la familia.

Liang se mantiene, durante el enterramiento, al lado de Tian. Llora y arroja la tierra, como un miembro de la familia. Se siente próximo al abuelo que, después de su muerte, está para él más presente que nunca.

El sol desciende lentamente hacia el oeste, la multitud se dispersa y las tumbas regresan a su vida silenciosa mientras acogen a su nuevo vecino. Probablemente están a punto de saludarse mutuamente, preguntándose cosas sobre la vida de los dos mundos, mediante su lenguaje particular.

Liang se vuelve una vez más, echa una última mirada a la tumba todavía fresca del abuelo y se dice a sí mismo: «¡Adiós, abuelo!».

十九

El trabajo hace la buena cosecha.

Pasa el verano, aportando la sequía y las tormentas. Llega el otoño, estación de las cosechas. Gracias a la dirección del comité del Partido, la región de Xin-Zhuan ha triunfado sobre la sequía, ha evitado la inundación y ha obtenido una cosecha excepcional. Con el granero repleto de cereales y el corral lleno de paja, los campesinos cantan las glorias del Partido en todos los tonos.

«Una buena cosecha en Xin-Zhuan y hasta el perro se casa con una buena mujer».

El viejo dicho tiene razón. Los aldeanos construyen su nueva casa, desposan a sus hijos, comienzan a pensar en el nacimiento de nuevos herederos. En medio de esa prosperidad, un acontecimiento ha deslumbrado a toda la región: la llegada de la electricidad.

Ante esta noticia, Liang y Tian sienten al principio cierta tristeza.

—Lástima que no hayamos sido los primeros en introducir la electricidad —dice Liang cogiendo por el brazo a su amigo en el camino de la era de trilla del municipio. Es allí donde se encenderá la primera bombilla eléctrica.

Una sombra pasa por los ojos de Tian; luego responde lleno de convicción:

—Vamos a instalar otra cosa.

—¿Qué, por ejemplo?

—Una caja de ópera.

—¿Cómo?

—Esa pequeña caja que sabe cantar y hablar. Lo he leído en un libro —dice Tian con los ojos brillantes.

—Eso es la radio —corrige Liang.

Y comienzan a concebir magníficos proyectos. Mientras hablan, llegan al área de trilla, en donde se ha reunido una muchedumbre entre las espigas. Sentados o de pie, los campesinos rodean a un muchacho, alto, de rostro serio, que, provisto de toda clase de herramientas, está preparando la primera instalación.

—Alejaos de mí si no queréis morir —dice el muchacho, con un gesto

irritado, a las personas que se le acercan demasiado.

Un poco vejados, los aldeanos retroceden algunos pasos y van a sentarse al pie de las gavillas de espigas.

—¿De verdad se puede alumbrar con dos alambres y sin aceite? — pregunta un viejo de sucia barba que chupa su pipa y acaricia sus dos mejillas.

—Sería extraño —le responde el muchacho que está a su lado. Con un gesto de entendido, frota su mentón imberbe y dice—: Yo creía que eran alambres perforados, en los que el aceite podía penetrar por un pequeño agujero para encender la lámpara; pero veo que no es así.

—Nos vamos a reír, si eso no se enciende.

El pequeño anciano se calla, con la mirada llena de malicia. Mueve la cabeza con aire dubitativo y frota con la barba el tubo de piedra de su pipa.

Liang se ríe interiormente. Espera con impaciencia el triunfo de la ciencia y ver la cara de estos campesinos ante lo imposible.

—Te he dicho que no tienes que tocar. Sobre todo en la punta del alambre. Te puede matar —grita el electricista a un muchacho de su misma edad.

El muchacho se reúne con la multitud murmurando.

—Ese presumido, exagera. Está verdaderamente hinchado y sólo hace tres meses que fue a la ciudad a hacer un cursillo. Se cree un brujo. Se divierte manejando los hilos como quiere, y asegura que pueden matar. Exagera.

Uno de sus compañeros le consuela:

—Contra eso, amigo, no puedes hacer nada. Quien entra en el templo se convierte en monje. Nosotros no hemos entrado nunca en el templo, y sólo servimos para trabajar la tierra. El cielo te ha puesto en el mundo con muy poca suerte.

Otro joven añade:

—Tú te dices que no lo crees, pero él lo hace como si fuese verdad. Tú te dices entonces que quizás hay que creerlo, ¡pero realmente es imposible!

Durante este tiempo, el electricista acaba la instalación y le pide a un niño que vaya a avisar para que den la corriente. El chiquillo corre velozmente hacia el otro pueblo y todo el mundo espera lleno de impaciencia.

La espera parece interminable. El sol se puso hace ya un buen rato, y la noche lo invade todo. Pero la lámpara no se enciende.

La gente comienza a agitarse.

—Creo que voy a volver a casa —dice el viejo de la barba sucia—. Por nada del mundo quiero estropear la digestión de mi cena esperando una tontería como ésta. Haré un cántaro de té de jazmín, me sentaré en el extremo

bien caliente de mi *khand*, cruzaré mis piernas una sobre otra y fumaré mi tabaco de Shandung...

El viejo quita la pipa de su boca, la golpea contra la suela de su zapato, escupe sobre las ascuas y se yergue sobre las piernas. No continúa su movimiento; sólo cambia de posición su trasero, llena la pipa y comienza a fumar de nuevo, farfullando:

—Me parece que voy a volver a casa, y que no me voy a dejar engañar por esos imbéciles.

Su joven vecino se remueve un poco, cambia de postura sobre la paja de sorgo. Sin dejar de acariciarse el mentón, comenta:

—Como dice un viejo proverbio, poco pelo en el mentón, fracaso en la llave. ¿Ves a ese jovencuelo que nos ha contado esas historias? Pues estoy seguro de que se ha equivocado de alambre.

Liang siente una quemazón interior. La bombilla no se enciende, como si fuera por su culpa. Se insulta, se da golpes en el muslo e implora: «Ven, electricidad, ven a encender esa bombilla, por favor; hazles ver lo que es la ciencia, porque, si no, me sentiría muy desgraciado».

—¿Qué te pasa? —le pregunta Tian.

—Nada. ¿Y a ti? Tu mano también tiembla.

—Nada... —dice Tian débilmente.

Liang ve que los ojos de su amigo están llenos de lágrimas. Su voz parece sollozar. Coge su mano entre las suyas y siente la fiebre que hay en ella.

En este momento, cuando todo el mundo siente que le invade la desesperanza, la bombilla brilla con una luz deslumbrante. Liang tiene la sensación de que ha dado un salto antes de encenderse. La mayoría de los aldeanos han puesto las manos delante de los ojos, como para rechazar un peligro:

—¡Oh!

La multitud ha lanzado al mismo tiempo esta exclamación, después de una breve duda. Con un mismo impulso, se precipitan hacia la bombilla, entornando los párpados, guiñando sus ojos deslumbrados.

—¡Es cegador! —dice el viejecito poniendo la mano delante de los ojos y mirando por entre los dedos.

—Yo no cambiaré mi lámpara de aceite por eso. Va a estropear los ojos de mi mujer —dice el joven aldeano frotándose el mentón.

Liang y Tian están exultantes. Se lanzan hacia adelante con el gentío que comienza a dar vueltas alrededor de la bombilla, armando un alegre jaleo.

De pronto, Tian tira del brazo de Liang y le muestra un insecto negro que hay en el suelo:

—¿Ves ese saltamontes negro?

—Sí. ¿Qué es?

—¡Es muy bueno para comer!

—¿Ese bicho negro?

—Claro que sí. El otro día mi abuelo atrapó tres. Mi madre los frió y estaban deliciosos.

—¡Ah! ¡Otro! —grita Liang enseñándole otro saltamontes negro que también está en el suelo.

—¡Mira el cielo!

En la luz, por encima de la gente, revolotea una multitud de insectos que describen unos círculos luminosos. Giran alrededor de la bombilla, con un gran zumbido, y luego se arrojan sobre la cabeza de los campesinos que, ignorando la razón del ataque, los creen lanzados por los bromistas. Entonces recogen esas balas vivientes y las devuelven para vengarse. Comienza una batalla.

—Ven, vamos a atraparlos —decide Tian. Se pone de espaldas, se quita el pantalón, ata las perneras y hace un saco con dos bolsas. Corre en todos los sentidos, completamente desnudo, para recoger los insectos negros. Liang intenta atraparlos con su amigo.

Mientras los jóvenes campesinos luchan llenos de entusiasmo, haciendo que sus juegos degeneren en combates, los dos amigos han llenado su saco de esas curiosas golosinas. Tian, con las nalgas desnudas y su saco a la espalda, y Liang, sosteniendo su peso, regresan a casa, canturreando en un tono burlón.

¡Creedlo o no, pero para vosotros
las puertas de la ciencia se han abierto!
Labor sin buey,
la lámpara se enciende sin aceite.
Seguid disputando,
nosotros vamos a regalarnos...

En la casa, la abuela les ayuda a quitar los caparazones de los insectos y a meterlos en agua salada para purgarlos. Después, se pone a freírlos, y los niños esperan el final de la cocción para degustarlos.

Liang se sienta en medio de la familia Liu, con las piernas dobladas bajo él, y come ruidosamente sonriendo a su amigo.

Tian busca siempre novedades. Con la boca llena, le dice a su abuela:

—Creo que la abuela va a contarnos alguna historia.

—¡Sí, sí, magnífica idea! —aprueba Liang.

La abuela Liu, que se ha vuelto más charlatana después de la muerte de su marido, tal vez enternecida por el pesar, apenas duda antes de aceptar ese placer. Masticando exageradamente con su boca desdentada, comienza una historia con tono monótono y lejano:

—Era, desde luego, hace mucho tiempo, en la época en que se hacían concursos para llegar a ser mandarín o primer ministro. Cada otoño, al final de la siega, todos los letrados del país, tanto los ricos como los pobres, los ciudadanos como los aldeanos, iban a Pekín para participar en ellos.

»Aquel día, por la carretera del oeste, llegaban dos muchachos que no se parecían en nada. El uno, vestido de seda y calzado de cuero, con la tez rosa y los ojos brillantes, iba sentado en el lomo de un gran caballo: era un rico, sin duda. El otro, con el cuerpo apenas cubierto de andrajos, la cara pálida y famélica, caminaba con los pies descalzos y la espalda encorvada. Sin embargo, parecían entenderse a las mil maravillas. Eruditos los dos, de inteligencia parecida, su discusión se hacía cada vez más interesante. Discutían sobre la historia. El uno hacía preguntas delicadas, y el otro respondía con facilidad. Pasaban a la literatura. El uno elegía un tema difícil, y el otro improvisaba un poema maravilloso. Agotaban, así, todos los temas de discusión. Pero aún les quedaba un largo camino. Se entendían tan bien que habría sido lamentable no continuar su polémica.

»—Vamos a ver, ¿qué piensas tú de la vida? —interrogó de pronto el muchacho rico que, después de un corto silencio, pareció tener una nueva idea.

»—¿De qué vida?

»—Pues de la vida humana, de nuestra vida.

»—No te entiendo —dijo el joven pobre desconcertado.

»—Digo que cómo debemos vivir. ¿Hay que ser bueno o hay que ser malo?

»—He aquí algo que promete unas discusiones interesantes —exclamó el joven pobre—. Según los libros que hemos leído, hay que ser bueno en la vida, tener buen corazón, hacer el bien. Es el principio de la vida. Pero...

»Hasta ahí, su amigo le había escuchado con aprobación. Pero entonces cambió de rostro y preguntó a su compañero:

»—¿Qué quieres decir con ese *pero*?

»—Lo que iba a decir... —el peatón vaciló un momento, lanzando una mirada astuta a su amigo antes de proseguir—: es fácil de decirlo y de preguntarlo, pero cuando se trata de ponerlo en práctica en la propia existencia, no es tan evidente.

»—¿Cómo es eso? —preguntó el joven jinete.

»—Claro que sí. Yo incluso me pregunto algunas veces si los libros que hemos leído tienen razón.

»—Es muy grave eso que estás diciendo: ¿cómo poner en duda los libros que debemos respetar en todas las circunstancias? —exclamó el rico, escandalizado.

»El pobre pareció tomar el partido de oponerse a su amigo, con el cual hasta entonces se había entendido tan bien:

»—Sí, es grave, como tú dices. Sin embargo, es la verdad. En la Historia, lo mismo que hoy, los que han intentado ser buenos han acabado miserables, y los que se han conducido como malvados han sido coronados de gloria.

»—¿Y qué? —preguntó el jinete, con una voz casi amenazadora, deteniendo su caballo, dispuesto a todo para defender la santa teoría de Confucio.

»El pobre no pareció entender la importancia que su amigo daba a aquella conversación. Y, de una manera tan firme como autoritaria, afirmó:

»—Conclusión: en la vida, es mejor ser malvado que pretender ser bueno.

»—¡Oh, exageras! —proclamó, furioso, el jinete.

»—¡Pues no digo más que la verdad! —articuló el peatón.

»Se entabló una verdadera discusión. Ambos citaban ejemplos de la Historia, y enumeraban hechos reales del mundo entero. Erudición avanzada, energía agotada: no lograron ponerse de acuerdo.

»—¡Apostemos algo! —dijo el uno, con el puño cerrado.

»—¡Apostemos algo! —dijo el otro, apretando los dientes.

»Y apostaron. Justo en aquel momento vieron a un viejo que cultivaba su tierra delante de ellos, no muy lejos del camino.

»—Mira, vamos a preguntarle —dijo el rico—. Si está de acuerdo contigo, te daré mi caballo y mis ropas; y si está de acuerdo conmigo, no te pediré nada.

»—¡De acuerdo!

»Entonces se dirigieron hacia el viejo y le hicieron la pregunta, después de haberle saludado cortésmente.

»El viejo les escuchó con seriedad y reflexionó un largo rato, con la mirada perdida en lontananza, como si se dirigiera al Gran Señor del Cielo:

»—Desde que nací, no he cesado de decirme que hay que ser bueno en la vida, y eso es lo que siempre he hecho. Pero ahora, viejo y acercándome a la muerte, puedo decir lo contrario, por primera vez en mi vida. Vale más ser malo.

»Manteniendo su promesa, el joven rico cedió su caballo y se quitó su ropa para ofrecérsela a su amigo. Pero lejos de quedar convencido, puso en juego su dinero para hacer la misma pregunta a un hombre que venía a su encuentro empujando una carretilla.

»Por desgracia para él, también fue el pobre quien ganó y se quedó con el dinero de su amigo.

»—Apuesto por última vez —proclamó el perdedor viendo venir a un niño de doce o trece años—. Si todo el mundo está en contra de mí, me habré convencido.

»—Pero yo no puedo apostar contigo, puesto que ya no tienes nada —le respondió el ganador, ya vestido de seda y montado en el caballo.

»El perdedor reflexionó y dijo, con los ojos inyectados en sangre:

»—Si ganas otra vez, te dejaré que me saques los dos ojos. Y si gano yo, te pediré que compartas conmigo un poco de tu dinero.

»—¡Aceptado!

»El niño llegó y la pregunta fue hecha. El muchacho, aturdido, respondió sin reflexionar:

»—¡Es mejor ser malo!

»Entonces, el ganador, sin decir nada, descendió de su caballo, tomó un cuchillo y reventó los ojos de su compañero de camino a pesar de los ruegos y de los gritos de dolor que este último lanzaba...

Liang y Tian se quedan estupefactos ante esta historia y están impacientes por conocer su continuación. En ese momento, entra Liu. Al ver a su madre fatigada, reprende a los niños.

—Dejad a la abuela que descanse.

Los dos pequeños amigos, desolados, no tienen más remedio que renunciar.

—Ya os contaré el final otro día.

SEGUNDA PARTE



«Revolución...

Revolución Cultural...

Gran Revolución Cultural...»

El sol avanza con trabajo por el límpido cielo. Brilla tan insolente como en verano, pero sólo acaricia la tierra con frialdad e indiferencia. Continúa allá arriba, alto, lejano, y arroja mucha luz, pero ese resplandor se revela demasiado puro, como congelado.

«Icemos muy alta la orgullosa bandera del pensamiento de Mao Ze Dong y llevemos hasta su término esta Gran Revolución Cultural...».

El cierzo se divierte: sin vacilación ni escrúpulos, se precipita en un pueblo, de una callejuela a otra; furia en los mil brazos invisibles con los que abofetea los árboles sin hojas que, antes de partirse, se debaten y sacuden sus ramas secas y frágiles; gemidos agudos y dolorosos... ¡Lucha perdida de antemano!

El frío sale de todas partes, del azul del cielo, de los mugidos del viento, de las resquebrajaduras de la tierra. A veces toma unos caminos tortuosos, se eleva en torbellinos, cae de nuevo, acecha cada ocasión de introducirse por el cuello, por las mangas de las chaquetas acolchadas o a lo largo de los tobillos, para infligir un lengüetazo afilado, unas mordeduras solapadas.

Con el tiempo claro hace más frío.

«Hemos entablado una lucha a muerte por nuestra causa revolucionaria. No podemos permitirnos la menor bondad de corazón, la menor debilidad de nuestro brazo...».

«La Revolución no tiene nada que ver con una invitación a comer, nada que ver con un bordado o una pintura. Sólo es violencia, guerra porfiada y brutal de una clase que pretende derribar a otra...».

En el frío, bajo la luz deslumbradora y helada del sol, el altavoz que han instalado recientemente en todos los pueblos habla con acentos entusiastas; el cierzo lleva lejos sus mensajes.

Seducido por esa voz revolucionaria, Liang no siente el frío. Con la espalda encorvada como la de un viejecito, introduciendo cada una de sus manos en la manga opuesta, encogido, camina a paso lento; con su pantalón

de algodón, bien grueso y muy ancho, se parece a esos *clowns* tradicionales de la ópera de la región.

«Sólo me falta un poco de blanco en la nariz y de negro en los párpados para que el parecido sea completo», piensa Liang. Los gruesos zuecos rellenos de algodón que arrastra por el suelo helado crujen cuando entrechocan.

A Liang le gusta escuchar el altavoz. Lo considera como un signo de progreso, como un fruto de la Revolución. Hace poco tiempo se instaló la electricidad y Liang pudo ver, maravillado, cómo se iluminaba el pueblo al caer la noche. Aquella noche, al regresar a casa, encontró a su padre reunido con los demás miembros del comité.

«La etapa siguiente será la de equiparnos con bombas eléctricas para cada pozo», decía su padre, tragando saliva, con un movimiento de la nuez que traicionaba su inquietud. Liang, en ese momento, comprendió su emoción.

—Sí —había añadido Song—. Y podríamos instalar en los pueblos esas grandes trompetas eléctricas, en los lugares más altos, para que lleguen muy lejos...

—Esas trompetas se llaman altavoces —había precisado Zhao Jia Lou, en tono de broma.

—Sí, precisamente eso es lo que quería decir —había rezongado Song, un poco molesta—. Unos altavoces que eleven su poderosa voz. Es preciso que ese medio domine los demás ruidos para llegar directamente al corazón de nuestros aldeanos y transmitirles lo antes posible, y con la mayor fuerza, las directrices del Partido.

Tal es la razón de esa voz atronadora que se impone después en toda la región.

«El presidente Mao, nuestro gran Maestro, nos instruye: las leyes del marxismo se cuentan por millares, pero se resumen en una sola: sólo la rebeldía tiene razón...».

Su primo, el Hermano segundo, repite las arengas del altavoz, imitando el acento pekinés, lo cual divierte mucho a Liang.

«Pero ¿sabes tú lo que es el marxismo, lo que es la rebelión?», piensa Liang en el fondo de sí mismo, observando a su primo con una mirada de ternura.

Sólo conoce a ese Hermano segundo desde esta mañana. Es el hijo de su tío paterno: un muchacho alto, con cara tostada y anchos hombros. Su madre le ha despertado muy pronto y le ha anunciado: «Liang, date prisa, tu Hermano segundo ha venido a buscarte».

Liang ha abierto los ojos y ha descubierto, de pie delante de él, a un muchacho de diecisiete años que ha confirmado, después de buscar largo rato sus palabras en una boca un poco pastosa:

—Tu tía me envía a buscarte...

Liang ha recordado enseguida que una noche, durante la cena, su padre le había hablado de la fiesta de la Primavera en su pueblo natal: los antiguos trajes, los usos, las costumbres. Liang se había sentido fascinado por esas tradiciones y había expresado un ferviente deseo de asistir un día a la fiesta de la Primavera en ese pueblo, con sus tíos y sus primos, con toda la familia Li.

—Lo intentaremos —había respondido su padre, terminando su relato.

Su primo ha venido a buscarle. De un salto, sale de la cama, se pone sus ropas y toma apresuradamente el desayuno, compartiéndolo con su primo. Coge la bolsa que su madre le ha preparado y se pone en camino, olvidando despedirse de Wang y de su hermana... Tampoco piensa en Tian, lo cual no tarda en lamentar, sin grandes remordimientos.

El viento sopla cada vez más fuerte, aborascado, en ráfagas. Hace tropezar a los dos muchachos que se empujan involuntariamente y se sonríen. Liang mira a su primo, ve sus ojos negros, sus cejas como hojas de sauce y sus dientes amarillos bajo los labios arremangados. Le invade una ternura que le produce deseos de abrazar al muchacho. Es su Hermano segundo, el segundo hijo de su tío; los dos tienen el mismo abuelo; Liang advierte que una especie de cadena invisible y sólida, un vínculo impalpable pero real y seguro, les une por algún medio misterioso.

—Hermano segundo —murmura Liang con voz tímida.

—¿Sí?

Liang enrojece y, con su deseo de iniciar la conversación, calcula su pregunta. La intensidad del altavoz se borra poco a poco con la distancia.

—¿Cuántos días hay que esperar para que llegue la fiesta de la Primavera?

Su hermano segundo reflexiona un momento en silencio y, después, con un tono de anciano sabio, calcula:

—Veamos: hoy es el «ocho frío», la fiesta del duodécimo mes del calendario lunar. Vamos a celebrar la partida del viejo Señor de la Chimenea y de su mujer hacia el cielo. Y, dentro de siete días, será la fiesta de la Primavera.

—¿El viejo Señor de la Chimenea y su mujer vuelan hacia el cielo?

—Sí —explica el primo—. Durante todo el año han asistido a lo que hemos hecho en casa. Han anotado el bien y el mal y van a hacer su informe ante el Gran Señor del Cielo.

—¿Y entonces? —pregunta Liang impaciente, ávido de saber más.

—Entonces, si la familia ha acumulado demasiado mal durante el año, será castigada por el Cielo.

—¿Cómo puede castigarla el Cielo? —Liang observa ese cielo deslumbrante y que cambia sin cesar. Las nubes pasan por él al galope sus rostros blanquecinos.

—Bueno, están la tormenta y el rayo... Por ejemplo, hace tres años, en un pueblo cercano al nuestro, un muchacho violó a su abuela. Al día siguiente con un tiempo espléndido, el rayo se abatió sobre aquel desgraciado y lo partió por la mitad. Piensa que estábamos en invierno ¡y que no debía haber tormenta!

—¿Es cierto eso? —se asombra Liang. Luego, tras un silencio, añade—: Y hoy, ¿cómo enviáis hacia el cielo al gran Señor de la Chimenea y a su mujer?

—Por el fuego, simplemente. Los quemamos... —indica el primo, en un tono más vivo, cansado de ver a Liang en tal ignorancia.

—Los quemamos...

He ahí encendido ese fuego, en el fondo de la chimenea de la familia Li, presente al completo en la noche glacial. Todos se ponen de rodillas ante las llamas danzantes que, de pronto, envuelven la paja seca prevista para este momento sagrado.

El tío Li, el patriarca, coge con sus dedos gruesos, rudos y sucios, de campesino, las dos figurillas pintadas sobre papel de mala calidad, descoloridas por días y días de permanencia en la chimenea, cubiertas de polvo, de humo y de telas de araña. El Señor de la Chimenea y su mujer están vestidos con ropas rojas. El hombre lleva una barba negra, fina y larga. Sonríe con un aire dulce, casi bonachón. Su mujer muestra unos labios de un rojo brillante, sellados por una infinita ternura.

En el silencio de este momento tan intenso, tan lleno de gravedad, el tío coge un caramelo en forma de pequeño melón y lo pone en la boca del Señor, depositando a éste enseguida en las llamas, a la vez que canturrea:

Ten para nosotros una piedad y una bondad infinitas.

Come nuestro pequeño dulce
y, con esta boca bien azucarada,
ve a hablarle al Cielo bien de nosotros,
y mantennos en paz sobre la tierra...

Siempre de rodillas, la familia baja la cabeza hacia el suelo. Liang no sabe ponerse de rodillas. Mira el espectáculo con un rostro a la vez fascinado y burlón.

Con sus múltiples lenguas, el fuego devora, y después engulle de un golpe, al Señor de la Chimenea. La figurilla, ahora negra, carbonizada, escupe una llama de un azul extraño: el caramelo se consume.

La tía coge a su vez a la mujer del Señor, que es llamada tradicionalmente la Abuela de la Chimenea. Le pone varios caramelos en la boca y, luego, con un gesto tembloroso, la deposita en las llamas, canturreando también:

Abuela de la Chimenea,
sigue observando
con mirada penetrante y llena de benevolencia
nuestras acciones de todo el año
y ya veréis qué bondad hay en ellas.
Hoy celebramos vuestra partida.
Nos volveremos a ver al principio del nuevo año.
Dile la verdad al Gran Señor del Cielo.
Da a nuestros hijos buenas compañías
y la buena cosecha que tanto deseamos...

Liang se dice para sus adentros: «Ella es más charlatana». Mira de hito en hito a su tía, esa mujercita de cara arrugada y cabellos grises; observa sobre todo sus ojos, muy dulces, que la emoción ha llenado de lágrimas.

El Señor de la Chimenea y su mujer han volado. La familia Li se levanta. Ahora cada uno puede degustar un caramelo: precioso momento, único en el año.

Liang, como todos los primos y primas, ha recibido un pequeño caramelo; se lo ha metido en la boca; pero se queda ahí, fascinado, inmovilizado en la contemplación del fuego: la pareja de figurillas se consume en él; sus siluetas parecen cada vez más torturadas, más frágiles, más tenues. La breve escena a la que acaba de asistir pasa una y otra vez ante sus ojos. El cuerpo, la sustancia misma de los dos señores, del grueso papel, cambia de repente de color: el rojo se convierte en amarillo y después en chispa de un blanco deslumbrante; vuelve de nuevo hacia el rojo, hacia el amarillo, hacia el negro; finalmente, todo blanco, adquiere una transparencia de muerte, de nada... El Señor de la Chimenea y su mujer se han desvanecido por completo en un humo leve que pasa primero sobre la gran cama de tierra apisonada, caliente

abrigo en el que se apretuja toda la familia para dormir cada noche, y, luego, por un tubo muy negro, muy estrecho, antes de alcanzar el aire puro y frío de esta noche de invierno.

El Señor y su mujer, cogidos del brazo, llegan al Palacio celeste. Los dos tienen aún la boca llena de azúcar, ella aún más que él. Delante del Gran Señor del Cielo, comienzan su informe. Él toma primero la palabra:

—Las familias Li, Yang, Liu... se han comportado bien, honradamente... Otras se han conducido de una manera egoísta y malvada...

El Gran Señor del Cielo escucha, con los ojos cerrados; un movimiento continuo agita sus mandíbulas desdentadas; con un aire indiferente y desdeñoso, calcula la recompensa que ha de ofrecer a los primeros y el castigo que ha de infligir a los segundos...

Ante esta idea, Liang pierde la cabeza. Es como si acabasen de asestarle un mal golpe en pleno estómago. ¿Qué les pasará a él, a su padre, a su madre, a la pequeña Ling? ¿Cómo van a ser sopesados, juzgados, clasificados, ellos que no tienen señores en la chimenea, ellos que ni siquiera tienen chimenea? ¡Ni el más mínimo mensajero celeste para hablar de ellos al Gran Señor! ¿Qué va a suceder? ¿El Gran Señor preferirá incluirlos entre los buenos o entre los malos? ¿Les concederá su protección? Liang reflexiona: «El Gran Señor tal vez ignora nuestra existencia. ¿No estará tan triste y tan serio por haberse apartado así de este mundo, por vivir sin raíces, por ser como un arroyo sin manantial, como las hojas arrancadas a la rama nutricia y balanceadas por el viento?».

Liang se siente muy solo. Implora con la mirada a los tizones agonizantes y se esfuerza en salvar algunos trozos minúsculos del Señor de la Chimenea. Quiere explicarle quién es él, describirle su familia, el Partido Comunista, los pozos que su padre ha hecho cavar, la buena cosecha, la llegada de la electricidad, la Revolución cultural, la felicidad del pueblo y su propia ambición de convertirse en héroe, su deseo de seguir el camino difícil y glorioso que han trazado para él su padre y su abuelo.



Y he aquí que llega la fiesta de la Primavera.

La víspera es el día más agitado de todo el año. El pueblo está en ebullición. Cada cual muele los granos de mijo, bate unas tortillas, mata el cerdo y las gallinas, cuece al vapor la carne y los panes.

Los gritos, los olores y el humo llenan la aldea. Se añaden a esta agitación las explosiones de los petardos que lanzan los chiquillos, orgullosos de exhibir sus vestidos nuevos.

—Liang —declara el tío Li—, vas a ir a comprar papel rojo con tu Hermano segundo y después nos escribirás unos cartelitos en señal de alegría y los pegaremos sobre la puerta.

Liang está encantado de poder mostrarse útil en los preparativos de esta fiesta: tanta animación le deslumbra.

—Hay que comprar también un retrato del presidente Mao —indica el Hermano primero; es secretario de la célula del Partido.

—Y también unos Señores de la Chimenea —añade la tía.

—Pero ¿cuánto valdrá todo eso? —vacila el tío Li, con su viejo portamonedas en la mano.

—Por lo menos treinta céntimos —dice el Hermano segundo.

—¡Ah, no! —grita el padre—. No puedo. Ya he gastado veinte céntimos para celebrar la salida de los Señores hacia el cielo. Sólo tengo cincuenta céntimos.

—¡Pero yo tengo veinte céntimos! —grita Liang sacando del bolsillo un billete que Wang le ha dado al salir de casa.

—¡Con eso nos arreglamos, con eso nos arreglamos! —y todo el mundo se alegra.

Liang entrega el billete a su primo, que obtiene de su padre otro billete de diez céntimos. Ambos salen de la casa.

En la calle encuentran a un vecino: el tío Martillo: lleva también papel rojo y las figurillas de los Señores arrollados bajo el brazo. Lo ha comprado en la pequeña tienda del pueblo.

—La tienda está abierta, ¿verdad, tío Martillo? —pregunta al viejo el primo de Liang.

—¡Claro que sí, mira! —responde el viejo mostrándole el rollo que lleva bajo el brazo.

—¿Has comprado los Señores de la Chimenea? —pregunta Liang, orgulloso de conocer esta costumbre.

El viejo tío Martillo no responde enseguida. Adquiere al principio un aire serio, grave, para decir:

—Pequeño, ¡es un grave pecado hablar así! ¿Cómo puedes utilizar la palabra «comprar» para una acción tan santa?

—Hay que decir «invitar» —susurra a Liang su primo.

Liang enrojece, pero, para salir del paso, prosigue:

—¿Y con cuánto dinero has podido «invitar» a esos Señores?

—¿Esto? —el viejo muestra una vez más el rollo, con un gesto brusco, como si quisiera dárselo a Liang; mira a los muchachos con sus pequeños ojos negros y sin brillo y dice de repente—: ¡Esta mierda me ha costado más de veinte céntimos!

¡Estupefacción en los muchachos! El viejo les da la espalda de pronto, como una máquina, y reanuda su camino para volver a casa. Con su rollo de papel bajo el brazo izquierdo, parece que le ha nacido una cola, no en el trasero, sino en la axila. Da ligeros saltitos.

Los dos primos se quedan un momento atónitos, pero enseguida sueltan una carcajada. Y van a comprar el papel rojo y una fotografía de Mao, así como las dos grandes figurillas para la chimenea.

Cuando regresan, la tía toma al Señor y a su mujer para pegarlos con respeto y precaución en la pared de la chimenea. Liang, ayudado por su Hermano segundo, corta el papel rojo en cuadrados y en largos rectángulos. Y se dispone a escribir.

—¿Qué es lo que hay que escribir, tío? —pregunta.

—Como de costumbre.

—¿Qué costumbre?

—¿De veras no lo sabes? —interviene amablemente la tía—. Parece que los estudios no te sirven de nada. Los estudios vuelven estúpidas a las personas. Mirad a este muchacho: ¡tiene cara de inteligente y no lo es! Se está volviendo cada vez más tonto a causa de sus lecturas. Creo que tengo razón...

La familia se echa a reír. Liang también: es feliz.

—Mira lo que pusimos el año pasado —le dice su tío. Y señala un lugar encima del gran lecho, y, después, las puertas.

En este preciso momento Liang descubre los cartelitos, ya descoloridos y cubiertos de polvo, difíciles de distinguir sobre la pared de tierra. De todos modos, Liang puede descifrar: «Que el hogar esté lleno de hijos».

Sobre la puerta del dormitorio, lee, a su derecha:

«Leña seca, arroz fino y tejado bien cubierto».

- a la izquierda:

«Buena salud, fuerza viva y una gran alegría».

Además, en la parte alta:

«Gran Paz».

Finalmente, sobre la puerta de la casa, a la derecha:

«Ni robo ni violencia, familia honrada».

- a la izquierda:

«Ni deudas ni préstamos: contar con las propias fuerzas».

- más arriba.

«La prudencia nos protege».

—¿Y hace falta escribir todo eso? —pregunta Liang.

—Sí —responde el tío Li—. Son los lemas de la familia.

Liang, sin comprender el sentido de esas frases, comienza a copiar, imitando fielmente la escritura.

—¿Y dónde pongo el retrato de Mao? ¿Al lado del Señor de la Chimenea? —pregunta de repente la tía.

—Sí, naturalmente... —murmura el tío Li, embarazado.

—En ese caso, habrá dos hombres y una sola mujer y eso no es decente —protesta la tía.

—Es verdad... ¿No venden la mujer de Mao? —pregunta el padre a su hijo.

—No. Y además no tendríamos bastante dinero... —dice el primo de Liang.

—Pero, entonces, ¿qué hacemos? —se pregunta la madre, agitando las manos.

—Hay que preguntárselo a nuestro hijo mayor. Él es quien nos ha metido en esas complicadas historias...

El hermano mayor no tarda en llegar. Todos reconocen su paso, por el ruido que hacen sus zapatos japoneses. Probablemente, al llegar ha oído la

conversación en el interior de la casa.

—¿Qué ocurre?

—No sabemos en dónde poner ese retrato de Mao.

—Pues ahí, delante de nosotros, en lo alto, sobre la pared del norte — ordena el hijo mayor, con su aire despierto de secretario de célula del Partido.

La madre va a pegarlo.

—¿Qué estás escribiendo, Liang?

—Los cartelitos de la alegría — responde el padre en lugar de Liang.

—¿Cómo? ¿Las antiguas frases? — dice el hijo mayor.

—Naturalmente. Son los lemas de la familia.

Liang deja de escribir.

—¡No, no, nada de eso! ¡Eso no sirve! ¡Eso ya no sirve! — exclama el hermano mayor—. Ahora, los tiempos han cambiado. No podemos pegar esas cosas ya superadas. Yo soy un mando del Partido y mi tío es perfecto. ¡Debemos escribir frases revolucionarias! Estos últimos días, la radio habla sin cesar de la gran Revolución Cultural. No sabemos lo que se está preparando allá arriba...

La cara del tío Li ya ha cambiado. Atemorizado, consiente, haciendo con la mano un signo de estímulo.

—Como tú quieras. Escribiremos lo que tú quieras...

Liang eleva una mirada de admiración hacia su Hermano primero, que se rasca la cabeza y le dicta:

Para encima de la cama:

—«¡Hogar revolucionario!».

Sobre la puerta del dormitorio:

—«¡No olvidemos nunca al Partido! ¡Si somos felices es gracias al presidente Mao!».

Sobre la puerta de entrada, a la derecha.

—«¡Renunciando a la vida y olvidando la muerte, hacer la Revolución!».

A la izquierda:

—«¡Trepando a la montaña de cuchillos, cruzando el mar de fuego, seguir las huellas del presidente Mao!».

Más arriba.

—«La rebelión siempre tiene razón...».

Liang escucha a su Hermano primero recitar esas frases. Busca las palabras y escribe. Su mano sólo es la mano de un niño, pero pone en ella la fuerza y el entusiasmo de sus diez años recién cumplidos. No comprende el sentido de lo que debe escribir. Sin embargo, está seguro de que lo que

escribe es fascinante. Sabe que de este modo sirve al ideal al que su padre se ha consagrado, de noche y de día, el ideal por el cual su abuelo murió como un héroe. Él hará lo mismo y le dedicará su vida entera.

Hacia el mediodía, se cuecen los primeros panes rellenos de carne. La tía levanta las tapas y una nube de vapor llena la casa al mismo tiempo que un olor exquisito. Estos panes, de un blanco deslumbrante, inflados bajo sus pliegues en forma de flores, producen en Liang un terrible apetito. Su esfuerzo al escribir le ha ahuecado el estómago. No puede esperar a que los panes se enfríen. A riesgo de quemarse, coge uno y se dispone a comerlo. Pero su tía se lo prohíbe.

—No. No podemos comer los panes rellenos de Año Nuevo antes que los Señores, ni antes que nuestros antepasados.

Mientras dice esto, la tía toma un plato, dispone en él algunos panes bien calientes y los coloca delante del Señor de la Chimenea y su mujer, nuevamente pegados. Luego, tras echar una mirada furtiva al presidente Mao, elige cuatro, los envuelve en un paño y pide a Liang en tono confidencial:

—Liang, ve a llevar esto, con tu Hermano segundo, a vuestro abuelo.

—¿Cómo puedo hacerlo? —dice Liang, asombrado—. ¿No han muerto mis abuelos hace tiempo?

—Precisamente. Debes llevárselos a su tumba. Ya sé que a vosotros, gente de la ciudad, no os gusta hacer esto. Pero creo que debes realizar estas tareas porque, cuando estaban vivos, erais vosotros, tú y tu padre, los que vuestros abuelos preferían. Tu padre, desde que se fue a hacer la Revolución, nunca ha podido pasar las fiestas del Nuevo Año aquí, en familia, con nosotros. No ha ido nunca a la tumba de sus antepasados. Podemos perdonárselo, porque es perfecto. En cambio tú, es la primera vez que pasas esta fiesta con nosotros, y a tus abuelos les causará un enorme placer si les llevas esos panes. En cierto modo, tú representas aquí a tu padre...

Ante la idea de representar a su padre, Liang saca el pecho, toma el paquete de panes rellenos y parte con su primo hacia el campo de los muertos. En el momento de salir, la tía le ha dado un fajo de billetes del «banco del más allá», cuchicheándole al oído:

—No se los enseñes a tu Hermano mayor, porque me reñiría.

Por el camino, los dos primos encuentran a numerosos campesinos que van a cumplir el mismo rito. Con la espalda encorvada por el frío, exhiben todos ellos un rostro muy serio, como si acabasen de hablar con sus difuntos.

Llegan muy pronto al campo de los muertos, ante los montículos de tierra bajo los cuales reposan los difuntos de la familia Li. Después de unos

instantes de dar vueltas, el primo de Liang, el Hermano segundo, ha descubierto enseguida la tumba de sus abuelos.

—Ésa es.

Se arrodilla, abre su paquete, coloca los panes delante de la tumba y prende fuego a los falsos billetes de banco. Al mismo tiempo, murmura algunas palabras imprecisas.

Y Liang, que se siente incómodo con lo ridículo de la escena, no sabe qué actitud adoptar.

—¿No saludas a nuestros abuelos? —se sorprende su primo.

—Sí —responde Liang acucillándose a su lado. Coge una varilla y se dedica a avivar el fuego. Encuentra divertida esta manera de salir del paso—. ¿No lloras? —pregunta Liang. Y recuerda el entierro del abuelo Liu.

—No —responde su primo—. ¡Eso es cosa de mujeres!

La moneda de papel arde rápidamente. Liang mira cómo aquellas hojas se transforman en cenizas, levantadas por el viento, y se arremolinan por encima de ellos, cada vez más altas, hasta llegar al cielo. También le parece ver que sus abuelos paternos, a los que nunca ha conocido, ocultos en algún lugar del aire, están muy contentos al recibir esos billetes y al ver por primera vez a su nieto preferido.

Una vez apagada la última llama, el Hermano segundo, todavía de rodillas, coge un pan y comienza a morderlo. Con la boca llena, se dirige a Liang.

—Come. Todavía están calientes.

—¿No será una falta de respeto para nuestros abuelos? —pregunta Liang, cogiendo un pan a pesar de todo. Tiene mucha hambre.

—Claro que no, en absoluto —responde su primo entre sus gruesos labios—. Los muertos no pueden comer. Nosotros les traemos los primeros panes del año. Eso es un signo de respeto. Y, después, nada nos impide comerlos. ¡Están tan buenos!

El Hermano segundo traga aún un gran bocado. Liang come también rápidamente. Es verdad: están muy buenos estos panes de carne.

El sol se tiende sobre su lecho de nubes multicolores. La noche llega enseguida, mezclada con los alegres gritos de los muchachos. Hacen concursos de petardos: a ver quién los lanza lo más lejos posible. Rivalizan en destreza, y el cielo se abrasa en una capa de chispas. Las niñas, por su parte, no tienen derecho a estallar petardos, pero encienden unos farolillos policromos, con forma de gallos, de mariposas, de ranas... Casi todas llevan unos vestidos rojos. En grupos de cuatro o cinco, se deslizan por las calles, a

través del gentío, en busca de las bandas de muchachos. Los petardos estallan sobre sus cabezas. Y ellas huyen, con gritos de terror.

Los hogares se iluminan con mil luces que cada uno ha fabricado o reunido. Las familias se agrupan, se apretujan, sobre el gran lecho de tierra apisonada, mientras se preparan unos *raviolis*, símbolos de la comida tradicional, de la cálida reunión.

Gritos, luces, olores múltiples: ¡es la fiesta!

Por encima de todo esto, dominando esta agitación, el altavoz, como en todos los pueblos de la región, proclama a grito pelado:

—La Revolución Cultural.



Primer y segundo Nueve,
las manos no salen.
Tercer y cuarto Nueve,
se camina sobre el hielo.
Quinto Nueve,
los ríos se deshielan y no se deshielan.
Sexto Nueve
las golondrinas vuelven y no vuelven...

Al final de una callejuela, en una pendiente, resuena una voz de niña, frágil y aguda como un violín chino que se hubiese agrietado.

Liang avanza en dirección a esa voz y descubre a una chiquilla vestida de rojo. Canta meciendo a un niño en sus brazos. La canción infantil parece salir de sus dos trenzas adornadas con cintas rojas y que saltan cadenciosamente al ritmo de los movimientos de la niña, como palillos de un pequeño tambor imaginario.

Séptimo y octavo Nueve,
si no trabajamos la tierra,
cuando llegue el noveno Nueve,
nos enfadaremos por nada.

Liang encuentra esa melodía en el fondo de sus recuerdos. Le gusta canturrear, aunque no la conoce bien, esa vieja canción que le enseñó la abuela Liu. Bruscamente, se interrumpe: ¿no sería un pecado dejarse llevar y entonar uno de esos viejos horrores? Desde hace poco, o más exactamente desde que volvió de casa de sus primos, después de aquellos apasionantes días de fiesta, Liang advierte que muchas cosas comienzan a cambiar. Y está muy excitado.

«La Revolución Cultural».

Parece ser que todo el mundo habla de ello. Liang también.

En primer lugar el altavoz, pero también los cartelitos de fiesta y las personas con ocasión de las reuniones o en las casas. Liang ha notado que esas palabras salen de la boca de su padre, que adopta un aspecto satisfecho.

—¿Qué es eso? —ha preguntado Liang en cuanto ha vuelto del pueblo de su tío y después de haber relatado lo que acababa de vivir.

—Lo sabrás más adelante... —le ha respondido Li, a media voz, con un tono un poco incómodo, con miradas inquietas. Parece orgulloso de esta prueba de madurez de su hijo. Esa manera de esquivar las preguntas ha decepcionado a Liang, a quien le cuesta mucho trabajo contener su cólera.

«La gran Revolución Cultural, la gran...».

Su hermanita Ling dice estas palabras con su leve voz de campanilla, cuando instruye a su muñeca: en esos momentos, no parece ya una niña. Es como si hubiera alcanzado a Liang durante los pocos días que ha pasado sola con sus padres. La situación no puede eternizarse. Liang se ha puesto a buscar explicaciones e informaciones. Al mismo tiempo, tiene que ocultar su propia ignorancia. Liang ha preguntado a Tian, después a Liu, a su madre, e incluso, a Ling, su hermanita. También ha interrogado a la abuela Song. En cada ocasión, las respuestas son vagas, oscuras, con un tono de misterio que intriga a Liang. Poco a poco, Liang ha comprendido que sus informadores eran casi tan ignorantes como él. Hasta que hoy, en clase, han tenido al fin, de manera oficial, las tan esperadas explicaciones.

El director ha llegado. Ha interrumpido la clase, como cada vez que ocurre algo importante. Y ha anunciado a los alumnos:

—Estamos en pleno período rojo. ¡Rojo quiere decir revolucionario! Como ha dicho nuestro Gran Maestro, el presidente Mao, sólo podemos alcanzar nuestro ideal, el comunismo, únicamente el comunismo, si seguimos manteniendo sin debilidades la lucha de clases, con el fin de enterrar definitivamente a la clase capitalista.

»Por eso debemos hacer esa Revolución, que durará todo lo que dure nuestra época socialista.

»Esta Revolución se llama la Gran Revolución Cultural. Se va a efectuar en varias etapas. La primera puede resumirse así:

»Se trata de desarraigar a los Cuatro Antiguos: las antiguas tradiciones, las antiguas costumbres, los antiguos hábitos y los antiguos modos de pensar.

»En su lugar, hay que imponer las Cuatro Nuevas Tradiciones...

»Esta canción forma parte de las cosas antiguas que hay que olvidar», se dice Liang pasando al lado de la niña de rojo. Liang está orgulloso de haber despertado así, de haber comprendido su error, de haber sido recuperado tan

pronto. Quiere probar que está a la altura de los preceptos del presidente Mao y que merece su condición de hijo del prefecto.

Camina a grandes pasos por la estrecha callejuela, con las manos en los bolsillos del pantalón donde arruga con sus dedos nerviosos los dos billetes que acaba de obtener de su madre.

—Mamá, ¿me das ese dinero? Tengo que ir antes de que lo hayan vendido.

—Anda, toma y ve enseguida.

Nunca su madre le ha dado el dinero con tanta facilidad. Es lógico, porque, contrariamente a la costumbre, no se trata de comprar alguna fruslería para su placer, unos caramelos, unos melones u otras frutas, o un cuaderno, o un lápiz, o unas tiras dibujadas... ¡Esta vez es una cosa seria! ¡Una cosa extraordinariamente importante!

Liang deja la callejuela y se encuentra en la calle principal del pueblo. Se dirige inmediatamente a la tienda. Saca los valiosos billetes de su bolsillo y los atrapa en la mano izquierda para meterlos en el bolsillo correspondiente. Toca, remueve, acaricia: maneja con múltiples precauciones esos billetes mil veces arrugados, palpados, manipulados, manoseados: han servido para comprar legumbres, paja, calcetines o muchas otras cosas más triviales o más sórdidas, ¿quién sabe? Mil veces los comerciantes se han servido de ellos para dar el cambio. Esos trocitos de papel tan pasados de mano en mano antes de llegar a la bolsa de Wang y a la mano de Liang, a su mano derecha primero, a su mano izquierda después... Larga cadena.

¡Y decir que muy pronto, dentro de algunos minutos, ya no habrá dinero en las manos de Liang, que tendrá en cambio una cosa más valiosa, una cosa esencial, la cosa más importante que se puede poseer!

Liang apresura el paso. Con esas zancadas casi parece un adulto. Descubre la tienda, ya muy próxima, con su puerta abierta como una boca hambrienta y sus ventanas cerradas, enrejadas, como dos ojos ciegos. Liang recuerda todas las veces que ha venido aquí, con algunos céntimos en el bolsillo; tenía que implorar para obtener ese dinero, tenía que insistir diabólicamente para poder comprar una manzana, unas azufaixas o, lo que era más frecuente, unos caramelos para repartirlos con su hermanita. Hoy no se trata de una de esas compras fútiles. Liang no viene aquí para procurarse una de esas mercancías triviales.

Una vez franqueada la puerta de la tienda, Liang se encuentra frente a frente con un vendedor calvo que le sonrío con todo el brillo de sus dientes de oro. Se siente como víctima de una injusticia. «¡Ese tipo debe de imaginarse

que he entrado aquí, como de costumbre, para comprar golosinas!». Hay otra cosa que apesadumbra a Liang: ¡no acaba de comprender que se venda aquí, en una tienda tan vulgar, lo que él ha venido a comprar! ¡Un objeto así, tan importante, tan serio, tan venerable, en medio de este bazar! Liang está molesto. ¡Hablar antes de dinero, de pago, con ese propósito, le parece inconveniente! Según él, es inadecuado, es casi un pecado mezclar este acto con el comercio.

—¿Todo va bien, Liang? —pregunta el vendedor, frotando su mentón mal afeitado.

—Claro que sí... Vengo a comprar... —murmura Liang, un poco gruñón.

El vendedor retira su sonrisa y abandona su actitud risueña. Ahora ha adoptado un aire serio. Ha debido de leer en el rostro de Liang que hoy no se trata de una compra común y que hay que tomar las cosas de otro modo.

—¡Esto! —Liang, muy emocionado, lleno de un infinito respeto, indica con el dedo un lugar concreto, preferente, de un estante: allí se exhibe un precioso paño rojo, brillante, espléndido, más sangrante que la misma sangre.

—¿El Libro Rojo? —inquire el vendedor con un aire deferente y lleno de consideración.

—Las citas del presidente Mao —precisa Liang, utilizando la fórmula oficial y el tono de su padre cuando aborda este tema.

Entonces, el comerciante se precipita hacia el rutilante paño rojo y, sujetándolo con una mano, coge con mucho cuidado el volumen que está en el centro y se lo entrega a Liang con un gesto ceremonioso.

Liang coge el Libro Rojo. Lo hace, naturalmente, con mil precauciones y empleando todas sus fuerzas. Sorpresa: pesa menos de lo que se imaginaba. Llevado por su impulso, el niño levanta el libro más arriba de lo que esperaba.

Liang paga precipitadamente y, apretando fuertemente entre sus dos manos el Libro Rojo, sale del almacén.

—Liang, ¿tú también has comprado las citas del presidente Mao?

Liang conoce bien esa voz de címbalo roto. No necesita volverse. Es la abuela Song.

—Sí, abuela.

Liang se vuelve de todos modos y ve a su hermanita, vestida de rojo, al lado de la vieja. Está comiendo una hojuela.

—Nosotros tenemos el Libro Rojo desde anteayer, el primer día que se puso a la venta —indica la abuela Song. Después, propone a Ling—: Recita un párrafo para tu hermano.

Ling se quita a pesar suyo la hojuela de la boca. Duda un instante, lanzando miradas inquietas a la anciana.

—¡Anda! —insiste la abuela—. Recita el párrafo que tu tía acaba de hacernos aprender de memoria.

Ling duda todavía, con la boca llena de hojuela, que continúa masticando. Mira a Liang, guiñando los ojos cara al sol poniente que lanza sus últimos rayos.

La vieja se impacienta, sacude el delgado brazo de la niña y al final se decide ella misma a iniciar la recitación.

—«La lucha de clases...».

—«... ¡hablamos de ella todos los años, todos los meses, todos los días!».

Y Ling añade con su frágil voz de triángulo:

—«El período socialista es un período muy largo en el que siempre corremos el riesgo de una restauración del capitalismo...».

—«... lo más importante es impedir la restauración del capitalismo...».

La niña continúa. Liang sólo ve su boca redonda, cuyos bordes están embadurnados por migajas de hojuela. Los labios de Ling parecen una gran cereza un poco aplastada que se mueve sin cesar emitiendo unos sonidos que forman frases: se trata de las citas del presidente Mao, el Gran Maestro de la clase proletaria. Son unas frases nobles, venerables, para traducir un pensamiento que Liang no comprende del todo y que no tiene por qué comprender. Hay que limitarse a escuchar, a seguirlo, a ponerlo en práctica. Se hace la Revolución, y eso conducirá al comunismo, a la felicidad...

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

Ling acaba de recitar su párrafo. La abuela Song aplaude con sus manos huesudas que chasquean con un ruido seco.

—¿Y has aprendido todo eso de memoria? —pregunta Liang.

—Sí. —La niña vuelve a llevarse la hojuela a la boca y prosigue—: Hace dos días que la tía Song viene a casa para hacernos aprender eso. Tenemos que saberlo de memoria. Ella nos lo ha dicho...

Las citas del presidente Mao son muy importantes. Es necesario conocerlas al dedillo. Sólo podemos aplicarlas en la vida si las sabemos perfectamente. El director de la escuela ya ha prevenido a todos los alumnos: va a tener lugar un gran concurso de recitación del Libro Rojo. Para llegar a ser un héroe, para estar a la altura de su padre, a Liang no le cabe la menor duda: debe ganar ese concurso.

—¡Eso está muy bien! —dice Liang a su hermanita—. Yo también voy a aprenderme esas citas. Y después, haremos un concurso.

Liang reanuda su camino para regresar lo antes posible a casa. Deja a su hermana en la calle. La abuela Song la coge enseguida con sus manos secas.

—¡Li Liang!

—¡Presente!

—Primer equipo.

—De acuerdo...

Liang sale de la fila y va a reunirse con los alumnos del primer equipo, ya seleccionados. No se siente muy feliz de formar parte de ese grupo, constituido esencialmente por ineptos. Y han sido incluidos también los considerados demasiado pequeños para la segunda sección, la que irá a patrullar por las calles en busca de mujeres con los cabellos largos, a las que tratarán de atrapar para que les corten sus provocativas melenas, imágenes de antiguas modas que hay que proscribir. En el primer equipo han sido clasificados los alumnos demasiado ignorantes para formar parte del tercer equipo, que deberá registrar a las personas y quitarles los objetos religiosos y los símbolos de la cultura antigua. En ese primer equipo se incluye también a los que pasan por poco valerosos y son, por lo tanto, indignos del cuarto grupo. A este último le corresponde la tarea de subir a lo más alto de esa iglesia francesa, con la misión de destruir tan vergonzoso testimonio de la dominación extranjera, de la ignorancia del pueblo chino y de la humillación de la nación.

—¡Zhang Dashu!

—¡Presente!

—Al cuarto equipo.

Liang se coloca entre el grupo de alumnos que le ha sido asignado. Observa que hay en él más niñas que muchachos. Todos, lo mismo que él, miran con unos ojos llenos de envidia a los designados para los otros equipos.

Una vez terminada la distribución, los alumnos se ponen en camino para dirigirse a sus puestos. El primer equipo, del que Liang forma parte, debe situarse en cada salida del pueblo para registrar a los transeúntes y quitarles lo que tenga un aspecto antiguo, lo que no esté acorde con el nuevo espíritu de la Revolución. Liang y otros tres, dos de ellos niñas, se encargan de la salida este, la más importante del pueblo. Es el camino que lleva a la ciudad.

Es un día como otro cualquiera, muy soleado, como siempre en esta época del año. Liang comprende que va a tener mucho trabajo. La tarea será dura. La fiesta de la Primavera ya ha pasado. En los campos, los campesinos ya apenas tienen trabajo, pero aprovechan la ocasión y salen. Van a visitar a los parientes o a los amigos de otros pueblos. En esas circunstancias, llevan generalmente algunos regalos, y esos modestos presentes plantean problemas: a veces son unos tejidos cuyas pinturas no tienen ningún sentido revolucionario, y otras veces se trata de un par de zapatos de niño en los cuales van bordadas dos cabezas de tigre. En otra ocasión, es un sombrero para la abuela y, naturalmente, es de la moda antigua. Incluso hay niños que llevan un collar del cual va colgado un cierre que lleva la inscripción: «Suerte». ¿Qué es eso de suerte? Nada que esté conforme con el espíritu de la Revolución.

Liang trabaja con entusiasmo. Se siente investido con una pesada responsabilidad. Las dos niñas no se muestran muy animosas y el otro compañero revela su ignorancia. «¿Qué debemos hacer en este caso?», pregunta a menudo. Liang tiene que recitarle constantemente algunas citas del presidente Mao para tratar de hacerle algo más clarividente.

Las dos niñas sólo se comportan correctamente cuando Liang les repite en tono grave: «El Gran Maestro, el presidente Mao, nos ha dicho...».

Es fatigoso.

—¡Alto, camarada! —grita de pronto Liang a un ciclista que utiliza a tope las posibilidades de su bicicleta: un niño delante de él, y su mujer detrás, en el portaequipajes.

—¿Por qué, camarada? —se inquieta el ciclista, con aire desconfiado.

—¡Examen revolucionario! —indica Liang en un tono seco, oficial.

Los cuatro niños rodean a la familia y comienzan el control.

—¿Llevas ahí el Libro Rojo? —interroga el camarada de Liang. Casi es la única pregunta que sabe hacer.

—Sí.

El ciclista saca de su bolsillo el pequeño Libro Rojo, totalmente nuevo, poco hojeado. El inspeccionado es un joven campesino. Va vestido con un traje nuevo, flamante. Su bicicleta también es nueva. Probablemente va a casa de sus suegros para felicitarles con ocasión del año nuevo, una costumbre muy respetada en la región.

—¿Sabes que ya no se debe felicitar a nadie en el año nuevo? —le pregunta Liang.

—Sí —responde el joven campesino—. Ya sé que es una costumbre antigua, pero vamos a ver a mis suegros...

—¿Qué es eso? —exclama una de las dos niñas.

—Un pastel para los viejos —dice el ciclista con gesto humilde.

Liang observa un paquete rojo que se balancea colgado del manillar. Coge el paquete en la mano y lo examina minuciosamente.

—El envoltorio tiene una forma antigua, hay que quitarlo —ordena con voz de jefe.

—Pero es para hacer bonito... —protesta débilmente la mujer que se acerca, con el bebé en los brazos.

—¿Qué quiere decir eso de «hacer bonito»? La Revolución es la más bella de las cosas. Eso pertenece a la antigua costumbre y es feo.

La mujer quiere añadir algo, pero su marido, comprendiendo mejor la situación, se lo impide. Comienza a quitar la envoltura roja del paquete; unos segundos después, ya sólo tiene entre sus manos una caja con papel de paja amarillo, arrugada como el rostro de una vieja.

Liang advierte también que las dos personas mayores llevan en el pecho un cuadrado de tela roja adornado, en letras amarillas, con una cita del presidente Mao; esto está dentro de las reglas. Liang lee con atención las frases elegidas para asegurarse de que no contienen ningún error, lo cual sería muy grave. Comprueba que las frases están bien elegidas y que corresponden exactamente a la situación de la familia. Porque no sería correcto que un joven campesino llevase una cita apropiada para los viejos, o que un muchacho exhibiera un pensamiento concerniente a las mujeres.

Éstos han elegido correctamente sus frases. El hombre ha puesto: «No olvidar nunca la lucha de clases». Y la mujer: «Luchar contra el egoísmo y criticar el revisionismo». No está mal visto: porque las mujeres suelen mostrarse poco generosas y bastante egoístas. En esta región, hay muchos hermanos, unidos antes de su matrimonio, que se encuentran, después de veinte años de vida en común, en malos términos, en desacuerdo, únicamente por efecto de sus bodas... A Liang le gusta esta cita. Conoce una corta frase de Mao que, bien entendida, resume todo eso e indica el camino a seguir: «Luchamos contra el egoísmo para avanzar; criticamos el revisionismo para orientarnos e ir directamente al comunismo».

—¿Ya está? Tenemos un poco de prisa, camaradas... —dice el joven campesino sonriendo.

Liang se dispone a dejarles pasar, sobre todo porque ve que otros transeúntes comienzan a hacer cola. Pero ha olvidado un detalle:

—¿Cómo se llama vuestro hijo?

—Fusil Rojo.

—También debe llevar una cita en el pecho.

—Claro que sí —asiente el joven apresuradamente—. Siempre decimos que es demasiado pequeño. Pero, desde ahora, también llevará una frase. Ya entenderá su sentido más adelante...

Todo lo que Liang quería decir, lo ha dicho el campesino. Sólo le queda dejarles pasar.

—Está bien, podéis iros...

—¡Eso no va, eso no va! —grita el compañero de Liang cortándole la palabra. Señala con el dedo la marca inscrita en la bicicleta nueva: una «Flying Pigeon»; una de las más conocidas marcas del país—. Esto también es antiguo.

—Es verdad, hay que suprimir eso —confirma Liang reflexionando.

—No, no, camaradas —protesta enseguida el joven poniendo su gruesa mano de campesino sobre la chapa—. No es culpa mía, está en la bicicleta, acabo de comprarla. Es mi primera bicicleta nueva.

El chiquillo trata de demostrar su valor e intenta levantar la gruesa mano demasiado grande, demasiado firme. El muchacho no puede conseguirlo y, con la mirada, llama a Liang en su ayuda.

Liang sabe muy bien que, ni siquiera los dos juntos constituirán un adversario válido frente a este hombre. Él no se ha movido. Se le ocurre una idea.

—¡Verás, camarada! Saca tu Libro Rojo. Vamos a estudiar un párrafo —le pide Liang en un tono imperioso.

El joven campesino se inmoviliza, duda un instante y, después, saca su Libro Rojo.

—Página 125 —ordena Liang.

El campesino abre torpemente el librito por la página indicada.

—Segundo párrafo a partir del final. ¡Lee!

El joven está incómodo. El librito tiembla en sus dedos demasiado gruesos. Entre sus labios arremangados, tartamudea:

—Casi no sé leer...

No parece mentir. Liang, entonces, orgulloso, comienza:

—¡Escucha! El Gran Maestro, el presidente Mao, nos ha dicho: «Ante una gran Revolución, que se parece mucho a una tormenta, ¿cuál es la actitud que se ha de tomar? ¿La de ser un revolucionario o la de ser un blanco del movimiento?».

Al escuchar estas frases, el joven palidece y responde prestamente:

—Yo quiero ser un revolucionario, claro está...

—Pues la Revolución quiere que quites la marca de tu bicicleta, porque eso forma parte de los Cuatro Antiguos.

El campesino no encuentra nada que decir y clava sus ojos en la marca «Flying Pigeon».

Liang saca un destornillador y se lo entrega al joven campesino que, después de haber vacilado un momento, quita la placa con un gesto brusco, como si arrancase un demonio de su cuerpo.

—¡Te felicito por tu acto revolucionario! —aprueba Liang recuperando su destornillador.

El campesino se va con su familia, sin añadir una palabra. Los cuatro niños siguen inspeccionando a los demás transeúntes.

En ese momento, Liang oye un gran jaleo en el pueblo. La calle está llena de efervescencia. Vociferan, gritan y corren. Los demás grupos comienzan a actuar. Una muchacha, desmelenada y con el pantalón desgarrado, huye a toda velocidad. Es perseguida por tres granujas que chillan detrás de ella:

—¡Lleva un pantalón de la burguesía!

La muchacha corre hasta la salida del pueblo y cae sobre el grupo de Liang.

—¡Detente, camarada! —ordena Liang.

La mujer se detiene en seco y mira a los cuatro niños con los ojos llenos de terror. No parece comprender nada.

—Es el pantalón que le ha regalado su prima de Tien-Tsin. Mirad, las perneras son demasiado estrechas, se pegan a los muslos —comenta una de las niñas.

—¡Detenedla! —vociferan los muchachos empeñados en su persecución.

Liang va a coger la muñeca de la mujer, pero ésta comprende lo que va a suceder y reanuda su carrera de conejo aterrado. Escapa hacia el otro extremo del pueblo.

—¡No puede ser! —grita Liang sintiendo que la cólera le quema la garganta—. ¡Esa mujer se ha atrevido a ir en contra de la Revolución! No podemos dejarla pasar.

Y se lanza en su persecución, ordenando a sus camaradas:

—Vosotros guardad bien el puesto. Voy a atraparla...

La muchacha corre hacia la iglesia. Con Liang a la cabeza, el grupo la persigue con encarnizamiento.

La mujer, cuya marcha es más viva que la de los niños, adquiere cada vez más ventaja. Liang siente que la sangre se le sube a la cabeza; una repentina flojera le sierra las piernas. Un olor acre le llega a la garganta. Se vuelve y divisa a los tres mozalbetes. Espera ser alcanzado, y luego adelantado, por sus compañeros. ¡Es preciso que vayan más rápido! ¡Tienen que darse prisa! Por otra parte, él no está encargado de esta misión.

Por desgracia, los tres muchachos parecen al cabo de sus fuerzas y a punto de abandonar. Al ver a Liang correr delante de ellos, sienten ganas de renunciar, de dejar que él se las apañe.

La muchacha huye cada vez a más velocidad y va a desaparecer detrás de la iglesia.

—¡La Revolución!

De repente, una voz poderosa, sorda y profunda, resuena en el cuerpo de Liang. Ese pantalón ceñido a los muslos le parece la burguesía misma. La piel de la burguesía, una piel peligrosa, un veneno que va a intoxicar a esa mujer, a su camarada, y a contaminar después a los otros camaradas para acabar matándolos. Para salvarla y para proteger al ejército revolucionario hay que atrapar ese cuerpo, desnudarlo, desgarrar esa prenda, llevar de nuevo a esa mujer al buen camino ideológico, al indicado por el presidente Mao. ¡A ti te toca obrar, Liang; a ti, que quieres ser un héroe de la Revolución, a ti, que quieres estar a la altura de tu padre y de tu abuelo; a ti, que deseas convertirte más tarde en el salvador del pueblo como todos los del Partido Comunista! ¡Te toca a ti jugar! Es el momento de experimentar tu voluntad, tu fe, tu valor...

Liang siente una fuerza feroz que asciende de la tierra, le atraviesa y penetra hasta lo más profundo de sus entrañas, de su cabeza. Esa fuerza, como un furioso viento, le empuja, le propulsa, llena sus piernas que corren, incontrolables, como movidas por una súbita tempestad. Se siente aspirado hacia su objetivo.

Liang se acerca a la pobre mujer que comienza a aminorar su marcha, vencida por la fatiga. Han llegado hasta el edificio de la iglesia, cuando Liang consigue, con un gesto brusco y despiadado, atraparla por los desordenados cabellos.

—¡Ay! —grita la mujer.

—¡Detente o tiro más fuerte!

La mujer se detiene, jadeante. Comienza a llorar balbuceando:

—Este pantalón... me lo ha regalado... mi prima de Tien-Tsin...

Liang se siente débil. Sus manos se sienten blandas: de una blandura abrumadora, llegada de su cabeza, de su corazón, de sus órganos, de todas las células de su cuerpo, y que le envisca, le arrebató sus fuerzas, le afloja los dedos, oscurece sus ojos de tinieblas hasta tal punto que van a soltar a la pobre mujer.

—¡No! —se alarma Liang bruscamente—. ¡Esto es piedad!

«La Revolución no es una invitación a comer, no es un bordado, sino una violencia, una acción violenta para derribar a una clase...».

Estas frases desfilan por el cerebro de Liang como un ejército revolucionario llegado en su ayuda, como un refuerzo...

La oscuridad que había invadido sus ojos se hace ahora roja y desaparece. Siente que sus dedos aprietan con más fuerza, se crispan sobre su presa. Sus dientes también se aprietan, como si tuviese a su enemigo en la boca. «Bien, esto es la Revolución...».

—¡Venid, camaradas, ya la he detenido! —grita Liang a los muchachos que llegan por detrás de él, armados de tijeras.

—¡Suprimamos a esos Cuatro Antiguos! —dice uno de ellos dando un tijeretazo en el pantalón de la mujer. Los otros dos le imitan y comienzan a despedazar el pantalón que, en pocos segundos, se queda hecho jirones, dejando aparecer los blancos muslos de la muchacha.

Ella se debate con todas sus fuerzas, grita, gime, chilla, pero no se atreve a golpear a los muchachos: ¡son los representantes de la fuerza revolucionaria! Se acurruca en un ángulo del muro y oculta los muslos con los brazos cubiertos de heridas.

Liang vuelve la cabeza, dejando que la mujer gima y que los muchachos se las apañen. A la vista de la sangre sobre el cuerpo de la muchacha, experimenta asco: primero de sus compañeros, después de sí mismo: no debería haber atrapado a la mujer. Todo esto ha podido pasar por culpa suya. Se siente responsable de esta escena. Liang siente una aguda quemazón en la palma de la mano, la misma mano de la venganza con que hace un rato agarró los cabellos de la mujer. Con el rabillo del ojo echa una mirada furtiva sobre esa mano: es la mano derecha, la mano que le sirve para escribir, para jugar al ping-pong, para lanzar piedras al agua y hacer rebotes o para ahuyentar las cigarras de los árboles. Con esa mano, también ha intentado hacer experimentos en su escondite de casa de Tian. Nunca ha golpeado, ni con esta mano ni con la otra, a no ser en las puertas y ligeramente. Recuerda que una vez, en ausencia de sus padres, le quitó a Ling un trozo de hojuela con esta mano, porque Liang es diestro como tantos otros y es esa mano la que emplea

en todo lo que exige fuerza... Hoy ha cogido por los cabellos a una mujer a la que no conoce, porque llevaba un pantalón demasiado estrecho, un pantalón burgués. Y ha hecho eso por la Revolución y, por lo tanto, para la felicidad del pueblo... No lo lamenta... ¿Por qué lamentarlo? Al contrario, debe de estar contento, porque... ha dado un paso adelante en el camino revolucionario, en el camino del heroísmo... No, no lo lamenta... demasiado. Y sin embargo... sin embargo, sí, lo lamenta: no hubiera debido de coger aquellos pelos; ha hecho daño a esa mujer y, ahora, también a él le duele la mano...

Liang camina con paso ausente hacia la iglesia. Poco a poco, una sensación extraña, sorprendente: su cuerpo recobra vida y energía, infla de nuevo con sangre lo que se había vaciado. Siente que sus miembros ya no son carne fofa, mustia, y que vuelven a ser fuertes y duros...

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Bravo...!

—¡Bravo! Más arriba, más arriba...

Las exclamaciones que llegan a los oídos de Liang proceden de la iglesia. Liang levanta la cabeza y ve a dos muchachos a media altura del campanario: sus cabezas están por encima del hueco de una ventana.

—Hay que empezar por arriba. ¡Subid más! —grita una voz de hombre al pie de la iglesia. Es el director de la escuela.

Las dos cabezas desaparecen. Abajo, todo el mundo espera en silencio. Liang llega allí. Pasa un largo rato y las dos cabezas reaparecen en el mismo lugar y gritan.

—Está demasiado alto... ¡No hay manera!

—Demasiado peligroso...

—¡Esto no es posible! —refunfuña el director, ya furioso. Y pregunta a los muchachos que le rodean—: Vamos a ver, ¿quién puede dar ejemplo y subir hasta la cumbre?

Nadie responde. Todo el mundo observa el campanario. Impresionante cima.

—¿Quién se atreve a subir hasta allá arriba?

Liang mira este campanario que tantas veces le ha asombrado, atemorizado, maravillado y producido unos sentimientos misteriosos y extraños... Escala con los ojos, lenta y penosamente, ese monstruo puntiagudo, color de plomo, hasta la cruz, hasta el «diez» que, desde la cúspide, parece provocarle con un gesto burlón, respaldándose en las olas de nubes. Un desafío.

La religión, Dios, el Gran Señor del Cielo: veneno espiritual para el pueblo... al cual embrutece, animaliza para tenerlo más sujeto, para dirigirle mejor... Esta cohorte de palabras, cargadas de sentido, desfilan por el cerebro de Liang, martillándole, fustigándole, excitándole. Ahora hay un verdadero tumulto en el cráneo del muchacho, martirizado por ruidos ensordecedores.

—¡REVOLUCIÓN!

Liang tiene la impresión de que esta palabra estalla en su corazón. Sus ojos se nublan. Sus manos aún tiemblan, atormentadas por la quemadura de los remordimientos olvidados. Su cerebro hierve. Su corazón da un salto y lanza a través de su boca:

—¡Yo, yo puedo subir!

Los demás alumnos apenas tienen tiempo de volverse en su dirección, cuando Liang, con un gusto de azufre en la garganta y fuertes golpes de sangre en las sienes, ha cogido ya una barra de hierro y entra en la iglesia, arrastrando tras él a sus camaradas.

El día declina, el viento sopla. Ya no hay nadie cuando Liang desciende de la iglesia, ya desprovista de campanario. Sus fatigadas piernas dan algunos pasos. Le cuesta trabajo continuar. Se detiene cerca de la iglesia y se acurruca entre los escombros, testimonio de las destrucciones de la jornada. En todo aquel fárrago de residuos se amontonan desordenadamente ladrillos despedazados, trozos de plomo y el «diez» de madera que, en lo alto del campanario parecía tan pequeño y tan frágil. Derribado en el suelo, resulta más grueso que el cuerpo de Liang. Uno de sus brazos está clavado en la tierra.

El viento sopla y hace volar los papeles impresos de las citas de Mao. Liang y sus camaradas los han lanzado desde lo alto de la iglesia. Comienzan a arremolinarse en el polvo, que se levanta a oleadas. Parecen grandes mariposas blancas. En los oídos de Liang todavía resuenan los ruidos ensordecedores. Es la primera vez que ha subido tan alto. Y siente la presión de su sangre en las arterias.

Liang, con un aire ausente, contempla un momento los escombros. Se levanta y se dirige hacia la escuela. Al pasar, descubre que han destrozado el hombre esculpido que se erguía contra la pared de la iglesia. No ha cambiado de lugar, pero ya no tiene nariz; sus brazos están rotos en varios pedazos. Su cuerpo está repleto de agujeros: probablemente la hazaña de sus camaradas, mientras él, Liang, trepaba hasta lo alto para demoler el campanario a grandes golpes de barra. Encuentra un trozo de mármol y lo hace rodar hasta su casa.

Al franquear la puerta cochera de la escuela, Liang se detiene, fascinado. Descubre, en un rincón del patio desierto, una montaña de objetos diversos, amontonados en desorden. Son los testimonios del brillante comportamiento del tercer equipo: un niño con alas de mármol, gruesos libros dorados, vasijas de todas las clases, ropas multicolores y otras muchas cosas que Liang no ha visto nunca y que no puede nombrar.

«La Revolución ha obtenido hoy una buena cosecha», se dice Liang. Casi sin darse cuenta, da algunos pasos hacia esos objetos. Al detallar mejor ese revoltijo reconoce un violín chino aplastado, unos cuadros llenos de

desgarrones, viejos muebles de madera roja cuyos pies están casi todos hechos trizas, viejas lámparas, papeles pintados e incluso tiras dibujadas...

¡Han realizado un trabajo soberbio! Liang siente a la vez una alegría y un pellizco en el corazón. Lamenta no haber tenido ocasión de participar en ese trabajo. Él, tan dotado para hurgar, probablemente habría hecho descubrimientos más interesantes. Recuerda que, de niño, cuando jugaba al escondite, era siempre el mejor. Lo mismo le sucedía en casa, cuando su madre les compraba una golosina que les gustaba demasiado, a él y a su hermana. Querían terminarla de una sola vez. Wang se veía obligada a ocultarla, pero Liang acababa encontrándola en donde quiera que estuviese escondida...

Liang se acerca, se arrodilla, toma una tira dibujada y la ojea. El libro está desgarrado; la gran figura coloreada de la tapa está partida: tiene tres figuras que dibujan una especie de triángulo. Pero Liang aún puede ver que se trata de un extracto de la famosa historia de los Tres Reinos. Los personajes, con trajes antiguos, llevan unas largas barbas rojas y blanden sus armas encaramados en unos caballos al galope... ¡Qué apasionante historia! Liang recuerda: cada vez que leía un trozo de aquel interminable relato, estaba tan totalmente absorto que se olvidaba de ir a clase si era en casa, y de volver a casa para cenar si era en la clase. Su madre ya no le daba dinero para comprar historietas dibujadas. Tenía que economizar céntimo a céntimo, para procurárselas. Otra solución: rogar casi de rodillas, suplicar a sus compañeros que se las prestasen; hallar mil palabras para emocionarlos, para convencerles... Ahora, ya no hay problema; con la Revolución, todo esto está resuelto: ¡nada de tiras dibujadas! ¡Eso pertenece al pasado! ¡Es antiguo!

Liang tira el libro y se dispone a entrar. De repente, advierte, en un cubo abollado, un montón de discos de arcilla. Se apodera del herrumbrado cubo, saca los discos, los examina. Ahí están el famoso Mono de Cabeza Rapada, el barco de Cara Blanca, la Mujer de la Flauta, el Viejo dios de la longevidad... Hay un centenar. Liang observa, escruta uno por uno los discos, que antes ocasionaban tantas peleas entre los niños y les daban tantas alegrías. Liang ni siquiera tenía derecho a tocarlos. Ahora están ahí, estropeados, amontonados con rabia, ya sin dueño, en ese cubo roñoso esperan... ¿qué?... que los arrojen al agua, porque los redondeles de barro no pueden ser quemados como los demás objetos antiguos.

«Hay que suprimir radicalmente todo lo que es antiguo. Lo que se pueda romper, se rompa. Lo que se pueda quemar, se quema. Lo que no se pueda romper ni quemar, se arroja al agua...».

Liang está inmóvil, con un disco en cada mano. En la izquierda, un personaje desconocido, un viejo que cabalga al revés en un asno, en la derecha, Zhu Ke Liang, el famoso personaje de la época de los Tres Reinos. Liang le conoce bien, pues ha oído hablar de él desde que nació. De repente, recuerda esa historia de lucha contra el enemigo. La había contado el abuelo Liu, un día en que Liang y Tian habían ido a verle.

—Era un genio, absolutamente un genio —había contado el abuelo Liu, manipulando su barro de alfarero—. Fue durante una guerra con los bárbaros, que llevaban unas ropas extrañas. El ejército imperial solía utilizar agua para ahogar al enemigo, pero aquellos bárbaros no tenían miedo del agua. Flotaban bien y eran muy fuertes. El ejército imperial estaba a punto de perder, cuando Zhu Ke Liang examinó la situación.

»“Todo lo que no teme al agua, teme al fuego, y viceversa”.

»—¡El fuego!, gritó el primer ministro Zhu.

»Los bárbaros, sabiendo que los iban a inundar, se habían puesto una especie de hábitos compuestos de cañas de bambú impregnadas de aceite: aquel caparazón flotaba en el agua, pero podía arder fácilmente.

Liang recuerda aquella historia, porque su final le había impresionado.

—Y habéis de saber que, durante el incendio, desde la cima de una montaña, Zhu Ke Liang observaba el combate ¡con lágrimas en los ojos! Sabía que su vida sería reducida: había quemado vivos a unos hombres. Y, en efecto, murió muy joven...

Liang, entonces, había preguntado:

—¿Sabía que iba a morir pronto a causa de eso? Y sin embargo, lo hizo.

—Naturalmente: estaba al servicio de su señor, el emperador Liu... —Y el abuelo rió orgullosamente: eran de la misma familia.

«Todo lo que no teme al agua teme al fuego, y viceversa».

Con un gesto brusco, Liang echa los discos en el cubo.

Los discos de arcilla se rompen. En mil pedazos, con estrépito, rebotando.

—Esto es antiguo, es veneno... —Liang se siente desamparado pensando que él ya está envenenado, puesto que sabe de memoria esas historias. Se levanta y se dispone a irse.

De repente, hay algo que brilla ante sus ojos. Liang mira, pero sólo ve un deslumbrante surtidor de luz; mil reflejos, llegados de no se sabe dónde, hacen estallar unas imágenes multicolores, le punzan las pupilas, le deslumbran. Se frota los ojos, cambia de posición y luego mira de nuevo.

—¡Vaya! —está a punto de gritar en voz alta. Son canicas, pequeñas esferas de cristal en la que está encerrada una flor: se amontonan,

tentadoramente en una escudilla. Liang sueña, desde hace mucho tiempo, con tener unas canicas de esa clase, para jugar con ellas y... ¡las encuentra tan bonitas!

Con un salto de gato, coge la escudilla con ambas manos y mira a su alrededor. No hay nadie en el patio, ni un ruido, nada, salvo un apetitoso olor a comida que procede sin duda de casa de los vecinos.

Liang puede, podrá..., podría apropiarse de esas canicas, puesto que las tirarán mañana. Nadie sabrá si las canicas están en el fondo del agua o si Liang las ha ocultado en algún rincón, debajo de la cama.

Son seductoras, con sus flores tan graciosamente encerradas. Liang se pregunta siempre cómo han podido insertarlas allí. Las hay verdes, amarillas, rojas; todas parecen naranjas, con sus gajos bien marcados. «Canicas de naranja»: éste es el nombre que les dan los niños del pueblo. Para Liang, siempre ha sido muy difícil tenerlas, porque su madre, maestra seria y severa, le prohíbe tener juguetes y juegos para divertirse. Wang considera que eso sería una desventaja para sus estudios. Liang lo recuerda: aquel día, en la ciudad, hacía mucho calor. Wang, para recompensarle por haber terminado rápidamente sus deberes en casa, le dio veinte céntimos para que se comprase un helado en la calle. Liang se encontró con un vendedor de juguetes que empujaba una carretilla llena de mercancías.

—¡Cabellos por juguetes! ¡Cabellos por juguetes! —voceaba el vendedor.

Los niños que nunca habían tenido dinero para comprar juguetes venían a traerle unos cabellos que habían recogido por todas partes. Después de haber examinado la cantidad de cabellos, el vendedor les daba un juguete. Liang, por lo tanto, dedicaba todo su tiempo a los estudios, bajo la mirada vigilante de su madre. Por consiguiente, nunca había tenido un momento para recoger cabellos. No podía, como sus amigos, practicar esa clase de intercambio. En el momento en que iba a dejar al mercader, tras haber observado con los ojos húmedos de emoción los tratos entre los niños y el vendedor, vio como aquel día había brotado un rayo de luz de la carretilla enrejada del vendedor hasta llegar a su corazón. Y ya no pudo moverse. Se quedó mirando aquella luz multicolor. Experimentaba un gran placer mirándola, y degustaba aquel placer. Nunca había sentido tanto bienestar, tan intenso placer. ¡Un encantamiento! Era como, si a fuerza de mirar aquel resplandor mágico, fascinado por su brillo, hipnotizado, se hubiese transformado él mismo en un rayo de luz, puro, profundo, límpido, sin preocupaciones ni pesares...

—Quiero eso —había dicho mostrando su dinero.

Por veinte céntimos, el honrado vendedor le había dado tres canicas que Liang había escondido. Después las había mirado, con un ojo abierto y el otro cerrado, a la luz del sol, movidas entre los dedos de sus manos y de sus pies, incluso haciéndoles dar vueltas en su boca, protegido de las miradas, en un rincón del patio. Evitaba así el reproche de su madre por haber comprado unos objetos fútiles, y la interminable inquisición para averiguar el medio con que había podido adquirirlos.

Finalmente, perdió las canicas, a fuerza de esconderlas demasiado bien.

Y ahora, ¡qué suerte, qué felicidad de tener tantas en las manos! ¡Qué placer poder tocarlas, manejarlas, acariciarlas! Y hunde un dedo entre las canicas, luego dos dedos, después tres; una vez, dos veces... ¡Qué frialdad tan agradable, tan lisa, tan transparente como la escarcha, y qué manera de resbalar la punta de los dedos! ¡Y qué agradable ruido sale de ellas! Parece que se rían con su cosquilleo...

La Revolución... Veneno espiritual...

Como alcanzado por una descarga eléctrica, Liang se inmoviliza. Ve las canicas entre sus manos, tan bonitas hace un momento, transformarse ahora en ojos rientes, burlones, maliciosos y... feos.

Liang siente que un vacío invade su cabeza, como si el cráneo se convirtiera en un palacio, como si el mundo estuviera a punto de quedarse con la boca abierta en medio de aquel palacio. Una especie de mareo le agarra por la nuca. Balancea la cabeza, aspira el aire a grandes bocanadas y trata de recobrar la calma.

Se levanta. Como un enfermo inmovilizado en la cama demasiado tiempo, tiene que hacer un considerable esfuerzo para ponerse en pie. Con los dientes apretados, los puños cerrados y los ojos desorbitados traga abundante saliva y espera que un poco de fuerza habite de nuevo sus piernas. Ya está de pie.

—¡Somos los pequeños héroes de la Revolución!

Bruscamente, Liang siente que la cólera, una intensa cólera, abraza su corazón. Entonces, con gran rapidez, vuelve a arrojar las canicas sobre el montón de desechos y comienza a darles unos rabiosos puntapiés.

Dentro de él, en el fondo de sí mismo, hay un pesar, dos pequeños pesares: no ha cogido las canicas y no hay nadie en el patio para testimoniar su heroísmo.

二 十 五

Cuando Liang vuelve a entrar en casa, Wang y Ling han cenado ya. Le han dejado una gran escudilla de arroz y, en un plato, algunos trozos de hortaliza salada. Liang descubre que tiene apetito; toma unos palillos y se precipita sobre la escudilla de arroz. Desde el primer bocado, que él está a punto de tragar, se da cuenta de que reina una atmósfera extraña en la habitación, un silencio desacostumbrado, demasiado espeso y demasiado largo por parte de su madre. Se dispone a preguntar por qué, pero en ese momento su hermana le dice:

—Hermano, vas a cometer una gran falta.

—¡Oh, perdóname! Estaba a punto de olvidarlo —exclama Liang, que abandona enseguida sus palillos.

Se levanta de la mesa, coge su pequeño Libro Rojo, se sitúa delante del gran retrato de Mao y comienza sus invocaciones. Es un ritual nuevo, adoptado en la comunidad de acuerdo con las directrices del Partido que proporcionan un ritmo a la jornada desde hace poco: todos los grandes momentos, las comidas, el trabajo, la clase y las reuniones comienzan así... ¡Y antes de acostarse, ocurre algo parecido!

—«Ante todo, dejadme que desee a nuestro Gran Timonel, respetable y muy amado... una longevidad sin límites... diez mil años...».

Después de las invocaciones a Mao, vienen las de Lin Biao, sucesor de Mao. Después, Liang debe entonar una canción revolucionaria.

No se puede navegar por el mar sin un timonel.

No hay nada que pueda vivir sin el sol...

Liang hace un esfuerzo y pone en ello todo su corazón. Canta en falsete, con una voz aguda como un grito, lo cual divierte mucho a su hermanita.

Finalmente, puede sentarse de nuevo a la mesa. En medio de la comida, Wang le recuerda:

—¿Sabes que mañana es el concurso de citas del presidente Mao?

—Sí, no puedo olvidar una cosa tan importante —responde Liang, con la boca llena.

—¿Cuántas puedes ya recitar de memoria?

—Unos treinta párrafos...

—No está mal —dice Wang después de un momento de silencio. Luego prosigue—: Como sabes, para ganar el concurso no basta con conocer muchas citas; es necesario también haber estudiado los párrafos difíciles, los que los demás no saben. Pero, sobre todo, no hay que cometer ni el más mínimo error; si no, todo se habrá estropeado, todo se convertirá en nada... Ya sabes que en la escuela del municipio de Zhao Zhuang, ha sido detenido un alumno que se había equivocado gravemente en la cita del presidente Mao. El Gran Maestro dice: «¡Estamos en contra de todo lo que nuestros enemigos aprueban y a favor de todo lo que nuestros enemigos desapruueban!». Pero ese alumno, en su precipitación, invirtió las dos palabras clave, «a favor» y «en contra». Eso ha constituido un error muy grave y ha sido clasificado como un delito contrarrevolucionario. Tú puedes decir que ha sido un lapsus, pero ¿cómo demostrar que no lo has hecho expresamente?

—Comprendo. Voy a trabajar esta noche hasta muy tarde.

—Bien. Yo te ayudaré —propone Wang.

Y por la noche, después de cenar, hasta muy tarde, la familia recita el Libro Rojo casi a coro. Sólo hay un ausente: Li, que todavía no ha vuelto a casa.

A las once, Liang, al cabo de sus fuerzas, decide acostarse. Está acostumbrado a las ausencias de su padre. Sabe que está viviendo un período especial, que las nuevas directrices del Partido pueden llegar de un momento a otro, y que Li siempre tiene que estar dispuesto a aplicar enseguida. Liang deja que su madre vele sola y se va a la cama.

Se estira, extiende con placer sus miembros llenos de agujetas: éstos vacilan bajo la frialdad de la manta y, después, ya recalentados, comienzan a buscar los rincones de su nido. Se siente feliz; después de una larga jornada, de una jornada agitada, con el vértigo de lo alto de la iglesia, con el gusto acre del yeso que salta bajo los golpes de barra, con las agujetas de sus músculos baldados, y esta noche, con el esfuerzo de concentración para entrenarse en la recitación del Libro Rojo, Liang se encuentra al fin bajo su pequeña manta, sucia, gris, tal vez demasiado ligera para el frío de la primavera. Sólo con su olor tranquilizante, Liang se siente en calma, más apaciguado. Ha olvidado ya la mitad de su fatiga. Da dos o tres vueltas, a la izquierda primero, y después a la derecha. Siente un placer al encontrarse en esta oscuridad apacible, en esta confortable soledad en la que él está quieto, bien protegido, al pie de esta pared protectora que separa a la familia Li de la inmensidad verde de los campos... Se alegra de vivir en una época así, en una época heroica,

revolucionaria, absolutamente roja, llena de aventuras, en la que podrá desplegar su inteligencia. Este período se parece a un camino cuyo final es un futuro misterioso y lleno de esperanza, que comienza a proyectar su luz sobre Liang: la posibilidad de convertirse en un héroe, en un combatiente, en un salvador. Para alcanzar ese excitante objetivo, Liang lo sabe, basta con ir recto, un poco más deprisa que los otros, sin ahorrar su energía.

Liang se mueve todavía. Siente que la fiebre le sube a la cabeza. Está impaciente: el día de mañana también promete ser muy apasionante. Liang se esfuerza en cerrar los ojos para dormirse pronto y hacer que el día siguiente llegue antes.

Una pantalla negra, horadada por un hormigueo de agujas multicolores, efímeras; alfombra estrellada, titilante... En medio, una niña duerme. Es Wang, su madre. Wang se despierta, mira a todas partes, asustada. No hay nadie a su alrededor. Lloro.

Liang se aproxima. Coge a la niña en sus brazos y la acuna. Canturrea, dando golpecitos en el pequeño cuerpo:

Cariño, cariño,
tú duermes, duermes,
tu papá ha ido a hacer la Revolución,
no llores,
no llores...

Liang se duerme profundamente. Una barca flota en el mar verde de los campos de sorgo. Liang planea como un pájaro, flota como un pez en el agua. Y vuela muy alto...

Una voz de hombre, inquieta, sombría, le hace sobresaltarse. Alarmado, se despierta. Es la voz de su padre, que ha vuelto no sabe cuándo y ya está acostado.

—¿Estás seguro de que puede pasar eso? —pregunta Wang, ansiosa.

—Sí, no puede ser de otro modo. Yo mismo lo he leído esta noche. Por eso he vuelto tarde...

Un gran silencio llena la oscura habitación, agujereada por el resplandor rojizo de un cigarrillo, sin duda sujeto entre los dedos de Li. Wang lanza un suspiro y continúa:

—No me parece posible. El Partido sigue teniendo confianza en ti. No pueden hacer nada contra ti... ¿Quieres volver a decirme exactamente lo que has leído?

—Muy bien. —El resplandor rojizo guiña un momento; ilumina la mitad de la habitación. La turbada voz de Li se eleva. Y recita—: «El objetivo de este movimiento es derribar a los que actualmente detentan el poder y que van por el camino capitalista...».

—¿Y entonces?

—Pues que ésa es la orden de Mao... Song quiere hacerse cargo de ella.

—¿Crees que Song hará algo contra ti?

Silencio total.

—De todas maneras, nosotros no hemos hecho nunca nada malo contra el Partido...

El pájaro reanuda su vuelo. Penetra en unas nubes espesas, negruzcas, anunciadoras de tormenta. Liang se vuelve, echa una mirada desde lo alto del campanario; los papeles impresos revolotean, giran en el viento que acaba de levantarse...

—¡Mierda, mierda y mierda!

Liang sale de la escuela; camina marcando cada uno de sus pasos con un «mierda» ahogado. Avanza todo lo lentamente que puede, dando unos pasos lo más cortos posible. Unos calambres le dan tirones en el estómago. Un gusto amargo invade su boca. Se siente bruscamente agarrado por una ola árida; los silbidos de una rabia repentina le hacen daño en los oídos. Rezonga, arrastra los pies, adelanta un paso, tropieza en un guijarro y está a punto de caer.

—¡Es una mierda! —gruñe.

De un puntapié, ha barrido el guijarro.

Inquieto, mira a su alrededor: no, no hay nadie. Comienza a andar de nuevo.

Es la primera vez en su vida que experimenta ese sentimiento amargo, pesado. Ha sentido ya la culpabilidad, el temor, la cólera, el desconcierto... Ya conoce esos sentimientos penosos, desagradables. Sin embargo, los encuentra más directos, más fáciles de soportar. Se produce una especie de vaivén: te sientes culpable porque has hecho tal o cual tontería; esperas ser reñido, criticado, castigado; tienes miedo, incluso mucho miedo, no te atreves a hacer nada, dejas de moverte; acurrucado, con las manos entre los muslos, esperas; dejas que las cosas vengan por sí solas. Tanto peor o tanto mejor... Cuando estás enfadado, aún es más fácil. Tiras tu bolsa al suelo. Le asestas violentos puntapiés, todo lo terribles que quieras. Puedes desahogarte con ella. O puedes preferir gritar, o llorar... Todo antes que este sentimiento que ahora descubre y que le muerde sin dejarle tiempo para reaccionar. Liang se siente arrinconado. Esto no es ni cólera, ni tristeza, ni nerviosismo. En una palabra: ¡es exasperante!

—¡Mierda, mierda y mierda!

Liang desciende por la pendiente que conduce a casa de su amigo Tian. Esta vez es él quien busca los guijarros; va barriendo, con su pie derecho, tres grandes, y con su pie izquierdo, tres pequeños. La quemadura en la punta de los dedos de sus pies parece calmarle. Avanza más tranquilamente.

La injusticia: esta palabra llega a la mente de Liang sin que él pueda darse cuenta. Es como si tú tuvieras algo que tus compañeros no tienen. Se lo muestras diciéndoles que es tuyo, pero ellos te lo quitan. Después, se burlan de ti, y te pasan esa cosa por las narices asegurando que eso les pertenece a ellos, ¡no a ti! Es fácil imaginar hasta qué punto es exasperante. No hay modo de reclamar. No hay juez, y si por casualidad hay uno, ¡es el que ha ayudado a esos ladrones!

A Liang comienzan a dolerle las mandíbulas a fuerza de apretar los dientes con demasiada violencia. Se esfuerza en abrir la boca para respirar más profundamente.

—¡Ese maldito director!

El otro día le habló de él a su padre. Le explicó que no le gustaba ese director; pero su padre se limitó a sonreír como si fuese su hijo quien tuviera que avergonzarse de sí mismo.

Liang se aplica en respirar a grandes bocanadas. Llegará un día en el que él será más grande que ese estúpido joven pretencioso. Tendrá los medios de castigar al desvergonzado personaje. Le dará muchas órdenes difíciles para torturarlo. Se divertirá con él pidiéndole que cave un pozo, completamente solo, en una jornada. Y, después, felicitará a otro por ese pozo tan rápidamente realizado; al camarada Fang, por ejemplo...

Liang llega a la casa de los Liu. Como siempre, el cerrojo de la puerta negra está corrido. Llama y, después, espera. Un momento. La puerta se abre con un leve rechinar; entonces aparecen los cabellos amarillentos de Tian.

—No entres. Ven —dice secamente Tian, con un movimiento imperioso de la cabeza.

De todos modos, Tian le ha sonreído. Da media vuelta y luego vuelve, unos segundos más tarde, con una especie de cuévano sobre la espalda y dos trozos de batata en la mano. Da uno de ellos a Liang.

Sin decir una palabra, los dos niños se ponen en camino comiendo su batata. En esta primera hora de la tarde, la calle está muy animada. Todos andan atareados. Los campesinos marchan hacia las tierras, dirigiendo con firmes voces a sus animales. Los niños, como Liang y Tian, van hacia el campo con un cesto sobre el hombro y la boca llena.

Pasan por delante de la iglesia, que ahora sólo es una inmensa casa negra y desmochada: parece un asno sin cola. Dos inscripciones, dos hileras verticales de palabras grandes como melones, aparecen en la fachada. Liang y Tian leen:

Viento de primavera, levanta mil hojas verdes.

El Celeste Imperio está lleno de Dioses Buenos.

Liang traga una gran cantidad de saliva. Es exacto. Por todas partes, los sauces llorones despliegan su cabellera al viento suave de esta primavera, que llega tardíamente, después de una preparación tumultuosa. Como un gran cantante de la Ópera de Pekín que, antes de entrar en escena, hace esperar al público expresamente. La música del violín chino se oye a voz en grito y taladra los oídos. El redoble de los tambores resuena. Él, entre bastidores, lanza uno o dos agudos gritos.

Es primavera. El sol se inclina cada vez más bajo hacia los tejados de este pueblo, ahora descabezado de su campanario. Sauces y álamos siembran la abundante nieve de sus flores flotantes, aéreas. Surgen los insectos, despertados de un sueño demasiado largo. Hormigueantes, turbulentos, se agitan con frenesí para exhibir su existencia.

Liang camina al lado de Tian. Pone su último trozo de batata en la boca. El ruido que hacen sus mandíbulas cuando las cierra sobre la batata le dejan momentáneamente sordo; no oye lo que su amigo murmura:

Lleno de Dioses Buenos...

Sin embargo, es cierto. Estos dos versos del Gran Timonel se realizan: en este país celeste, todo el mundo, hasta el camarada guardián de melones, se conduce como un dios. Libro Rojo en la mano, medalla con el retrato de Mao en el pecho y cinta roja en el brazo izquierdo: Guardia Roja.

La Revolución Cultural...

la rebelión siempre tiene razón.

Arranquemos el poder

de las manos de los que lo detentan.

Al avanzar con paso firme y decidido, como un soldado, con los brazos echados hacia atrás y los riñones ceñidos por una soga de esparto, sólo se abre la boca para decir: «El presidente Mao nos ha dicho...». Siempre es así, incluso para sembrar el trigo o para enfadarse con los animales que se salen del surco.

—Tú eres el primero, estoy seguro —dice Tian con el tono de los que no soportan la injusticia.

Salen del pueblo y se dirigen al río Seco, donde crecen hojas de seda. Tian conoce bien el lugar. Liang lanza una mirada agradecida e impotente a su amigo. Se diría que Tian levanta el polvo expresamente. Camina arrastrando los pies.

—Esa chiquilla, ¿cómo se llama?... Flor Amarilla, ha cometido varios errores. Hasta yo los he advertido: en lugar de decir la *masa del pueblo* ha dicho *el pueblo de la masa*. ¡Eso no es nada correcto!

Liang se calla y, para responder, comienza también a arrastrar los pies. Después de ellos, el polvo se arremolina, cada vez con más fuerza, bajo el brillo del sol. Parece la larga cola amarilla de un dragón.

—Ella fue la felicitada, y no tú, que eres el mejor. Yo te aseguro que nadie ha dicho esa frase que tú has citado en el concurso.

—¡Mierda! —grita Liang. Y se pone la mano delante de la boca.

—No te preocupes, no he oído nada.

Llegan a la orilla del río, una hendidura seca en la tierra amarilla. Ahí no hay nunca agua, salvo en la estación de las lluvias: entonces, el torrente rueda cuesta abajo para inundar el pueblo, y los campos se convierten en lodazales, en verdaderas ciénagas. En los badenes se han plantado una especie de ricinos. Para poner en marcha la Revolución Cultural el presidente Mao ha ordenado que los niños participen en las tareas de los campesinos. La escuela ha decidido dedicarse a la cría de gusanos de seda: los alumnos deben ir al campo para coger las hojas que alimentarán a los gusanos. Liang y Tian han encontrado este lugar, en el que abundan las buenas hojas. Vienen aquí todas las tardes.

Trabajan con mucha rapidez y enseguida llenan el cesto. Entonces se tumban en el suelo para descansar. Unas nubes desfilan por encima de ellos, ligeras, casi diáfanas. El sol, como un gato acostado, ronronea.

—¿Por qué no escribes un dazibao contra el director? —pregunta Tian—. No ha sido justo durante ese concurso.

—¿Yo? ¿Para decir que soy el primero?

Tian reflexiona.

—Es verdad. Tú no puedes hacerlo. Debería de escribirlo yo en tu lugar, pero... Pero no sé escribir.

Los dos niños se callan. Se tumban de espaldas y cierran los ojos bajo el sol. De pronto, Liang recuerda algo; con una mirada azorada, recorre los campos.

—¿Qué buscas? —le pregunta Tian, que comienza también a observar por todas partes siguiendo la mirada de su amigo.

—Acuérdate del otro día, en el campo. Oímos un grito muy extraño, el grito de Wen-Meng, como decía el abuelo.

Tian, sorprendido, desconcertado, palidece. Farfulla:

—No olvidas nada... Mi abuelo ha muerto...

El resto de la frase se queda en la boca de Tian. Liang, sin preocuparse de su pavor, como impulsado por una fuerza imperiosa, casi exterior, casi sobrenatural, continúa:

—Pero... de todos modos... ya no oigo ese grito, no lo he vuelto a oír...

Se levanta, gira la cabeza en todos los sentidos y busca inútilmente.

—Te aseguro que no lo volverás a oír... —grita Tian, con lágrimas en los ojos, golpeando el suelo con los pies, como unos alocados palillos sobre un tambor.

—¿Por qué no grita ya? Era un grito tan bonito, tan tierno... —gruñe Liang. Se sienta de nuevo al lado de Tian. Al cabo de un momento, los niños, ya calmados, reanudan el trabajo.

—Estoy seguro de que se puede hacer algo contra ese director —insiste Tian ordenando las hojas en el cesto.

—Es difícil. Es él quien manda. Tiene el poder.

—Pero el presidente Mao nos ha dicho, precisamente, que hay que derribar a los que detentan el poder: ¡debemos rebelarnos!

¡Es cierto lo que dice Tian! La sangre afluye a las venas de Liang. Enrojece. ¡Tantas veces como se ha repetido que quería convertirse en un héroe de la Revolución, que quería ser el primero en ejecutar las órdenes del Gran Timonel! ¿Cómo ha tardado tanto tiempo en comprender la situación?

«La Revolución no es una invitación a cenar, ni un bordado de seda, sino una violencia, la violencia de una clase para derribar a otra...».

—¡Volvamos a casa!

Sin esperar la reacción de su amigo, Liang recoge sus cestos. Siente que sus músculos, llenos de una intensa energía revolucionaria, se endurecen.

—¡Volvamos a casa! ¡Escribiremos unos dazibaos!

Nunca le ha parecido tan ligero el cesto de hojas. Nunca ha caminado tan deprisa. Es como si no fuera él quien caminase, como si sus pies, por sí mismos, de una manera autónoma, se fuesen poniendo rápidamente el uno delante del otro. Tian ha tenido que correr para no perderlo de vista en el torbellino de polvo que entre los dos levantan.

Una vez llegados al patio de la escuela, Liang y Tian entregan las hojas al profesor de servicio y después le piden papel y tinta.

—¿Para qué? —pregunta el profesor, asombrado, lanzando a Liang una extraña mirada.

—Para escribir dazibaos, naturalmente...

Liang está sorprendido por la actitud del profesor... ¿Cómo puede tener ese aire de leño seco ante una acción tan revolucionaria como ésta?

—Queremos escribir... como los demás... —balbucea Tian detrás de Liang.

—¿Cómo los demás? —dice el profesor, mirándoles a los ojos, sin moverse; luego, murmura—: Entonces ¿no sabéis nada...?

El profesor entra en el despacho de la escuela en busca de papel. Vuelve cinco minutos después y anuncia a los dos niños:

—Ya no queda papel, se lo han llevado todo vuestros camaradas.

—¿Cuándo podemos tenerlo? —insiste Liang—. Tenemos cosas importantes que escribir.

—Es por la Revolución —dice Tian con voz suave.

Como el profesor no responde, Liang pregunta:

—¿Mañana, por ejemplo?

—Mañana... mañana..., ya lo sabréis, sin duda... —dice el hombre levantando los ojos al cielo, que comienza a oscurecer.

Los dos niños se miran, decepcionados. Luego deciden volver al día siguiente. Se dicen adiós y desaparecen.

Para llegar a la puerta de la habitación de Liang, hay veintisiete pasos largos o treinta y cinco cortos. Liang los ha contado muchas veces. Hoy, camina a pasos largos: se siente empujado por su ímpetu revolucionario,

arrastrado por la alegría de relatar a su madre la jornada y sus proyectos. Además, está cansado y tiene hambre.

«¡Mamá! ¡Tengo que contarte una gran idea!».

Pero ese grito, que él se ha repetido, que ha preparado mentalmente durante sus últimos veinticinco pasos, no llega a salir de su boca. En el momento de lanzar ese grito triunfal, Liang se queda inmóvil, petrificado, estupefacto, como una marioneta con los hilos rotos. Un olor extraño le llega a la garganta, penetra por las ventanas de la nariz. Inicia un movimiento de retroceso, y ahoga dos ataques de tos.

—¡No hagas ruido! —le ordena su madre con una voz oscura.

—¿Qué pasa? ¿Qué es este olor? —La frase ha salido por sí sola, apenas interrogativa.

—¡Sobre todo no hagas ruido, te he dicho!

La voz de su madre se abate sobre él como una ducha fría que apaga su ardor, como una gran racha de viento glacial que extingue súbitamente sus fuerzas. Se queda quieto allí, con la boca abierta, los ojos desorbitados y las aletas de la nariz temblorosas.

Wang retrocede imperceptiblemente, tiembla también, aparta su mirada aterrada de los ojos de Liang y murmura:

—Entra... Yo no he hecho nada... nada...

Liang ve que se desliza detrás de la puerta y de un salto se coloca ante ella. Detrás de la puerta, en el suelo, entre el humo, en medio de un montón de cenizas grises, se pueden distinguir algunos fragmentos esparcidos de papel glaseado, un poco más claros.

—¡La foto del abuelo!

—¡Cállate! —grita más fuerte Wang.

Con un gesto, rechaza a Liang y pone su pie sobre la ceniza.

—¡Pero es su única foto, tú me la has dado! —gime el niño.

Wang le mira: no parece haberle oído.

—Pero, mamá, ¿por qué la has quemado?

Ella sigue sin decir nada.

—Es tu padre, mi abuelo... Su única foto.

Para Liang, es como una brusca hemorragia. Algo vital, precioso para él, que se escapa con ese humo, que se volatiliza. Desde sus pies, que están en las cenizas, asciende a través de su cuerpo una flojedad súbita: los músculos de sus piernas se tornan flácidos; su espalda, su torso, parecen deformarse; su cuello comienza a doblarse; su mirada ha perdido su fulgor.

Wang parece más tranquila. Con un gesto maternal, arregla un mechón en la cabeza de Liang y le toma por la mano. Ambos se sientan en la gran cama. Y Wang hunde su mirada en los ojos del niño.

—Mamá... —dice débilmente Liang.

—Es demasiado complicado para decírtelo. Pero recuerda una cosa: de ahora en adelante, no vuelvas a hablar de esta foto. Olvida a tu abuelo.

—¿Olvidar a mi abuelo?

—Si te preguntan, dirás que nunca has visto esa foto y que yo nunca te he hablado de él. ¿De acuerdo?

Liang mira a su madre. Ella también le mira a él. Conversación sin palabras, apremiantes preguntas retenidas, dudas calladas, penosas explicaciones adivinadas, oraciones sordas, dolor mudo, gritos silenciosos, silencio que grita, pacto tácito...

Liang mueve la cabeza, con un movimiento muy suave. Wang le sigue mirando.

—De acuerdo, mamá.

La noche ha borrado la mirada de su madre. Liang no ha podido leer en ella una aprobación. Sólo ha sentido que Wang le aprieta un poco más la mano.

—Esperemos a Ling para cenar.

Liang mira a través de la ventana. Palpa la oscuridad de esta noche densa, aterciopelada, tierna, dispuesta a repararlo todo, el desgarramiento del corazón, la herida de la carne, el abismo en que ha caído la esperanza...

Llaman a la puerta.

—¿Está en casa el profesor Wang?

—¿Quién es? —responde Wang con una voz tranquila.

—Soy del comité local de la Revolución Cultural. Me han encargado que le diga que Li no vendrá a casa esta noche...

Al oír que el hombre dice «Li», Liang siente un gran golpe en el corazón: nunca ha oído pronunciar el nombre de su padre, prefecto de la región, de esta manera insolente.

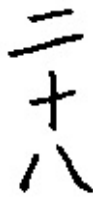
—¿Por qué? —grita.

Pero el hombre no responde nada. Se va tan bruscamente como ha venido.

Liang está dispuesto a lanzarse, pero su madre no suelta su mano. Al contrario: la aprieta más fuerte con la suya.

—Así que ya han comenzado.

De repente, rompe a llorar delante de Liang.



Es de noche. Liang cierra los ojos. Espera. Sabe que su padre no volverá esta noche. Sabe que no va a dormir, pero, sin embargo, espera. Espera lo que no vendrá.

Wang ha dado dos vueltas bajo la manta. Ya no se mueve. ¿Duerme? Liang sabe muy bien que no. Wang le escucha. Hoy no le reñirá si se mueve. Pero es mejor no hacerlo. Porque su tortura sólo servirá para aumentar la de Wang. Su inquietud se agregará a la de su madre. Liang se esfuerza para no moverse.

La noche reina. El silencio, más pesado que la manta, les envuelve. Liang comprueba que ese silencio está lejos de ser absoluto. Hay ruidos en él, unos ruidos muy grandes. Cuanto más hunde la cabeza en la almohada, más oye esos miles de gritos, esas múltiples voces que taladran sus oídos y que van acompañadas de imágenes que cambian a cada segundo. Si te sumerges en el interior de esas imágenes, podrás descubrir unas formas. Un árbol muy grande que tú desuellas. Un árbol, que ya no tiene piel, deja ver su pecho blanco, mojado por una savia vercosa. Tú sigues desollándolo, cada vez con más fuerza. Cae un trozo de madera. Pero sigues desollándolo, más fuerte, más profundamente. ¡Vamos, no tengas piedad!... Ya está taladrado, ya no hay árbol. Pero no renuncias, sigues desollándolo... El árbol reaparece con la luna, un conejo; se llama Wukeng y está condenado a cortar ese árbol. A cada golpe de hacha, el árbol se vuelve a cerrar como si no hubiera ocurrido nada. El conejo está obligado a trabajar para siempre... El abuelo Liu ha contado esta historia. Es el abuelo de Tian, no el suyo, el abuelo de Liang. Su abuelo, eso debe de ser cierto, murió durante la Larga Marcha. Después, ya no está seguro... ¿Muerto por la Revolución? ¿Era un héroe del Partido como él creía? No puede darse una respuesta... ¿Por qué esa loto quemada y esa actitud extraña de su madre? Si no... ¡Señor del Cielo! Liang no puede imaginar la continuación. ¡Eso sería horrible!

La noche ya no progresa. Se retuerce por encima de la casa y parece querer esperar aquí la fiesta de Primavera. Con su cuerpo inmenso, obstruye el camino del día siguiente. Sin embargo, es ese día siguiente lo que Liang desea y espera. Entonces sabrá lo que ha sido de su padre, y lo que ellos han

comenzado, como ha sugerido su madre antes de cenar. Liang decide aguardar hasta el final.

Se despierta y oye una gran agitación en el patio de la escuela. Querría preguntarle a su madre, pero se da cuenta de que no está en la habitación. Su hermana no está en la cama. No tiene tiempo de reflexionar y se levanta. Mientras se viste, oye que hablan ruidosamente afuera.

—¡Vamos! ¡Primero, los dazibaos en la calle!

—Pero hacen falta cincuenta personas para las banderas rojas...

—¿Quién gritará el primero?

Liang se pone a toda prisa sus ropas y, sin comer, sale.

En el patio, un verdadero tumulto. No hay nadie en las clases. Los alumnos se están alineando. Unos llevan unas banderas, los otros unos dazibaos.

—¡Li Liang! ¡A la fila enseguida! —le grita la maestra de la clase.

En cuanto ha hallado un sitio al lado de Tian, el desfile de la muchedumbre se pone en marcha y se dirige hacia la plaza del pueblo. Liang camina por reflejos. Sólo oye el restallar de las banderas, que son agitadas en el viento con toda la fuerza posible, y las pisadas de miles de personas sobre un suelo que no es más que un mar de polvo.

Delante de la antigua iglesia, han levantado un estrado a cuyo alrededor se reúnen ahora casi todos los habitantes de la región, en correcta formación, como un oscuro ejército. Todo el mundo lleva el mismo uniforme: los hombres de negro, con los cabellos cortados al rape; las mujeres de azul, con los cabellos hasta el cuello. Todos exhiben la medalla más grande posible con la imagen de Mao y una cinta roja en el brazo izquierdo.

Comienzan a pegar unos dazibaos sobre los muros y a distribuir unas octavillas impresas. Liang coge una y lee:

«Gran asamblea del municipio para derribar a Li Xian Yang y a Zhao Jia Lu, detentadores del poder capitalista».

Sus crímenes...

Un rayo cae en la cabeza de Liang. Ya sólo siente las entrañas fundiéndose en su vientre. A su alrededor, los alumnos han recibido las octavillas impresas. Miran a Liang con ojos de lobo. Algunos comienzan a reírse. Otros se limitan a cuchichear entre ellos. Tian, con la cabeza baja y los puños cerrados, continúa inmóvil al lado de Liang.

Silencio. Alguien anuncia el comienzo de la asamblea. La multitud se apretuja alrededor del estrado. Lanzando un agudo grito, Song salta sobre el estrado. Parece más delgada a causa del cinturón que le ciñe los riñones. Con

unos gestos secos, saca su pequeño Libro Rojo y lo agita delante del gran retrato de Mao colocado en medio del escenario. Está haciendo invocaciones al Gran Timonel.

Luego se vuelve hacia la multitud reunida y toma la palabra:

—Nuestro Gran Timonel nos ha dicho: ¿De quién es el cielo? ¡Nuestro! ¿De quién es la tierra? ¡Nuestra! Por consiguiente, a nosotros nos corresponde hablar y obrar.

Song lanza una mirada feroz a la multitud y luego saca de su camisa una hoja arrugada y la comienza a leer, con las mangas subidas hasta los codos.

—Li Xian Yang es el más destacado detentador del poder capitalista en nuestro municipio. Desde su llegada, no ha cesado de arrastrarnos al camino capitalista. En primer lugar, procura siempre rebajar a la Revolución con su obsesión con la producción. Insiste sobre los cereales y nos pide que cavemos pozos constantemente, pero oculta con ello su taimado objetivo: impedir que hagamos lo más importante, ¡la Revolución! Cada vez que le he propuesto trabajar en la destrucción de la religión, sistemáticamente, de manera autoritaria, ¡me ha apartado de ese objetivo tan loable! ¡Reflexionemos, camaradas! Hemos hecho la Revolución para derribar a la clase burguesa: un exceso de producción, un nuevo bienestar, sólo pueden conducir a esa misma detestable burguesía.

Song toma aliento, traga saliva; su respiración es corta, jadeante. Placer y furor se mezclan en su mirada. Arruga un poco más su papel y luego lo coge con la otra mano.

—¡Despertémonos, seamos lúcidos! Un hombre así, traidor a nuestros ideales, ¡sólo puede hacernos retroceder a la situación espantosa que precedió a la Revolución! Por lo tanto, queridos camaradas, os pido la autorización para hacer subir al estrado a ese renegado.

La muchedumbre se agita, el polvo sube hasta el cielo. Un muchacho alto salta al estrado y, levantando su brazo derecho, grita:

—¡Abajo Li Xian Yang!

—¡Derrotemos al poder que nos conduce al capitalismo!

—Aplastemos la cabeza de perro del que nos dirige hacia la miseria capitalista.

—¡Viva la línea revolucionaria del presidente Mao!

La multitud aúlla en un trueno de voces después de cada frase. Liang, sin atreverse apenas a levantar la cabeza, ve a su padre, con la espalda encorvada, las muñecas cogidas desde atrás por dos hombres de brazos musculosos, arrastrado hasta el estrado, arrojado de rodillas en medio del escenario.

Trastornado, Liang baja la cabeza, mientras unos violentos golpes de sangre sacuden su corazón. La vergüenza, como un lobo denso y polvoriento, le azota en la cara y le abrasa el cuerpo. Durante un instante, experimenta una sensación de caída. Un vértigo hace vacilar su columna vertebral...

De repente, Liang oye algo. En ese torbellino de gritos, entre esas voces violentas que quieren aplastarlo todo, bajo ese pesado pataleo, en medio de esos ruidos que no son más que ritmos fuertes y cuadrados, oye un sonido tierno, efímero, transparente, un suspiro que sólo parece llegar para él, cuchicheante al oído para calmarle y consolarle.

Vuelve la cabeza y no ve más que unos brazos levantados, como árboles, en los cuales se distinguen las venas azules y salientes, lanzando juntos hacia el cielo los gritos y los eslóganes revolucionarios.

Al mismo tiempo, penetra en el hueco de su mano izquierda, lentamente, tímidamente, un tacto de terciopelo. Tian, su amigo, acaba de darle la mano. Él acoge esa mano, pero no se atreve a mirar a su amigo, ni siquiera con una mirada de agradecimiento. Ya no tiene derecho.

En el estrado, la voz de Song prosigue:

—¡Miradle! Éste es el hombre que quiere conducirnos hacia el tipo de sociedad que maldecimos. ¡Ésta es la horrible boca que nos da órdenes detestables y ésa es la cabeza que nos inculca ideas podridas!

—¡Abajo el renegado!

—Que lo echen al suelo. ¡Que Li Xian Yang sea aplastado para que no pueda levantarse nunca más!

Otra vez los gritos.

—Y he aquí una prueba todavía más reveladora: usando la autoridad de su pensamiento capitalista, Li Xian Yang encuentra donde quiera que va alguien que tiene que hacerle de criado, de esclavo. De este modo, mi propia madre, se ha convertido en su víctima. Para cuidar a una hija de burgués, mi madre, una anciana de más de sesenta años, se ve obligada cada día a trabajar desde por la mañana hasta la medianoche, mis queridos camaradas...

La voz de Song se ahoga en un sollozo.

—¡Vengüemos a la abuela Song!

—¡La deuda de sangre tiene que ser pagada con la sangre!

«¡Plaf!» Song ha dado una bofetada en la mejilla izquierda de Li. Song rompe a llorar. En ese momento, el guardián de melones sube al estrado y toma la palabra. Habla con palabras aún más groseras, mezclando injurias y eslóganes revolucionarios, escupiendo su saliva sobre el papel que tiene en la mano y que no mira nunca porque no sabe leer.

Acusa a los que estaban en el poder, a Li, que le ha hecho sacrificar una parcela de buena tierra con el pretexto de excavar un canal de riego, a Zhao Jia Lu por haber sido demasiado cobarde para luchar contra Li, al director de la escuela por haber criticado en exceso a los alumnos que ya son unos pequeños generales revolucionarios, al responsable del almacén de cereales, al director de la tienda..., incluso al portero de las oficinas del municipio que le ha impedido entrar dos veces. Después, en un torbellino de gritos y de polvo, esas personas son conducidas al estrado, incluso Liu, el padre de Tian, que es acusado de ser el responsable del movimiento religioso del pueblo y de ser el cómplice de Li en las reformas agrícolas.

La asamblea continúa. Otros guardias rojos, venidos de otros pueblos, toman la palabra para acusar a los jefes de los municipios, que son arrastrados a su vez hasta el estrado. Finalmente, la asamblea elige una comisión para dirigir la Revolución Cultural en el municipio, cuya responsabilidad toman Song y el guardián de melones. En lo que respecta a los renegados, deciden encerrarlos para que no puedan «hablar y actuar a diestro y siniestro» y «utilizar su influencia sobre las masas para destruir el movimiento».

La reunión prosigue de este modo hasta muy tarde.

二十九

Una fría sombra envuelve ahora a Liang. Es la noche. Los gritos han cesado. Solas en el silencio, unas octavillas impresas, diseminadas por el suelo, atrapan el resplandor de la rojiza media luna. El viento sopla, las hojas vuelan y el pueblo se hunde más aún en las tinieblas ante la mirada vaga de Liang, oscureciendo sus ojos ya perdidos, ausentes.

—Liang... volvemos a casa... ¿no?

En su mano, el suave terciopelo de los dedos de Tian se ha movido y despierta a aquel extraño «Liang» que, durante el resto de la jornada, se ha refugiado muy lejos, en el fondo de sí mismo, para no sentir su terror.

—Escucha, yo me vuelvo a casa... —dice Tian levantándose. Tira de Liang con todas sus fuerzas. Liang le mira un momento lleno de estupor y, luego, como un enfermo que entra en la convalecencia, se apoya sobre sus flacas piernas y titubea. Aprieta la mano de Tian con la suya como un náufrago se agarra a una paja, y camina al lado de su amigo sin decir nada. Los gritos del día le obsesionan y le torturan como unas nubes que giran vertiginosamente en un cielo de tormenta. Sobre esos alocados nubarrones, Liang lee, en un deslumbramiento, unas frases que brillan como llamas:

«Li Xian Yang es un renegado», «Todo lo que ha hecho es contra el Partido, al que él ha engañado hasta ahora»; «Liang, su hijo, representa sus zarpas contra la Revolución»...

Liang da algunos pasos. Febril, alorado, querría tener esas malditas nubes bajo sus talones. Trata de aplastarlas con cada uno de sus pasos e intenta desviar su carrera... Al fin, lo consigue. Las nubes retroceden, desandan lo andado. Los odiosos mensajes que despliegan en el centro de sus estelas furiosas también cambian. Las frases terribles que llameaban hace un rato han desaparecido. Ahora hay otras que centellean en su lugar: «Eso no es verdad... Li Xian Yang es víctima de una injusticia... Song ha exagerado... Lo que ha pasado hoy es una prueba momentánea para mi padre o, todavía mejor, para mí solo...».

—Hemos llegado... —murmura Tian, que se detiene y trata de retirar su mano de la de Liang.

Liang levanta la cabeza. Ve la puerta negra cerrada ante ellos. Deja que la mano de Tian se retire, pero conserva la forma de la mano en la suya y la reconfortante ilusión de que está allí todavía.

—Voy a entrar... —murmura Tian empujando la pesada puerta—. ¿Y tú? ¿No vuelves a casa?

—Sí... Vuelvo... Mi madre...

La puerta negra se cierra tras la frágil espalda de Tian con un crujido. Liang se da la vuelta y camina, solo. La calle está desierta. Las familias del pueblo, aterradas por las conmociones de la jornada, se han encogido como caracoles cada cual en su casa, cuanto más baja mejor, sobre el gran lecho común de tierra apisonada, calentado por el fuego de la comida de la noche. Los hombres fuman su pipa. Las mujeres se atarean, con la labor entre las manos. Todos comentan los acontecimientos del día, con el mismo tono de costumbre, lejano y descuidado. Pero mantienen el oído alerta, vuelto hacia la calle, y siguen dispuestos a precipitarse fuera de la casa para aportar a quien quisiera oírles algún presunto «testimonio», aunque se trate de boberías que, una vez propaladas, mil veces relatadas con nuevos detalles y muchos comentarios, se hincharán hasta la más demencial exageración.

Liang oye sus propios pasos, que resuenan en ésta callejuela, bajo el alto muro de la iglesia. Nunca había prestado atención, nunca había descubierto tantas cosas curiosas en este trozo de camino recorrido tantas veces, cada vez que iba en busca de su amigo, cada vez que tenía en la cabeza algunos proyectos divertidos. Por un lado, estos ladrillos negruzcos, atacados por años de viento, de lluvia y de luz, le sonreían con unos rostros extraños y feos. Por otro lado, estas paredes de tierra apisonada, más viejas todavía, que se abandonan ante él, con su aire amarillo y cansado, como si esperasen a que Liang les escupa su asco en la cara. La callejuela le parece más corta, más estrecha que de costumbre. Desearía que fuese una de esas minúsculas callejuelas estranguladas como tubos, que no dejan pasar a más de un cuerpo siempre que sea delgado. Quisiera que este callejón fuese más oscuro, más frío, interminable y sinuoso. Le gustaría que el suelo fuera arenoso y difícil, de camino interminable. Liang caminaría por él lentamente, durante largo tiempo, con la espalda curvada, los ojos cerrados y las piernas separadas para conservar el aplomo, la verticalidad. Se sentiría protegido en ese sendero por el que a ninguna persona sensata se le habría ocurrido aventurarse.

«Si al menos hubiera sido imposible salir de ésta callejuela... Si al menos pudiera detenerme aquí, en medio de ésta callejuela protectora...».

Liang mira el poco camino que le queda por recorrer para salir del callejón. Cuenta sus pasos: uno, dos, tres. Seca su nariz con la manga, y la manga contra una nalga. Todavía le queda un paso, después ya habrá salido. Debe girar a la derecha, ir por la orilla del estanque, pasar bajo la puerta cochera. Entonces verá la pequeña ventana de la habitación, tal vez iluminada ya... Luego tendrá que empujar la puerta, franquear el umbral y entrar... eso es todo.

«Ojalá no encuentre a nadie en el camino... Ojalá que no me vean volver a casa...».

Una vez llegado al último ángulo del patio, Liang se detiene para recobrar el aliento. Apoyándose en la pared, abre mucho la boca para hacer el menos ruido posible. Es el último esfuerzo, va a dar este último paso. Ya no puede dudar sobre ese camino infernal que le devuelve a su casa. Para lo mejor y para lo peor, regresa a casa como un perro herido. Sigue pensando aún, instintivamente, en el redil, incluso sabiendo que el hogar está derrumbado, que la familia está destruida, que el jefe ya no estará allí para protegerla...

Un rechinar de la puerta. Alguien ha llegado, detrás de Liang. Ya no puede permanecer allí y reflexiona. Da un paso más. Ya está cerca de la ventana. Para su sorpresa, la ventana está oscura: ni un signo de vela. Liang acelera el paso y llega a la puerta. La empuja. No está cerrada. Entra en la oscuridad e intenta encender.

—¡No! ¡Luz no!

Es la voz ronca de su madre, que viene de un rincón de la habitación.

—Sí, comprendo —dice Liang con un tono apacible, como si no hubiera ocurrido nada—. ¿Cómo? ¿No ha vuelto mi hermana?

No hay respuesta en la oscuridad.

—Voy a buscarla —dice, girando sobre sus talones, contento por encontrar una razón para salir de casa.

—No... —Es Ling, que estalla en sollozos en otro rincón de la habitación.

En esta oscuridad total, agobiante, inundada por un torrente de sollozos y de desamparo, Liang siente que el suelo se inclina.

Antes de ser engullido, sumergido en esta ola de desesperación, Liang va a lanzar un grito, un grito de lobo. Ese grito está aquí, en su garganta. Le basta con menos violencia para que salga ese grito salvaje...

Poco a poco, el llanto de Ling se apacigua, se calma, se hace más regular. Siempre es así cuando la niña pide algo y no lo obtiene. Ya no puede detenerse, llora maquinalmente...

En el fondo de Liang, la necesidad de gritar comienza a atenuarse. Afloja su garganta, aprieta su estómago dolorido. Ahora puede respirar de nuevo. Da algunos pasos, llega hasta el borde de la cama y se sienta allí. Entonces, con la cabeza hundida entre los hombros y los ojos cerrados, se sumerge en el silencio y deja que los segundos se vayan desgranando.

Las mujeres son la carne, pero el hombre es el hueso. Tenemos que ayudar a las mujeres... Liang no ha olvidado la voz del abuelo Liu, profunda, cortada, eternamente enronquecida. A lo que decía se mezclaba siempre un ronroneo de gargajos pegajosos que el anciano nunca conseguía sacar de la garganta.

Liang es un hombre, un hombre de diez años, pero es de todos modos lo que el abuelo Liu llamaba el hueso. Liang mueve su brazo derecho para asegurarse de la existencia del hueso, para comprobar lo que supone un hueso: algo duro, insensible, rígido...

—Si tienes hambre, hay un pan de maíz en el cesto —propone Wang, sin salir de su rincón.

—No, no tengo hambre, de verdad —responde Liang con voz más clara. Yergue la cabeza en la oscuridad. Busca algunas palabras, espera que una frase adecuada le venga a la boca.

—Mamá, ¿sabes?... Siempre tengo la impresión de que en la oscuridad se está más caliente que en la luz.

No hay respuesta, salvo el llanto de Ling que más bien parece una especie de triste gorjeo.

—Mamá, ¿sabes? Anoche soñé que, de repente, en la ciudad... mis compañeros de clase querían hacerme participar... en un... en un partido de ping-pong. Ya sabes que en la ciudad jugaba bien, pero no me gustan los partidos... Ahora, ya no sé jugar al ping-pong, porque aquí no hay mesa para jugar...

—Entonces, ¿no jugaste? —es la pequeña Ling, que ha dejado de lloriquear y que hace esta pregunta con voz de curiosidad.

—No lo sé... Era un sueño.

—¿Qué es un sueño? —pregunta Ling.

—¿Cómo? ¿No sabes lo que es un sueño?

—No, no lo sé... Un sueño...

—El otro día te vi soñar: dormías y movías los labios como si estuvieras comiendo las hojuelas de la abuela... —Liang interrumpe su frase, arrepentido de haber llevado la conversación hacia este tema. Abrevia—: En fin, estabas soñando...

—Pero ¿por qué no me lo dijiste al día siguiente?

—Lo olvidé —responde Liang, que cambia de tono para dirigirse a su madre—: Mamá, ¿quieres que encienda el fuego para hacer un poco de sopa de maíz para ella? Creo que tendrá hambre. Para nosotros, los mayores, no importa...

—¡Pero yo también puedo acostarme sin comer! —grita la niña.

—Entonces... ¡veremos quién es el primero en gritar que tiene hambre!

—¡Sí! —responde Ling triunfalmente.

Los dos niños se acuestan en la oscuridad, muy juntos, sin desnudarse, sin manta.

El silencio lo cubre todo, espesando un poco más las tinieblas.



Liang abre los ojos: otro hermoso día en perspectiva. El primer resplandor del sol se filtra a través de la pequeña ventana, rojo, blanco. Se diría que es una yema de huevo mal cocida, que se alarga, dispuesta a derramarse... Liang mira cómo ese resplandor tembloroso asciende por los cristales de la ventana. El vidrio está sucio. Sobre el camino trazado por el resplandor rojo, aparecen unas capas de polvo en forma de montañas salvajes, de crestas, de obstáculos agudos. Liang se inquieta: las crestas van a partir la yema de huevo. La mira fijamente, cierra la boca y contiene el aliento. Hace esfuerzos para que subsista ese resplandor... Siente que le envuelve una gran pereza. El resplandor avanza demasiado lentamente para que Liang pueda sostenerlo sólo con su aliento. Renuncia a hacerlo, cierra los ojos y respira.

—¡Mamá! —la hermanita se despierta. Liang se sorprende.

—¿Sí? —responde Wang, ya en pie, ocupada en preparar la sopa.

—Hoy no iré a casa de la abuela Song, ¿verdad?

—Desde luego que no.

—Entonces, ¿adónde iré?

—Te quedarás en casa —dice Wang, tras un momento de reflexión.

—De acuerdo... Pero mi gorrito rojo se ha quedado en su casa.

Wang no dice nada. Se ocupa de su trabajo. Liang abre mucho los ojos. Oye que llaman a la puerta:

—Profesora Wang, ¿quiere usted salir un momento?

Liang se sienta y ve que su madre sale. Su hermana y él, conteniendo la respiración, intentan oír algo. Pero la voz es demasiado baja. Sólo perciben unos murmullos.

—¿Oyes, hermano? Han dicho «criticar»... y también «traidor»... ¿Qué quiere decir eso?

—¡Cállate! —gruñe Liang a su hermana. Él no ha oído nada, salvo un «hasta luego» que han intercambiado al final de su conversación.

Wang entra de nuevo en la habitación. Está muy pálida. No dice nada y continúa su trabajo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Liang con un tono de persona mayor, como si tuviese derecho a saber lo que le concierne.

Wang le dirige una mirada furtiva y, casi sin separar sus labios, dice:

—¡Nada!... Levantaos los dos y no salgáis de casa hoy. Yo tengo una reunión... enseguida, y debo redactar un informe.

Wang acaba de preparar el desayuno, lo lleva a la mesa. Luego, sin comer, se instala en una esquina del baúl que le sirve de escritorio.

Liang, sin saber qué hacer, se queda un momento en la cama, mientras Ling se levanta. La niña no consigue abrocharse correctamente la ropa. Siempre se equivoca. Liang se levanta y la ayuda a vestirse.

—Tampoco tú me lo has abrochado bien... —se queja la niña, señalando un botón mal colocado.

Liang no dice nada. No presta ninguna atención a esto. Con el rabillo del ojo, espía lo que escribe su madre. No ve nada. Su madre se da cuenta. Comprende que Liang la está vigilando. Como si tuviese unos ojos en la espalda, cambia de posición, de forma que Liang no pueda ver lo que está escribiendo.

Los dos niños acaban de vestirse, se lavan y se sientan a la mesa. Liang continúa observando a su madre en silencio. Desde su rincón, vuelta de espaldas, Wang no cesa de agitarse. A veces, con un aire pensativo, se queda inmóvil; otras veces, escribe, con una distorsión, algunas líneas que tacha inmediatamente después. Luego vuelve a reflexionar, a escribir y a tachar. Liang cree que va a destruir las hojas que tiene bajo la mano.

—Mamá, si tardas más, la sopa estará fría —dice después de haber buscado una frase adecuada.

—Ya acabo —le responde su madre en un tono apacible.

Animado por ese tono, Liang se atreve a decir:

—¿Qué estás escribiendo, mamá?

Sin responderle, Wang vuelve un poco la cabeza y le mira con el rabillo del ojo. Liang está a punto de caerse de su taburete: el rostro de su madre ha adquirido un color rojo sangre; sus ojos lanzan destellos y sombras; sus labios violáceos tiemblan; sus dientes se entrechocan nerviosamente. Liang nunca la ha visto tan enrojecida. Nunca la ha visto tan nerviosa. Tiene la sensación de que el cuerpo de su madre está cambiando, transformándose, metamorfoseándose... ¡Se va a convertir en una cosa diferente!

—¡Mamá, mamá! —Liang lanza unos gritos agudos como para impedirle que vaya a ahogarse en una marea monstruosa, para retirarla del borde de un abismo y para cortar esos garfios invisibles que la arrastran por un camino infernal.

—¡Mamá, mamá! —grita Ling también, con lágrimas en los ojos.

Wang, que no responde nada, oculta su cara entre las manos y se vuelve hacia la pared.

Desamparados y aterrorizados, los dos niños se callan, sin poder apartar los ojos de la cabeza de su madre, que separa las manos de su cara y mira fijamente ante sí, totalmente inmóvil.

El silencio ha durado casi mil años cuando Wang, con su mano derecha, echa hacia atrás un mechón de sus cabellos.

Al ver ese gesto maternal, humano, Liang siente que se aligera el peso de la piedra que oprime su corazón. Lanzando un suspiro, dice nuevamente:

—Tienes que comer, mamá.

—Sí, ahora comeré —responde Wang con una voz normal, consciente.

Se acerca a la mesa, bebe algunos sorbos de su escudilla y, luego, dice a los dos niños con una voz muy grave:

—Escuchadme bien. Hoy no tenéis que moveros de aquí, ¡absolutamente para nada!

Liang mueve la cabeza en señal de obediencia. Ling pregunta:

—¿Y si quiero hacer pipí?

Es cierto que no hay retrete en la habitación; hay que salir de la escuela para ir a ellos.

—No salgas... —ordena Wang.

La niña ya no se atreve a decir nada.

Después de terminar a toda prisa su desayuno, Wang comienza a arreglar la habitación. Con bruscos gestos, abre el gran baúl, saca de él las ropas de verano y guarda las de invierno; después, dándose cuenta de que es demasiado pronto, de que todavía hace frío, coge los vestidos de invierno y mete en el baúl los que ha sacado hace un momento. Repite dos o tres veces la misma operación, antes de dedicarse a un afanoso registro de la habitación. Empujando a los niños de un lado para otro, se acuclilla para mirar debajo de la cama o se encarama en un taburete para ver lo que hay encima del marco de la puerta. Vacía los cajones, hojea los libros, incluso palpa de un extremo a otro las sábanas, las mantas y hasta la cortinilla sucia, polvorienta, que no ha sido tocada nunca desde que fue colgada ante la ventana, después de su llegada. En un abrir y cerrar de ojos toda la habitación está en completo desorden, como un nido en donde las gallinas acaban de incubar.

—¿Buscas alguna cosa, mamá? —pregunta Liang, satisfecho ante la idea de que, por fortuna, no ha escondido en casa ni discos, ni arcilla, ni historietas dibujadas, ni canicas.

—Nada, nada. ¡Apartaos! —grita Wang.

Mientras Wang hurga en la caja de cartón que contiene los zapatos, oyen una cierta agitación en el patio de la escuela y distinguen los pasos de un hombre que se acerca.

—¿Quieres venir, camarada Wang? —pregunta taimadamente el hombre que está afuera.

Wang, sin decir nada, coge una parte de sus hojas arrugadas y sale con un paso bamboleante.

El silencio reina en la pequeña habitación. Ling, con algunos escrúpulos, comienza a recoger algunos de los objetos amontonados y también los bramantes de sus cabellos canturreando. Liang descubre algunos de los objetos recogidos en la calle, escondidos por él debajo de la cama y luego olvidados: una vasija de barro que el abuelo Liu le había regalado, un cuchillo herrumbroso, una botellita verde... Mira esos objetos que yacen unos sobre otros y que parecen esperar que su antiguo dueño venga a recuperarlos. Una voz interior impulsa a Liang a obrar. El cuchillo, aunque herrumbroso, corta muy bien, y la vasija tiene un aire muy gracioso. Liang va a acercarse a su hermana, que se está probando uno de sus viejos zapatos, cuando oye, en la clase de enfrente, algunos gritos:

—¡Que la hija del traidor deje de disimular!

—¡Que diga lo que lleva oculto en el fondo de sí misma!

Liang se vuelve bruscamente hacia la puerta y tira de la manilla.

—¡Hermano! Mamá no nos deja salir hoy —recuerda Ling débilmente, con el pie izquierdo introducido en su hallazgo. Ella también ha oído los gritos.

Liang suelta la manilla y se queda delante de la puerta, cuyos cristales están demasiado altos para que pueda mirar lo que ocurre fuera. Escucha, pero sólo se oye el silencio. Trata de comprender lo que está pasando.

De pronto, tiene una idea. Se precipita hacia el gran baúl, recoge el resto de las hojas que Wang ha escrito hace un momento y lee:

«Yo nunca vi a mi padre. Se fue al ejército cuando yo apenas tenía tres meses. Por consiguiente, no puedo saber lo que hizo en el ejército... Después de la Liberación, nunca tuve noticias de él, ni siquiera el menor signo de vida...».

«¿Es verdad esto? ¿Y la foto?», se pregunta Liang, que continúa leyendo la segunda hoja:

«Nací en una familia de grandes propietarios rurales, de la clase de los explotadores. Aunque nunca vi a mi madre ni a mi padre, ni a mi abuelo, que era el antiguo amo de la región, imagino su cabeza malvada, la de las gentes

que viven de la explotación del pueblo. Y ahora, gracias a las masas revolucionarias, me doy perfecta cuenta de que, bien educada por el Partido Comunista y habiendo crecido en el seno de la sociedad nueva, salgo de la carne y la sangre de los explotadores...».

Al leer esto, Liang comienza a temblar. Contiene el aliento para leer la tercera hoja:

«Como hija de explotadores, y habiendo descuidado la reeducación que habría debido recibir por parte de las masas revolucionarias, no he podido convertirme en miembro de la gran familia de la Revolución ni he podido ejercer una buena influencia sobre el trabajo de mi marido...».

Todas las páginas están escritas y tachadas de la misma manera.

Liang tiembla. Nunca habría podido imaginar que su madre, tan revolucionaria, pudiese escribir unas frases como éstas. Ya no comprende nada. Como en un relámpago, las frases que ha oído en boca de su madre, los actos de los que ha sido testigo, pasan de nuevo ante él. Debe leerlo otra vez para creer lo que tiene ante los ojos. Se siente destrozado. «El hijo de un general es siempre un general». «Tu abuelo era un héroe de la Revolución». «¡No hay que hablar de eso, olvida esa foto!». «Tu abuelo y sus camaradas fundaron un nuevo régimen». «Su mente de explotadores, de la carne y la sangre de la clase...». En un silbido, estas frases giran en la cabeza de Liang. Cae sobre el borde de la cama. Las hojas se desparraman por el suelo.

—Hermano, ¿qué hay escrito ahí?

—¡Nada, un informe! —dice Liang mordiéndose los labios.

Ling mira a su hermano con sus ojos brillantes y aterciopelados, como si se esforzara en creerle. La niña da vueltas y vueltas a la hoja, pronunciando algunas palabras que aprendió en la guardería de la ciudad: «Yo, él, tú...». Y para acabar, comienza a plegar el papel: «Voy a hacer un barco...».

Se oyen unos gritos:

«¡La única salida es rendirse por completo!»

«¡Indulgencia para la apertura total del corazón!»

«¡Severo castigo para la reticencia con la Revolución!»

Liang no puede mantenerse aquí. Da tres vueltas por la habitación y, empujado por una imperiosa fuerza, se precipita hacia la puerta.

—¡Hermano! —grita Ling detrás de él.

Liang abre del todo la puerta y corre hacia la clase de enfrente. A través de los cristales, ve innumerables cabezas, de hombres y de mujeres que, con gran agitación, se encrespan en la sala como una ola negra.

Liang llega, llevado por unas piernas que ya apenas le obedecen, delante de la clase. Para ver mejor, se encarama a la altura de los primeros cristales y descubre a su madre, despeinada, en medio de la muchedumbre. Baja la cabeza, explica con una voz cascada:

—Os ruego que me creáis, queridos camaradas. Yo no puedo saber lo que hizo mi padre en el Ejército rojo. Era demasiado pequeña...

—¡Mentira! —corta una voz seca—. ¿Cómo podemos creer que una muchacha no haya conservado ningún recuerdo de la vida de su padre?

Wang duda y prosigue:

—Es verdad. No he conservado nada de él. Solamente recuerdo que mi abuela, con la que pasé mi infancia, me decía cada vez que le hacía una pregunta sobre mi padre: «Se fue a luchar contra los invasores japoneses y ahora es general del Ejército rojo». Y eso es lo que he creído hasta ahora.

—¡Eso es ridículo!

Otro hombre se levanta y toma la palabra:

—Un hijo de propietario rural, un repugnante intelectual de los explotadores. Sólo podía ser enemigo del Ejército rojo. ¿Cómo se puede creer una mentira como ésta?

Wang se calla. Una muchacha de esta escuela, a la que Liang conoce, coge los cabellos de Wang y la sacude violentamente antes de comenzar su acusación.

—¡Wang Chu Hua! ¡Te he dicho que dejes de disimular! Nosotros somos soldados armados del pensamiento de Mao Ze Dong. Tenemos los ojos claros como la nieve. Tu abuelo era un gran propietario rural, había explotado hasta la muerte a los campesinos de la región. Tu padre, fingiendo ayudar a la Revolución, no hacía más que perder al Ejército rojo. Y tú, ocultando como una bomba de retardo pegada al poder del Partido, ¿qué has hecho para influir a Li Xian Yang en sus hechos contrarrevolucionarios? Todo esto es un complot, generación tras generación, de la clase enemiga. Sólo tienes que decir todo lo que has ocultado en el fondo de ti misma para pedir gracia...

Liang siente como si le apuñalasen el corazón.

—Hermano, ¿qué haces aquí afuera? —pregunta Ling con su voz frágil.

Asiendo la mano de Liang con las suyas, trata de subir también para mirar. Liang mira a la chiquilla sucia y débil, y no sabe qué decir.

—¿Está mamá en la clase?

—¡No! —grita de repente Liang, salvajemente, como un animal herido, feroz. Riñe a la pequeña—: ¿Por qué has salido de la habitación?

—Quiero... quiero hacer pipí...

Y comienza a llorar.

—¡Vete! —grita aún Liang. Con un gesto brusco, se suelta de la mano de su hermana y corre hacia los campos.



Corre, corre. Va a correr miles y miles de kilómetros, atravesar esos campos de sorgo y de maíz, franquear montañas y mares, y pasar de este mundo a otro, del infierno al paraíso o al contrario...

Corre para llegar a ese lugar oculto, sin ruido ni alma viviente, en donde no crece nada. La hierba no hace más que aparecer: amarillenta, fina y débil. Con un salto de liebre, Liang se arroja sobre ese suelo virgen, como en un mar que le recibe con dureza. Para vengarse, Liang comienza a golpear la tierra con sus puños, con sus pies, con su cabeza y con sus codos. Golpea, escupe, muerde para descargar su terror, su cólera y su odio.

Agotado y sin aliento, se echa en el suelo y se estira, abandonando sus miembros, su cuerpo y, dentro de lo posible, el alma, a esta tierra amarilla y eternamente polvorienta que, con su pecho ancho y sólido, con su movimiento lento e inmenso, ha soportado todos sus golpes, sus insultos y sus escupitajos... Ahora, con su espalda y con su alma, le refresca, le calienta, acaricia sus heridas y absorbe su odio.

Liang se estira, con la cara al sol y la espalda contra el suelo. Inerte, cubierto de polvo, respira con toda la boca, a pleno pulmón. Yace allí, mirando al sol con los ojos abiertos, escuchando el silencio, los oídos al acecho y olfateando el aire sin olor con las ventanas de la nariz dilatadas.

Tiene la sensación de que el tiempo ya no pasa, de que los segundos, entorpecidos por el terror y por la cólera, se amontonan detrás de su cuerpo, al que van a ahogar dentro de poco. Liang tendría que darse la vuelta una y otra vez para que pasasen al menos uno detrás de otro, llevándose una parte de su cólera y de su odio... Pero no puede; sus miembros se rebelan y no escuchan ya sus órdenes. Su cerebro, paralizado por el terror, ya no formula órdenes. Los segundos, acumulados en minutos, en horas o en un tiempo de marea crecida, vienen a sumergirle, a asfixiarle. Liang se debate sobre esa línea de muerte. Se esfuerza en respirar; con la boca muy abierta, aspira un trago de segundos y los expulsa con un gran empujón del aliento.

El sol, atraído ininterrumpidamente por los resuellos forzados de Liang, este niño tendido tan solo sobre esta tierra desierta, se desprende poco a poco del cielo nuboso y emprende la otra mitad del camino, la más penosa.

Si al menos pudiera ser otro y no el que era, si no hubiese tenido a Li Xian Yang como padre y a Wang Chu Hua como madre, ¿cuál habría sido la situación y qué habría sido su vida? Si su madre hubiese nacido en una familia pobre, y su abuelo no hubiese muerto en la Revolución, si su madre se hubiese casado con otro hombre que no hubiera sido prefecto, ¿qué habría sido Liang? Y si, por el contrario, su padre, de origen pobre, y de origen rojo, no se hubiese casado con la hija de un propietario rural, ¿se habría librado de esa tentación capitalista? En esos casos, ¿dónde estaría Liang? Tal vez no se llamaría Li Liang. Habría sido otro cuerpo, la mitad de lo que era ahora, y la otra mitad... Ser la mitad de uno mismo, extraña sensación... Compartamos el cuerpo de Tian o de Zhang Ta Shu. Entonces tendría los cabellos amarillentos, una nariz aplastada y dos regueros de mocos, que aspiraría sin cesar ruidosamente... Sería tranquilo. Con aire desenvuelto, y las manos profundamente metidas en las mangas, miraría de lejos este movimiento revolucionario, iría a hablar a Cabeza Rapada o a Cara Blanca, con tono burlón, de ese pobre muchacho que se llama Li Liang y que se cree un futuro general, un héroe de la Revolución, pero que no es más que un niño mal nacido, fruto de un complot preparado contra el Partido Comunista.

«¡Pero no! ¡Eso no es verdad!». ¿Qué es lo que es falso? ¿Qué es lo que no es verdad?

Liang ya no sabe nada. Está perdido, como su cabeza, donde esas ideas descabelladas, pegándose las unas a las otras, a diestro y siniestro, forman otras, más descabelladas aún, de manera que... que ya no tiene ninguna idea.

Está vacío. Su cabeza ya no tiene cerebro, sus miembros carecen de huesos y de carne, y sus ojos de pupilas...

Su estómago, por el contrario, está lleno de pesadez: tiene hambre.

Liang vuelve la cabeza y ve unas gavillas de trigo que, barridas por el viento, inclinan hacia él sus mil cabezas, con un gesto respetuoso y sonriente, como si le rogasen que no las comiese. Liang traga un poco de saliva y ríe. Con un movimiento maligno, arranca una espiga, se la lleva a la boca y la mastica con odio.

—¡Eh, Liang! ¡Estoy aquí! —grita una voz. Es Tian, que ha venido no se sabe cuándo—. Estoy aquí.

Liang le mira sin responderle y continúa comiendo trigo.

—Te he traído una batata —dice Tian mostrándole un paquete hecho con un trapo sucio.

Se mantiene alejado, no se atreve a acercarse. Liang escupe las hierbas semimasticadas y mira el paquete sin decir una palabra.

—Aquí está... —Desde su sitio, Tian balancea el pequeño paquete.

—Dame —dice al fin Liang. Abandonándose, con la cabeza en el suelo, siente una debilidad vertiginosa.

Tian corre hasta él, se arrodilla a su lado, desenvuelve el trapo y tiende la batata a su amigo. Liang la coge y la come ávidamente.

—La abuela me ha pedido que te la traiga.

Liang sigue sin decir nada y no hace más que comer. En dos o tres bocados, ha terminado.

Tian le mira un instante y le pregunta:

—¿No vuelves a casa?

—No, no vuelvo a mi casa.

—¿A mi casa, entonces?

—¡No! —responde Liang secamente, mirando al sol.

—¿Esperamos a que sea de noche? —dice Tian sentándose en el suelo.

Sin esperar la respuesta, Tian comienza, también, a mirar el sol.

—¿Quieres que te cuente una historia, Liang? —dice al cabo de un largo rato.

—Como tú quieras...

Tian dobla sus piernas debajo de sus nalgas, se balancea como un viejo y luego comenta:

—Mira el sol. Allí donde va a ponerse, existe una cantidad de oro. Por eso brilla. Antiguamente, había dos hermanos que vivían en esta región. El mayor era muy rico, porque había cogido la mejor tierra en el momento de la herencia. Le había dado a su hermano menor un pedazo de tierra pobre, que no producía casi nada, a pesar del duro trabajo del muchacho.

»Aquel año, como de costumbre, los dos hermanos habían sembrado sus campos. El mayor había sembrado maíz, que había producido mucho. Como el campo del hermano menor era pobre, sólo pudo cultivar sorgo, un grano que crece en el desierto. Pero en el otoño, sólo quedaba en el campo una espiga, muy grande, muy roja, cuyos granos eran casi tan gruesos como los de la soja.

»El muchacho iba todos los días a mirar aquella espiga y esperaba con impaciencia la cosecha. El día anterior a la siega, ¡la espiga había desaparecido! El hermano menor lloró, muy triste, durante tres días. Lloró tanto, que el águila que había comido el sorgo se sintió culpable. Se acercó al lloroso muchacho y le dijo:

»—Muchacho, ¡he sido yo quien ha comido tu sorgo porque era muy bonito!

»El joven dijo al águila;

»—Muy bonito, es verdad, pero ¿no comprendes que era la única espiga de este campo y mi única cosecha del año? Ya no sé cómo vivir, no tengo alimentos.

»El águila, asombrada, le preguntó por qué tenía un solo campo y por qué era tan pobre. El muchacho le contó la historia de su familia. El águila se enfadó con el hermano mayor y sintió piedad por su víctima. Entonces, decidió ayudarlo.

»—Allí donde se pone el sol hay mucho oro y unos tesoros. Súbete a mi espalda. Trataré de llevarte hasta allí. Tendrás muy poco tiempo. Cuando el sol llegue a su nido, nos abasaremos si no hemos dejado a tiempo aquel lugar.

»—De acuerdo —dijo el muchacho.

»Subió sobre el águila, que voló desde el alba. Llegaron poco antes de la puesta del sol. El muchacho descubrió una montaña de oro. Descendió del lomo del águila y sólo cogió un pedazo. El águila le preguntó por qué había cogido tan poco. Él respondió sencillamente:

»—Con esto me basta.

»El muchacho regresó al pueblo con su oro. Lo cambió por abundantes cereales y por un trozo de buena tierra. Después, vivió feliz cultivando su parcela.

»Durante ese tiempo, el hermano mayor estaba asombrado por la nueva prosperidad del hermano menor. Le preguntó de dónde procedía su oro. El confiado muchacho le contó su historia con el águila. Aquello le produjo mucha envidia al mayor. Al año siguiente, en lugar de sembrar maíz en sus tierras buenas, sembró sorgo que, a la inversa del año anterior en el campo de su hermano, creció de una manera espléndida. Pero, para encontrarse en la misma situación que su hermano, cortó todos los tallos salvo uno solo, que tenía una gran espiga. Cada día iba a vigilarlo y esperaba la llegada del águila. Esta última llegó al fin y se comió la bonita espiga. Entonces, el hombre lloró durante tres días y, compadecido, el águila voló hacia él. El hermano mayor se lamentó de la misma manera que el menor. Y el águila le propuso conducirlo al país del oro y del sol.

»Ya en el sitio, el hermano mayor, deslumbrado por la cantidad de oro, no acababa de recogerlo.

»Llegó el sol. El águila le gritó:

—Pronto, vayámonos si no queremos abasarnos.

»—Aún tengo tiempo de coger otro trozo —dijo el campesino ávidamente.

»El águila reemprendió su vuelo, y él murió abrasado.

Tian acaba su historia y espera la reacción de su amigo.

—Es estúpido —dice Liang, todavía muy sombrío.

Tian no comprende muy bien ese comentario y considera preferible callarse.

El sol, velado como un ojo que ha llorado demasiado, se pone lentamente. ¿Es verdad que hay mucho oro y tesoros en ese país? ¿Es verdad que se puede volar hasta allí con el águila? Y si él llega alguna vez delante de esa montaña de oro, ¿cuántos trozos cogerá? ¿Qué hará con todo el dinero?

Liang no tiene ganas de hacer esas preguntas, ni siquiera de hablar. Aunque las palabras se manifiesten en su mente como una provocación, no aprovecha el desafío y espera a la noche.



Al fin llega esa oscuridad aterciopelada. Los dos niños se escurren sigilosamente en el pueblo y penetran en la casa de Tian.

La abuela, tras la muerte de su marido, se ha vuelto charlatana. Ha adquirido la costumbre del abuelo Liu, incluido aquel carraspeo ronroneante en el fondo de la garganta, como si el viejo no hubiese acabado su vida y se la hubiese dejado a su mujer, o como si su mujer, para alcanzarla, estuviera obligada a pasar por el camino que su marido había trazado cuando estaba vivo.

Liang no ha entrado todavía en la habitación cuando ya puede oír su estribillo:

—¡Qué época! ¡Qué época!... ¡El jefe no parece un jefe! Y los pies se mueven de cualquier manera...

—¡Ya vienen!, ¡a la mesa! —dice la madre de Tian.

Liang y Tian se sientan en la gran cama de tierra apisonada. Como el abuelo ha muerto y Liu está ausente, Tian, único hombre de la casa, ocupa el lugar del jefe, en el centro de la mesa, y la colocación de la noche empieza. Todo el mundo come en silencio, excepto la abuela, que continúa con su parloteo.

—¡Desastroso! ¡Es desastroso! Esa muchacha Song se ha atrevido a pegar al prefecto... ¡Oh, oh!... Desastroso. Los Song no eran originarios de nuestro pueblo. Sólo lo éramos los Liu... Sabed que los Liu han originado las dinastías Han. Sólo había glorias en aquella época. Los emperadores Liu son conocidos por su lealtad y su honradez... Los Liu también han dado las dinastías de Tang, que vienen detrás de nosotros. Fue la época más próspera de nuestro imperio. Entonces hicimos todas las invenciones... La brújula, la pólvora, el papel y la imprenta, sin hablar de la seda, la danza y toda una cultura... Los franceses, que vinieron a construir esta iglesia tan bella, no eran más que bárbaros en aquella época... Después vino la época Song, una podredumbre total. Los emperadores Song eran unos cerdos. No distinguían a los buenos de los malos y perdieron el Celeste Imperio, que cayó en manos de los mongoles...

»No me sorprende que esa muchacha Song se comportase así, es propio de su familia... Después de su abuelo, llegaron aquí y ya no hemos vivido más que plagas...

»Has de saber, mi futuro prefecto, que desde nuestros antepasados, nosotros enterramos a nuestros muertos siguiendo el principio de la sucesión de las generaciones: el padre está delante de los hijos. Cada cual a su tiempo, nada de desorden. Pero la familia Song lo hace de otro modo: entierran según la fecha de la muerte. Si el hijo muere antes que el padre, tendrá el lugar de preferencia... A largo plazo, el desorden es total. Ya no se sabe cuál es el abuelo y cuáles son los nietos. En el momento de las fiestas, cuando van a quemar delante de las tumbas los billetes de banco de “Yin” para los muertos, se equivocan.

»Es desastroso...

Liang mira a la abuela con ojos agradecidos. Quiere darle las gracias por ser tan fiel a su actitud y por continuar tratándole de la misma manera. Pero prefiere callar y ahorrarse un pesar suplementario: no quiere hurgar la herida con el hierro. Tian, para sacarle de su tristeza, le dice a su abuela:

—Abuela, todavía nos debes la mitad de una historia.

—¿Cómo? —A la abuela le cuesta detenerse. Guiña los ojos, descontenta.

—¡Sí, la historia del bueno y del malo! —dice Liang.

La vieja se aclara un poco la garganta, guiña otra vez sus párpados secos y arrugados, y parece buscar algo muy lejos, en el fondo de su memoria.

—Sí, sí... Ya me acuerdo... Tu padre nos interrumpió, ¿verdad? —Un resplandor brilla en los ojos de la abuela—. Es verdad, os debo esa historia. Ahora comprendo por qué, en mis sueños, estoy siempre contándola...

Acabada la cena, los dos niños se acercan a la lámpara de aceite para escuchar a la abuela.

—¿En dónde quedamos la otra vez? —pregunta ésta.

—El muchacho pobre ha sacado los ojos a su amigo —dice Tian.

—Bien. El muchacho pobre convertido en rico saca los ojos de su amigo y parte solo para Pekín. Como tiene un caballo y mucho dinero, llega enseguida a la capital. Participa en el concurso y gana el primer puesto. Siguiendo la costumbre, se casa con la hija del emperador y se convierte en primer ministro.

»El hombre ciego no puede llegar a Pekín para el concurso y se convierte en un mendigo a punto de morir de hambre. Por temor de apenar a sus padres, no se atreve a regresar a casa. Vagabundea por los campos y vive en medio de las tumbas, bajo un árbol. Durante el día pide en los pueblos y por

la noche duerme en ese lugar. Hay muchos pájaros en su árbol. Decidido a hacer el bien, alimenta cada día a los pájaros. Los pájaros son cada vez más numerosos. Comienza a aprender su lenguaje y acaba entendiéndolos. Un día, oye una conversación entre dos de ellos:

»—¿Sabes que al pie de este árbol hay un pozo? —dice un búho, que puede ver todo lo que hay bajo tierra.

»—Sí, lo sé mejor que tú —dice un ruiseñor, que es el pájaro más orgulloso—. Y sé también que en el pozo hay una goma que devuelve la vista a los ciegos y una auténtica amapola. El que ofrezca esa amapola al emperador podrá casarse con su hija preferida y reemplazar al primer ministro...

»El hombre pobre, animado por esta noticia, comienza a cavar. Cava día y noche, a pesar de sus dedos magullados, de su frente sangrante y de su cuerpo hambriento.

»Al cabo de innumerables jornadas, acaba encontrando el pozo, y descubre la goma misteriosa y la auténtica amapola...

La abuela se detiene en medio de su historia. Parece adormilada. De su boca entreabierta, ya no salen frases, sino un ronquido. Los dos niños también sienten que el sueño les vence. Ya es noche avanzada. La lámpara vacila.

—Tenéis que acostaros —dice la madre de Tian.

—Yo no quiero volver a mi casa —dice Liang a su amigo.

—Entonces duerme conmigo —dice Tian.

Pero no ha terminado aún su frase cuando las dos mujeres, la vieja y la joven, se sobresaltan y se escandalizan.

—¿Cómo? ¡Pasar la noche fuera cuando se tiene a la madre en casa y bien cerca es un pecado! —grita la abuela Liu.

—No, eso no está bien —dice la mujer joven—. Tienes que volver a casa. Si no, mañana lo sabrá todo el pueblo.

—No quiero ver a mi madre —dice Liang.

Ante estas palabras, la abuela Liu se estremece. Y monta en cólera. Parece querer decir algo, pero, de pronto, un temblor de todo su cuerpo la estrangula. Liang le palmea la espalda, su madre le acaricia el cuello y Tian sostiene una pequeña palangana bajo su boca para que la vieja eche su gargajo. La vieja consigue al fin pronunciar un proverbio.

—El perro no se queja nunca de la pobreza de su familia, ni el hijo de la fealdad de su madre.

Esta frase, pronunciada por la abuela, es un penoso desfile de sílabas indistintas.

Ahogada por cada jadeo, entrecortada por dos escupitajos, no parece salir de su boca, sino venir de muy lejos, de muy hondo. Se diría que no es ella la que quiere decir esas palabras, sino que el proverbio sale solo, a pesar de sus dificultades.

«El perro no se queja nunca de la pobreza de su familia, ni el hijo de la fealdad de su madre».

Liang, acompañado de su fiel amigo, protegido por la noche, vuelve al camino de su casa, de su familia.

三十三

Delante de la puerta, Liang ha esperado que los pasos de Tian se alejen para entrar en la habitación.

—¡Mamá! Ya estoy aquí —dice Liang franqueando el umbral.

—Mamá no está en casa.

Ante su sorpresa, la que responde es su hermana, con una voz serena, casi maternal. Acostada bajo su pequeña manta, levanta un poco la cabeza para hablar con su hermano.

—¿Cómo? ¿Es que no ha vuelto? —pregunta Liang.

—Sí, volvió antes de mediodía —dice la niña. Aún parece ignorar lo que pasó por la mañana, y habla con su boquita roja, que parece un minúsculo melocotón—: Has hecho mal, hermano. No has obedecido las órdenes de las personas mayores. Mamá y yo hemos hecho una buena comida esta tarde.

—¿Mamá no me ha buscado?

—Sí, me preguntó que adonde habías ido. Le dije que habías salido corriendo. Entonces me preguntó lo que habías hecho antes...

—¿Y qué?

—Entonces le dije lo que habías hecho.

Liang se calla. Su madre debe de saber que él está enterado de lo que le sucede. Las hojas que ha leído por la mañana están ordenadas.

—¿Dónde está mamá?

—Ha ido a la sala de cría. Tiene que dar de comer a los gusanos de seda. A partir de ahora, mamá se ocupará de esos gusanos. Ya no dará más lecciones.

—¿Por qué no has ido con ella?

—Los gusanos me dan miedo. Por eso me he quedado en casa.

La sala de cría se encuentra cerca de la escuela. Liang se vuelve hacia la puerta, pero su hermana le hace detenerse.

—Hermano, ¿quieres quedarte conmigo?

Liang la mira. Totalmente sola en la gran cama, acurrucada bajo la manta sucia y ligera, su cuerpo parece minúsculo. Podría decirse que no es más que un frágil gusano de seda. Ling le mira también, con unos ojos temblorosos e

implorantes, y tiende hacia él sus labios quejumbrosos. Es su hermana, un cuerpo llegado seis años después que él, desde las mismas fuentes, desde la misma carne, desde la misma sangre. Liang recuerda escenas que han vivido juntos o entre ellos. Nunca ha sido amable con ella, sino más bien negligente, brusco y falso. Nunca la ha querido. Impulsado por los remordimientos, Liang recuerda el día en que su hermana nació. Era una noche de lluvia, después de la cena. Su madre gritaba que le dolía el vientre. Su padre había ido en busca de la comadrona. Cuando ésta llegó, su padre y él fueron excluidos de la habitación. Largo rato después, oyeron un llanto. Liang, asombrado, exclamó:

—Mira, llora una muñeca.

—Es tu hermana —le dijo su padre con una voz extraña.

Fue entonces cuando comprendió que ahora tenía una hermana. En los días que siguieron, se mostró muy contento, encantado por aquella nueva presencia. Comía con su madre los huevos y los dulces que los vecinos les traían, y se quedaba todos los días en casa al lado de ella, atareado alrededor de aquel bebé que siempre lloraba.

«Es mi hermana. Yo le enseñaré a leer las palabras que sé y jugaré con ella cuando sea mayor», decía besando, al mismo tiempo que su madre, aquellas pequeñas mejillas, tiernas como caquis bien maduros.

Más adelante, al ver que sus padres se ocupaban más de ella que de él, al comprobar que era ella quien tenía la prioridad, cambió de actitud hacia la niña. Había olvidado todo lo que había dicho sobre su cuna. Comenzó a detestarla, y siempre trataba de desembarazarse de ella.

—Hermano, ¿no te cansas de estar siempre de pie? Ven a sentarte en la cama —dice Ling.

—De acuerdo.

Liang da algunos pasos hacia ella. Se sienta en el borde de la cama, cerca de su cabeza. La niña también es muy consciente de la actitud de su hermano. Sabe que no la quiere y que se muestra complaciente sobre todo cuando los padres están fuera.

—¿Qué es todo esto?

Liang advierte que debajo de la manta hay una serie de objetos.

—Son mis amigos —dice entonces, radiante, la niña—. Hace un rato jugaba con ellos al papá y la mamá. ¿Ves este zapato? Es un muchacho. Y estos calcetines son unos niños. Y yo soy la mamá. Con esos tornillos quiero hacer una casa. El muchacho, que es su hermano, siempre quiere salir, no le gusta jugar con la hermana, y entonces yo le riño...

Liang no dice nada. Escucha silenciosamente. En un gesto inconsciente, hunde su mano por debajo de la manta y comienza a acariciarle la espalda. Muy sorprendido, Liang se da cuenta de que su cuerpo está muy delgado, de que sus pequeñas costillas se marcan audazmente bajo su lisa piel. Liang siente que un calor súbito le sube a la garganta.

Ling deja de contar su historia y le mira con ojos inocentes.

—¿Sabes, hermano? Dicen que papá podrá venir a comer desde mañana.

—¿Quién dice eso? —interroga Liang con una voz brusca. De un brinco, salta al suelo, dispuesto a gritar mientras corre.

—Ha sido un hombre. Vino a avisarnos —dice Ling, que ahora está atemorizada.

—¿Lo sabe mamá?

—No, el hombre vino después de salir mamá. Pero le prometí que yo se lo diría.

—¡Espérame un instante! —grita Liang a su hermana. En un violento impulso, sale de la habitación y se dirige corriendo hacia la sala de cría.

Cuando llega, ve a través de los cristales que su madre, completamente sola, inclinada sobre las mesas cubiertas de esteras, está distribuyendo las hojas que los alumnos han recogido durante el día.

—¡Mamá! —grita Liang.

Pero Liang ha gritado en el interior de sí mismo. El grito ha subido, a través de su cuerpo, hasta su garganta. Y allí, ahogado, no ha podido salir. Y sólo después de ese grito no llegado a su boca es cuando Liang se da cuenta de que algo ha cambiado. Ese grito de «mamá» tan común, esa llamada tan banal de los niños, portadora de ternura, de amor y de todos los sentimientos que experimenta un hijo por su madre, ya no le sale con la misma sencillez. Tiene la impresión de que esa llamada se ha disociado. Ya no puede lanzarla sin darse cuenta de lo que el grito lleva en sí, como si ese arco, ese puente tendido hacia su madre se hubiera vuelto más difícil, más arduo, más complicado.

Sin hacer ningún ruido, se desliza entre los dos batientes de la puerta y se sitúa detrás de su madre.

Wang continúa atareada encima de esas numerosas esteras, sobre las cuales hormiguean miles de gusanos de seda. Tiene que llevar un cubo de agua en la mano izquierda y, con la otra, coger unas hojas de ricino, remojarlas, lavarlas en el agua y ponerlas después sobre las esteras. De vez en cuando se detiene un momento, pero enseguida tiene que empezar de nuevo, porque los gusanos comen muy deprisa. Si no, habría algunos demasiado

alimentados y otros que se quedarían hambrientos, lo cual sería malo para la seda.

Liang no puede permanecer mucho tiempo inmóvil. Da algunos pasos detrás de su madre y, siempre silencioso, toma el cubo de agua de su mano. Ésta le deja hacer, sin volverse, pero dice con una voz apacible.

—Ya has vuelto. Muy bien. ¿Has comido en casa de Tian?

—Sí... —responde Liang un poco embarazado.

—Bueno —dice Wang, tras un breve silencio—. ¿Así que has leído lo que escribí esta mañana y has oído lo que se dijo en la sala de reunión?

Liang no responde. Levanta un poco el cubo para que esté el alcance de su madre. Mientras remoja las hojas en el agua, Wang continúa:

—Ahora tengo que ponerte al corriente de lo que nos sucede. Tu hermana es demasiado pequeña y no hay que envenenarle la vida. Pero, puesto que lo has leído, será mejor que lo sepas todo.

Liang ya no puede moverse. Con el cubo en las manos, y el corazón palpitante de temor y de curiosidad, se queda petrificado delante de su madre.

—Se han encontrado recientemente nuevos documentos en los archivos del Ejército rojo. Tu abuelo, general con el presidente Mao, no murió en combate. No le mató el enemigo, sino que lo enterraron vivo sus camaradas por una orden llegada desde arriba. En aquella época, el Partido Comunista chino estaba dirigido por el de la Unión Soviética y, por consiguiente, por Stalin, su máximo dirigente. Fue durante las grandes purgas en el interior del Partido... Entonces acusaron a tu abuelo de ser un traidor, cómplice del enemigo...

Liang siente que la cabeza le da vueltas y, desprovisto de fuerzas, va a dejar caer el cubo de agua y con él...

—¡Hay que ser fuerte, Liang! —le dice su madre, en un tono majestuoso—. Muy fuerte. De todas maneras, tu abuelo era general; revolucionario o no, es demasiado pronto para decirlo. Pero, para nosotros, descendientes de un general, el viejo proverbio dice: «Un camello muerto de hambre siempre es más grande que un caballo vivo». Debemos mantenernos firmes. Sigamos fieles al Partido y al presidente Mao, y ya veremos.

«Sí, ¡ya veremos!». Esas palabras resuenan en el cerebro de Liang, que se siente muy fuerte, con una fuerza venida de lo alto, de muy lejos, tal vez del abuelo «traidor». Levanta el cubo de agua y mueve la cabeza.

—Mamá, he venido a decirte que, desde mañana, papá podrá venir a comer a casa.

Liang ve un relámpago en los ojos de su madre. Ésta se detiene, se inmoviliza, con las manos suspendidas sobre la jofaina de esmalte en donde está amasando la harina. Es como un pequeño escarabajo negro que se inmovilizara, de pronto, en su marcha, al borde de la caída, antes de levantar el vuelo: las antenas echadas hacia atrás, los élitros apretados. De sus palmas abiertas resbalan unas migajas de harina mojada que caen en la jofaina.

Liang también contiene la respiración: no puede apartar la mirada de las manos de su madre. Sólo la pequeña Ling, que come su pan de maíz, con la boca abierta llena de miga mal masticada, se precipita hacia la ventana. Puesta de puntillas, levanta la cabeza a la altura del primer cristal y mira en la oscuridad, con los ojos muy abiertos.

Ni un ruido; nada, ni un ruido; más bien un ritmo un poco más pesado en el gemido del agua sobre el fuego, un languidecimiento en el grito del agua hirviente, un gruñido más sordo en las llamas azules que lamen el carbón. Pero no son sus oídos los que oyen, es en su cuerpo entero donde resuena, con el latido más profundo de su corazón, un súbito ruido venido de la noche, de afuera.

Un ruido de pasos.

—¡Es papá! —grita Ling. Arrojando su pan al suelo, corre hacia la puerta.

Seguramente es el paso de su padre, más firme, más decidido que cualquier otro. Liang puede taponarse los oídos, pero los pasos resuenan dentro de él, como antes, cuando su padre volvía, muy tarde, de las reuniones del Partido, trayendo a casa la seguridad y el sueño, ese sueño que, acurrucado contra la pared que da a los campos, espera Liang cada noche vanamente.

Los pasos están ahí, muy cerca, delante de la puerta. La puerta va a abrirse. Pero no, hoy los pasos se debilitan, se hacen más lentos, como asaltados por la duda en el momento de franquear el umbral.

Ling ha cogido ya el picaporte y tira de él con todas sus fuerzas. Wang se levanta y vuelve la cabeza para mirar a su marido que entra. Liang es el único que no se mueve. Tendría que haber seguido el ejemplo de su hermana, precipitarse hacia la puerta y abrirla gritando: «¡Papá, papá!»; pero no se

mueve. Como hace un momento, cuando oía que se acercaban los pasos de su padre, Liang descubre algo anormal en el hombre que llega: sigue siendo su padre, pero ya no es el que dirigía la región ni el que había despertado en su hijo el amor al Partido; porque, en él, el amor de su padre se confundía con un amor mucho más grande: el del Partido, cuyo único representante era su padre. Ahora, todo ha cambiado. Él ya no es el jefe, sino un «contrarrevolucionario», un «anti-Partido», un «mal elemento». Por culpa de él no han podido ser aplicadas correctamente las directrices del Partido. Por culpa de él, el enemigo del comunismo, la religión, no ha podido ser destruido y el revisionismo empuja a la Revolución y a todo el Partido hacia la miseria. ¿Cómo podría Liang gritar esa palabra, «¡papá!», con el cariño que siente desde que nació, por el que hoy, en la escuela, en la clase de moral, es denunciado por el representante del Partido como un traidor al que hay que odiar?

Liang se estremece. Li está ahí, delante de la puerta. No ha cambiado. Sólo sus ojos son un poco más grandes y su cuello un poco más largo, con una nuca que sobresale, dura y delgada, con movimientos desordenados. Coge en sus brazos a la niña que se ha arrojado sobre él, la besa en la mejilla y se vuelve hacia Wang: «¿Nos has preparado algo bueno esta noche?». Mira a su mujer sonriendo, como si hubiese salido de casa esta misma mañana.

—Como... como todas las noches... —responde Wang con una voz frágil, que tiembla un poco, mientras la harina cae de sus manos al suelo.

—Y tú, pequeño, ¿no ayudas a mamá a cocinar? —echa una breve mirada hacia Liang, deja a la niña en el suelo y comienza a ayudar a la madre en sus preparativos.

Liang siente un golpe en el estómago. Una palabra invisible se atraviesa en su garganta y no deja pasar esa otra palabra: «papá». En la breve mirada de su padre ya no hay aquella luz en la que él encontraba la fuerza y la confianza, sino una turbación llena de remordimientos, de excusas, y la expresión de un sentimiento de injusticia y de impotencia ante la injusticia. Liang comprende que esa breve mirada le ruega que no le tenga rencor, que él se avergüenza de la inquietud que ha producido, a pesar suyo, en el alma de su hijo.

—Hoy hay un fuego bien vivo —dice Li poniendo la tapa en la marmita de hierro en la que Wang hace cocer el pan de maíz.

La niña, recogiendo del suelo el trozo de pan que ha tirado antes, lo mordisquea haciendo con los labios un ruido tranquilizador. Todo está

callado, salvo el grillo, que entona su canción monótona en un rincón de la habitación. El silencio se hace insoportable.

Para romperlo, Wang, mirando tímidamente a su marido, dice:

—¿Está bien la comida de allí?

—No está mal —dice Li en un tono ligero—. Siempre he mantenido buenas relaciones con los cocineros. No somos grandes criminales. No pueden ser demasiado crueles conmigo.

Al ver que su mujer se calla, añade:

—Es una época extraña. En los principios de un movimiento político, siempre hay desórdenes. No se pueden evitar las necedades. No saben hacerlo de otro modo. Yo soy el jefe del distrito, y en el trabajo, si ha habido alguna vez errores, soy yo quien debe asumir la responsabilidad.

Wang acaba de hacer sus panes de maíz. Se sienta en el borde de la cama.

—De todos modos, Song ha exagerado mucho... Si ha hecho esto, es porque tiene una segunda intención.

Li adopta un tono indulgente.

—Sueña con el poder. Es ambiciosa. Pero, en fin de cuentas, no comprende gran cosa.

—¿No te deja Song volver a casa, papá? —pregunta la pequeña Ling.

—Cállate. Una niña no debe mezclarse en las cosas de las personas mayores —gruñe la madre.

—Pero yo lo he oído decir.

—¿A quién?

—En la calle, por todas partes —dice Ling con un aire de triunfo.

Liang ya no puede contenerse. Tiene mil preguntas que hacer a su padre: ¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Quién está en la buena línea del Partido? ¿Sigue él siendo el jefe, sigue siendo el primero que recibe las directrices del Partido? Y ¿por qué, de pronto, lo que ha hecho con tanto esfuerzo, con tantas dificultades, se ha convertido en un acto anti-Partido? ¿Es verdad que es un revisionista como dicen? ¿Es verdad que ha obrado con la intención de perjudicar al Partido? Necesita que su padre le explique todo esto. Liang levanta la cabeza, la vista, busca los ojos de su padre y encuentra una mirada llena de ternura, llena de amor por su hijo. Pero, antes de que pueda abrir la boca, Li toma la palabra:

—¡Uf, qué formal se ha vuelto este niño! ¿Has visto a Tian? ¿Te has divertido mucho con tu hermanita estos últimos días?

El valor que había acumulado Liang comienza a derretirse. El tono, la voz de su padre, ni demasiado grave ni demasiado ligera, ha llegado hasta el

corazón de Liang. Se siente invadido por una corriente que destruye esas complicaciones políticas, esos sucios asuntos por los cuales se pelean los hombres.

—¡Sí, papá! —grita Liang con voz temblorosa, arrojándose sobre la espalda de su padre.

Li coge a su hijo entre sus brazos y acaricia sus cabellos murmurando:

—Has adelgazado mucho. ¿Te encuentras mal?

Liang dice que no con la cabeza. Hecho un ovillo en los brazos de su padre, sólo ve la parte baja de su rostro, esa mejilla mal afeitada. Recuerda la asamblea del otro día, cuando hicieron subir a Li sobre el estrado. Song le dio a su padre una bofetada. Precisamente ahí, en la mejilla izquierda. Liang la mira ahora: la barba ha crecido mucho. Alza la mano para acariciar la cara de su padre, y la barba le hace cosquillas. No es en la mano donde lo siente, sino en su cara. Cuando era pequeño, su padre siempre le hacía cosquillas en la cara con su barba.

—¡Vaya, vaya! Qué formal es mi niño...

Liang percibe ese olor a tabaco malo y a sudor que llega de la boca entreabierta y de los dedos que están amarillos de los cigarrillos. Un olor un poco salvaje, un poco basto, pero profundo e intenso como un mar en el que Liang puede hacer lo que quiere: distenderse, abandonarse o bien agitarse para levantar olas. Es verdad, puede hacerlo, está entre los brazos de su padre... Vuelve a encontrar ese mar, ese olor inmenso. Liang se extiende, se estira y se agita como una hormiga en una caracola muy caliente. Con sus células abiertas, con el flujo de su sangre, absorbe ese calor paterno como una fuerza venida de la familia Li. Su pequeño cuerpo, delgado, fatigado, es como un pez en unas aguas tranquilas.

—¡A la mesa! ¡La comida está lista! —dice Wang levantando la tapa de la marmita.

El vapor invade la habitación en que está reunida esta familia, una ramita del árbol genealógico nacida de aquel tronco real, en aquel rincón ignorado del mundo, en medio de una tierra pobre y estéril.

Sólo se oyen los labios, los dientes en la boca cerrada y ese ruido fluido de la garganta que traga. Liang come sin decir nada. Con el rabillo del ojo, mira a su padre, espera que diga algo, pero también lo teme. Su corazón late más fuerte cada vez que su padre acaba un bocado. Li también mira a su hijo, disimulando con los ojos; mira aquel pequeño cráneo, tan redondo y tan testarudo. ¿Sabe realmente lo que ocurre allí adentro? ¿Habrá que explicárselo?

«No vale la pena, no vale la pena...», se dice Liang interiormente.

El silencio se disipa imperceptiblemente por encima de él. La cena va a concluir. Aunque mastican lentamente, aunque fingen tener dificultades al tragar el alimento, la cena, sin embargo, va a terminar. Ya no hay pan, ya no hay gachas, ya sólo quedan algunas laminillas de legumbre salada. Todos dejan de comer, excepto Li que, con una mirada complacida, barre el plato con sus torpes palillos. No se atreve a levantar la cabeza, finge ignorar que los demás le miran. En el silencio total, se oye el ligero entrechocar de los palillos.

De pronto, Li los tira sobre la mesa y grita:

—¡Ya no puedo más!

Wang se echa a llorar. Se arroja sobre su marido.

—¡No vuelvas allí!

La pequeña Ling se enrosca entre los dos padres y llora también, con una voz aguda.

En el campo, el gran dique se derrumba. El agua inunda el país. No consiguen detenerla con sacos de arena, porque la corriente es demasiado violenta. Es preciso que alguien acuda, y el primero, el jefe del Partido...

Las olas descienden a lo largo de la montaña, engullen los pueblos con un estrépito terrible. Corren incesantemente hacia aquí. Liang las encierra dentro de los ojos. No debe llorar. Sobre todo cuando las personas mayores lloran. Entonces, los mayores son los niños. Liang da un paso hacia su padre.

—¡Voy a pedir permiso para ti, papá!

Sin esperar la respuesta, está afuera, en la oscuridad. Pasando por debajo del viejo álamo que ríe taimadamente, rozando los ángulos de las casas que gimen, Liang, como un petardo con el fuego detrás, corre de un tirón hasta la gran puerta cochera del comité del Partido.

Pero allí se detiene. Le sorprende haber llegado tan pronto a aquella puerta que sigue siendo la misma, oscura, precedida de tres escalones desdentados. Liang vacila bajo aquella bóveda de medio punto, aplastante, y sube el primer escalón. Siente una corriente de un aire negro que sale por entre los dos batientes mal unidos. Es una corriente un poco punzante, un poco tierna, que le sopla en pleno rostro y levanta las páginas de sus recuerdos. Ha atravesado esta puerta numerosas veces. Hijo del prefecto, privilegiado en esta casa, siempre ha sido recibido amablemente por esta bóveda acogedora, saludado por el viejo y respetuoso portero y por este patio que, cada vez que viene, se le aparece como una frente inmensa y serena.

Hoy, todo ha cambiado. Ha venido a pedir una noche de permiso para su padre, prisionero de la Revolución.

—¿Quién está ahí? —pregunta el portero con su voz ronca.

—Soy yo otra vez...

—¡Ah! Eres tú... Li Liang... ¿Buscas a tu padre? —farfulla el viejo.

Liang no puede ver su mirada, pero su tono no parece haber cambiado: todavía contiene calor y amabilidad.

—No, vengo... a ver... a la camarada Song. —Liang ya no sabe cómo llamar a Song.

—Ah, quieres ver a tu tía Song, ¿verdad? —dice el viejo que emplea los antiguos términos—. Espera, voy a buscártela.

El portero sale de su cuchitril y desaparece en el gran patio. No ha dejado entrar a Liang como de costumbre. Este detalle desconsuela a Liang. Aguarda bajo la bóveda y tiene la sensación de que el tiempo se prolonga infinitamente. Pensando que Song estará muy pronto ante él, siente miedo. ¿Qué va a decirle? ¿Se negará a hablarle, a él, a un chiquillo de diez años, al hijo de un enemigo del Partido? Liang está casi decidido a marcharse cuando oye la voz de Song en el patio.

—¿Dónde está el pequeño Liang? ¿Quiere verme? ¡Haz que entre enseguida! —al mismo tiempo, su macizo cuerpo entra con aquella forma de caminar a sacudidas, con ese paso de cangrejo y ese olor a sudor que él conoce tan bien. Song se acerca a Liang y le acaricia la cabeza—. ¿Quieres verme, pequeño? ¿Qué sucede?

Ese tono maternal, caluroso, casi hace llorar a Liang. Cierra los puños y trata, con todas sus fuerzas, de contener las lágrimas. Hubiera preferido que fuese un tono duro, firme, hostil.

—Mi padre, ¿sabes?... Está enfermo...

—¿Enfermo? —dice Song, sorprendida—. ¿Cómo es eso? Hace un rato estaba muy bien. Quizás hoy ha trabajado demasiado en el campo.

—He venido para pedirte... Bueno, para decirte que no puede volver allí esta noche.

—¡Ah! —Song se calla. Reflexiona. Con la cabeza levantada y las manos detrás de la espalda, camina de un lado para otro, contorneando sus enormes caderas—. Entonces, quiere pasar la noche en casa, ¿eh? —dice, adoptando ese tono de jefe, el tono de los que tienen la costumbre de razonar antes de afirmar cualquier cosa. Liang siente que enrojece. Song habla de su padre. ¡Está a punto de tener el placer de decidir si su padre, el antiguo prefecto, puede o no puede quedarse una noche en casa! Es tan humillante para ella

como para Liang—. Está bien —dice Song deteniéndose—. Si quiere pasar la noche en casa, tiene que venir mañana antes del desayuno.

Liang no responde nada. Vuelve bruscamente la espalda y corre hacia su casa.

Cuando llega, la atmósfera ya está serena de nuevo. Li, sentado junto a la niña que está acostada bajo su manta, le cuenta una historia. Wang, después de haber arreglado la mesa, se pone el delantal para ir a alimentar a los gusanos de seda.

—¡Ya está! ¡Ya está! —grita Liang alegremente—. ¡Ella está de acuerdo, está de acuerdo!

—¿Quién está de acuerdo? ¿Y sobre qué? —pregunta Li.

—¡Song! Está de acuerdo en que te quedes en casa —dice aterrizado por el tono de voz de su padre.

—¿Qué es lo que le has dicho?

—Le he dicho que estabas enfermo, que no podías volver... allí.

—¡Maldito! —grita Li—. ¿Cómo has podido hacer una tontería así? ¡Pedirle permiso a ella! ¡Y ella tiene la cara dura de concederlo! ¡Qué mierda! Yo sigo siendo el jefe, incluso encerrado, incluso muerto. Si tengo que estar encerrado, es en interés del Partido, es la decisión del comité del Partido. ¡Ella no tiene derecho a decidir nada!

Liang tiene mucho miedo. Nunca ha visto tanta cólera en su padre. No comprende nada, pero se siente culpable, quizás porque no comprende que se siente culpable. Gime:

—Yo creía... yo creía...

—Vamos, vamos —interviene su madre—. Es demasiado pequeño y aún no sabe. —Se vuelve hacia Liang—. Pídele perdón a tu padre.

Liang, con voz frágil, dice a Li:

—Papá, perdóname, yo no sé nada...

Li mira a su hijo, a ese pequeño cuerpo tembloroso, con sus ojos en principio aún furiosos. Después, enternecido, le coge en sus brazos y le dice en un tono muy serio:

—Tienes que comprenderlo, pequeño. No debemos mostrarnos blandos en ninguna circunstancia. Si me he desmoronado antes es porque estaba en familia. Fuera de casa, debemos aguantar apretando los dientes... Eso es el honor, eso es la familia. Eres demasiado pequeño todavía, lo comprenderás cuando seas mayor...

Liang escucha. Asiente con la cabeza. Comprende, le parece comprender, le parece que debe comprender.

—Bueno, yo me voy —dice Wang tristemente—. Si no, los gusanos...

—Está bien. Yo también vuelvo allí... —responde débilmente Li.

Ninguno de los dos se ha movido. Se miran a los ojos y permanecen en la misma posición. Liang ha comprendido. Se desprende de los brazos de su padre y dice con un tono de adulto:

—Quédate un momento con papá, mamá. Yo iré a dar de comer a los gusanos.

—¿Sabes hacerlo?

—Claro que sí, trabajé contigo ayer.

Mientras su madre duda, Liang sale de la habitación y se dirige a la sala de cría.

三十五

Una trampa, un complot, un golpe premeditado. Pero ¿por quién? ¿Por Dios? ¿Por el Gran Señor del Cielo? ¿Un castigo para él o para toda la familia? Recuerda que él no se arrodilló durante el auto de fe del Señor de la Chimenea, que él fue el primero que subió al campanario para destruirlo. ¿No será esto una venganza de la Providencia?

En su rincón, en el hueco del nido de su manta, Liang está inmóvil. El miedo, el terror y el remordimiento asedian su cuerpo. Desde hace más de una hora permanece en esta posición, sin el menor movimiento. La escena que se ha producido hace un rato, antes del alba, cuando su madre se ha levantado para ir a dar de comer a los gusanos por última vez en la noche, pasa nuevamente delante de sus ojos, cerrados o abiertos, fijos o móviles.

—¡Despiértate, Liang! ¡Una catástrofe! Olvidaste lavar las hojas antes de dárselas a los gusanos... Esas hojas están sulfatadas. La mayor parte de los gusanos están muertos...

Al oír la voz descompuesta de su madre, Liang se sobresalta. Se frota los ojos.

—No lo recuerdo...

Esto no es cierto. Lo recuerda muy bien. Anoche, cuando trabajaba solo, estaba distraído. Tenía la mente en otra parte. Las palabras de su padre le daban vueltas en la cabeza. Se olvidó de lavar las hojas. Después de hacer el trabajo, se preguntó cómo podía ser que aquella tarea se hubiese vuelto menos penosa. La había acertado. A causa de aquél acortamiento, de su descuido, su madre, acusada de tener la intención de vengarse de la Revolución, ha sido encerrada a su vez por el comité revolucionario.

Se ha ido, conducida por dos hombres enviados por el guardián de melones, vicepresidente del comité revolucionario. Liang se encuentra entre el sueño y la vigilia. Le parece que todo eso ha pasado hace un siglo. Ling duerme junto a él; no sabe que ya no verá a su madre cuando despierte. Él tiene la culpa de esta catástrofe. Estaba tan aturdido, tan atolondrado, que acabó fingiendo ignorar sus propios actos. Su madre, sin protestar, reconoció haber dado las hojas sulfatadas a los gusanos. ¡Ah, qué arrepentimiento, qué

remordimiento! Hubiera debido mostrarse más valiente, más honrado, y responder a su madre: «Sí, lo olvidé». Cuando aquellos dos hombres vinieron en busca de su madre, hubiera debido plantarse ante ellos gritando a voz en grito: «¡Yo tengo la culpa! ¡Encerradme a mí, y no a mi madre!». Pero se quedó en la cama sin moverse, por cobardía, por deslealtad... O más bien por una especie de pereza: no se acusó a sí mismo porque todavía estaba medio dormido, mal despierto; porque no podía razonar como es debido. No lo recuerda. La jornada anterior ha sido demasiado fatigosa.

El sol asciende por los cristales, los primeros cantos de los pájaros comienzan a oírse afuera. Ling se da la vuelta. Ya lo ha hecho tres veces. A la cuarta se despertará. Liang está seguro de ello, se despertará gritando: «¡Mamá! ¡Mamá!». Sí, lanzará ese grito. Es la señal de su despertar, del comienzo de otro día. Siempre grita así cuando sabe que su madre no está en la habitación. ¿Qué puede responder él? «Mamá no está en casa, ha ido a su trabajo». Así le respondía siempre antes. Pero ¿qué dirá hoy? «Mamá está encerrada... por culpa mía...».

Si uno puede odiarse, también puede castigarse. Para hacer justicia a los demás y a uno mismo, matar el remordimiento que taladra el corazón.

—¡Hermano! —llama la niña volviéndose por última vez.

—Sí... —responde Liang. Mira a su hermana que le sonrío con los ojos muy abiertos, moviendo los labios y la cabeza despeinada.

Ésta es su fisonomía del despertar, de un despertar que sigue a una buena noche.

—¿Te despiertas? —pregunta Liang. Clava unos ojos suspicaces en su hermana. ¿Por qué ese cambio? ¿Ha sabido la niña lo ocurrido esta noche mientras dormía? o, lo que es más inquietante, ¿ha fingido dormir también?

—Sí, hermano. Creo que hoy he soñado... —dice quejumbrosamente la niña. Sigue sin preguntar por su madre.

Liang se levanta.

—¿Quieres que te vista?

—No, yo sé hacerlo... Sé vestirme hace mucho tiempo. Pero no lo hacía porque estaban las personas mayores...

Liang oye los latidos de su corazón. Comienza a ponerse sus ropas mientras observa los movimientos de Ling. La niña sigue sin preguntar por mamá. Liang decide continuar el juego. Baja de la cama y prepara el desayuno.

Lo mismo que su madre, Liang pone arroz en la marmita, lo lava y después lo coloca sobre el hornillo que todavía está encendido. En poco

tiempo, el agua comienza a hervir. Coge entonces un gran trozo de legumbre salada del gran puchero, que está al pie de la pared, lo lava y comienza a cortarlo en laminillas. La niña acaba de vestirse, desciende de la cama con los pies descalzos, y se coloca delante del pequeño espejo para peinarse. Al ver la manera de coger el peine, sus movimientos para echar hacia atrás los mechones, se diría que es casi una mujer. Liang piensa que han hecho bien en jugar al papá y a la mamá.

Cuando Liang pone la comida sobre la baja mesa, se da cuenta de que las cosas no son tan fáciles.

La niña, enfurruñada, se mete en un rincón, detrás de la puerta y se niega a comer.

—¿Dónde está mamá?

—Mamá... vendrá enseguida. Vamos a comer primero.

—Quiero que venga mamá. —Ling no parece querer entender ni saber nada—. Quiero que venga mamá.

—Ya te he dicho que no puede comer con nosotros. Si tú no comes, yo comeré solo y no dejaré nada para ti.

—Quiero que venga mamá.

Ling sigue exigiendo, con su cara enfurruñada, sacando unas burbujas por entre los labios. Parece el zumbido de una mosca verde.

—¡Quiero que venga mamá!

Ese zumbido atenaza el corazón de Liang. Se siente dominado por una quemazón vaga: el remordimiento, la angustia y el terror. Esos sentimientos le hacen volver la cabeza.

—¡Quiero que venga mamá!

—Quieres que venga mamá... quieres que venga mamá... ¡No vendrá nunca! —grita Liang con maldad. Se sitúa enfrente de su hermana y la empuja con un golpe violento—. ¡Por mi culpa! ¡Por mi culpa!

Da un salto, sale fuera de la habitación y echa a correr.

—¡No! ¡Ni hablar de eso! —le responde secamente el guardián de melones después de escucharle. Sentado detrás de su escritorio, está rodeado de varias personas con brazaletes rojos. Song está ausente.

—Ya le he dicho que fue por mi culpa... —insiste aún Liang.

—Ni hablar de eso. Si fuiste tú, todavía hay una razón de más para encerrarla. Si le habíamos dado esa importante tarea, fue porque confiábamos en ella. Si, en lugar de trabajar bien para reeducarse, encarga ese trabajo esencial a un niño de diez años, ¿no es eso una prueba de segunda intención?

—Fui yo el culpable —repite Liang.

—¡Nada, ni hablar de eso! ¡Sal de aquí! ¡Vete!

El guardián coge del brazo a Liang y lo saca afuera. Se diría que tiene miedo de continuar, miedo de la presencia de Liang, o de algo que hay en Liang más poderoso, más profundo.

Fuera del inmueble del comité revolucionario, el guardián de melones cambia bruscamente de actitud. Con un tono casi compasivo, cuchichea:

—Vete enseguida. Si no, te encerrarán a ti también. ¿Sabes cuánto nos han costado esos gusanos de seda? Más de doscientos yuans. Si no encerrásemos a tu madre, ¿cómo podríamos presentarle cuentas el Partido? Ya sé que eso crea problemas en tu casa: tu hermana de cuatro años, ¿verdad? Pero no vamos a encerrar mucho tiempo a tu madre. Sólo algunos días, hasta que se olvide esta historia...

El guardián le conduce hasta la puerta cochera; luego le dice, después de guiñarle el ojo:

—Vuelve a tu casa. Si no sabes hacer la comida, ven a mi casa con tu hermana. Mi mujer está siempre allí...

Liang, que le mira mientras vuelve al despacho del responsable de la Revolución, piensa que este hombre se casó con una mujer muy bella después de la buena cosecha.

La luna se desplaza silenciosamente por detrás de las nubes, y la ventana parece moverse con ella. Es una luna casi llena, debe de ser el día trece o catorce del mes lunar. «Si la luna no es redonda el quince, lo será el dieciséis», dice el proverbio. Desde su rincón, a través de la ventana, Liang la ve justamente enfrente. Antes, nunca le había prestado tanta atención. La primera vez que se dio cuenta de su existencia, fue en la ciudad, en compañía de Huang, el viejo portero del comité del Partido. Éste no estaba ciego, pero casi. Discutía con todo el mundo.

—Siempre estáis hablando de las estrellas, pero no lo creeré hasta que las vea.

—Pero mira, abuelo Huang, todo lo que brilla en el cielo son estrellas —le dijo un día Liang para convencerle.

El viejo cogió la mano de Liang como si se excusase.

—¡Oh, mi pequeño Liang! Tú eres muy amable, y debo creerte, porque un niño no miente nunca. Pero hoy no puedo fiarme de ti, porque las personas mayores abusan de mi confianza en los niños para ponerme en ridículo haciéndome creer cualquier cosa...

—Pero, abuelo...

—¡Ah, no, no y no! No vale la pena insistir...

Liang se calló. Miró tristemente las estrellas. De repente, se le ocurrió una idea. Le mostró la luna al viejo y preguntó:

—¿No crees tampoco en eso?

Huang no tuvo prisa para responder. Levantó su cabeza triangular, que parecía un melón deformado, y guiñó los ojos, que sólo eran dos nidos de arrugas.

—¡Allí! —Liang cogió un dedo del viejo y lo colocó en la dirección de la luna. Felizmente, aquel día la luna era bastante clara. El viejo pareció ver algo.

—Eso sí. Me parece que hay una cosa clara...

—¡Es la luna! —exclamó Liang.

Si alguien no quiere creer algo, no se puede hacer nada. Ése fue su primer triunfo.

Liang se ríe en su rincón. Pero se calla. No hay que despertar a su hermana. No es tan fácil dormirla. Entonces, silenciosamente, contempla esa bella luna. Las nubes desfilan más despacio. Liang se sorprende de que haya tantas nubes. Se diría que vuelven, una vez pasadas, tomando una especie de camino entre bastidores. Pasan y vuelven a pasar. ¿Tal vez para borrar la luna? Pero es siempre la luna quien triunfa. Maravilla de luz que, sin embargo, no deslumbra como el insolente sol. Es suave, agradable, pero enérgica. La miramos. Ella nos mira también. Tiene algo que decirnos, parece comprendernos. Abrimos la mano para invitarla, ella entra; si cerramos la mano, huye. Cuando se tiene un corazón que pesa, como ocurre hoy, por ejemplo, si lo contemplamos, ella disuelve ese peso y nos devuelve la alegría. No una gran alegría, claro está, sino una tristeza agradable, como un agua melancólica que baña el alma. Si por casualidad tenemos lágrimas en los ojos, ella se vuelve más bella todavía. Sobre su cuerpo, unas estrellas, de todas las formas, brillan para distraernos, para reprimir ese sollozo que asciende violentamente por debajo de nuestra garganta...

¿Acaso sabe ella todo lo que pasa en este mundo? Liang está a punto de hacer esta pregunta. Pero conoce la respuesta: claro que lo sabe.

«Todo lo que el hombre hace, lo sabe el Cielo». El abuelo Liu lo decía siempre. Quizás él se habrá convertido ahora en un niño de una familia revolucionaria. Según él, el hombre, después de su muerte, tendrá una nueva vida. Si ha hecho el bien en ésta, puede renacer en una buena familia y ya no tendrá penas. En cambio, si ha hecho el mal, se convertirá en un perro o, peor todavía, en un cerdo al que matarán después.

«Tú seguramente has sido un mono, porque eres muy travieso», le decía la abuela a Tian cuando éste le había jugado una mala pasada. Liang pensaba entonces que el hombre anterior a él debió de hacer muchos buenos actos para que él, en esta vida, hubiese nacido hijo de un prefecto y nieto de un general... Pero, ahora, Liang ya no puede pensar en ello: su padre está encerrado y su madre también. Y él vagabundea con su hermanita. ¿Qué pecado cometería su predecesor para que él, Liang, sufra tantas desgracias? ¿Y qué es lo que debe hacer para no tener esos problemas en su vida futura?

Pero todo es demasiado desconcertante para que Liang pueda tener tales pensamientos.

De repente, alguien golpea el cristal de la ventana. Liang se sobresalta.

—¿Quién es?

—Yo... —Una voz familiar, de vieja.

—¿Y quién eres tú?

—Yo... Tu abuela Song... —afuera, la voz parece sollozar.

—¿Qué quieres?

—Quiero... Quiero hablarte.

Liang duda y se levanta. Abre la ventana y ve a la abuela Song, que está de pie junto a la pared, con un paquete blanco en las manos.

—Abuela... —Liang no sabe qué decir.

La abuela le mira y luego dice precipitadamente:

—¡Abre enseguida! Vengo a traeros unas hojuelas. A la pequeña le gustan.

Muestra su paquete blanco y hace un gesto de ruego a Liang.

Liang abre la puerta. Durante ese tiempo, la anciana ha rodeado la escuela para entrar. Sin decir nada, se dirige hacia la habitación con Liang, balanceando su paquete blanco como una tercera mano.

La vieja enciende la pequeña lámpara, posa su paquete encima de la mesa y se sienta en el borde de la cama, cerca de la cabeza de Ling, que sigue dormida. Luego se inclina sobre la niña y entorna los ojos llenos de lágrimas. Liang teme que despierte a su hermana con sus jadeos asmáticos.

—¿Hace mucho que duerme? —pregunta la vieja con voz ahogada.

—Sí.

—¿Ha podido comer algo antes de acostarse? —dice después, apartando un mechón de la niña con un suave gesto.

—Sí.

—¡Oh, oh! —dice la vieja, que lleva los cabellos cortados al rape como las mujeres de la región. Se inclina más sobre Ling, como si fuese a besarla—. ¡Oh, oh!

La anciana refunfuña y comienza a enjugarse los ojos con el faldón ancho y sucio de su chaqueta.

—¡Oh, oh! —lloriquea—. Mi pequeña, mi pequeña, hace ya tanto tiempo que no vienes a casa. Dejas a tu abuela muy sola. Pienso en ti todo el tiempo, y lloro por ti todos los días...

Liang está de pie detrás de ella. No sabe si consolar a la vieja o dejarla llorar, porque solloza casi inaudiblemente, o si echarla a la calle, puesto que, de todo lo que sucede, tiene la culpa su hija. En su confusión, Liang advierte que él también está sollozando. Se decide a dejarla aquí, porque siente una vaga alegría al llorar con ella.

—¿Quieres que la despierte? —pregunta.

—No, no, eso nunca. No hay que molestarla. Me consuela mirarla —dice la abuela.

Se levanta y da dos o tres vueltas por la habitación antes de decidirse a partir.

—Bueno, me voy. Creo que esta noche podré dormir.

Se dirige hacia la puerta, con unos pasos minúsculos, no más largos que sus pies que, según Liang, parecen dos grandes *raviolis*.

Pero se vuelve una vez más y dice con tono suplicante:

—Mira, pequeño, te lo ruego. Mañana, al caer la noche, lleva a la niña a la salida del pueblo. Voy a pasar con ella algunos días a casa de mi hermana.

Liang no responde.

—Es en el otro pueblo. Nadie lo sabrá, te lo prometo, te lo aseguro, en nombre del Señor del Cielo... ¡Oh, no!, en nombre del presidente Mao...

Al llegar al umbral, se detiene y mira a Liang con los ojos implorantes. Liang acaba asintiendo con la cabeza.

La abuela Song se aleja, llevando a Ling sobre su seca espalda, con unos pasos frágiles. Sigue el camino oscuro y polvoriento que conduce al otro pueblo.

Liang se siente a la vez aliviado e inquieto. Permanece allí un largo rato y decide regresar a su casa. Vuelve la espalda y duda; después elige cruzar la calle, por primera vez tras la gran conmoción.

En el crepúsculo, la calle está casi desierta. Las paredes están cubiertas de dazibaos. A pesar de los desgarrones causados por el viento, Liang puede leer todavía lo que está escrito. Son, casi todos, denuncias. La mayor parte acusan a su padre y a su madre, cuyos nombres están barrados con una cruz roja. Liang no comprende lo que está escrito. Pero descubre unas caricaturas que atraen su curiosidad. Ve una gran imagen en la que su padre está representado por un lobo, que lleva en el lomo a su madre, dibujada como una oveja. El título de esta imagen es: «La complicidad del lobo y de la oveja». Liang recuerda esta historia de los dos animales, relatada por su madre en casa durante una alegre velada.

«El lobo es malvado y fuerte, pero carece de ideas. La oveja es un animal muy maligno, pero no puede hacer nada a causa de sus patas delanteras, que son demasiado cortas. Entonces, el lobo y la oveja se alían. El lobo lleva a la oveja sobre el lomo para correr más deprisa, y la oveja le sugiere malas ideas al lobo. De ese modo hacen muchas fechorías...».

Liang se sorprende al comprobar que él también está en el dibujo. Está dibujado como un gran diente negro que sale de la boca del lobo gritando: «Quiero comer los frutos de la Revolución».

Liang siente el cuerpo lleno de remordimientos cuando oye una voz sorda que grita a su espalda:

—¡No te muevas!

Es un tono militar, como el que suele oírse en las películas de guerra, cuando el Ejército rojo sorprende por la espalda al enemigo. Se lanza una orden en ese tono y el enemigo se rinde. Luego se ha convertido en un juego entre los niños del pueblo. Liang cree que se trata de una broma de ese

género. Vuelve la cara levantando los brazos por encima de su cabeza como hacen los enemigos en el cine.

—¡Nadie está bromeando! —dice la voz.

Para su sorpresa, Liang ve a un muchacho mayor, de cara lívida. No le ha visto nunca en la escuela. Debe de tener más de diecisiete años. Liang comprende que no se trata de una broma y pregunta:

—¿Por qué?

—¿Estás leyendo los dazibaos? —pregunta el muchacho señalándole el brazalete de guardia rojo que lleva en el brazo izquierdo.

Liang no sabe qué decir.

—¡Respóndeme enseguida!

—Sí.

—Está bien. ¿Puedes leerme éste? —le pregunta indicándole un cartel en el que está escrito con grandes caracteres: «¡Abajo Li Xian Yang, renegado de la Revolución!».

Liang mira ese cartel, cuyos caracteres parecen un desafío brincando en la pared.

—No dices nada. ¡Eso demuestra que eres un contrarrevolucionario! —dice el muchacho mayor agarrándole por una oreja—. ¡Lee ese cartel en voz alta!

Liang siente que su oreja le quema, con una quemadura aguda que se propaga por todo el cuerpo. Un intenso odio le bloquea la garganta, como un fuerte candado cierra un baúl de madera.

—¡Vamos, lee eso para mí! —grita el muchacho. Habla con los dientes apretados y pellizca cada vez más fuerte la oreja de Liang.

Liang oye un ligero crujido en los dedos de su enemigo. El también aprieta los dientes, vuelve la cabeza y clava su mirada en los ojos del muchacho. Éste rehúye su mirada y retuerce más la oreja. Luego ordena:

—¡Léeme eso!

—¡No!

Después de haber gritado esa respuesta, clara y breve, Liang ya no siente el dolor, sino un calor vago y una pesada anestesia. Una fuerza venida desde dentro le llena la voz. La ha dejado salir y es: «¡No!». Luego cierra los ojos, eso es todo. Nunca se había sentido tan ligero, tan tranquilo, tan a gusto. Ese «no» que acaba de pronunciar corta, como un cuchillo, el terror, el odio y la esperanza. Como si tuviera un vaso suspendido de una cuerda sobre el abismo y ese «no» hubiese cortado la cuerda. Ya sólo tiene que dejar caer el vaso, ¡tanto peor! Pero no está triste, todo lo contrario: ya no hay angustia, ya no

hay ansiedad. Roto, está roto. Pero tranquilo. A Liang le gusta esta tranquilidad.

El muchacho deja de retorcerle la oreja y grita:

—¡Léeme eso, léeme eso!

Como Liang se obstina en hacerse el muerto, el otro acaba soltándole y callándose. Liang abre otra vez los ojos. Se miran el uno al otro en el silencio. La noche ha caído sobre ellos, horadada por algunos ladridos de perros alertados.

—¡Eres un buen tipo! —dice el muchacho dándole amistosas palmadas sobre el hombro—. Eres un buen tipo.

En la oscuridad, a Liang le cuesta trabajo leer la expresión de los ojos de su adversario. Sólo experimenta una sensación extraña.

—¿Adónde vas? —pregunta el muchacho en un tono amistoso.

—No lo sé, no sé adónde ir... A mi casa... —responde Liang blandamente.

—Es verdad, en tu casa no hay nadie. Tienes que aburrirte...

Liang siente que los sollozos tropiezan en su garganta. Traga un poco de saliva para reprimirlos.

—Pues ven a nuestra casa. El Tío Viejo Negro te contará muchas historias.

—¡El Tío Viejo Negro! —al oír el nombre, recorre el cuerpo de Liang un estremecimiento que parece una descarga eléctrica.

—Claro que sí. Yo suelo pasar la velada en su casa. Algunas veces, toda la noche. Hay una gran cama bien caliente. Ven, porque eres un buen tipo, no lo que se dice en los dazibaos.

El muchacho le toma por el brazo y comienza a tirar de él. Liang se deja llevar. Ve la boca del abuelo Liu, que habla: «Sólo el Tío Viejo Negro lo sabe todo sobre ese animal».

三十八

En la oscuridad, Liang camina al lado del muchacho. Enemigo primero, amigo poco después, parece introducir a Liang en una historia ambigua. Le han citado varias veces el nombre del Tío Viejo Negro, sobre todo en los momentos delicados: en su casa se dice misa, le piden permiso para los entierros. Él sigue siendo el único hombre que ha visto al misterioso animal, autor del terrible grito. Ese hombre suscita en Liang miedo y curiosidad, atracción y repulsión. En el sendero que conduce a su casa, Liang tiene la impresión de emprender un camino que le conduce a otro mundo. Él ha entrevisto hace muchos días a aquel viejo de barba negra y ropas blancas, pero no ha conservado de él ningún recuerdo, ni un rasgo particular de su rostro, ni una expresión, aunque se ha esforzado en retenerlos cada vez que ha oído pronunciar su nombre. También se ha esforzado en olvidarle: pero en vano. El Tío Viejo Negro permanece en la memoria de Liang como una oscuridad inquietante, como un fragmento indefinible, como un vacío que ha de ser llenado.

—Hoy lo veremos —se dice Liang, casi en voz alta.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta el muchacho.

—Nada.

—¿No has visto nunca al Tío Viejo Negro?

—No... —Liang siente algo así como si el corazón le diese un puntapié; sin embargo, no sabe si ha mentido o ha dicho la verdad.

—Pues yo estoy seguro de que él te conoce...

Llegan ante una puerta cerrada. Liang aminora el paso para dejar que entre su compañero.

—¡Tío! —grita el muchacho franqueando el umbral.

—Uuh, uuh, uuh —responde una voz muy vieja.

—¡Anda, entra! —dice a Liang el muchacho, que avanza en línea recta por el corral en el que Liang acaba de penetrar.

En la habitación del viejo, no hay luz; reina allí una oscuridad total.

—Tío, te traigo a un chico, el hijo del prefecto —dice el muchacho entrando en las tinieblas.

Liang se detiene en los escalones. Espera que la habitación sea iluminada.

—Entra, pues, mi futuro prefecto —dice la voz cansina del viejo.

Liang ya no se atreve a esperar y entra con los pelos de punta y la piel de gallina. En la oscuridad, guiña una chispa roja que ilumina un trozo de la pared de tierra.

—¿No podemos encender? —pregunta tímidamente.

—Como tú quieras —dice el viejo con un tono indiferente.

—Estoy buscando unas cerillas —dice el muchacho, que comienza a registrar por todas partes en la oscuridad. Hace unos ruidos terribles al levantar la estera de la cama o al hurgar en los rincones de la habitación. Durante ese tiempo, la chispa no cesa de guiñar, con un resplandor cada vez más fuerte, como si quisiera afirmar su presencia antes de que se encienda la lámpara. Liang, casi sin querer, se pregunta si se trata realmente de la pipa del viejo como ha creído al entrar.

La lámpara ya está encendida. Es una minúscula lámpara de aceite que, a pesar de los saltos que trata de dar, parece ahogarse en la oscuridad. Liang se tranquiliza al comprobar que la chispa proviene de la pipa. Entonces, lentamente, intenta sentarse en la cama. Pero sólo se atreve a apoyarse en el borde.

—Siéntate en la cama —dice el viejo.

Liang ha estado a punto de saltar al suelo. Su asombro es enorme: el Tío Viejo Negro es ciego.

—Te llamas Liang, ¿verdad?

Como Liang es incapaz de pronunciar nada, el muchacho responde en su lugar:

—Sí, Li Liang. Pero es un buen tipo, no lo que se dice en los dazibaos.

—Hum, hum, no puede ser de otro modo, si es un auténtico hijo del prefecto —farfulla el viejo ciego, aspirando su pipa, que silba a cada bocanada—. No puede ser de otro modo. La primera vez que estuvo aquí, ya lo sabía...

De pronto, Liang tiene la impresión de recordar que, aquel día, el viejo había vuelto la cabeza hacia donde ellos estaban; detrás de la puerta. Pero se niega a admitir ese vago recuerdo, sobre todo al saber que el viejo es ciego.

—Un hombre de bien siempre tiene que soportar pruebas, unas pruebas duras —prosigue el viejo con su voz ronca— Jesucristo sufrió toda clase de pruebas en su vida hasta ser clavado en la cruz. Entonces se hizo Dios. El gran general Han-Xin, que ayudó al emperador Li a fundar sus dinastías, fue pasado bajo los sucios muslos de un cerdo. Confucio fue expulsado de todos

los reinos y soportó toda clase de insultos en su época. Sun Tzu, el más grande estratega de China, pudo escribir sus famosos libros de estrategia porque había sido encarcelado y le habían quebrado las rodillas. El famoso poeta Li-Bai estuvo toda su vida encolerizado contra todo el mundo. El emperador Li tuvo una infancia atroz... Nuestros antepasados tenían razón cuando decían: «Para hacer un gran hombre en la tierra, el cielo le llena primero el corazón de amargura, después le endurece el cuerpo con la fatiga y le estimula la voluntad con toda clase de pruebas...».

El viejo no acaba nunca. Con su pipa en la boca, detrás de su barba, más negra en la oscuridad, parece experimentar un placer infinito al hablar. Liang no comprende casi nada de lo que dice, salvo algunos nombres conocidos. Se siente más tranquilo. Su miedo ha desaparecido. Ya no oye a ese viejo que parece estar hecho de palabrería y comienza a sentir la necesidad de hacerle su pregunta: ¿Has visto alguna vez a Wen-Meng, ese animal que emite unos gritos tan misteriosos?

Liang sabe que su pregunta es una pregunta madre que produce otras más pequeñas. Si el Tío Viejo Negro es ciego, ¿por qué dice todo el mundo que es el único que ha visto a ese animal? Quizás se ha quedado ciego después de haberlo visto, o ha sido el animal el que le ha hecho perder la vista; a no ser que, por el hecho de ser ciego, haya podido verlo...

—Es tarde, tengo que volver a casa —dice el muchacho, aburrido por el parloteo del viejo.

El muchacho se ha ido. Liang se ha quedado. ¿Tiene preguntas que hacer o bien sabe que el viejo quiere que se quede? La noche es más profunda, la pequeña lámpara parece agotarse, la oscuridad va a invadir el mundo.

—Tío Viejo Negro, tengo una pregunta que hacerle... —dice Liang con una voz sobrenatural.

—¿Una pregunta?

El viejo interrumpe su monólogo y guiña sus párpados vacíos con un aire atemorizado.

—Una pregunta, una pregunta...

—Sí, una pregunta —Liang ha querido detener su frase, pero no ha podido: es la frase la que no ha podido detenerse en su boca—. ¿Es verdad que tú has visto...?

—¡No! ¡Calla! —grita alocadamente el viejo—. ¿Quieres mi muerte?

Liang se queda cortado, no solamente en sus palabras, sino también en su alma. Permanece inmóvil, sin poder hacer el menor movimiento. Un vacío se establece en su cabeza.

—¡Acostémonos! —dice el viejo con una voz casi maligna y se tiende al pie de su pared.

Liang no se ha movido. Sigue sentado en el borde de la cama y espera. El resplandor vibra por última vez y se extingue. Con el resto del mundo, Liang zozobra en una marea negra de preguntas terribles: ¿Por qué esa actitud extraña? ¿Por qué no puede hacerle esa pregunta? ¿La muerte del abuelo Liu fue debida a la pregunta? ¿Cómo puede establecerse una relación entre una pregunta y la vida humana? Le parece que es el único de este mundo que intenta saber más sobre ese tema. ¿Acaso es también el único que ha oído ese ruido?...

En su rincón, el Tío Viejo Negro comienza a roncar. Ese ronquido, que parece el grito misterioso del enigmático animal, sume a Liang en el sueño. Entonces, se echa hacia atrás y se acuesta en la gran cama de tierra apisonada, en el otro extremo de la pared.

La luna aparece más redonda. Sube lentamente por los pequeños cristales de la ventana. Liang nunca ha pasado la noche bajo una ventana tan grande, que le produce la impresión de dormir al aire libre, bajo la luna. Cierra los ojos y mira al interior de sus párpados: unas imágenes extrañas, unas chispas, le enturbian la vista...

Entre esas imágenes y esas chispas, brilla una gran estrella rojiza: la pipa del viejo ciego. Liang no se sorprende. Mira al viejo fumar entre esas chispas.

¿Desde cuando ha reanudado su discurso? Liang no lo sabe ni tampoco trata de saberlo. Escucha.

—Sí... mi pequeño Liang. No seguiré ocultándotelo... Es cierto que conozco la fuente de ese ruido..., pero, compréndelo, no es ningún animal, ningún grito. Es un canto, el canto del alma de la tierra. Tú has tenido la suerte de haberlo oído, porque no canta a menudo y, cuando lo hace, no todo el mundo puede oírlo. La tierra canta cuando está contenta y sólo se puede oír cuando se trata de un hombre que tiene un alma... Es un canto. El canto del alma de la tierra...

Liang le escucha, tranquilo, contento, casi con beatitud. Olvida sus pesares, sus penas. Esos pesares y esas penas ya no le alcanzan. Se eleva muy alto, por el cielo...

La luna se adelanta y saca a la aurora del horizonte...

三十九

Siempre esta tierra amarilla, brillante de costras blancas. De tres en tres, de cuatro en cuatro, apretando el uno contra el otro su frágil cabeza, los sorgos, como endebles arañas, huyen del ataque de la sal. En esta aridez, surge a veces un pozo derrumbado, mancha más oscura invadida por una vegetación salvaje. El viento sopla. Aislados, abandonados entre los campos, los escasos árboles gimen su canción melancólica.

Detrás de las colinas del oeste, huyendo de un caos de nubes negras y púrpura, el sol se oculta. Un cuervo de reluciente plumaje, ahíto de alguna presa, lanza su grito violento, amenazador.

El camino desenrolla su serpiente de laterita, ocre oscuro sobre el amarillo de los campos, a veces ancha, a veces angosta. Se alarga entre los brazos de la tierra, indiferente a las violencias hechas a su suelo irregular.

En este mundo inmóvil, nada se mueve, excepto esa antigua carreta que lleva consigo a toda una familia. Le arrastra hacia el este sombrío, hacia su destino, con un rechinamiento ligero como una risa lejana.

¿De dónde viene ese sutil, casi imperceptible olor que se extiende en la noche? Liang dilata las ventanas de su nariz, aspira moviendo ligeramente la cabeza como un gato que olfatea su camino. No es ni el olor dulzón del sorgo ni el acre polvo que el viento levanta a ratos de las costras blanquecinas del suelo. Más bien es un olor de sol poniente, venido de las profundidades de la tierra para anunciar la sequía como cada año, cuando el verano se aproxima. Una sequía todavía mayor.

Liang camina cerca de su padre, en una posición que él ha escogido y que considera conveniente. Inclinado hacia adelante, tira con todas sus fuerzas de la cuerda que le une a la carreta. Debe encorvarse para hacerla franquear un badén en medio del camino y la cuerda penetra más profundamente en su hombro. Liang ve los talones de su padre, echado hacia atrás por el peso de la carreta, reculando y resoplando en el polvo. Paso a paso, le arrancan del camino cuyo suelo parecen devorar con el encarnizamiento de unos perros furiosos que se disputan una presa. A veces, el camino le parece una inmensa rueda que gira a la misma velocidad que los hombres, pero en sentido inverso,

de tal modo que es preciso caminar, caminar siempre para mantenerse en su sitio y no dejarse aplastar.

Li tira de la carreta sin decir una palabra. Sólo se oye el jadeo de su respiración, que se mezcla con el ritmo de sus pasos y el rechinar del eje. Liang se siente culpable del silencio de su padre. Tal vez no hubiera debido contrariarlo en el momento de la partida, cuando, después de haber cargado el equipaje, les dijo a Liang y a su hermana: «Subid, nos vamos». Pronunció esas palabras sonriendo, casi con entusiasmo, con el mismo tono bonachón con que les había explicado a los niños que iban a abandonar aquel lugar, no para regresar a la ciudad, sino para dirigirse al pueblo de su abuelo, en el que Liang había pasado la fiesta de la Primavera.

—No —había dicho Liang, con tono testarudo, cuando su hermanita, estrechando a su muñeca entre los brazos, subió a la carreta.

—¿Qué te ocurre? —había preguntado Li.

—Quiero tirar contigo.

—Pero... si no vale la pena. Esto no pesa mucho. Caminaríamos demasiado lentamente —dijo su padre, embarazado.

Wang intervino entonces, poniendo la mano en la cabeza de su hijo.

—¿Estás seguro de tus fuerzas?

Liang, con los dientes apretados, mira a su padre fijamente y asiente con la cabeza.

—Quizás eso te alivie un poco —había dicho Wang a Li.

Entonces, Li, confuso y titubeante, hurgó en unas viejas alforjas colgadas en un varal de la carreta y extrajo de ellas una cuerda muy sucia. Con dedos temblorosos y súbitamente torpes, hizo un nudo corredizo que Liang pasó alrededor de sus hombros después de fijar la cuerda en la lanza de la carreta.

Liang ha notado desde entonces el silencio de su padre. ¿Quizás tendría que haber hecho lo mismo que su hermana: subir a la carreta y dejarse llevar por su padre? Éste tendría todavía el buen humor de que hizo alarde a la salida y continuaría con sus historias: «¡Tirar de la carreta! ¡Pero si esto no es nada! No necesitamos un asno. Al menos así estás seguro de que el asno no nos jugará una mala pasada, porque cuando un asno se empeña, ¡estamos aviados! ¡Las he visto peores, en el Ejército rojo! Cuando había que tirar de un cañón, con otros dos camaradas. ¡Aquello sí que era una carga! ¡Y bajo el fuego enemigo, además!».

Ahora está callado, triste. Sabe que Liang lo ha comprendido todo, que no se deja engañar por las mentiras de su padre y que sabe que lo han expulsado de ese lugar. ¡Debe de ser terrible para un padre saber que su hijo le toma por

un enemigo del Partido, de ese Partido que él le ha enseñado a amar! ¡Cómo lo lamenta Liang! ¡Cómo se avergüenza de haber comprendido! ¡Ah, si pudiese ser todavía tan ingenuo como antes: no comprender nada y creer lo que le contaban, lo que decían las personas mayores, cuánto más sencillas serían las cosas! Expulsados o no, irían a casa de sus tíos y de sus primos, irían a su casa, sin importarles que fuesen campesinos o no; tendrían el corazón tranquilo, estarían contentos. Pero ahora ya no es así. ¡Revisionistas! ¡Hijo de traidor! Toda una familia que sufre el oprobio, que se ve expulsada. Ya no tienen derecho a trabajar. Ya no son mandos del Partido, sino que están reducidos a la condición de campesinos. Tienen que volver al pueblo natal para encontrar su manutención trabajando la tierra. Liang sufre, pero sabe que su sufrimiento hace que su padre sea aún más desgraciado. ¡Y él, entonces, sufre todavía más! ¡Ah, qué engranaje!

Liang camina lo más deprisa posible para hacer pasar un poco de su fuerza a la cuerda que no consigue tensar: su padre, con sus zancadas, le precede en algunos pasos. La pequeña Ling, sacudida por los tumbos, se ha despertado; sentada en la parte delantera de la carreta, en el lugar del cochero, hostiga a su padre como él mismo hacía con su asno: «¡Arre, arre!». La niña se encuentra muy a gusto de estar en aquel sitio de honor. Imagina ser una persona mayor. Wang camina detrás, con una bolsa en la mano; silenciosa, con apresurados pasos, no se aleja de la carreta. Sombra de su sombra, sombra de sí misma, como siempre.

Y sus sombras, como el crepúsculo, se extienden. Como rechazados por la tierra, a la cual se parecen, ocres, violetas y azules, los últimos resplandores alcanzan el oscuro cielo.

El camino da un rodeo para contornear una colina. Bajo un árbol, dos siluetas aparecen. La una es alta y maciza, la otra es pequeña y frágil. Son Liu y su hijo Tian.

Liang aminora el paso y adopta un aire despreocupado. Tiene que quedar bien claro que Li tira, por sí solo, de la carreta.

Cuando llegan junto al árbol, se detienen. Se miran sin decir nada. Liu abre la boca para hablar y sus labios se mueven entre la espesa barba negra. Pero ningún sonido sale de ellos. Tiene el aire confundido de un niño que ha roto su escudilla de arroz. Al fin, murmura:

—Prefecto Li... Te vas. ¡Buen viaje!

Li se esfuerza en sonreír mostrando el final del camino.

—No está muy lejos.

Y eso es todo. Los dos hombres dejan de hablar. Se miran y, no atreviéndose a verse, se vuelven hacia los campos.

Tian se precipita sobre Liang gritando:

—¡No quiero que te vayas!

Liang le abraza.

—Volveré a verte... Dentro de dos años, sabré andar en bicicleta. Todavía nos pasaremos con el chivo blanco...

No puede acabar su frase. Su garganta se cierra y sus párpados ya no pueden contener las lágrimas. Los niños se abrazan fuertemente.

Wang también los abraza y trata de consolarles.

—Vamos, ya sois los dos mayores, casi unos hombres. No vayáis a llorar ahora como unos bebés. De todos modos, los dos pueblos no están tan lejos el uno del otro. Nos volveremos a ver, ¿no?

Tian y Liang, como unos hombres, avergonzados, se esfuerzan en sonreír.

—Yo iré a verte el domingo próximo. Tengo una tía que vive en un pueblo vecino del vuestro —dice Tian mordiéndose un dedo.

—Sí, te espero —dice Liang entre dientes.

—¿Crece bien el sorgo en este campo? —pregunta Li con cierto tono de superioridad, el tono con que habría podido hablar de la producción cuando todavía era prefecto. Pero sólo Liang puede advertir que en ese tono, que es aún el de su padre, hay ya indiferencia y melancolía.

—Sí, gracias a nuestro trabajo del año pasado —responde Liu sordamente—. Pero, muy pronto, todo esto será abrasado por la sequía.

Li se calla. Mira en los campos los pozos que ellos han cavado y observa cómo casi todos están medio derrumbados. De pronto, su rostro se estremece. Sus pómulos se contraen, sus labios tiemblan. Liang ve que la cara de su padre se transforma en una máscara, en una mueca grotesca, como esa que indica, en el teatro, a los espectadores, el personaje del traidor, desencadenando las risas y la cólera. A Liang le asusta esa máscara inmóvil, ese rostro de madera que no puede hablar y que entra hoy en su tierra, lo mismo que en el teatro hace su aparición, en el tercer acto, el pobre traidor acosado por las burlas. ¡Es eso mismo! Era la imagen de su propio padre la de aquella puesta en escena, anunciada desde hacía meses, desde hacía años, sin que él llegara a darse cuenta.

Liang ve cómo sube y baja su nuez. Y siente en su cuerpo el dolor que invade el cuerpo de su padre.

Li se repone, traga saliva y dice:

—Verás, Liu. Estoy convencido de que el Partido Comunista tiene razón al provocar este movimiento. Es cierto, es preciso que la lucha de clases sea nuestro primer objetivo. La línea revolucionaria del presidente Mao no debe ser comprometida por las exigencias de la producción. Imagínatelo: si continuamos como hemos comenzado, tal vez tendremos mejores cosechas, muchos cereales, y seremos ricos, y acabaremos convirtiéndonos todos en unos burgueses. Pero hemos hecho la Revolución con Mao para derribar a la burguesía, y si nosotros mismos llegamos a ser burgueses, ¿qué será de la Revolución?

Li deja de hablar, sorprendido de lo que acaba de decir, y sonrío a Liu, añadiendo para sí mismo:

—Siempre tendremos algo que aprender del Partido...

—Sí... claro que sí —balbucea Liu, atrayendo a Tian hacia él, para dejar paso libre a la carreta.

Li agarra de nuevo los varales y Liang su cuerda. La carreta reanuda su marcha mientras Wang, como corresponde a una mujer, dice algunas palabras a propósito de los estudios de Tian y envía saludos a la mujer de Liu.

—Prefecto Li, no debes...

Liang tiene tiempo de entrever una sonrisa de su amigo Tian. La frase de Liu se pierde entre los crujidos de la carreta, mientras que el camino parece alejarlos.

El sol ha desaparecido, el viento se ha calmado. Una vaga luz asciende todavía del suelo. Liang ve delante de él la espalda de su padre. La camisa impregnada de sudor deja entrever su espina dorsal, como una ristra de nueces secas.

Un rodeo más, y la carreta llega cerca del campo de tumbas de la familia Liu. Bajo una acacia de atormentadas ramas, las tumbas aparecen cubiertas de hierba, como anchos sombreros cuya desbaratada paja se escapase y se erizase. Los brotes tiernos que salen en la tierra amarilla y seca, muerta el invierno pasado, les dan colores y formas extrañas. En el crepúsculo parecen tener miedo de la larga noche que se acerca, arrastrando hacia las tinieblas y la soledad un pueblo de sombras. Entonces, las pobres tumbas tratan de acercarse y de apiñarse, alargando lo más lejos posible su extensión de tierra. Bajo la hierba, casi se oye a los desgraciados muertos, silenciosos y tiernos, que se acercan y no pueden reunirse.

Liang busca y reconoce la tumba del abuelo Liu, que se encuentra sola, separada de las demás. Sus hermanos y hermanas están todavía vivos y no tiene ningún compañero. ¿Qué puede esperar, antes de la noche, a no ser

algunos pasos por el camino, el rechinar familiar de una carreta y el saludo tardío de los vivos? Sí, Liang te saluda, abuelo Liu.

Le ve de nuevo tal como le encontró entre los escombros del homo, con la boca muy abierta y el rostro deformado, o bien sentado detrás de su torno de alfarero, feliz, absorto por su trabajo de creación que va a transformar unos trozos de barro en vasijas de arcilla.

Cuando se levantaba de la mesa, después de una buena cena, chupando en el largo tubo de su pipa de madera, se sentaba en un extremo de la cama de tierra apisonada, bajo el halo de luz proyectado por la lámpara de aceite, en el lugar más caliente. Entonces murmuraba entre dientes: «El alimento es el dios del pueblo...». Murió para salvar su horno y sus vasijas, pero la Revolución Cultural vino y ese horno, que fue reparado después de su muerte, permanece ahora en el abandono y sus vasijas sin uso. ¿Para qué servirían si no hay cereales? ¿Qué han hecho de tu muerte, abuelo Liu? ¡Qué injusticia!

La carreta sigue rodando, dejando tras ella el cementerio. Ahora pasa ante un gran campo de maíz, más alto, pero también más enteco y escaso que el sorgo, agujereado por grandes heridas negras: los pozos desplomados. Li aminora el paso, contemplando con rostro extraviado este inmenso campo en donde él trabajó noche y día. Liang también aminora el paso. En la fatiga que invade su nuca, su espalda y sus piernas, experimenta una especie de voluptuosidad: poder medir su sufrimiento, dosificarlo, retenerlo o abandonarse a él, como a una energía llegada de otra parte, a un poder mágico que viniese a aliviar y a relevar al sufrimiento de su padre. Del cuerpo de su padre al de él, pasa una corriente misteriosa, un intercambio secreto. Pensándolo bien, es poca cosa: algunos pasos de niño, menos, si vamos a contar, que los pasos del asno, a quien él reemplaza junto con su padre. Del cuerpo de su padre a su cuerpo circula ese río tenebroso, fuera del tiempo, fuera del mundo, a veces lento, inmóvil, insensible, y hoy vivo y vigoroso. En la lasitud de los miembros encuentra aquella paz que llenaba su alma durante las largas horas que, a veces, durante la estación de las lluvias, tenía que pasar por la noche a la orilla del río.

Si la corriente del agua es idéntica río arriba y río abajo, desde la montaña hasta el mar, hoy el flujo es inverso. Liang da la vida a su padre.

Delante de él se encuentra ese hombre agotado, cuyo rostro no puede ver. Sólo percibe de él, por un instante, el perfil desdibujado, cuando su padre vuelve la cabeza hacia el campo de maíz. Entonces ve la rigidez de su nuca, la crispación de las mandíbulas. A través de los varales siente el temblor de

todos sus miembros. Sus pies parecen pegados al suelo, aspirados por la tierra.

Li arrastra algunos pasos antes de detenerse, y Liang, comprendiendo de pronto, reúne la energía de su delgado cuerpo y sujeta un varal para sostener la carreta que bascula.

El padre vuelve la cabeza, le lanza una mirada agradecida y girando con un brusco movimiento, que Liang no le había visto nunca, se pone de nuevo en marcha.

La carreta arranca de nuevo. Li da grandes zancadas, como para librarse de la persecución de enemigos invisibles. Liang tiene que correr para seguirle. Ling grita que los choques son insoportables. La madre, sola, silenciosa, parece perdida en sus pensamientos.

Indiferente, Li avanza. Liang, corriendo como un joven buey enganchado por primera vez y que mezcla sus arneses de una manera inextricable, siente un gran desorden en su cabeza, donde las preguntas se apiñan y se embrollan. Un inmenso desconcierto le invade.

La carreta prosigue su marcha, siempre hacia delante...

Y delante, está la noche...

Notas

[1] En chino, el signo en forma de cruz representa al número diez. <<